

CEFERINO REATO
DOCE NOCHES
2001

EL FRACASO DE LA ALIANZA,
EL GOLPE PERONISTA Y
EL ORIGEN DEL KIRCHNERISMO

SUDAMERICANA



Ceferino Reato

Doce noches

2001

El fracaso de la Alianza, el golpe peronista
y el origen del kirchnerismo

Sudamericana

Introducción

CON LAS TRIPAS AL AIRE

Diciembre de 2001 nos ubica de inmediato en la mayor crisis de la historia de nuestro país. Un estallido económico, social y político que dejó a la Argentina al borde del caos, la anarquía y la

disolución. Y que moldeó un nuevo consenso social, sin el cual el ciclo kirchnerista no tiene explicación.

Fue una crisis que manchó de sangre al país: hubo entre treinta y dos y treinta y ocho muertos, según la fuente que se consulte. Cinco de esas personas fueron asesinadas el jueves 20 de diciembre por la tarde —cuando el presidente Fernando de la Rúa anunció su renuncia por cadena nacional— entre la Plaza de Mayo y el Obelisco.

Era el país de los saqueos, los cacerolazos, los piquetes y los reclamos más diversos, unidos por un grito común: “¡Que se vayan todos!”.

Los políticos tenían que esconderse para evitar la furia de la gente; un escenario solo para gente curtida, como el diputado peronista Oraldo Britos, que, antes de que lo escracharan en Casablanca, un

café frente al Congreso, paralizó a la turba: “¡Ustedes se confunden; el hijo de puta que se dedica a la política es mi hermano gemelo!”.

La gran crisis se desarrolló frente a las cámaras de la televisión; no solo las protestas, la represión, las muertes y los heridos, sino también las maniobras de políticos, sindicalistas y dirigentes sociales, y el lobby de empresarios, que abandonaron su clásico bajo perfil y entraban y salían de la Casa Rosada y la residencia de Olivos a la vista de todos.

La Argentina parecía el set de un drama por entregas. En aquellos días agitados, yo vivía en San Pablo, en Brasil, donde trabajaba como corresponsal de la agencia internacional de noticias ANSA. Recuerdo que no podía dejar de mirar la CNN en español, que transmitió prácticamente en directo toda la crisis.

El país estaba con “las tripas abiertas”, una imagen utilizada por el presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso, para referirse a una severa crisis política en su gobierno.

Este libro reconstruye aquellas jornadas dramáticas de diciembre de 2001, cuando en apenas doce días se sucedieron cinco presidentes, entre la caída de De la Rúa y la llegada a la Casa Rosada del ex gobernador bonaerense Eduardo Duhalde.

Con un inesperado y breve intermedio del carismático y polémico caudillo puntano Adolfo Rodríguez Saá, cuyo “Yo me animo” terminó estrellado contra buena parte del peronismo; enfrentado a un sector del empresariado, y disgustado con los principales medios de comunicación.

Tanto De la Rúa como Rodríguez Saá afirman

que fueron víctimas de un “golpe no tradicional” liderado por Duhalde —con la presunta ayuda del ex presidente Raúl Alfonsín— para imponer la pesificación asimétrica y la megadevaluación, que terminaron con la paridad 1 a 1 entre el peso y el dólar.

Por su parte, Duhalde, sus colaboradores y los partidarios de Alfonsín —fallecido en 2009— niegan de plano esa acusación.

Este libro se ocupa de esa denuncia; también del fracaso del gobierno de la Alianza, la coalición formada por el radicalismo y el Frepaso, una fuerza de centroizquierda que fue encabezada por De la Rúa y Carlos “Chacho” Álvarez.

2001 es una bisagra. Nos permite comprender nuestra historia reciente de crisis recurrentes, de las cuales salimos eyectados hacia la derecha o hacia la izquierda del arco político e ideológico,

con igual convencimiento e intensidad.

Pero no solo eso: 2001 contiene las razones que explican el sólido liderazgo político de Néstor y Cristina Kirchner —los herederos, luego no queridos, de Duhalde— durante los últimos doce años.

Un consenso social que incluyó las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, una cuestión que había pasado a un segundo plano en los noventa, y la veneración de la épica revolucionaria de los setenta.

Este libro intenta abordar todos esos temas de la mejor manera en que lo puede hacer un texto periodístico: mostrando los hechos, recurriendo a fuentes diversas, cuestionando los relatos interesados y maniqueos, y —sobre todo— favoreciendo el pensamiento crítico de los lectores.

Pero es un libro periodístico, no es un catecismo: hay interrogantes que no tienen una respuesta fuera de toda duda; en esos casos, incluyo las versiones de todos los protagonistas para que cada lector pueda formarse su propio juicio de valor.

Capítulo 1

ATAQUE DE PÁNICO



*Adolfo Rodríguez Saá con los gobernadores
Chapadmalal,
el domingo 30 de diciembre de 2001.*

*—Dice Néstor que, si querés renunciar,
renuncies.*

*—¡No ven que no me apoyan los gobernadores!
¡No ven que me están jugando en contra!
Pero yo no voy a ser forro de nadie,
que se consigan otro De la Rúa.*

Diálogo entre el presidente Adolfo Rodríguez
Saá
y el diputado Sergio Acevedo, delegado
del gobernador Néstor Kirchner, el domingo 30
de
diciembre de 2001 en Chapadmalal.

*¿Un colchón? ¡No me digan que,
encima de todo esto, nos van a coger!*

El senador Antonio Cafiero, cuando el dueño
de una camioneta acondiciona la caja de su
vehículo
para que él y cuatro funcionarios no se ensucien
mientras escapan de la residencia de
Chapadmalal,
el 30 de diciembre de 2001.

Siete días después de su juramento sorpresivo
como presidente de la Nación, el caudillo puntano
Adolfo Rodríguez Saá ha perdido su sonrisa
gardeliana. Es el domingo 30 de diciembre de
2001, son las cuatro y media de la tarde.
Somnoliento, enojado, convencido de que está

siendo despedazado por una poderosa conspiración “de lobos y de lobbies”, integrada por políticos, empresarios, diarios y canales de televisión, el Adolfo —como lo llaman todos en San Luis— repasa los rostros de los seis gobernadores peronistas que han venido a respaldar su breve gobierno. Un apoyo escaso, de final de juego.

—Muchachos, el proyecto de presupuesto ya está terminado. Por primera vez en décadas se prevé equilibrio fiscal —anuncia el Presidente desde su sillón de madera, a la cabecera de la mesa.

Los gobernadores se miran, incómodos. ¿Será verdad? ¿Una muestra de eficacia del caudillo desmesurado, discrecional y autoritario pero creativo, dinámico y modernizador que todos ellos reconocen en el Adolfo? ¿O será apenas otro

anuncio apresurado, voluntarista, como el del millón de empleos o el de la nueva moneda, pomposamente bautizada “Argentino”, pero que murió antes de nacer?

Una cosa es segura: sin el respaldo de los catorce gobernadores peronistas —amplia mayoría en el país— el proyecto de presupuesto para 2002 no tiene posibilidad alguna de ser aprobado por los diputados y senadores. Y sin ellos, él no puede seguir gobernando.

Han dicho presente los gobernadores de Buenos Aires, Carlos Ruckauf; Salta, Juan Carlos Romero; Formosa, Gildo Insfrán; La Rioja, Ángel Maza; Misiones, Carlos Rovira, y San Luis, Alicia Lemme, que se convirtió en la primera mujer en gobernar una provincia cuando Rodríguez Saá renunció a su mandato local y saltó a la Casa Rosada.

Los jefes provinciales del peronismo no están solos; también han llegado algunos legisladores que, de todos modos, no logran disimular las ausencias de gobernadores de peso como el cordobés José Manuel de la Sota, el santafesino Carlos Reutemann y el santacruceño Néstor Kirchner.

La autoridad presidencial ha quedado tan debilitada durante la crisis que derivó en la renuncia del radical Fernando de la Rúa que los catorce gobernadores peronistas son los nuevos referentes del poder político. Una situación casi anárquica, que amenaza con la división de la Argentina en feudos aislados, en territorios inconexos.

- Muy bien, Adolfo. ¿Cómo se hizo tan rápido?
- quiere saber el salteño Romero.
- Con este lápiz rojo. Se eliminaron todos los

gastos superfluos. Ahora, podemos comenzar a negociar una ayuda con el Fondo Monetario Internacional, que es lo que ya me aseguraron (Horst) Köhler y (Anne) Krueger.

—¿Y qué economista lo hizo? —pregunta Ramón Puerta, un ex gobernador de Misiones que ahora es el presidente provisional del Senado y virtual vicepresidente del país.

—Yo mismo.

—Ah, entonces debe ser un presupuesto de la gran puta —bromea Puerta, para distender.

Rodríguez Saá les recuerda que Krueger ya le prometió por teléfono que visitará el país el 8 de enero de 2002, cuando termine sus vacaciones, dentro de apenas nueve días.

—Miren muchachos, ya tenemos el presupuesto equilibrado, ya tenemos un nuevo proyecto de coparticipación federal de impuestos, que es el

que ya hicimos con Romero en el Consejo Federal de Inversiones. Ahora, solo falta que el Congreso sancione rápidamente esas leyes, así la esperamos a la Krueger con estos dos temas resueltos. Es lo que el FMI pide antes de enviar el dinero que necesitamos.

Los gobernadores se miran.

—Ayer hablé con el presidente (George W.) Bush durante cuarenta y cinco minutos. Me llamó desde su rancho, en Texas, porque está de vacaciones. Está conmovido por la crisis en la que estamos, por los muertos que sufrimos. Nos va a ayudar.

Desde su posición, Rodríguez Saá puede ver el cielo gris que se prolonga en el mar revuelto. Llovizna en la tarde de Chapadmalal —entre Mar

del Plata y Miramar—, en la residencia que los presidentes suelen utilizar en verano. Pero el mal tiempo no ha logrado ahuyentar a las decenas de personas que golpean sus cacerolas en la puerta principal del complejo turístico.

Las cacerolas, símbolo de la peor crisis de la Argentina en toda su historia, parecen perseguir a Rodríguez Saá: no quiso realizar el encuentro crucial con los gobernadores de su partido en la Casa Rosada o en la residencia de Olivos porque tanto él como varios de sus invitados —Kirchner, por ejemplo— temían el sonido hostil que amenazaba con barrer a la clase política al grito de una consigna más bien contundente: “¡Que se vayan todos!”

Es que el viernes 28 de diciembre, dos días antes, habían vuelto los caceroleros a la Plaza de Mayo para reclamar la devolución del dinero

acorralado en los bancos y la renuncia de los funcionarios más cuestionados del nuevo gobierno. Los manifestantes más exaltados —que pertenecían a organizaciones políticas— estuvieron muy cerca de entrar en la Casa Rosada, como sí logró hacerlo otro grupo en el Congreso, que incluso quemó en las escalinatas algunos sillones y muebles del precioso Salón Azul. Eran militantes de grupos de izquierda y todavía no se sabía quién los había dejado ingresar por la pesada puerta principal del histórico edificio; tampoco por qué no había ningún policía custodiando uno de los símbolos de la democracia republicana.

Esos episodios refuerzan la tesis de la conspiración en la que el presidente se siente envuelto, según él por su negativa a salir de la Convertibilidad y a devaluar drásticamente el

peso. ¿Los impulsores? Rodríguez Saá no tiene dudas: buena parte de los empresarios, amplificados por el Grupo Clarín y otros medios como Radio 10, Crónica TV y el canal América. También apunta contra sus adversarios dentro del peronismo, que, en su opinión, están molestos porque ahora vuela en las encuestas y, por ese motivo, buscan provocar su caída.

Con los años se supo que uno de los jóvenes que había entrado en el Congreso era Victoria Donda, hija de detenidos-desaparecidos durante la última dictadura, nieta recuperada por las Abuelas de Plaza de Mayo y militante de la organización de derechos humanos H.I.J.O.S. En 2007, luego de asumir como diputada, Donda reveló al sitio web parlamentario.com: “En realidad, la primera vez que entré al Congreso quemé un sillón”.

—¿Cómo fue eso? —quiso saber el periodista.

—La primera vez que entré al Congreso fue el 28 de diciembre de 2001 cuando echamos a Rodríguez Saá. Un grupo de jóvenes entramos al Congreso, rompimos la puerta y prendimos fuego un sillón en la explanada.

—Buen comienzo...

—Sí, muy bueno...

—Democrático...

—Sí, me parece que sí, absolutamente democrático porque siempre que hay participación del pueblo es cuando verdaderamente hay democracia. Porque democracia no solo es votar cada cuatro años ni hacer debates a espalda de la gente sino que hay que tratar de abrir el Parlamento a la sociedad.

Aquel domingo 30 de diciembre de 2001 en

Chapadmalal, asiste a Rodríguez Saá una pequeña corte, encabezada por su movedizo e influyente hermano, el Alberto: no tiene un cargo formal, pero todos saben que es el número dos del gobierno.

Vestido de oscuro, el rostro sombrío, los ojos encendidos de bronca, el Adolfo alza la voz.

—Pero no hemos venido a hablar solo del presupuesto o de la coparticipación federal de impuestos. Debo confesarles que esperaba otra concurrencia, otro respaldo. Para seguir acá, yo necesito apoyo. Los convoqué para ver cómo salimos de esto y en vez de venir los catorce gobernadores peronistas, vinieron seis. Así, yo no sigo: renuncio.

El presidente que nadie esperaba está furioso con el cordobés De la Sota, con quien tuvo un áspero cruce por teléfono antes del encuentro con

sus visitantes y es una de las ausencias que más se notan.

—¡El Gallego De la Sota es un envidioso!
¡Recién lo mandé a la mierda!

De la Sota le había enviado un fax en el que explicaba que no podía viajar por el mal tiempo y respaldaba “cualquier medida” que se tomara en esa cumbre de gobernadores peronistas siempre que estuviera “a favor del pueblo”. E hincaba el dedo en la acotada legitimidad de Rodríguez Saá al recordarle que era “un presidente transitorio, hasta que el pueblo vuelva a elegir su destino”, dentro de sesenta y tres días.

De la Sota se lo mencionó por teléfono, luego del almuerzo: “Antes de pedir apoyo, tenés que cumplir con el llamado a elecciones para el 3 de marzo”.

Los gobernadores peronistas habían designado a

Rodríguez Saá como nuevo presidente, pero ahora varios de ellos desconfían de que el Adolfo cumpla con el compromiso que lo depositó en la Casa Rosada: ordenar el país y convocar rápidamente a elecciones para que quien resulte vencedor complete el mandato de De la Rúa, hasta el 10 de diciembre de 2003. Piensan que, por el contrario, quiere quedarse en el gobierno.

—Si ustedes pudieron venir con este clima horrible, ¿por qué él no?

—No le des tanta importancia al Gallego, hay que preocuparse por otras cosas —apacigua Romero.

—No sé por qué no habrán venido los que no están, pero tenés el apoyo de todos nosotros, incluida, por supuesto, la provincia de Buenos Aires —le asegura Ruckauf.

Frenético, el hermano Alberto no deja de traer

malas noticias a la cabecera de la mesa, bajo la forma de cables de agencias con declaraciones de De la Sota y de dos aliados que se acaban de dar vuelta: el ex presidente Carlos Menem y el sindicalista Rodolfo Daer, secretario general de una de las dos CGT. También acerca partes de organismos de Inteligencia que alertan sobre protestas, saqueos y encuentros reservados. Cada papel que trae el Alberto le confirma al presidente que está siendo devorado por un complot.

—¡Pensar que en solo siete días, equilibré el presupuesto! —reprocha el presidente, y deja caer sobre la mesa uno de esos partes de Inteligencia.

El Adolfo luce desbordado.

—¡Yo en siete días he cambiado el país! Mi gobierno incluyó a los excluidos, a los aborígenes también, y creó un millón de puestos de trabajo. Pacifiqué el país abriendo un diálogo con los

piqueteros, con las Madres de Plaza de Mayo, con los sindicalistas; hablé con todos los líderes mundiales, que nos apoyan, como Bush. Pero para continuar, necesito apoyo político.

—Adolfo, quedate, tenés mi apoyo —le repite Ruckauf, dando inicio a un coro de respaldo al que se acoplan rápidamente todas las voces.

—Es que si no me apoyan, renuncio... Yo me voy a dormir una siesta; cuando me levante, espero que hayan firmado esto; si no, renuncio —y extiende sobre la mesa un papel con una declaración de apoyo.

A esa altura, todos saben que Reutemann habló por teléfono con el ministro del Interior, el mendocino Rodolfo Gabrielli, y que le dijo que su avión no podía despegar debido a un frente de tormenta.

—Ojo, no es que no quiero ir; es que el avión

no sale —enfaticó.

Y que el jujeño Eduardo Fellner prefirió quedarse en Miramar, a apenas diecinueve kilómetros del complejo presidencial, donde pasa sus vacaciones de fin de año.

Kirchner, que ya está lanzado como candidato presidencial, envió a su ex vicegobernador, el diputado Sergio Acevedo. Es un delegado a medias.

—Vos no digas nada, solo andá a escuchar —le había ordenado Kirchner el día anterior, el sábado 29 de diciembre, apenas cortó con el Presidente, que lo había invitado a la cumbre de gobernadores.

Antes de levantarse de la mesa, Rodríguez Saá repara en el rostro redondo, barbado e impassible de Acevedo.

—¿Qué piensa Néstor de esto, de este respaldo?

—No sé, Adolfo. Si querés, le pregunto ahora mismo.

—Bueno.

Acevedo se levanta, elige un rincón y llama a su jefe.

—Che, quiere que todos los gobernadores le den por escrito un nuevo aval. Y dice que si no lo hacen, va a renunciar.

—¡Ah no! Que renuncie, si quiere. Él aceptó una responsabilidad, pero si ahora quiere renunciar, que renuncie.

Acevedo vuelve a la mesa y se sienta.

—Dice Néstor que, si querés renunciar, renunciés —le informa.

—¡No ven que no me apoyan los gobernadores! ¡No ven que me están jugando en contra! Pero yo no voy a ser forro de nadie, que se consigan otro De la Rúa... Quédense a deliberar sobre lo que

está pasando —explota el Presidente.

El Adolfo se levanta como un resorte y se va a uno de los dormitorios del chalet número 3, el más cómodo del complejo turístico, seguido por su hermano y por el secretario general de la Presidencia, Luis Lusquiños, entre otros fieles.

—Alberto, es como decís vos: todos se hacen los boludos y no me quieren apoyar; si no cambian de opinión, voy a renunciar.

—Si no te apoyan, es lo mejor que podés hacer. No vale la pena que te sacrifiques por estos traidores. ¡Renunciá! —le sugiere el Alberto.

—Es lo mejor.

—Nos vamos a San Luis y, si no cambian, renunciá desde allí.

—Si quieren que siga, que vayan a buscarme a San Luis.

En el living del chalet número 3 algunos de los invitados intentan sumar apoyos de último momento: el misionero Rovira llama por teléfono a De la Sota y lo localiza en Carlos Paz, mientras el formoseño Insfrán habla con Carlos Díaz, el gobernador de Santiago del Estero.

El salteño Romero sigue los pasos de Rodríguez Saá: todavía cree que puede convencer a su amigo para que continúe en la presidencia. Es también una cuestión de poder ya que fueron los gobernadores peronistas de las provincias pequeñas quienes lograron depositar a Rodríguez Saá en la Casa Rosada. Fue el candidato de ellos, del Frente Federal. Intuye que si él renuncia, el próximo turno será para la provincia mayor, Buenos Aires, esa hermana en la que las provincias chicas confían tan poco.

Romero había llegado a Chapdamalal en un

avión privado junto con el senador Puerta. Estaba preocupado por la conversación del día anterior con Rodríguez Saá. “Necesito reunirme con los gobernadores para decidir qué hacemos. Tengo mucha presión desde varios lados. Es una reunión de vida o muerte para el gobierno nacional”, escuchó.

Y entra en un dormitorio pequeño, “empapelado de floreado, tipo cuarto de chicos”, con dos camas. El Adolfo está sentado en una de ellas.

—Adolfo, vamos a seguir igual con el plan de tu gobierno, a eso vinimos. ¿Por qué no nos enfocamos en eso?

—Pero las ausencias de los gobernadores no son casuales. Hay un plan para quitarme el apoyo. Así, no puedo seguir.

—Sí, la situación no es la mejor, pero nadie te dice que te vayas del gobierno —insiste el salteño.

—Ya está decidido, nos vamos a San Luis y renuncio.

No agrega nada Romero, pero piensa: “Yo hasta aquí llego; tampoco quiero participar de la gira del cadáver de Lavalle”.

Se refería a la dramática huida de los unitarios con el cadáver del general Juan Galo Lavalle —muerto en 1841 en Jujuy— para evitar que los federales se apoderaran de los restos del jefe y exhibiesen la cabeza en una pica, como era usual en las luchas civiles del siglo XIX; al final, los unitarios lograron eludir a sus perseguidores y enterrar a Lavalle en Bolivia.

En ese momento, llega al dormitorio el secretario de Seguridad de la Nación, Juan José Álvarez, un abogado y político que venía de ocupar el mismo cargo pero en el gobierno de Buenos Aires. Romero asegura que Juanjo Álvarez

les avisó desde la puerta:

—Ojo que me informan que se vienen las hordas; hay bandas tratando de entrar a Chapadmalal para arrasarlo con nosotros.

—Si es tu provincia, Juanjo, ¿cómo le decís eso al presidente! Además, sos el secretario de Seguridad, ¿no podés controlar la situación?

—Yo soy el secretario de Seguridad de la Nación, pero no soy el responsable de la seguridad del Presidente; de eso se encarga su custodia.

Por su parte, Álvarez, un experto en Seguridad que había sido intendente de Hurlingham, en el oeste del Gran Buenos Aires, niega haber alertado sobre “bandas tratando de entrar a Chapadmalal”.

Álvarez afirma que él llegó al dormitorio del chalet número 3 y encontró al presidente con su hermano y con Romero, con quien tuvo el siguiente

diálogo:

—Juanjo, decile al presidente que no le va a pasar nada —le pidió el gobernador de Salta.

—Yo no soy el jefe de la custodia del presidente, soy el secretario de Seguridad de la Nación, ¡qué sé yo lo que pasa acá!

En su bufete de abogado, frente a la Plaza San Martín, en el barrio de Retiro, Álvarez recuerda: “Lo vi muy nervioso al presidente”. Pero no quiere agregar nada más sobre ese tema.

Uno de los colaboradores de Álvarez durante aquellos años es más locuaz: afirma que el secretario de Seguridad le aseguró que Rodríguez Saá “estaba acurrucado en una de las camas, con un ataque de pánico”.

“Eso me lo contó —señala este ex funcionario — el domingo por la noche, cuando volvíamos de Chapadmalal a Buenos Aires. Además, me dijo

que también lo había visto así la madrugada del día anterior”.

Se refería al sábado 29 de diciembre, cuando Álvarez fue a la residencia de Olivos a informar que las protestas en la Plaza de Mayo y frente al Congreso ya estaban bajo control.

“Fue la noche —agrega esa fuente— en la que la gente casi se mete en la Casa Rosada; nos quedamos allí hasta las cuatro y pico de la madrugada del sábado, y luego él se fue a Olivos para avisarle al presidente que ya no pasaba nada”.

Siempre de acuerdo con este informante, Álvarez le dijo que, en Olivos, Adolfo Rodríguez Saá “estaba tirado en un sillón, llorando”, y que, sentado a su lado, su hermano —el Alberto— “lo acariciaba y trataba de tranquilizarlo”.

“Juanjo había quedado muy impresionado por

esa escena”, sostiene la fuente.

Pero en su despacho de senador nacional, el ex gobernador Romero niega el ataque de pánico en Chapadmalal: “Era un cuarto pequeño con dos camas, una a cada lado, de esas que se hundían. La única opción para estar allí era en la puerta, entre las camas o sentado en una de ellas; a Adolfo se lo puede haber visto sentado y un poco hundido, pero nunca lo vi perder la compostura o expresar un temor de ese tipo”.

También Rodríguez Saá desmiente que haya sufrido un ataque de pánico en aquellos días de vértigo, y atribuye la versión al caudillo bonaerense Eduardo Duhalde y sus “maniobras desestabilizadoras”.

“No padezco ese mal. Es todo un invento de Duhalde y de sus amigos para justificar el golpe en mi contra”, afirma Rodríguez Saá en el parque del

casco de su estancia, pintada en tonos pastel y ubicada a ochenta kilómetros de Villa Mercedes, la segunda ciudad de San Luis.

Cinco veces gobernador de su provincia, Rodríguez Saá ahora es senador y productor ganadero: “Toda carne de exportación, todo cuota Hilton”, explica. Se dedica a esa actividad desde mayo de 2003, cuando perdió las elecciones presidenciales frente a Kirchner.

“Yo —agrega— había seguido de cerca los acontecimientos del sábado, que empezaron con una tentativa trucha de quemar la puerta de la Casa de Gobierno. Lo que me llamó poderosamente la atención fue que se abrió la puerta del Congreso —una puerta que solo se puede abrir desde adentro— y quemaron unos sofás y unos sillones. Fue una imagen que recorrió el mundo deteriorando las instituciones del país y la

autoridad presidencial. Y adentro del Congreso solo estaba la gente de Duhalde”.

La versión de Duhalde es muy distinta: “Cuentan los que estaban con él en Chapadmalal que tuvo un ataque de pánico. En relación con el estado de ánimo de Rodríguez Saá, fue notorio que pasó de un estado de euforia muy grande en los días previos a un pozo depresivo en medio de la reunión de Chapadmalal”.

“Hablé —añade— con Ruckauf; Daniel (Scioli), que era secretario de Turismo y Deportes; Cafiero, que era senador; Juanjo Álvarez... La historia que me relatan es la misma: estaba en posición fetal y el hermano lo acariciaba; tuvo un ataque de pánico. Y lo comprendo: la presidencia es un lugar muy complicado. Además, él se había pasado una semana sin dormir, y lo decía”.

Para el ex gobernador Romero, Álvarez fue

“una persona clave” aquel domingo en Chapadmalal porque “se ocupó de transmitir miedo durante toda la tarde”.

Varios dirigentes que participaron del corto gobierno de Rodríguez Saá señalan a Álvarez como uno de los “conspiradores”, una especie de Caballo de Troya colocado allí por los bonaerenses Ruckauf y Duhalde para desestabilizar al caudillo puntano.

El ex asistente de Álvarez niega que su ex jefe hubiera cumplido ese rol: “Creo que algunos necesitan inventar cualquier cosa —construir un relato, en términos del kirchnerismo— para justificar por qué tuvieron tanto miedo y salieron corriendo”.

Lo cierto fue que Romero y Álvarez no pudieron

seguir discutiendo en Chapadmalal: los interrumpió el coronel Gustavo Bohn, que era el número dos de la Casa Militar y dirigía a los once miembros de la custodia presidencial —una división de la Policía Federal— que habían viajado para proteger a Rodríguez Saá.

—Presidente, no podemos garantizar su seguridad —le informa.

Rodríguez Saá vuelve al living del chalet, seguido por su hermano, Romero y Álvarez. A esa altura, los gobernadores intuyen que la reunión está terminada y que el caudillo puntano ha resuelto renunciar.

Los gobernadores y los funcionarios rodean al presidente mientras Bohn le informa que el ruidoso grupo de personas que manifiesta frente a la puerta del complejo se ha vuelto más numeroso, compacto y virulento, tanto que amenaza con entrar

a la residencia en cualquier momento. Y le sugiere que evacúe el lugar en forma inmediata junto a los gobernadores, legisladores, funcionarios, asistentes y custodias.

—Perfecto. Avisen al avión que vamos a salir. Nos vamos a San Luis; voy a renunciar desde allí como un símbolo del abandono que me han hecho los gobernadores —ordena el presidente.

Tanto es el temor de los políticos a los caceroleros que, apenas Rodríguez Saá acepta el “consejo técnico” de su custodia, todos salen literalmente corriendo del chalet en busca de sus choferes y de los autos salvadores.

—Vamos, vamos, que se vienen —es la consigna que repiten para darse ánimo y apurar las piernas.

Afuera, a tono con el gran escape, una masa de nubes ennegrece el cielo y el océano, y sopla un

viento de tormenta: el escenario de una fuga apocalíptica que, en realidad, había sido encabezada por Ruckauf un rato antes. El gobernador miraba por la ventana del living cuando vio que uno de sus custodias le hacía señas para que saliera y que el piloto del helicóptero encendía el motor y las aspas se ponían en movimiento.

—Voy a echar una meada —avisó, y encaró hacia la puerta de salida.

—Vamos, que yo voy a mear con vos —lo siguió Puerta que también estaba atento al solitario helicóptero de Ruckauf. Y le hizo señas a Rovira, su “delfín” en la gobernación de Misiones.

“Todavía Rovira no me había traicionado”, agrega ahora Puerta en alusión a la pelea posterior con su heredero.

Al salir del chalet, Ruckauf vio llegar a

Álvarez, a quien había mandado llamar por medio del edecán presidencial.

—Juanjo, se acabó: este tipo se va —le contó sin detenerse en su apurado camino rumbo al helicóptero.

“Yo estaba en la confitería, donde habíamos almorzado, con otros funcionarios del gobierno —explica el entonces secretario de Seguridad. Luego de que me cruzo con Ruckauf, entro al chalet número 3 y me cuentan que el presidente está en uno de los dormitorios”.

Afuera, Ruckauf caminaba encabezando el grupo, algo encorvado y tomándose la cabeza para protegerse de la polvareda que levantaban las aspas del helicóptero. Tronaba el motor de la máquina voladora. Puerta y Rovira lo seguían a una cierta distancia.

—Esto parece Saigón 1975 —gritó Puerta. Se

refería a la desesperada huida de los ciudadanos estadounidenses en helicópteros, antes de la caída de la capital de Vietnam del Sur a manos de los guerrilleros comunistas del Vietcong.

Ruckauf trepó a la máquina y la puerta se cerró desde adentro; Puerta golpeó la ventanilla con el celular hasta que la puerta se volvió a abrir, y pudo subir y sentarse. Pero no había asiento para Rovira: como no es muy alto, logró escapar sentado en la falda de Puerta.

El helicóptero de la gobernación bonaerense ya se había ido cuando Rodolfo Frigeri, el virtual ministro de Economía de Rodríguez Saá, salió del pequeño chalet donde había terminado de resolver los últimos detalles del presupuesto para 2002, aceptando una invitación del senador Antonio

Cafiero, experimentado economista y político del peronismo.

—Rolo, vamos a ver cómo está la reunión entre el presidente y los gobernadores.

El cargo formal de Frigeri es secretario de Hacienda, Finanzas e Ingresos Públicos. Rodríguez Saá no quiso nombrarlo ministro de Economía porque se veía a él mismo como número uno del área, tal como sucedía en San Luis, donde todos los ingresos y todos los gastos pasaban por su control.

Frigeri era diputado nacional por la provincia de Buenos Aires y hombre de Duhalde cuando Rodríguez Saá lo invitó a formar parte de su gobierno. Conocía muy bien al Adolfo: lo había asesorado durante sus primeros años como gobernador, desde el retorno a la democracia, en 1983.

Uno de los primeros encargos que le había hecho el flamante presidente fue la preparación del proyecto de presupuesto; era la herramienta clave para destrabar la crucial negativa del FMI a ayudar al país con el envío de dinero fresco, una de las razones que precipitaron la caída de De la Rúa.

El día anterior, en la residencia de Olivos, el Adolfo le había recordado el trabajo pendiente.

—Lo termino y te reúno al gabinete para analizarlo, como me pediste —le prometió el funcionario.

—Rolo, el gabinete, en este tema, somos vos y yo.

—Así es mucho más fácil: te lo llevo mañana a Chapadmalal.

Frigeri ya hizo los deberes y ahora camina tranquilo rumbo al chalet número 3 junto con

Cafiero y tres funcionarios de Economía. A los pocos metros, notan que algunos vehículos oscuros avanzan hacia ellos a gran velocidad.

—¡Maza, Maza, pará! —le grita Cafiero, siempre locuaz, al gobernador riojano; no tiene suerte.

—¡Juan Carlos, Juan Carlos! —intenta otra vez Cafiero, pero el auto en el que escapa el gobernador salteño casi lo atropella.

—Antonio, guarda que lo van a pasar por encima —le advierte Frigeri.

—Pero, ¿por qué se van de esta manera? ¿Qué les pasa a los compañeros? —pregunta Cafiero, confundido.

Parado a un costado del sendero, Frigeri ve pasar más coches y también una combi blanca de presidencia con una pequeña muchedumbre de funcionarios despavoridos, en la que reconoce al

secretario de Turismo y Deportes, Daniel Scioli, nombrado por el Adolfo para congraciarse con Menem.

Frigeri se preocupa todavía más cuando repara en que uno de los vehículos es el que le habían asignado como virtual ministro de Economía.

—Ése es mi auto, pero ¿qué carajo pasa aquí?

Llama por celular a uno de los que escapan en la combi blanca y se entera de que se están yendo por temor a una invasión de caceroleros, y que Rodríguez Saá decidió renunciar en San Luis. Por eso, van en busca del avión presidencial, que los espera en la pista de Miramar.

Ya están llegando al chalet 3 cuando Frigeri termina de relatar las novedades que le pasaron por teléfono.

—Se fueron todos y nos dejaron acá. Esto no puede estar sucediendo —dice Cafiero.

—Antonio, estamos mal: usted, un senador y yo, un funcionario; dos corruptos. Nos van a pasar por las armas. Yo me voy a la arena y me entierro de pies a cabeza —bromea Frigeri.

—Yo no me voy a enterrar por culpa de un caudillo de provincia que no aguanta las presiones inherentes a la presidencia de la Nación —contesta Cafiero con fingida solemnidad.

Indiferentes, varios empleados limpian el lugar. Los políticos les explican que se han olvidado de ellos y les preguntan si conocen a alguien que pueda llevarlos al aeropuerto de Mar del Plata.

—¿Por qué no le dicen al parrillero? Él tiene una camioneta. Ojo que está por irse —les contesta un empleado.

Ansiosos, Frigeri, Cafiero y el resto del grupo salen del chalet y a un costado ven a un hombre que está por subirse a una vieja camioneta Ford,

carrozada; allí había traído la carne y las achuras para el asado del mediodía.

—Hola amigo, ¿usted está saliendo? Necesitamos que nos acerque a Mar del Plata. ¿Nos haría la gauchada? —implora Cafiero.

—Mire, voy acá cerca, pero puedo sacarlos de aquí y dejarlos en la ruta.

—Está bien, amigo. En la ruta, hacemos dedo.

—Pero si me ven los muchachos que están protestando, me rompen la camioneta. Tienen que ir atrás.

—¿Atrás? —se sorprende Frigeri.

—Sí, así no los ven.

El parrillero abre la caja de la camioneta y acomoda un viejo colchón para que los cinco extraños no ensucien sus prolijas vestimentas con los restos de comida y de carbón.

—¿Un colchón? ¡No me digan que, encima de

todo esto, nos van a coger! —suelta Cafiero.

Todavía ríen sentados en el colchón cuando la camioneta atraviesa la puerta principal del complejo turístico en medio de los gritos y del resonar de las cacerolas.

Ya en la ruta 11, a una prudente distancia de los caceroleros, Frigeri, Cafiero y los funcionarios de Economía intentan que algún automovilista se apiade de ellos y los acerque al aeropuerto.

—Esto les va costar dos mil pesos —tarifa el dueño de un vehículo.

—Pero, ¿cómo nos va a cobrar? Estamos en una emergencia —protesta Cafiero.

—Entonces, ¡púdranse acá, manga de corruptos! —les grita y se aleja a toda velocidad.

Al final, convencen a otro automovilista para que los lleve al aeropuerto, donde consiguen lugar en un avión que parte a Buenos Aires. Cafiero

entra en la aeronave y saluda, sonriente, a la tripulación.

—Mejor no digan nada y busquen rápido dónde sentarse. Muchos pasajeros están enojados porque no querían viajar con ustedes —les aconseja una azafata.

Cafiero encabeza el cortejo de políticos y funcionarios humillados que avanza hacia el fondo del avión en procura de asientos vacíos, la cabeza gacha, el paso rápido, recordando seguramente tiempos más gratos de una militancia peronista en la que lleva ya más de medio siglo.

Capítulo 2

LA ÚLTIMA CARTA



*Rodríguez Saá asumió el domingo 23 de diciembre
y renunció una semana después.*

—*Carlos, yo lo veo decidido a renunciar al
Adolfo.*

—*No puede ser, ¿estás seguro?*

—*Sí, y no lo podemos convencer con Insfrán.*

El gobernador riojano, Ángel Maza,

el 30 de diciembre de 2001, desde el *Tango 03*,
por teléfono con el ex presidente Carlos
Menem.

*Los lobos y los lobbies que andan sueltos no
han
entendido la esencia de los nuevos tiempos y*

*pretenden
mantener los privilegios de la vieja Argentina.*

Adolfo Rodríguez Saá el 30 de diciembre de
2001 por la
noche en su mensaje de renuncia desde San
Luis.

La caravana del presidente Adolfo Rodríguez Saá y sus asustados acompañantes escapa por la puerta trasera del complejo turístico de Chapadmalal, recorre unas calles de tierra, alcanza la ruta provincial número 11 y acelera hacia el aeropuerto donde los espera el *Tango 03*.

—Pero, ¿dónde carajo estamos yendo? —le pregunta el secretario de Seguridad, Juan José Álvarez, a su chofer, que encabeza la fila.

—No sé, creo que a Mar del Plata.

—Pará, pará, que pregunto.

La decena de autos oscuros y la combi blanca de presidencia frenan en plena ruta; algunos coches muerden la banquina. Agitado, desaliñado, el presidente Adolfo Rodríguez Saá baja la ventanilla y asoma su cabeza.

—¿Qué pasa ahora, Juanjo?

—Presidente, ¿adónde vamos?

—A Miramar, me informan que el avión está en Miramar.

—¡Pero es para el otro lado!

La caravana da la vuelta y corre ahora en la dirección opuesta, hacia la pista acondicionada en 1997 por el presidente Carlos Menem, más cercana a Chapadmalal que el aeropuerto marplatense de Camet.

La fila de vehículos pasa como una flecha frente

a la residencia de Chapadmalal; el presidente y su comitiva alcanzan a apreciar las dimensiones del ejército que los ha puesto en fuga: un centenar de empleados y vecinos armados con cacerolas, sartenes, jarros y cucharas.

Si bien cantaban las consignas del momento, como “¡Que se vayan todos!”, el núcleo de su reclamo era la reapertura de los hoteles para turismo social, que integran —junto con los chalets de la residencia presidencial— el complejo creado en los tiempos felices del primer peronismo.

La mayoría de los manifestantes se había quedado sin trabajo tras el ajuste dispuesto a principios de diciembre por el entonces presidente Fernando de la Rúa, de la Alianza entre el radicalismo y el Frepaso.

Incluso, Daniel Scioli, el secretario de Turismo

y Deportes, había logrado apaciguarlos bastante después del almuerzo, cuando fue hasta la puerta del complejo y les aseguró que todos los hoteles serían reabiertos en los próximos días.

Rodríguez Saá conocía esas gestiones; es más, había avalado expresamente la decisión transmitida por Scioli.

En su retirada, el presidente seguramente se pregunta qué es lo que está pasando en esas tierras tan desconocidas para él. ¿Fue una evaluación exagerada de su custodia, que prácticamente lo obligó a evacuar el complejo de Chapadmalal por temor a la invasión de esos pocos caceroleros? ¿O es parte de la conspiración “de lobos y de lobbies” que lo está empujando a la renuncia para imponer un proyecto económico con el que no está de acuerdo? ¿No será que él y su influyente hermano Alberto se están equivocado con la

decisión táctica de replegarse sobre su territorio de San Luis para desde allí abandonar el cargo a menos que los gobernadores —esos traidores que lo han dejado solo— le imploren que se quede?

Este repliegue táctico había sido debatido el día anterior, el sábado 29, en la residencia de Olivos, cuando se decidió convocar a todos los gobernadores peronistas a una reunión urgente en Chapadmalal.

Una parte del círculo áulico sugería que el presidente “tomara la cadena nacional y denunciara el golpe de Estado que estaba ocurriendo en su contra”, confía un ex funcionario. ¿Los autores de ese presunto complot? Los que Rodríguez Saá acostumbra a responsabilizar de su caída: una coalición de intereses representada por

el peronismo bonaerense del senador Eduardo Duhalde, en ocasional acuerdo —siempre según el puntano— con algunos gobernadores peronistas, como el cordobés José Manuel de la Sota.

Durante unas horas esta opción con el visto bueno de Rodríguez Saá; incluso, el ex intendente porteño Carlos Grosso —que había tenido que renunciar a su cargo de asesor por las protestas del viernes 28 por la noche, pero seguía muy activo— se puso a escribir en su casa el borrador de ese mensaje presidencial, que “dividía las aguas: la vieja política de la nueva política y los que querían la devaluación de los que defendían el bolsillo del pueblo”, entre otros ejes.

Pero, a las cinco de la tarde de aquel sábado, Grosso recibió un llamado desde Olivos: “Dejá, Carlos, no sigas: mañana va a haber una reunión de gobernadores en Chapadmalal. No podemos dar

un mensaje sin antes reafirmar el apoyo de los gobernadores”.

Según las fuentes consultadas, la opción que se impuso fue la del hermano Alberto, que preveía el repliegue hacia San Luis si el Adolfo no lograba un contundente respaldo en Chapadmalal por parte de los jefes provinciales del nuevo oficialismo.

El ex número dos de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), el entrerriano Héctor Maya, interpreta que “algunos se confundieron con la encuesta que le daba al Adolfo un 69 por ciento de imagen positiva: creyeron que podían apostar a otro 17 de Octubre. Era la visión de los puntanos y el Adolfo les hizo caso; ellos apostaban a un clamor popular ante la posibilidad de la renuncia del presidente, que forzara a los gobernadores peronistas a respaldar al gobierno. Pensaban parar el golpe de esa

manera”.

En concreto, Rodríguez Saá buscaba el apoyo del peronismo para que el Congreso aprobara rápidamente los dos proyectos que reclamaba el Fondo Monetario Internacional antes de enviar dinero fresco: un presupuesto equilibrado para 2002 y una nueva ley de coparticipación federal; es decir, otra norma para el reparto de impuestos entre la Nación y las provincias.

Con esas dos leyes, podía entonces esperar la visita que ya le había prometido la número dos del FMI, Anne Krueger, y que le había confirmado el propio presidente estadounidense, George W. Bush, por teléfono aquel sábado a las once de la mañana.

—Presidente, al final usted no juntó los 50 millones de dólares, pero igual llegó a la presidencia de su país —lo saludó Bush.

Se refería al diálogo que habían tenido cuando se conocieron, en 1998: él era todavía gobernador de Texas y le dijo que ya había reunido todo ese dinero para su campaña a la Casa Blanca. “Yo también quiero ser presidente, pero no he juntado ni un millón para la campaña”, le contestó el Adolfo.

Todo había comenzado errado en Chapadmalal: cuando llegó —a las once de la noche del sábado— junto con su hermano y con Luis Lusquiños, el secretario general de la Presidencia, se encontró con que no había luz: “Nos quedamos a oscuras sentados en el living, y, como estábamos muy cansados, nos quedamos dormidos”, recuerda.

La electricidad recién volvió a las tres de la madrugada del domingo. Para los hombres del presidente, un episodio más de la conspiración. Según el vicealmirante Carlos Carbone —el jefe

de la Casa Militar— apenas un corte de electricidad por “las condiciones meteorológicas, que eran sumamente desfavorables”.

Pero hay poco tiempo para pensar en medio del escape frenético de aquel domingo 30 de diciembre por la tarde. Cuando la caravana llega al aeropuerto de Miramar, el presidente, los gobernadores, los legisladores, los funcionarios y los custodias bajan a la carrera, pero pronto descubren que el *Tango 03* está cerrado y que la tripulación no responde a los gritos ni a las órdenes. Un asistente de Rodríguez Saá ubica al comandante en su teléfono celular.

—Presidente, se fueron a Miramar a tomar un café. Ya vienen para acá, pero dicen que pueden demorar porque casi no se ven taxis.

Rodríguez Saá y su comitiva vuelven a los autos y enfilan hacia la ciudad; la decena de vehículo oscuros y la combi blanca dan un par de vueltas por el centro, pero no encuentran al piloto, el copiloto y las azafatas del *Tango 03*, un avión de cabotaje de la flota presidencial.

Cuando regresan el aeropuerto, el comandante y la tripulación ya están en sus puestos. Ahora sí pueden embarcar. El presidente ve que Álvarez se queda en la pista, junto con su secretario, Matías Filgueira Risso.

—Juanjo, venite con nosotros a San Luis.

—No presidente, es mejor que yo vuelva a Buenos Aires.

Rodríguez Saá entra al avión y la puerta se cierra. Unos minutos después, se abre nuevamente y el presidente baja muy apurado; llega donde está parado el secretario de Seguridad y abraza a

Filgueira Risso.

—Tenés que estar muy orgulloso de trabajar para Juanjo.

Y vuelve al avión, que poco después comienza a carretear.

El *Tango 03*, un Fokker F-28, es un avión más pequeño, incómodo y rústico que el *Tango 01*, un Boeing 757-200 comprado por Menem en 1992 por 66 millones de dólares.

El *Tango 01* tiene un área presidencial, que incluye un comedor para seis personas, un despacho, una sala de reuniones y dos suites; un sector VIP —similar a la clase business de una aerolínea comercial— y un espacio con hileras de butacas muy cómodas.

En cambio, el *Tango 03* posee básicamente dos sectores, que no están separados: el más importante se localiza en la parte delantera de la

nave, donde los asientos, cada uno con su mesita, están enfrentados para facilitar las reuniones; allí se sientan el presidente; los gobernadores de La Rioja, Ángel Maza; Formosa, Gildo Insfrán, y San Luis, Alicia Lemme, y el ministro del Interior, Rodolfo Gabrielli. En el segundo sector, formado por hileras de asientos, se ubica el resto de la comitiva, entre ellos el Alberto, que va y viene con partes de Inteligencia, a cual más incendiario.

Insfrán y Maza son amigos de Adolfo Rodríguez Saá y han decidido acompañarlo en la hora más difícil de su gobierno. Además, quieren aprovechar el viaje para convencerlo de que no renuncie.

—El Adolfo está loco si renuncia —comenta Maza en voz baja antes de que el presidente se acomode en su lugar.

—Hicimos bien en acompañarlo, le responde

Insfrán.

El gobernador formoseño abre juego a Gabrielli, que estaba escuchando.

—Si hay que acompañar, yo acompaño hasta el final. Somos todos peronistas. Pero tiene que seguir gobernando.

Maza e Insfrán forman parte del Frente Federal, el bloque de once provincias chicas gobernadas por el peronismo que en apenas dos meses logró tres puestos claves: primero, ubicó a Rodríguez Saá como titular del Consejo Federal de Inversiones, un organismo que se había convertido en la fortaleza porteña del grupo; luego, colocó al misionero Ramón Puerta como titular del Senado y virtual número dos de Fernando de la Rúa — Carlos “Chacho” Álvarez había renunciado a la vicepresidencia el año anterior— y, por último, impulsó a Rodríguez Saá como presidente de la

Nación.

Es el interior enfrentado a las tres provincias grandes del peronismo: Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe, y a la ciudad de Buenos Aires, que primero ungió a De la Rúa como presidente y luego —en una inédita rebelión callejera— lo echó de la Casa Rosada.

Sentados en el *Tango 03*, a la espera de una gestión salvadora, Maza e Insfrán intuyen que, si las provincias chicas pierden ese turno, la perinola del poder puede favorecer a Buenos Aires, ese gigante que les inspira tanto recelo.

Durante el vuelo, Maza, Insfrán y Gabrielli intentan torcer la decisión de Rodríguez Saá mientras dan cuenta de las gaseosas y los sándwiches que los asistentes rescataron del catering previsto en Chapadmalal. La huida inesperada les abrió el apetito.

Insfrán es el más ortodoxo.

—Mirá, Adolfo, que el peronismo se caracteriza por garantizar la gobernabilidad, y no puede rehuir esa responsabilidad.

Pero la decisión ya ha sido tomada, y el constante revoloteo del Alberto ahuyenta cualquier duda del presidente.

—Sin el apoyo de los gobernadores, tenés que renunciar —argumenta el menor de los hermanos.

—Sí, si quieren que siga, que vengan a San Luis a pedírmelo.

Quienes participaron de aquel viaje inolvidable juran que el Alberto temía que manifestaciones populares organizadas por los presuntos conspiradores terminaran con muertes por las cuales se responsabilizara a su hermano.

—Yo no tengo esa información, Alberto. Creo que la situación no está para eso —lo contradice

Gabrielli.

Pero los Rodríguez Saá no dan el brazo a torcer.

Cuando comprende que ya no puede hacer nada, el riojano Maza se levanta y camina hacia el área de Comunicaciones, ubicada antes de la cabina de mando. Solo desde los teléfonos de ese sector se puede llamar al exterior, por ejemplo a su jefe político, el ex presidente Menem.

—Carlos, yo lo veo decidido a renunciar.

—No puede ser, ¿estás seguro?

—Sí, y no lo podemos convencer con Insfrán.

Luego le avisa a uno de los colaboradores de Duhalde. Y no hace más llamados porque se siente incómodo: tiene que pedir en voz alta al militar a cargo de los teléfonos que lo comunique con cada número. Además, están por aterrizar en el aeropuerto puntano “Brigadier Mayor César Raúl Ojeda”.

El presidente ya está en su casa, en esa ciudad fundada en 1594 y a la que se la conocía como San Luis de la Punta de los Venados. El Adolfo —el primer puntano en llegar a la presidencia— se pone contento cuando el avión se posa en la tierra que tanto extrañaba.

Es difícil que un líder peronista renuncie voluntariamente a algo. Educados en una cultura política macerada por las acciones y las enseñanzas del fundador del movimiento, el general Juan Domingo Perón, sus sucesores tienen una visión táctica de ese tipo de desprendimientos; acuden a esos gestos extremos solo para provocar una reacción que vuelva a colocarlos en el centro de la escena. Sueñan, en esos momentos cruciales, con protagonizar otro 17 de Octubre, con que el

pueblo o los dirigentes vayan a buscarlos, a implorarles que recapaciten y vuelvan a conducirlos.

Es lo que planean los hermanos Rodríguez Saá: forzar a los gobernadores peronistas —en especial, a De la Sota y al santafesino Carlos Reutemann, y a otros dirigentes de fuste, como Duhalde— a que llamen a San Luis para convencer al Adolfo de que siga al frente de esa Argentina que parece hundirse en la quiebra económica, la bronca popular y la anarquía política. La jugada es acercarlos al abismo y obligarlos a ratificar su apoyo al puntano, que podría negociar, incluso, una extensión de su acotado mandato.

Pero también de acuerdo con el manual peronista, es una táctica arriesgada, que puede ser leída como una muestra de debilidad política: las renunciadas no se mencionan en una fuerza política

donde cada uno de sus miembros “lleva el bastón de mariscal en su mochila”, como decía Perón.

Los Rodríguez Saá juegan esa última carta y pierden: nadie llama, ninguno viene al pie. La espera en la Residencia de Gobernadores termina con la redacción del mensaje de renuncia, que se transmite por la cadena nacional de radio y televisión recién a las once de la noche, dos horas después de lo previsto, debido a un sinfín de problemas técnicos.

Durante esas dos horas, los gobernadores Maza e Insfrán, el ministro Gabrielli, el secretario Scioli y un grupo de colaboradores permanecen en sus sillas, como una coreografía muda detrás del majestuoso escritorio del Adolfo, esperando que llegue la señal de Canal 7 desde Buenos Aires.

Frente a él, su hermana Zulema —directora del diario local— y el Alberto toman mate sentados en

sendos sillones.

El presidente luce aliviado; se siente feliz entre su gente y en territorio conocido. Sonríe, cuenta chistes, pero no logra conmovier los rostros sombríos de muchas de las personas que lo rodean.

Pasan los minutos y Rodríguez Saá va perdiendo la serenidad debido a la demora para emitir en directo un mensaje de apenas nueve minutos.

—Seiscientos empleados de ocho mil pesos por mes tiene Canal 7 y no pueden hacer una conexión —se queja.

La tecnología está a tono con la Argentina del “corralito” bancario, el mayor *default* del mundo, el 18,6 por ciento de desempleados y los catorce millones de pobres. Muchos televidentes no alcanzan a ver la primera parte del discurso; el resto del mensaje está plagado de interferencias,

como si fuera una transmisión del pasado.

Fuera de la residencia, unos doscientos puntanos piden que no renuncie e insultan a “los porteños” y a “los periodistas”.

Pero Rodríguez Saá ya está leyendo su último mensaje como presidente. Primero, enfatiza que la Argentina “se encuentra en la más grande bancarrota de la historia”, y enumera los puntos centrales del plan económico que había preparado para anunciar “hoy, a esta misma hora” si “los lobos y los lobbies que andan sueltos” y “pretenden mantener los privilegios de la vieja Argentina” no lo estuvieran empujando a la renuncia.

Ese plan económico incluía —asegura— la apertura del “corralito” bancario y un presupuesto equilibrado para 2002 “con la eliminación de todos los gastos de la corruptela del Estado”.

Rodríguez Saá endurece los gestos cuando acusa a los ocho gobernadores peronistas que le han quitado su apoyo, “especialmente el gobernador de Córdoba, que priorizó la interna partidaria a los intereses de la Patria”.

Y agrega: “Esta actitud de mezquindad y retaceo no me deja otro camino que presentar mi renuncia indeclinable”.

“¡Viva la Argentina!”, grita el Adolfo antes de levantarse y entregar su renuncia al edecán naval, Horacio Nadale, para que la lleve a Buenos Aires junto con el ministro Gabrielli en el viaje de vuelta del *Tango 03*.

El tercer presidente en apenas diez días recibe los abrazos de sus leales, y con ellos se dirige al quincho de la residencia a comer un asado.

Capítulo 3

EL PARTIDO BONAERENSE



*Raúl Alfonsín, en el bloque de senadores radi
Figura clave de la política argentina.*

—*Mirá Eduardo, vos podés conseguir el apoyo
de Alfonsín,
que te puede dar cien votos entre radicales,
socialistas y
aliados. Con eso tenés la elección asegurada.
Y la mejor garantía para vos es que
a la Asamblea Legislativa la maneje el
presidente
de la Cámara de Diputados, que es uno de los
tuyos.*

—*No, no, no... Bueno, puede ser... Dame
media hora*

que hablo con Alfonsín.

Diálogo por teléfono entre los senadores Ramón
Puerta y
Eduardo Duhalde, la noche del 30 de diciembre
de 2001.

*—Mire Carlos, haga lo que a usted le parezca,
yo lo voy a apoyar. Hay que salvar la
Argentina,
y si usted quiere ser, lo voy a apoyar.
Creo que si es Duhalde, mejor.*

—¿Y qué hacemos con el radicalismo?

*—Salven ustedes a la República que del
radicalismo
me voy a hacer cargo yo.*

Diálogo entre el ex presidente Raúl Alfonsín y

el
gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, la
noche
del 30 de diciembre de 2001.

El helicóptero de la provincia de Buenos Aires ya levantó vuelo de Chapadmalal y encara hacia el aeropuerto marplatense de Camet, un trayecto corto para alivio de sus pasajeros que escapan apretados por la falta de espacio: el gobernador misionero, Carlos Rovira, sentado en la falda de su mentor, el senador Ramón Puerta, que conversa con el mandatario bonaerense Carlos Ruckauf.

—Mirá, me parece que esto va a terminar mal —dice Ruckauf.

—No fue una buena reunión, el Adolfo estaba muy nervioso —contesta Puerta.

—Yo creo que se va, que renuncia.

—¿Te parece, Carlos? Si acaba de asumir.

Ruckauf deja a sus acompañantes en el aeropuerto y sigue a Villa Gesell, donde lo espera su familia para pasar el Fin de Año. Puerta baja del helicóptero intuyendo que Ruckauf ya se ve como el sucesor de Rodríguez Saá; más que por lo que dijo, por la manera como lo dijo.

Mientras Rovira vuelve a Misiones en el mismo avión que lo trajo, Puerta llama por teléfono al gobernador salteño, Juan Carlos Romero.

—No viniste; te hice señas para que nos fuéramos en el helicóptero de Ruckauf.

—No, ya voy, esperame. Parece que el Adolfo va a renunciar.

—¿Eh? ¡No puede ser!

—Sí, lo anunció después de que ustedes se fueron.

—Tenía razón Ruckauf entonces.

—¿Qué te dijo?

—Que el Adolfo se iba. Y te digo más: Ruckauf ya se está poniendo el traje de presidente.

Una hora después, el gobernador salteño llega al aeropuerto y le cuenta a Puerta las últimas novedades.

—Yo vine en auto, salimos por la puerta principal y nos patearon el auto los caceroleros. Nada grave tampoco, si no eran tantos.

Puerta y Romero toman el avión privado que los trajo desde Punta del Este; el gobernador salteño se queda allí, con su familia, y Puerta viaja en auto a Montevideo, donde tiene casa y acostumbra pasar la Navidad y el Fin de Año.

Con la renuncia de Rodríguez Saá, Puerta

vuelve a convertirse en un personaje clave ya que debe asumir como presidente con la obligación de convocar a una nueva Asamblea Legislativa. Otra vez una sesión especial de todos los senadores y diputados; en este nuevo capítulo de la gran crisis, para elegir al sucesor del caudillo puntano. Un remedio institucional previsto para situaciones anormales, que se usará por segunda vez en apenas diez días.

Esto es así porque no hay vicepresidente desde la renuncia de Carlos “Chacho” Álvarez, el principal dirigente del Frepaso, el 6 de octubre de 2000, y Puerta, como presidente provisional del Senado, ocupa el segundo lugar en la línea de sucesión.

Ingeniero, peronista pero de familia radical y desarrollista, Ramón Federico Puerta era millonario cuando ingresó a la política: su

principal negocio es un próspero yerbatal (yerbal, dicen en Misiones) fundado por su abuelo, un republicano español. Vive en una chacra en las afueras de Apóstoles, ciudad en la que también nació Enrique “Coti” Nosiglia, un destacado dirigente radical al que le gusta moverse detrás de la escena política. Puerta es amigo de Nosiglia, y también de Mauricio Macri, el jefe de Gobierno porteño, con quien estudió en la Universidad Católica Argentina.

Con departamentos sobre la Avenida del Libertador y en París, cerca del Arco de Triunfo, y casa en Carrasco, Montevideo, Puerta tiene fama de *bon vivant*; nunca se casó, aunque es padre de dos hijos con la misma mujer.

Buen negociador, ameno en el trato, Puerta tiene una nueva oportunidad para quedarse con la presidencia, pero volverá a dejarla pasar. Uno de

sus amigos de la política lo describe así: “Ramón es prolijo, moderno, respetuoso de los adversarios y de las instituciones, pero le falta esa cuota de sadismo que la política requiere”. Es un rasgo inexplicable para muchos peronistas, cuyo ADN revela una vocación de poder difícil de opacar; tanto que algunos dirigentes interpretan que Puerta tuvo miedo de hacerse cargo del país y de enfrentar la crisis y las presiones.

Puerta ya está en su casa de Montevideo cuando ve por televisión el mensaje de renuncia de Rodríguez Saá, el hombre al que tanto ayudó a llegar a la presidencia hace apenas una semana.

Según su versión, la primera llamada que recibe es de Ruckauf, que quiere saber qué harán las once provincias chicas gobernadas por el peronismo, que se mueven en bloque, en el llamado Frente Federal.

—Todavía no charlamos entre nosotros, pero yo pienso que ahora le toca a un candidato de las provincias grandes... Podes ser vos, Carlos.

—Bueno, yo no tengo problema. Si me eligen, agarro.

—Mirá, hablá primero con Duhalde.

Puerta evalúa que la vertiginosa semana de gobierno de Rodríguez Saá ha desgastado al Frente Federal y que es el turno de las provincias peronistas de mayor volumen: Córdoba, Santa Fe y, especialmente, Buenos Aires. ¿Su candidato? Eduardo Duhalde, más que Ruckauf, y se dispone a marcar su número de teléfono.

Pero antes le entra un llamado del ex presidente Carlos Menem, en cuyo decenio fue dos veces gobernador de Misiones. Menem busca bloquear a Duhalde —con quien sigue duramente enfrentado— y le sugiere que esta vez sí se postule con

firmeza a la Casa Rosada ya que sus “cincuenta” legisladores lo van a apoyar en la Asamblea Legislativa.

—Carlos, el Frente Federal está muy desgastado; ya no tenemos fuerza para imponer a un candidato nuestro en la Asamblea —le responde.

Puerta localiza a Duhalde luego de varios intentos; lo encuentra jugando a las cartas en la casa de sus amigos Oscar Rodríguez, intendente del partido de Presidente Perón —en el sur del Gran Buenos Aires— y Mabel Müller, senadora nacional por la provincia de Buenos Aires.

La versión de Puerta indica que Duhalde también le sugirió que fuera el sucesor de Rodríguez Saá.

—No, yo no puedo ser. Ustedes, las provincias grandes del peronismo, están en mejor posición.

—Tenés que ser vos, Ramón.

—Mirá, el Frente Federal está quebrado; nosotros éramos el grupo que más fuerza tenía pero a Kirchner, por ejemplo, ya lo perdimos; ahí tenés que descontar siete votos en la Asamblea Legislativa, y el Adolfo había ganado por solo cuatro votos. No nos dan los números. Esta semana de gobierno del Adolfo nos desgastó.

—Pero, ¿quién?

—Yo creo que tenés que ser vos, Eduardo. Te asiste una cosa que no tiene ningún otro argentino: sacaste el 40 por ciento de los votos hace dos años en las elecciones presidenciales; el que sacó más que vos, De la Rúa, renunció; el que lo acompañó en la fórmula, Chacho Álvarez, ya se rajó hace mucho; por lo tanto, el tercer hombre sos vos. Y, además, ganaste en octubre las elecciones legislativas en la provincia más grande el país.

Tenés un grado de representatividad muy alto, que no tiene ningún otro argentino.

Puerta piensa que el principal obstáculo para la coronación de Duhalde son Menem y su todavía numeroso grupo de diputados y senadores.

—Mirá Eduardo, vos podés conseguir el apoyo de Alfonsín, que te puede dar cien votos entre radicales, socialistas y aliados. Con eso, tenés la elección asegurada, no dependés de nadie. Y la mejor garantía para vos es que a la Asamblea la maneje el presidente de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, que es uno de los tuyos.

—No, no, no... Bueno, puede ser... Dame media hora que hablo con Alfonsín.

En ese momento, Puerta toma la decisión de renunciar a la presidencia provisional del Senado para que Camaño, ex intendente de Quilmes y tercer hombre en la sucesión presidencial, se

instale en la Casa Rosada y convoque a la nueva sesión especial de senadores y diputados.

En su departamento del barrio de Palermo, Puerta admite ahora dos errores. En primer lugar, cree que se apresuró en renunciar a la presidencia del Senado ya que bastaba con un simple pedido de licencia, y en segundo lugar, reconoce que, al final, los legisladores menemistas también votaron a Duhalde, en línea con lo que había decidido la mayoría del bloque peronista.

“No era la ley de la selva que rigió después”, concluye.

La versión de Ruckauf sobre el desenlace de este episodio de la crisis enfatiza la importancia del ex presidente radical Raúl Alfonsín en la designación de Duhalde como sucesor de Rodríguez Saá. En otras palabras, en la resolución de la interna bonaerense entre Duhalde y él mismo,

Ruckauf.

No bien confirma su presunción sobre la renuncia del caudillo puntano, Ruckauf llama a Alfonsín y le pregunta a qué candidato del peronismo está dispuesto a respaldar.

—Mire Carlos, haga lo que a usted le parezca, yo lo voy a apoyar. Hay que salvar la Argentina, y si usted quiere ser, lo voy a apoyar. Creo que si es Duhalde, mejor —responde el ex presidente.

—¿Y qué hacemos con el radicalismo?

—Salven ustedes a la República que del radicalismo me voy a hacer cargo yo.

Luego, Ruckauf se comunica con Aníbal Ibarra, el jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, uno de los pocos referentes del Frepaso que ha quedado en pie, y obtiene una respuesta similar. Finalmente, lo llama a Duhalde.

“Duhalde aceptó hacerse cargo del gobierno y

me preguntó quién lo iba a acompañar; me pidió que no lo dejáramos solo”, cuenta Ruckauf en un café de Libertador y Coronel Díaz.

Por su lado, el primer llamado que Duhalde recuerda haber recibido sobre la renuncia de Rodríguez Saá fue el de Ruckauf.

—¡Qué va a renunciar! Dejate de embromar que estoy jugando a las cartas —le contestó Duhalde, según su versión.

—Se va, Eduardo, se va.

—Pero es una locura.

—Eduardo, preparate porque el único que puede hacerse cargo de esta anarquía sos vos.

Duhalde afirma que, de inmediato, “comenzaron a llamarme de todos lados. Hablé con Puerta, por ejemplo. Así que saludé a mis amigos Oscar (Rodríguez) y Mabel (Müller), y volví a mi casa. Yo no quería ser presidente, pero me iba dando

cuenta de que era una cobardía no aceptar. Una vez en casa, hablé por teléfono con Alfonsín”.

Con una larga y empinada carrera política en la que fue diputado, ministro y vicepresidente de la Nación, entre otros cargos, Ruckauf era en diciembre de 2001 uno de los dirigentes con mejor imagen del país y uno de los candidatos presidenciales favoritos del peronismo, junto al cordobés José Manuel de la Sota y el santafesino Carlos Reutemann. Duhalde no figuraba en esa grilla: tenía una imagen negativa superior al 50 por ciento y una reducida intención de voto.

Sin embargo, el ex gobernador y flamante senador era el dueño indiscutido del peronismo bonaerense, un entramado de punteros, concejales e intendentes que le permitía el control de ese

territorio clave. Y desde ese lugar, desde el vértice del aparato peronista de Buenos Aires, había enhebrado un sólido acuerdo con Alfonsín y el radicalismo bonaerense que se remontaba a — por lo menos— las negociaciones de 1994 para reformar la Constitución provincial, que permitió su reelección como gobernador.

En realidad, Duhalde siempre había buscado el acuerdo con Alfonsín y el radicalismo bonaerense. Por ejemplo, en 1991, cuando saltó de la vicepresidencia de la Nación a la gobernación de Buenos Aires, nombró a dirigentes radicales en los organismos de control y en los directorios del Banco Provincia, el Mercado Central y otros entes estatales. Incluso, les ofreció dos ministerios, que no fueron aceptados.

Es probable que esa apertura haya estado vinculada al decidido respaldo de los legisladores

alfonsinistas a la creación del Fondo de Reparación Histórica al Conurbano Bonaerense, que fue una de las condiciones impuestas por Duhalde a Menem para dejar la vicepresidencia y postularse como candidato a gobernador en los comicios de 1991. Ese fondo surgió de una ley del Congreso. ¿Su presupuesto? Seiscientos cincuenta millones de pesos/dólares por año —el 10 por ciento de la recaudación por el impuesto a las ganancias— con el argumento de que en los ochenta Buenos Aires había resignado varios puntos porcentuales en el reparto federal de los ingresos por el pago de impuestos nacionales.

“Era un dinero que, además, podía usarse con mucha libertad de acción, lo que lo hacía más atractivo”, afirma un ex funcionario de Duhalde que pidió permanecer en el anonimato.

Según Rafael Pascual, ladero de Fernando de la

Rúa en la ciudad de Buenos Aires, varias veces legislador y ex presidente de la Cámara de Diputados, “el acuerdo entre Duhalde y Alfonsín viene de muy lejos, desde la época en la que Duhalde negoció con el radicalismo todos los temas de la provincia de Buenos Aires. Recuerdo ver a (el diputado alfonsinista Leopoldo) Moreau defender el Fondo de Reparación Histórica más que los propios peronistas. Ese acuerdo lo viví en la Cámara. Eran casi socios”.

“El pacto se da cuando el radicalismo bonaerense acepta ser el eterno segundo”, agrega un ex funcionario de De la Rúa, quien, por otro lado, nunca se llevó bien con Alfonsín y siempre receló del acuerdo entre su correligionario y Duhalde.

Tan estrecha era la relación entre Duhalde y Alfonsín que en 2001 se hablaba del Partido

Bonaerense para describir esa singular alianza entre el peronismo y el radicalismo en el principal distrito político del país.

Duhalde tiene una opinión distinta: sostiene que él es el más radical de los peronistas ya que “mi abuelo era de don Hipólito Yrigoyen. Yo creo en la república”, y en un sistema “menos presidencialista, más parlamentario, basado en el diálogo y en el consenso” entre el peronismo y el radicalismo. Y agrega que también coincidía con Alfonsín en el enfoque económico, favorable a la producción nacional y al empleo, menos enfocado en la estabilidad de precios, la lucha contra la inflación y la apertura económica; tanto era así que ambos sostenían desde antes del gobierno de De la Rúa que la Convertibilidad —basada en el 1 a 1 entre el peso y el dólar— ya estaba agotada.

“Yo —agrega Duhalde— nunca comulgué con la

orientación neoliberal de Menem. Cuando fui gobernador, resistí todas las presiones para privatizar las empresas provinciales, como el banco, por ejemplo. Soy desarrollista en lo económico. Y eso también me acercaba mucho a don Raúl”.

Los duhaldistas afirman que esa relación se remonta al retorno a la democracia, en 1983, cuando Alfonsín fue elegido presidente.

El diputado Carlos Brown —ex intendente de San Martín y ex ministro bonaerense de Producción— recuerda que Duhalde fue uno de los pocos dirigentes peronistas que en 1984 respaldaron a Alfonsín en el plebiscito que puso fin al conflicto con Chile por la soberanía en la zona del Canal de Beagle.

“Además —agrega Brown— Duhalde siempre cuenta la anécdota sobre un militar que le vino a

proponer una rebelión contra Alfonsín, y que él no solo rechazó la propuesta sino que fue al despacho presidencial a contárselo al presidente”.

Ruckauf, en cambio, era un candidato más mediático: astuto, seductor, bien articulado, muy atento a la lógica de la prensa, siempre focalizado en sus objetivos políticos y en los medios para lograrlos. Nunca le interesó competir con Duhalde por el control del peronismo bonaerense ya que veía la provincia como un trampolín para llegar a la Casa Rosada.

Las fuentes consultadas están convencidas de que Duhalde lo ungió como candidato a gobernador para los comicios de 1999 precisamente por esa última característica. Es lo que piensa, por ejemplo, Teresa González Fernández, que era, en aquel momento, la esposa del candidato a vicegobernador, Felipe Solá.

“Duhalde —sostiene— es vivísimo. Él sabía que a Ruckauf la provincia no le interesaba desde el punto de vista territorial y que, por lo tanto, iba a poder conservar toda la estructura del Partido Justicialista que había armado desde que llegó a la gobernación, ocho años antes. Felipe (Solá) era mucho más bonaerense que Ruckauf, que venía de hacer política en la Capital”.

En la crisis de fines de 2001, cuando la Argentina estuvo con sus tripas al aire, al borde de la anarquía y muy cerca de que se prolongara la lucha en las calles, los atributos de Duhalde pesaron más que los de Ruckauf; el candidato mediático se desinfló frente al candidato territorial.

“A mi proyecto presidencial —explica Ruckauf— estoy renunciando cuando se produce la llegada de Duhalde al gobierno porque estoy habilitando

que otro conduzca la realidad. Para mí, fueron muy importantes en aquel momento las palabras que me dijo Alfonsín”.

También Duhalde considera que el respaldo de Alfonsín fue decisivo en su designación.

—¿Y, Duhalde? Ya no hay escapatoria... — afirma que le dijo el líder radical por teléfono aquella noche crucial del 30 de diciembre de 2001.

—Sí, don Raúl, pero solo no puedo... Voy a tener minoría en Diputados; a la Corte Suprema de Justicia totalmente en contra; al poder financiero no le conviene lo que vengo planteando, ellos quieren seguir con lo rentístico y lo usurero...

—Cuenta conmigo.

—Voy a necesitar por lo menos el quórum y en lo posible los votos del radicalismo en el Senado y en la Cámara de Diputados con los que usted me

pueda ayudar. Pero, además, necesito que usted me apoye y me envíe dos ministros suyos, que se sepa que están al lado suyo y que tengan buen consenso en el Parlamento.

—Delo por descontado. De hecho, yo ya había pensado en quiénes lo pueden ayudar.

Así fue que Horacio Jaunarena asumió como ministro de Defensa y Jorge Vanossi, de Justicia. Y Duhalde fue elegido presidente con un masivo respaldo: 262 votos; 21 legisladores votaron en contra y hubo 18 abstenciones.

Alfonsín definió la situación a favor de Duhalde contra las aspiraciones no solo de Ruckauf sino también de otros candidatos del nuevo oficialismo, como De la Sota, que era la alternativa de los gobernadores que resistían el avance del peronismo bonaerense.

El arbitraje de Alfonsín liberó a Duhalde de

ciertos compromisos con los gobernadores de su propio partido; por ejemplo, no tuvo que aceptar —como sí lo había hecho Rodríguez Saá— un mandato corto, de noventa días, sino que pudo completar el periodo de De la Rúa, a quien todavía le faltaban casi dos años en la Casa Rosada cuando renunció.

De todos modos, el poder de Duhalde derivaba del respaldo sin fisuras de los intendentes peronistas del Gran Buenos Aires; lo confirma Hugo Curto, ex sindicalista metalúrgico e intendente del partido de Tres de Febrero desde 1991, hace veinticuatro años. Es uno de los “barones” de la primera sección electoral, un fértil vivero de votos peronistas.

Curto, una suerte de Buda morocho, está desparramado en su sillón, detrás de una larga mesa repleta de papeles, retratos y chucherías, en

el medio de un despacho que es más bien un santuario dedicado al peronismo, Boca Juniors, el catolicismo y el boxeo. Hay imágenes de Perón, Evita, Juan Román Riquelme, el papa Francisco, la Virgen de Luján y Sergio “Maravilla” Martínez; también, de Néstor y Cristina Kirchner: “Yo siempre he sido, soy y seré un peronista histórico. Un peronista histórico se ubica verticalmente detrás del que ganó la elección”.

Y asegura que “en la debacle de 2001, el gobernador Ruckauf tenía ambiciones de reemplazar a De la Rúa. Pero el jefe del peronismo en el conurbano y en la provincia de Buenos Aires era Duhalde”.

“Hubo un momento —agrega— en que no se sabía bien quién iba a ser presidente, si Duhalde o Ruckauf. Con un grupo de intendentes, fuimos a hablar al despacho del presidente de la Cámara de

Diputados, que era Camaño. Nosotros pensábamos que el único que podía era Duhalde. Fuimos en amistad; yo dije que no había más posibilidades que Duhalde; que teníamos a la gente puteando en la calle, al partido parado, a la Corte amenazando con tomar el gobierno”.

Duhalde cultivaba un vínculo personal, casi afectivo, con cada uno de los miembros del aparato peronista. “En este quincho —cuenta en su quinta Don Tomás, en el partido de San Vicente— recibía cada sábado a los dirigentes peronistas de una de las secciones electorales de la provincia. Iba rotando: un sábado, una sección; otro sábado, otra sección... Hablábamos de nuestros temas y siempre terminábamos con un partido de fútbol en esa cancha”.

Otro bonaerense, Juan José Álvarez, recuerda la ocasión en la que, siendo ministro de Justicia,

Seguridad y Derechos Humanos, quiso ver al presidente Duhalde, en 2002.

—El presidente está reunido —le informó el edecán de turno.

—Mire que es un asunto muy urgente.

—El presidente me dijo que no lo interrumpiera por ningún motivo.

—¿Con quién está reunido el presidente?

—Con el presidente del Concejo Deliberante de Quilmes.

El paso al costado de Ruckauf sorprendió a algunos de sus colaboradores más inmediatos, como el secretario general de la Gobernación, Esteban “Cacho” Caselli, que llevaba las riendas de la gestión cotidiana en la provincia. Caselli es un operador político, una persona que “hace que

las cosas ocurran” (*the man who makes things happen*, como dicen los estadounidenses), y había sido la mano derecha de Eduardo Bauzá en la jefatura de Gabinete y embajador ante el Vaticano, ambos cargos durante la presidencia de Menem.

Caselli cuenta que el 31 de diciembre de aquel año volvió solo de su casa en Punta del Este, donde dejó a su familia, y se instaló en sus oficinas en Puerto Madero; desde allí, rodeado de fotografías con papas, cardenales y obispos —está muy vinculado a los sectores conservadores de la Iglesia Católica—, llamó por teléfono a muchos gobernadores, senadores y diputados para convencerlos de que respaldaran a Ruckauf en la Asamblea Legislativa.

“Ruckauf —asegura— quería ser presidente; antes de venir de Punta del Este, yo le avisé que volvía a Buenos Aires a trabajar para que fuera

presidente y él hasta me dio las gracias. Operé en su nombre, con su autorización expresa, todo el 31 de diciembre y el 1° de enero por la mañana. La mayoría apoyaba a Ruckauf; él iba a ser presidente”.

Siempre según la versión de Caselli, el 1° de enero de 2002 a las once de la mañana, una hora antes del inicio de la sesión especial en el Congreso, acompañó a Ruckauf al despacho de Camaño, que estaba momentáneamente a cargo del país.

Caselli lucía muy contento sentado en la antesala de la presidencia de la Cámara de Diputados.

—Comunicame con Duhalde —le ordenó Ruckauf a su secretario, Mario Toresán.

Toresán ubica al senador bonaerense y le pasa el celular a su jefe.

—Negro, me parece que el que tiene que ser presidente sos vos. Creo que sos el más preparado para este momento.

“Al principio —sostiene Caselli—, yo creí que era una joda, pero fue un achique de Ruckauf”.

—Me extraña este achique, es incomprensible que dilapides el poder de esta manera —dice que le reprochó.

Caselli asegura que Ruckauf no le contestó nada; que sonrió y entró al despacho de Camaño a esperar la llegada de Duhalde, el próximo presidente.

Otras fuentes aseguran, en cambio, que Ruckauf siempre tuvo claro que sus chances de llegar a la presidencia se reducían a cero en una situación de crisis casi terminal, como la que vivimos los últimos días de 2001.

Es lo que afirma Miguel Ángel Toma, que en

aquel momento era uno de los diputados más relevantes del peronismo. Porteño, licenciado en Teología y Filosofía con los jesuitas, Toma sería luego titular de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) en el gobierno de Duhalde.

“Antes de la renuncia de De la Rúa —cuenta Toma— Ruckauf decía que si la situación se desmadraba en una crisis, él no iba a llegar a la presidencia porque se necesitaría un tipo de consenso que él no tenía; un consenso más territorial”.

Toma asegura que, en octubre de 2001, volvía con Ruckauf de un almuerzo en la embajada de los Estados Unidos a raíz de la visita de una delegación norteamericana, cuando el gobernador bonaerense se ofreció a llevarlo a su departamento.

—Esto se va a la mierda, Carlos —le dijo

Toma, siempre según su versión.

—Yo tengo un cagazo bárbaro. Si esto desemboca en una crisis, hay que darle pelota a lo que charlamos en la embajada: preservar la normalidad institucional.

—Pero el peronismo no está organizado todavía a nivel nacional. ¿Quién carajo va ordenar esto?

—No me cabe duda de que será Duhalde. Independientemente de cualquier otra cuestión, todo el peronismo va a mirar a Duhalde.

Desde este punto de vista, el contexto determina el perfil del líder que conduce al conjunto, en especial en situaciones extremas. Si hay elecciones, es probable que triunfe el candidato con mejor intención de voto, pero si se produce una crisis política, económica y social, las posibilidades migran hacia el dirigente que asegure un acuerdo entre las principales fuerzas

políticas, el empresariado y los sindicatos, y garantice el control de la calle y el orden social.

Es lo que también sostiene Alberto Iribarne, un dirigente porteño amigo de Duhalde, de quien fue jefe de campaña en las elecciones de 1999 y secretario de Seguridad durante el último tramo de su presidencia: “Creo que el que entendía mejor cómo era la crisis y cómo se salía de la crisis era Duhalde. Me parece que Duhalde es un tipo más para las crisis”.

¿Un líder para domar la crisis o un piloto de tormentas generadas, como lo llama el mordaz periodista y escritor Jorge Asís? ¿Una crisis con causas propias o, más bien, provocada por Duhalde y las fuerzas políticas y económicas que lo respaldaban para imponer una política económica determinada?

Capítulo 4

EL ALETARGADO

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia



*Luego de la renuncia, De la Rúa volvió a la Casa
día siguiente y autografió varios retratos*

*—Fernando, he estado con Duhalde y él me ha
dicho que tiene que terminar el mandato
presidencial la fuerza que ganó las elecciones,
la Alianza, pero, eso sí, con otro presidente.
—Me imagino que lo habrás mandando a la
miércoles.
—Yo, desde luego, le dije que no.*

Fernando de la Rúa y Raúl Alfonsín luego de
las
elecciones legislativas del 14 de octubre de
2001.

*El aletargado está totalmente empastillado.
Tal como
van las cosas, con el presidente en estas
condiciones,
tengo la certeza de que vamos a una severa
crisis que
puede poner en peligro las instituciones de la
República.*

Raúl Alfonsín sobre Fernando de la Rúa en una
reunión
en el *country* Los Lagartos con políticos
radicales y
peronistas, en los primeros días de diciembre
de 2001.

El ex presidente Raúl Alfonsín, el último líder

de la Unión Cívica Radical, se llevaba mejor con el peronista Eduardo Duhalde que con su correligionario Fernando de la Rúa. Durante la victoriosa campaña electoral de 1999 esas diferencias en el radicalismo no se notaron, pero emergieron no bien comenzaron los problemas del gobierno, es decir muy pronto.

Y se hicieron muy evidentes en los caóticos últimos meses de 2001, hasta que en el atardecer del 20 de diciembre, De la Rúa redactó a mano su renuncia, rodeado por un menguado y lloroso grupo de funcionarios y amigos, ya sin el apoyo de su partido ni de Alfonsín, que a esa hora charlaba en sus oficinas de la avenida Santa Fe al 1600 con parte de la plana mayor de su corriente interna.

“Fue un acto en soledad. De mi partido, la UCR, nadie vino a acompañarme”, recuerda De la Rúa en su departamento de la avenida Alvear.

La mañana de aquel día trágico, Alfonsín se negó a acompañar al titular del bloque de senadores radicales, Carlos Maestro, a una nueva reunión con De la Rúa.

—Raúl, yo lo voy a ver a Fernando; la situación es dramática.

—Carlos, no me pida que lo acompañe. Yo no voy más a la Casa Rosada; para mí, esto está agotado.

Alfonsín y De la Rúa encarnaban las dos almas que animan al radicalismo desde su fundación, en 1891: una, más socialdemócrata, de centro izquierda; más estatista, y otra, más liberal o conservadora, de centro derecha; menos dirigista. Eran los herederos de Hipólito Yrigoyen y Marcelo Torcuato de Alvear, líderes de los

“personalistas” y los “antipersonalistas”. Pero solo en el plano ideológico porque Alvear encabezó un gobierno firme y exitoso que incluso es ahora valorado por dirigentes alfonsinistas.

De la Rúa y Alfonsín, además, eran dos radicales ilustrados: cuidaban las formas, se trataban con cortesía y refinamiento. Una relación entre caballeros. “Claro, caballeresca, pero me pasé catorce meses viajando desde la residencia de Olivos hasta las oficinas de Alfonsín para tratar de que no se pelearan”, confía Chrystian Colombo, el dinámico jefe de Gabinete de De la Rúa. Colombo pertenecía al “alfonsinismo”, pero acompañó a De la Rúa hasta el final.

Apodado el Vikingo por su aspecto físico, Colombo volvió a su actividad de empresario, con inversiones en distintas áreas. “Yo creo que el último Alfonsín —sostiene— consideraba a De la

Rúa de derecha. Y lo dijo alguna vez. De hecho, cuando Ricardo López Murphy, en marzo de 2001, estaba haciendo su plan económico, Alfonsín estaba reunido en la avenida Santa Fe con su equipo para criticar ese plan. En todo el gobierno de De la Rúa siempre hubo esa tensión, y fue casi permanente. No era un tema personal sino ideológico, al menos para Alfonsín”.

Con relación a De la Rúa, Colombo opina que el último presidente radical “sentía que Alfonsín pensaba diferente que él y que tenía alguna gente que le llenaba la cabeza”.

Los radicales tienen una cultura política muy particular: son respetuosos de las libertades, la ley, los partidos y las instituciones, pero se enfrascan en peleas internas, en especial cuando su partido ejerce el gobierno. “Mi mujer —agrega Colombo— dice algo muy sabio: ‘Cuando el

radicalismo está en el poder, para un radical no hay nada peor que otro radical'. Yo creo que uno de los problemas del radicalismo es ese”.

En ese aspecto, los radicales admiran la vocación de poder del peronismo, que provoca un realineamiento casi automático y sin chistar de la mayoría de sus dirigentes y militantes una vez que queda definido quién lidera. Como dice el versátil operador Juan Carlos Mazzón, un peronista siempre oficialista: “En el peronismo, peor que la traición es el llano”.

“El peronismo —explica De la Rúa— es muy distinto a la UCR: hay un líder y valoran la lealtad, al menos mientras ese líder tenga poder o le vaya bien. Nosotros, en mi gobierno, por presentar el mejor gabinete posible, nos creamos muchos problemas. Por ejemplo, Rodolfo Terragno, mi primer jefe de Gabinete, fue una gran decepción:

él no hizo política para el gobierno sino para él. Ahí aprendí que la mejor virtud es la lealtad y después la eficacia; y si coinciden, mejor”.

Alfonsín tenía la misma opinión: “El peronismo se alinea detrás del poder más fácilmente”, le dijo en 2007 al periodista y editor Jorge Fontevicchia.

El problema en el peronismo es cuando no aparece ese líder que, como les enseñó Juan Domingo Perón, es, sobre todo, “un constructor de éxitos. El éxito es alcanzar el objetivo. El conductor lo prepara, lo organiza, lo realiza y, cuando llega allá, le saca provecho”.

“Si no aparece ese líder que garantiza la victoria, prevalecen los odios personales: el consuelo de los dirigentes en pugna pasa a ser que el otro pierda peor. Los peronistas no somos racionales cuando más lo necesitamos y, cuando vamos divididos entre varios liderazgos

alternativos, perdemos”, explica Carlos Corach, experimentado ex ministro del Interior y ex senador, entre otros cargos.

A diferencia de Alfonsín, De la Rúa nunca fue el líder del radicalismo. Además, llegó al gobierno por una coalición electoral, la Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación, formada por la UCR, el Frente País Solidario (Frepasso) y otras fuerzas menores. La Alianza estaba encabezada por cinco dirigentes; De la Rúa era uno de ellos y ni siquiera el principal: compartía cartel con Alfonsín; Terragno; Carlos “Chacho” Álvarez, uno de los primeros peronistas que se animaron a romper con Menem, y Graciela Fernández Meijide, que había ingresado a la política luego de una admirada lucha a favor de los derechos humanos.

De la Rúa aportaba sí su imagen pública y sus

votos: desde 1973, cuando venció al candidato de Perón y fue elegido senador, era imbatible en la ciudad de Buenos Aires, que es la vidriera política del país. En aquel momento, tenía 35 años y le decían “Chupete”. Veinte años después, se opuso al Pacto de Olivos, entre Carlos Menem y Alfonsín, lo cual profundizó el enojo con su correligionario, pero le permitió aglutinar el voto de todos los descontentos con la sorpresiva jugada de Alfonsín.

Bien mirado, el acuerdo entre Menem y Alfonsín permitió la reforma de la Constitución y habilitó la reelección del presidente peronista, pero también empujó la carrera política de De la Rúa, que, en 1996, se convirtió en el primer intendente o jefe de Gobierno porteño elegido por el voto popular. Antes del Pacto de Olivos, el intendente de la Capital Federal era designado por

el presidente de turno. El palacio municipal terminó siendo su trampolín hacia la Casa Rosada.

En realidad, no fue la única ayuda de Alfonsín a la carrera política de De la Rúa: él lo convirtió en titular del comité nacional de la UCR en 1997 y luego lo ungió como el precandidato radical a presidente, dentro de la Alianza.

Pero el Pacto de Olivos perjudicó el desempeño electoral del radicalismo: en las elecciones presidenciales de 1995, la UCR cayó al tercer lugar por primera vez en su historia; sacó apenas el 17,1 por ciento de los votos y fue superada por una fuerza nueva, el Frepaso, formado por peronistas disidentes y figuras del centroizquierda y los derechos humanos, que ocupó el segundo puesto, detrás del peronismo.

Para el analista político Rosendo Fraga, fue con el Pacto de Olivos cuando comenzó la crisis del

radicalismo, que se acentuó con la renuncia de De la Rúa a la presidencia, en 2001, cuando le faltaban casi dos años de mandato. “El Pacto de Olivos —explica— rompe el contrato entre la clase media y el partido que la representaba, el radicalismo. La clase media estaba dispuesta a votar a los radicales aunque gobernaran mal o de manera ineficaz siempre que fueran buenos opositores, buenos controladores. El Pacto de Olivos le hizo perder al radicalismo casi su razón de ser. Luego, en 1997, el radicalismo se mimetizó con el Frepaso”.

“El año 2001 —agrega Fraga— desnudó esa ruptura entre la clase media y el radicalismo, que había quedado encubierta, disimulada, con el triunfo de De la Rúa como candidato de la Alianza. Pero el 2001 no fue la causa de la crisis del radicalismo; venía de antes. Y de ahí en

adelante la UCR ya no se recuperó: sacó el 2,3 por ciento con Leopoldo Moreau en 2003; por primera vez en su historia, no presentó candidato propio en 2007, y obtuvo el 11,1 por ciento con Ricardo Alfonsín en 2011”.

La caída de De la Rúa también provocó la disolución del Frepaso, que tuvo una vida corta: siete años. Pero, antes de la debacle, la Alianza vivió una ráfaga de gloria. Ya en 1997 logró un sonoro triunfo en los comicios legislativos de octubre, cuando Fernández Meijide derrotó al peronismo en su fortaleza bonaerense: venció a la lista de diputados encabezada por la esposa del gobernador, Hilda “Chiche” Duhalde.

Al año siguiente, el 29 de noviembre de 1998, la coalición eligió su candidato presidencial en un

clima de fin de ciclo del peronismo. Las encuestas indicaban que la mayoría de la gente quería un cambio de gobierno que mantuviera la inflación bajo control y la paridad entre el peso y el dólar, pero reactivara la economía, incentivara la creación de empleos, clausurara la corrupción y terminara con la frivolidad menemista. Una demanda de “cambio seguro”.

En esa interna abierta y masiva, donde solo se eligió al candidato presidencial para suceder a Menem en los comicios de 1999, De la Rúa demostró que tenía más votos que su partido y venció a Fernández Meijide, la postulante del Frepaso, con el 63,7 por ciento de los sufragios, por una diferencia de más de veintisiete puntos.

De la Rúa era más que su partido, pero seguía siendo minoritario en el aparato de la UCR, donde mandaba Alfonsín. Y eso se notó ya en la elección

de su compañero de fórmula, como cuenta Rafael Pascual, uno de los colaboradores de confianza del flamante candidato presidencial: “De la Rúa sostenía que Graciela debía ser la candidata a vicepresidenta porque había salido segunda en la interna y era diputada de la provincia de Buenos Aires, es decir representaba a otro distrito, distinto de la Capital Federal. Alfonsín estaba dele insistir con que fuera Chacho porque decía que garantizaba más votos y podía ayudar más en la gestión de gobierno”.

“Sobre eso —aclara Pascual— yo pensaba lo mismo que Alfonsín. Una noche, De la Rúa lo invita a cenar a Alfonsín al comedor de la jefatura de Gobierno. Comimos los tres solos. La discusión giró, más allá de los temas del momento, alrededor de quién iba a ser el vice. De la Rúa insistía con Fernández Meijide. Alfonsín desplegaba su

capacidad de oratoria y convencimiento a favor de Chacho, pero a De la Rúa no se le movía ni un pelo hasta que al final, Alfonsín le dijo: ‘Vos sos más cabeza dura que don Arturo Illia’”.

“Creo que a De la Rúa nunca lo convencieron. Aceptó a Chacho en lugar de Graciela porque todo el mundo pensaba eso”, evalúa Pascual en un restaurante del barrio de Congreso.

Alfonsín era el jefe del radicalismo y, como tal, también tenía en cuenta la trama de su partido. Siempre según Pascual, en la opción por Chacho Álvarez pesó la vieja disputa del alfonsinismo bonaerense con el intendente de San Isidro, Melchor Posse, quien habría sido el seguro candidato a gobernador de la Alianza si el Frepaso no hubiera aceptado colocar a Fernández Meijide en ese casillero. “El Frepaso no tenía otra figura de peso en la provincia de Buenos Aires: si no era

Graciela, debía ser Posse”, afirma Pascual.

Chacho Álvarez aceptó gustoso la candidatura a vicepresidente. Era una jugada que él venía charlando con Alfonsín desde hacía varios meses, asegura Fernández Meijide, la “víctima” de Álvarez en el Frepaso.

En su libro *La ilusión*, Fernández Meijide revela que, en su opinión, Álvarez no era un buen compañero de fórmula para De la Rúa, y que se lo dijo varios días después de la elección interna de la Alianza: “Le recordé, sobre la base de las experiencias ya vividas con (Pino) Solanas y (José Octavio) Bordón, sus dificultades para compartir liderazgos conjuntos en un escenario político como el que se avecinaba si ganaba la fórmula De la Rúa-Álvarez”. Y le sugirió que, así como ella se lanzaba como candidata a gobernadora de la provincia de Buenos Aires, él se postulara para

las elecciones de jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, que —agrega— “eran un triunfo seguro”.

Chacho Álvarez le dijo que no con este argumento, siempre según Fernández Meijide: “La mejor manera de afirmar la voluntad de fortalecer y perpetuar la Alianza era que él, como jefe del partido, integrara la fórmula presidencial. Agregó que de lo contrario aparecerían de inmediato las suspicacias sobre la solidez de la coalición con el radicalismo y se correría el riesgo de debilitar la fórmula antes siquiera de lanzarla al ruedo”. Y la convenció.

Con el tiempo, Álvarez admitió que esa decisión fue “otro error que cometí” ya que “De la Rúa era el resultado de un prestigio constituido sobre la base de la simulación. Él supo mostrarse como una figura republicana y austera, pero, en

realidad, apañaba lo peor y lo más viejo del régimen que colapsó”.

El 24 de octubre de 1999, la fórmula De la Rúa-Álvarez sacó el 48,5 por ciento de los votos contra el 38,09 por ciento de los peronistas Eduardo Duhalde - Ramón “Palito” Ortega; tercero fue el ex ministro de Economía Domingo Cavallo con el 10,09 por ciento con su partido Acción por la República; su compañero de fórmula fue el salteño Armando Caro Figueroa, también ex funcionario del gobierno de Carlos Menem.

Por segunda vez en su historia, el peronismo era derrotado en las urnas.

La jura del gobierno fue auspiciosa; el nuevo presidente asumió a los 62 años con el 75 por ciento de imagen positiva. Hacía casi treinta años que De la Rúa se preparaba para ese cargo y, desde el punto de vista académico, tenía un

currículum notable a partir de su graduación como abogado a los 21 años y con medalla de oro en su Córdoba natal. Y mientras, por ejemplo, su antecesor, Menem, había asumido con su círculo riojano, el gabinete de De la Rúa sumaba cinco posgrados en el exterior. Además, si el principal problema de la presidencia de Alfonsín había sido la crisis económica —que lo obligó a entregar el gobierno cinco meses antes de lo previsto—, de los diez ministros del nuevo mandatario, cuatro eran economistas. Más el jefe de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), Fernando de Santibañes.

De la Rúa fue generoso en la distribución de los cargos: el jefe de Gabinete era Terragno, que había ingresado en la política con Alfonsín y era uno de los cinco jefes de la Alianza, y como ministro de Economía fue designado José Luis Machinea, el

coordinador del plan económico de la Alianza a pedido de Alfonsín y Chacho Álvarez. El Frepaso logró dos ministerios: Acción Social para Fernández Meijide, que había perdido las elecciones para gobernar la provincia de Buenos Aires, y Trabajo para Alberto Flamarique, del círculo íntimo de Álvarez. El ministro del Interior era alfonsinista: Federico Storani, al igual que el de Justicia, Ricardo Gil Lavedra. El delarruismo contaba con tres ministerios: Salud, para Héctor Lombardo; Infraestructura y Vivienda, para Nicolás Gallo, y Cancillería, para Adalberto Rodríguez Giavarini. Un radical liberal, Ricardo López Murphy, estaba a cargo de Defensa, y un extrapartidario de prestigio, Juan José Llach, fue nombrado en Educación.

A pesar de todo eso, la Alianza fracasó y De la Rúa no pudo asegurar lo mínimo que se le pide a

un presidente: que gobierne al país durante todo su mandato. La gobernabilidad, el talón de Aquiles del radicalismo y del “no peronismo” en general ya que De la Rúa fue el presidente de una coalición; por el contrario, el sello de calidad que distingue, al menos hasta ahora, al peronismo.

Aparece una de las grandes preguntas de la política argentina: ¿por qué el “no peronismo” no logra terminar un gobierno desde 1945, hace setenta años, cuando irrumpió el peronismo? El mismo interrogante, pero desde otra perspectiva: ¿por qué el peronismo puede superar las crisis y a veces hasta causarlas o, por lo menos, profundizarlas o aprovecharlas?

En el caso del gobierno de De la Rúa, el fracaso responde a varias razones. Una de ellas fue su falta

de liderazgo para hacer frente a una situación muy compleja, que incluyó las divisiones dentro del radicalismo y del Frepaso, donde también había, por lo menos, dos almas: las de Chacho Álvarez y Fernández Meijide.

El cordobés Humberto Roggero, que era el jefe del bloque de diputados del peronismo, recuerda que ya en los primeros meses del gobierno de la Alianza algunos legisladores —“sobre todo del Frepaso y ciertos radicales”— especulaban con que De la Rúa no terminara su mandato y fuera reemplazado por Chacho Álvarez. “No quiero dar nombres”, agrega Roggero.

El sociólogo español Juan José Linz es un experto a nivel mundial en crisis políticas; en su opinión, “en situaciones de crisis, el liderazgo puede ser decisivo” en el desenlace de la situación. Linz señala que la calidad del liderazgo

es tan importante que muchas veces determina la superación o no de una crisis.

En este sentido, De la Rúa llegó a la Casa Rosada precedido de una fama de político republicano, racional, serio, austero; “aburrido”, según el *spot* de su campaña que buscó sacar ventaja de un estilo personal que prometía un “país normal” —una búsqueda casi permanente en el discurso político en la Argentina que parece expresar, más bien, lo que no somos— en contraposición con la fiesta financiada con los recursos públicos que se le achacaba al menemismo.

Pero sus opositores dentro y fuera del radicalismo deslizaban que era débil, desconfiado y obsesivo, y que tardaba demasiado a la hora de tomar decisiones. Tanto que hasta lo habían rebautizado “Fernando de la Duda”.

Los problemas del gobierno aparecieron muy rápido; a medida que se fueron agravando, De la Rúa se fue encerrando en su entorno, formado por su familia, los funcionarios vinculados a su influyente hijo mayor, Antonio (el Grupo Sushi), y un reducido equipo de ministros y secretarios. Las disputas con Alfonsín y la renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia favorecieron ese encapsulamiento.

En simultáneo, se iba instalando en la opinión pública la imagen de un presidente torpe, confundido, irresoluto. Sus imitadores en algunos programas de televisión contribuyeron a esa percepción en una medida que no puede establecerse pero que el ex presidente juzga decisiva.

De la Rúa intentó contrarrestar esa imagen con una visita en vivo al programa de Marcelo Tinelli:

“El show de Videomatch”, pero la jugada —idea de uno de los miembros del Grupo Sushi— le salió mal. Primero, un joven se abalanzó sobre él reclamando la libertad de los presos por el ataque guerrillero al cuartel de La Tablada el 23 de enero de 1989, en pleno gobierno de Alfonsín. Luego de ese incidente, De la Rúa confundió los nombres de la esposa de Tinelli y del programa; además, cuando terminó su participación y mientras el conductor cerraba el bloque, los televidentes pudieron ver cómo, por detrás, el presidente no lograba encontrar la salida.

La caída de la imagen positiva de De la Rúa fue vertical; durante las últimas semanas de su gobierno, circulaba un chiste cruel en la Capital Federal: “¿Sabés cuál es la diferencia entre De la Rúa y Papá Noel? En que todavía hay gente que cree en Papá Noel”.

Uno de sus colaboradores más fieles en aquellos tiempos difíciles asegura que De la Rúa ya estaba vencido en la mitad de 2001, seis meses antes de su renuncia. “Fui a verlo a mediados de junio, cuando ya el ministro (Domingo) Cavallo no acertaba una”, dice esa fuente, que no quiere que su nombre sea dado a conocer.

—Presidente, las cosas están muy difíciles. Creo que, si seguimos así, nos ponemos el gobierno de gorra. ¿Qué podemos hacer para torcer ese destino?

—Sí, ¡qué cosa! ¿Qué podemos hacer? Si ya ensayamos de todo.

“De la Rúa —evalúa este miembro de su gabinete— ya estaba derrotado, sobrepasado por la situación. Había hecho de todo: ajuste de gastos; recorte de sueldos a los empleados públicos de las categorías más altas del escalafón; poda de

jubilaciones; aumento de impuestos; flexibilización de las leyes laborales... A ningún político le gusta hacer ese tipo de cosas, y menos si no obtiene ningún resultado”.

Según esta fuente, el presidente “estaba medicado, angustiado, disminuido. Él revivió luego de firmar su renuncia, fue como si se hubiera sacado un peso de encima. Eso se notó ya en lo primero que dijo apenas entregó la renuncia para que la llevaran al Congreso: ‘Bueno, ya no tenemos nada que hacer acá. Nos vamos’. Volvió a ser el De la Rúa de antes; no era simpático, pero sí una persona destacada, culta, amena”.

Pero De la Rúa niega que ese diálogo haya existido: “Está claro que eso es falso”. Y afirma que la imagen de un presidente vencido, entregado, disminuido, formaba parte del “golpe” en su contra: “Esa es la historia que, para debilitar al

gobierno, usaban Duhalde; los bancos quejosos del canje de la deuda para bajar los intereses; prominentes sindicalistas y los imitadores burlescos de ciertos medios”.

Hacia mediados de junio de 2001, De la Rúa ya se había recuperado de una angioplastia para destapar una arteria obstruida por placas de colesterol. Una intervención sencilla, pero que en un presidente siempre provoca una cierta alarma, que en ese caso fue fogoneada —de manera involuntaria— por declaraciones de su médico personal, el ministro Lombardo, quien salió a decir que el mandatario sufría de arteriosclerosis, una enfermedad vinculada popularmente con la falta de lucidez, decisión y rapidez.

Carlos Ruckauf, que gobernaba la provincia de Buenos Aires, enfatiza que el presidente no lograba controlar a su ministro Cavallo, que tenía

una personalidad arrolladora. Y que eso era un problema, que agravaba la crisis económica y social; tanto que él —Ruckauf— le propuso un gobierno de unidad nacional, con la salida de Cavallo y la incorporación de gobernadores peronistas al gabinete. “Y —agrega— que el jefe de Gabinete fuera Rubén Marín, el gobernador de La Pampa, un tipo serio, que tenía un nivel de experiencia importante”.

Ruckauf recuerda una reunión con el presidente en septiembre de 2001, en la que trataron dos temas: el cambio del huso horario para el verano y la situación económica.

—Mirá Fernando, con el cambio de horario que planteás, los chicos van a ir a la escuela de noche. Deberías esperar un poco —dice Ruckauf que le sugirió.

—Dalo por hecho. Salí y deciles a los

periodistas que no se hace para que vean que tomamos decisiones en forma rápida.

—Bueno, tengo otro tema: me debés 900 millones de pesos de la coparticipación.

—¿Tanto? ¿Y cómo te los pago?

—Dámelo en cuotas porque si me das pagarés o documentos del Estado nacional, yo los descuento en el Banco Provincia y tengo la posibilidad de pagar una tasa de interés menor que las internacionales.

—Bueno, ¿cuatro cuotas?

—Está bien.

—Salí y avisale a los periodistas también de esto.

“Pero —afirma Ruckauf— yo me tenía que ir a una misa. Entonces, le dije a mi vocero que informara lo del cambio de horario a los periodistas para que vieran que Fernando hacía las

cosas rápido. Cuando salgo de la misa, me llama el gobernador del Chaco, Ángel Rozas, un dirigente muy importante dentro del radicalismo, y me pregunta cómo me había ido con el presidente. Le cuento y me dice: ‘Ah, a mí que me debe mucho menos seguramente me paga más rápido’”.

Ruckauf afirma que, al rato, recibió un nuevo llamado para que acudiera con urgencia a una imprevista reunión de gobernadores: “Se había armado un lío bárbaro porque Rozas fue a verlo al presidente, que le prometió que también a él le iba a pagar. Pero luego, cuando fue a verlo a Cavallo para que efectivamente le pagara, el ministro le dijo que de ninguna manera iba a hacerlo. Entonces, delante de los gobernadores, lo llamé a Fernando:

”—Acá estoy con los gobernadores, ¿te puedo poner en altavoz?

”—Sí, por supuesto.

”—Hay un lío bárbaro porque Rozas fue a verlo a Cavallo y el ministro dice que no le va a pagar lo que vos ya le prometiste. Deduzco que tampoco me va a pagar a mí.

”—¿Vieron qué barbaridad?

”—Entonces, le pregunté cómo podía ser eso porque Cavallo era el ministro, pero él era el presidente. Pero dio vueltas y no resolvimos nada. Eso muestra el poder que había acumulado Cavallo y el poder que ya no tenía De la Rúa. Cavallo funcionaba con Menem porque Menem conducía; el problema con Fernando era que quien conducía era Cavallo”.

Por su lado, De la Rúa niega que haya existido esa deuda de 900 millones de pesos/dólares con Ruckauf, y califica a Buenos Aires como “el principal agujero negro de la deuda soberana. La

provincia, después de las pésimas administraciones justicialistas —como los dos mandatos de Duhalde—, tenía deudas y déficits crecientes, y dependía de la ayuda nacional”.

De la Rúa agrega que su gobierno “debía atender las urgencias de Buenos Aires para evitar su *default*, que arrastraría a la Nación entera. Por eso se la asistió en el segundo semestre de 2001 con una importante suma —alrededor de 300 millones de pesos/dólares, pese a las duras protestas de las demás provincias, que recibieron mucho menos— bajo la forma de un préstamo del Banco Nación”.

En cuanto a Cavallo, De la Rúa afirma que su relación con él fue “buena” y que el ministro “respondía al presidente y al gobierno” así como “informaba al gabinete y concurría asiduamente a ambas cámaras del Congreso”. Y evalúa como

“correcta” su decisión de nombrarlo al frente de Economía: “Muchos habían pensado en él. También lo pedían la opinión pública y la prensa”.

“La gran presión sobre la política —asegura— provenía de los grupos económicos que querían licuar sus pasivos mediante una devaluación generalizada, que al fin consiguieron con Duhalde, quien, además, les dio la pesificación asimétrica”.

Para el economista Juan Carlos de Pablo, el problema número uno era De la Rúa: “El régimen político en nuestro país es presidencialista y personalista; una cosa que enseña la historia argentina es que, cuando el presidente es débil, resulta muy difícil, por no decir imposible, llevar adelante una política económica exitosa. Sucedió, por ejemplo, con José María Guido y con Isabel Perón”.

De Pablo vive en el mismo edificio que

Cavallo, a quien conoce muy bien: “Yo se lo dije al Mingo antes de asumir: ‘No vas a poder funcionar bien con De la Rúa como presidente’. Y yo lo aprecio personalmente a De la Rúa; me cae muy bien, pero no sentía la función ejecutiva”.

Las elecciones legislativas del 14 de octubre de 2001 reflejaron la anemia política del presidente, cuyo gobierno no fue defendido ni siquiera por los escasos candidatos de la UCR que vencieron en sus distritos. Algo inédito, por lo menos desde 1983. Lo peor para De la Rúa ocurrió en su propio reducto, la Capital Federal, donde el 12 de agosto sus candidatos habían sido derrotados en la interna radical por una lista encabezada por Rodolfo Terragno, su primer jefe de Gabinete. Es decir: no pudo ganar ni siquiera en el radicalismo porteño y

a pesar de que sus adherentes manejaban el aparato partidario.

“Era una interna que no podíamos perder de ninguna manera. Yo iba por la reelección y era el presidente de la Cámara de Diputados. Ahí ya se veía la situación del gobierno”, sostiene Pascual.

“De la Rúa se mantuvo alejado de esa interna. Si se hubiera puesto un poco de esfuerzo, se ganaba. Parecía que en esas cosas, él no tomaba la decisión que había que tomar”, coincide Patricia Bullrich, la ministra de Trabajo desde el cambio de gabinete del 5 de octubre de 2000.

Luego, en octubre, Terragno ganó y fue elegido senador, pero con un discurso muy crítico hacia la gestión nacional y, en especial, contra Cavallo y el mantenimiento de la Convertibilidad.

Aquel día fueron elegidos todos los miembros del nuevo Senado, surgido de la Constitución

reformada —dos por la mayoría y uno por la minoría en cada provincia y en la ciudad de Buenos Aires— y la mitad de la Cámara de Diputados.

El peronismo se impuso a nivel nacional; ganó en dieciséis provincias, entre ellas Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe —tres de los cuatro distritos con mayor cantidad de votantes—. De esa manera, reforzó su dominio en el Senado y desplazó al radicalismo al segundo lugar en Diputados. La oposición pasó a controlar el Congreso.

Duhalde resultó el gran ganador: fue elegido senador al vencer por más de veinte puntos a su amigo Alfonsín, quien, a pesar de la derrota entró al Senado por la primera minoría. “El presidente debe escuchar el ultimátum de las urnas”, fue el mensaje del vencedor.

Otro dato importante de la jornada fue el

crecimiento de los votos en blanco y anulados, que expresaba la falta de credibilidad en la clase política y anticipaba el eslogan preferido durante la crisis de diciembre: “¡Que se vayan todos!”. El “voto bronca” fue mayoritario en Capital Federal y Santa Fe, ocupó el segundo lugar en Buenos Aires —por encima de Alfonsín— y fue tercero en Córdoba.

Las elecciones de mitad de mandato dejaron a De la Rúa en jaque. El ex presidente cuenta ahora que, pocos días después de esos comicios, recibió en la residencia de Olivos a Alfonsín, con quien afirma que se produjo el siguiente diálogo:

—Fernando, he estado con Duhalde y él me ha dicho que tiene que terminar el mandato presidencial la fuerza que ganó las elecciones, la Alianza, pero, eso sí, con otro presidente.

—Me imagino que lo habrás mandando a la

miércoles.

—Yo, desde luego, le dije que no.

Siempre según De la Rúa, “me pareció en aquel momento una reacción no tan fuerte de parte de Alfonsín frente a semejantes palabras de Duhalde”.

Sostiene De la Rúa que su caída fue “un golpe civil para que el presidente sea Duhalde; lo que pasa es que se mete Adolfo Rodríguez Saá y Duhalde no puede llegar. Rodríguez Saá también estaba en contra de la devaluación del peso y también lo voltean, con el mismo dispositivo que habían aplicado contra mi gobierno”.

No se refiere a un golpe de Estado “tradicional”, ejecutado por los militares, que, en 2001, no tenían el poder político del pasado reciente. Pero sí a un presunto golpe de nuevo cuño: “civil”, “blando”, “institucional”,

“corporativo” o “de la calle”, como ocurrieron en otros países de América latina. Maniobras opacas y sinuosas —muchas veces, difíciles de probar, en especial en la Justicia— en comparación con las inequívocas intervenciones militares de otros tiempos.

Es también la conclusión del historiador Robert Potash —un especialista en nuestro país con los tres volúmenes de su libro *El Ejército y la política en la Argentina*—, quien considera que la caída de De la Rúa fue la consecuencia de “un golpe de Estado no tradicional”.

De la Rúa, sin embargo, no involucra a Alfonsín en esa presunta operación en su contra: “No le atribuyo una complacencia con el golpe; sería muy malo para la democracia que hubiera un presidente conspirando contra otro. Pero sí me parece mal que la UCR, sabiendo lo que se estaba preparando,

no haya dicho: ‘No, esto no’. Porque si lo hubiera dicho, se paraba el golpe”.

De todos modos, De la Rúa critica a “un grupo de radicales de la provincia de Buenos Aires que estaban felices con mi caída, que son los que han pactado siempre con Duhalde en la provincia”.

Patricia Bullrich —una aliada que se llevaba muy bien con Antonio, el hijo mayor de De la Rúa — es más dura con Alfonsín: “Estaba en una actitud de no ayudar al gobierno”.

Bullrich afirma que De la Rúa “salió muy deprimido de la reunión con Alfonsín porque sentía que no había recibido el apoyo que esperaba y necesitaba. Yo le dije al presidente: ‘Me voy a hablar con Alfonsín’. Agarré el auto, lo llamé a Alfonsín, y le avisé que iba a su oficina. Fue una charla cordial pero muy dura”.

Siempre según Bullrich, Alfonsín se mantuvo

inflexible, intransigente: “Me dijo que él prefería que un presidente radical se fuera antes del gobierno, sin terminar su mandato, si la alternativa era tomar decisiones que no debía tomar”.

Para los dirigentes alfonsinistas, su líder —que murió el 31 de marzo de 2009— fue leal a De la Rúa y su gobierno. “No es cierto que Alfonsín haya estado en un complot con Duhalde para voltear a De la Rúa. Alfonsín trató de ayudarlo hasta el último momento, pero no había forma de solucionar esa crisis”, afirma el senador Maestro, que presidía el bloque de la UCR en la Cámara Alta.

Maestro y los alfonsinistas consultados señalan que, por el contrario, Alfonsín estaba muy preocupado ante la posibilidad de que la crisis se agravara y provocara una nueva salida anticipada del gobierno por parte de un presidente radical.

“Decía que eso tendría un efecto devastador para el radicalismo”, señaló un ex diputado bonaerense.

Coincide con ellos Chacho Álvarez: “A Alfonsín se le pueden achacar muchas cosas, pero no la de entorpecer el gobierno de De la Rúa. El problema era De la Rúa”.

Sin embargo, en los últimos dos meses del gobierno de la Alianza, a Alfonsín se lo notó fastidiado con su correligionario, a quien veía dominado por Cavallo; el *establishment* y el FMI, que respaldaban el plan económico basado en la Convertibilidad, y sus propias dudas e inconsistencias.

Por ejemplo, en una reunión política en la sede porteña del sindicato de albañiles de la Capital, Alfonsín cargó duro contra De la Rúa: “Este no se da cuenta del nivel de crisis en el que nos encontramos”, señaló en una charla con un grupo

de legisladores peronistas y radicales entre los que se encontraban Duhalde; Ramón Puerta, y los diputados Humberto Roggero, Miguel Ángel Toma y Oscar Lamberto.

Ya en los primeros días de diciembre, cuando la gente protestaba porque el gobierno había acorralado su dinero en los bancos, hubo un encuentro muy reservado entre radicales y peronistas en la casa de Toma en el *country* Los Lagartos, en Pilar. Uno de los asistentes cuenta que estuvieron Alfonsín; el ex diputado y ex ministro del Interior peronista José Luis Manzano; el senador radical Leopoldo Moreau; los diputados peronistas Jorge Matzkin, Lamberto y Carlos Soria, y el político mendocino Emir Félix, miembro de un clan peronista fuerte en la ciudad de San Rafael. También participó de la tertulia la dueña de casa, Patricia Azura, que en su momento

fue secretaria de Manzano y es considerada todo un “cuadro” político.

Toma, cuyos dichos fueron ratificados por otros dos asistentes, afirma que Alfonsín fue muy crítico hacia De la Rúa y que, incluso, lo llamó de una manera muy singular: “el aletargado”.

“Después busqué el término en el diccionario. Quiere decir alguien que está en letargo, en un estado de somnolencia, de sopor; ausente, fuera de juego, como el muñequito con el que lo satirizaba el periodista Daniel Hadad en su programa de televisión”, agrega otro de los participantes en aquella tertulia.

Siempre según esas fuentes, Alfonsín dijo: “El aletargado está totalmente empastillado. Tal como van las cosas, con el presidente en estas condiciones, tengo la certeza de que vamos a una severa crisis que puede poner en peligro las

instituciones de la República”.

Uno de los diputados peronistas le contestó que “hemos hablado mucho de este tema en el bloque y estamos de acuerdo en que, así como están las cosas, la crisis se lleva puesto al gobierno y al sistema político”.

—Nosotros estamos dispuestos a formar parte de un gobierno de coalición, siempre que De la Rúa esté de acuerdo, el radicalismo lo apruebe y ese gobierno sea de transición —propuso Toma.

—Es una de las opciones posibles porque si no, el aletargado no tiene salida —respondió Alfonsín.

—Pero Raúl, una cosa es la pata parlamentaria del peronismo, que la expresamos nosotros, y otra cosa es la pata de la provincia de Buenos Aires del peronismo; a esa pata la expresa Duhalde —advirtió Soria.

—Sí, ya lo sé; yo estoy dialogando mucho con Duhalde —sostuvo Alfonsín.

Ninguno de sus interlocutores en Los Lagartos se mostró sorprendido por esa respuesta.

Capítulo 5

LA VUELTA DEL MESÍAS



*Domingo Cavallo jura como ministro de Economía,
Rúa,
el 20 de marzo de 2001.*

*Lamento confirmar la renuncia de López
Murphy
al Ministerio de Economía. Cavallo va a ser
jefe de
Gabinete o ministro de Economía;
lo vamos a resolver en las próximas horas.*

El presidente Fernando de la Rúa a los
periodistas
durante la madrugada del martes 20 de marzo de
2001,
después de tres días de crisis política.

*—Chacho Álvarez me dijo que acepta sumarse
como
jefe de Gabinete con lo cual podés recomponer
la Alianza
y no necesitás sumar a ningún peronista.
Es lo mejor que te puede pasar, Fernando.
—¿Te parece, Mingo? Bueno, voy a pensarlo.
Después, lo voy a llamar a Chacho.*

Diálogo entre el presidente y Domingo Cavallo
en la madrugada del martes 20 de marzo de
2001,
en la residencia de Olivos.

Los gritos entre Domingo Cavallo y algunos
dirigentes radicales, como el senador Leopoldo
Moreau, uno de los escuderos bonaerenses de

Raúl Alfonsín, atraviesan las paredes del principal salón de la residencia de Olivos y estremecen a los políticos que esperan turno para ser recibidos por el presidente.

—Yo no tengo por qué rendir examen ante ustedes y en estas condiciones no puedo sumarme a este gobierno —chilla Cavallo, que se levanta de su asiento para abandonar la reunión.

Pero Fernando de la Rúa lo frena, junto con otros dirigentes. Al final, vence la necesidad: Cavallo se ha convertido en la última esperanza del radicalismo para enderezar la economía y salvar al gobierno de la Alianza, que viene barranca abajo.

Es la noche del lunes 19 de marzo de 2001. La residencia de Olivos es una romería de dirigentes y funcionarios que comentan las más variadas versiones sobre la composición del nuevo

gabinete. La crisis política —que está partiendo a la Alianza— completa ya su tercer día. Nadie sabe bien qué pasa por la cabeza del presidente.

Tampoco los enviados del Frepaso: Graciela Fernández Meijide, Aníbal Ibarra, Darío Alessandro y Rodolfo Rodil. Han llegado a la residencia con una consigna clara: que su líder, Carlos “Chacho” Álvarez, vuelva al gobierno como jefe de Gabinete luego de su sorpresiva renuncia como vicepresidente, hace menos de seis meses.

¿Los argumentos? Son dos; por un lado, Chacho Álvarez avaló públicamente, ya en diciembre de 2000, la incorporación de Cavallo al gobierno; por el otro, el retorno del ex vicepresidente reconstituirá la Alianza y le dará mayor credibilidad a la gestión.

Pero todavía tendrán que esperar en la

amansadora para que el presidente los reciba: De la Rúa continúa reunido con sus correligionarios y con Cavallo.

La cúpula del radicalismo, controlada por Alfonsín, guardaba viejas pendencias con el ex ministro de Economía de Carlos Menem. En realidad, lo aborrecía, no solo por la ideología neoliberal que le atribuía sino también por su estilo tecnocrático y autoritario.

En cambio, De la Rúa lo apreciaba. Ambos son cordobeses y se conocen bien desde que en 1977 un grupo de empresarios de esa provincia, encabezados por el constructor Pedro Astori, creó la Fundación Mediterránea, que pronto se destacó como “tanque de ideas” y como vivero de técnicos y funcionarios locales y nacionales.

“Fernando fue uno de los políticos que respaldaron desde el principio a la Fundación

Mediterránea”, recuerda Cavallo.

Por eso, cuando los ánimos se calmaron, De la Rúa lo invitó a su despacho para “seguir charlando”. La prueba frente a la cúpula de la Unión Cívica Radical había sido superada.

—Mingo, ellos quieren que seas ministro de Economía, pero, claro, a mí me gustaría que fueras jefe de Gabinete; sobre todo porque podrías sumar a algunos peronistas —lo endulzó el presidente.

—¿Por qué no aprovechás y reconstituís la Alianza sumando a Chacho Álvarez como jefe de Gabinete? Conmigo, vas a tener a mi partido, Acción para la República, con sus once diputados, y también a algunos peronistas amigos, y con Chacho, al resto de la Alianza. Ponelo a Chacho Álvarez de jefe de Gabinete.

—¿Vos creés que aceptará?

—Dejame preguntarle.

Cavallo cuenta que llamó por teléfono al empresario papelero Héctor Massuh, que era vicepresidente de la Unión Industrial Argentina y su nexo con el líder del Frepaso y con el diputado Alessandro, que durante el kirchnerismo sería embajador en Cuba y en Perú.

—Yo te organizo una reunión con Chacho Álvarez aquí en mi casa. Venite ya —le contestó Massuh.

Sostiene Cavallo que le avisó al presidente y marchó a la casa del empresario. Cuando llegó, ya lo estaba esperando Chacho Álvarez.

—Si De la Rúa te ofrece ser jefe de Gabinete conmigo como ministro de Economía, y tengo algunas ideas para salir de esta situación, ¿vos aceptás?

“Él me contestó que sí; volví de inmediato a la residencia de Olivos y le informé al presidente”,

agrega Cavallo.

—Chacho me dijo que acepta sumarse como jefe de Gabinete con lo cual podés recomponer la Alianza y no necesitás sumar a ningún peronista. Es lo mejor que te puede pasar, Fernando.

—¿Te parece, Mingo? Bueno, voy a pensarlo. Después, lo voy a llamar a Chacho.

Ya era la una de la mañana del martes 20 de marzo y los periodistas seguían aguardando alguna información oficial sobre la crisis política en el oficialismo.

—Vamos a la Sala de Periodistas —ordenó el presidente.

Los periodistas se despabilaron cuando vieron entrar a De la Rúa junto a Cavallo. “Lamento confirmar la renuncia de (Ricardo) López Murphy

al Ministerio de Economía. Cavallo va a ser jefe de Gabinete o ministro de Economía; lo vamos a resolver en las próximas horas”, les anunció.

El presidente ratificó su decisión de mantener el plan económico heredado del menemismo —el 1 a 1, que había sido creado, precisamente, por Cavallo— y aseguró que “la Argentina honra sus compromisos” con los acreedores. Es decir: no habría devaluación ni *default*.

Luego habló Cavallo para anunciar que, si los legisladores aprobaban “un grupo de leyes simples pero muy importantes” que sería enviado por el Poder Ejecutivo, no habría recortes al presupuesto educativo; tampoco serían eliminados los subsidios para la producción de tabaco en siete provincias y para el consumo de naftas en la Patagonia ni las pensiones graciabiles y las becas otorgadas discrecionalmente por senadores y

diputados.

Esas medidas eran el nudo del ajuste anunciado el viernes 16 de marzo por el ahora ex ministro López Murphy. Una versión liberal clásica, que pretendía mantener la Convertibilidad bajando el gasto público; tenía el apoyo del empresariado y del mercado financiero, pero era intragable tanto para el radicalismo “progresista” como para el Frepaso ya que desangraba a parte de la base electoral de la Alianza: ponía en riesgo aumentos otorgados a los docentes y podaba el gasto de las universidades estatales.

El plan de López Murphy incluía recortes por 1.962 millones de pesos/dólares para el resto de 2001; no había terminado de leer su discurso por radio y televisión cuando comenzó una cascada de renuncias de ministros y secretarios, como Federico Storani y Hugo Juri, del radicalismo, y

Fernández Meijide, Marcos Makón, Ricardo Mitre, Adriana Puiggrós y Nilda Garré, del Frepaso.

El problema del gobierno era mayúsculo: no había cumplido con la meta fiscal acordada con el Fondo. Los ahorristas corrían a los bancos a sacar sus depósitos, temerosos de que el Fondo Monetario Internacional, como represalia, suspendiera los desembolsos previstos en el “blindaje” de diciembre de 2000.

“La verdad —explica López Murphy— es que las opciones eran limitadas; acabábamos de recibir un paquete de ayuda descomunal, que había sido la última acción del presidente de Estados Unidos, Bill Clinton. Si uno lo mira a la distancia, la reducción de gastos que estaba planteada, del 6 por ciento, era una cosa mínima respecto de lo que fue la brutal corrección de la devaluación de 2002,

que pulverizó el gasto público”.

López Murphy interpreta que la Alianza no supo resolver los problemas que había heredado: “La crisis se veía con claridad desde 1998. La crisis de confianza estaba ahí, latente, si uno no corregía los desequilibrios acumulados. En términos muy sencillos: la economía había crecido un 50 por ciento entre 1991 y 2000, mientras que el gasto público creció el 150 por ciento. Había que encontrar un mecanismo para emparejar”.

Aquel viernes por la tarde, antes del discurso de López Murphy, sus colaboradores convocaron a un grupo de economistas al Salón Padilla del Ministerio de Economía. Les entregaron un documento; Juan Carlos de Pablo, uno de los invitados, leyó los textos, analizó los cuadros, se sacó los anteojos y desplegó un sentido crítico adquirido en el ejercicio del periodismo

especializado.

—¿Quieren el título de los diarios de mañana?

—Bueno.

—“Al ajuste lo paga la educación”.

—Pero, ¡qué exagerado!

—Acá lo dice. Pero ustedes están mamados: no van a poder recortar el gasto en el porcentaje que quieren.

En realidad, López Murphy no había buscado ese cargo; el sábado 3 de marzo él estaba muy cómodo como ministro de Defensa y en viaje a Chipre para visitar a un grupo de militares argentinos que participaba en una misión de paz de las Naciones Unidas cuando, en una escala en París, recibió un llamado de la presidencia: era De la Rúa.

—Ricardo, renunció Machinea al ministerio. ¡Me tiró la economía por la cabeza! Te llamo

porque quiero que seas el nuevo ministro de Economía.

—Pero, Fernando, tenemos ideas distintas sobre lo que hay que hacer.

—Ricardo, el país no puede amanecer el lunes sin ministro de Economía.

Al final, el presidente logró convencer a López Murphy para que agarrara esa brasa ardiente. Dos años antes, en plena campaña electoral, De la Rúa había jurado que López Murphy jamás sería su ministro de Economía; fue después de que el economista radical propusiera públicamente recortar los salarios en un 10 por ciento para compensar la mega devaluación brasileña de enero de 1999 y salvar la Convertibilidad devolviendo competitividad a la economía.

De la Rúa recuerda que Machinea lo sorprendió con su renuncia. Fue su primer ministro de Economía, propuesto por Alfonsín y por Chacho Álvarez, es decir por el ala progresista de la Alianza. Sus primeras medidas fueron ortodoxas: para compensar el abultado déficit fiscal que les había dejado el presidente Carlos Menem —era peor que lo previsto— Machinea aumentó impuestos a los sectores de mayores ingresos y rebajó jubilaciones superiores a 3.100 pesos/dólares mensuales; a los pocos meses, dispuso quitas de entre el 12 y el 15 por ciento a los sueldos de los 140 mil empleados y funcionarios públicos que ganaban más de mil pesos/dólares por mes.

Machinea explica sus decisiones de aquel momento: “Dicho sucintamente, teníamos un problema de competitividad debido a un déficit en

cuenta corriente de cuatro o cinco puntos del producto bruto interno. Teníamos, además, otro problema porque desde hacía dieciocho meses estábamos en recesión. Y, finalmente, nadie estaba dispuesto a financiarnos en los mercados internacionales si no reducíamos el déficit fiscal. Agreguemos que, cuando asumí, en el Tesoro había plata para pagar la deuda por sesenta días, nada más”.

El primer año de gobierno de la Alianza fue complicado desde el punto de vista económico, aunque comenzó a mejorar a partir de junio; pero desbarrancó en el último trimestre de 2000, en buena medida por la crisis política derivada de la renuncia de Chacho Álvarez a la vicepresidencia, el 6 de octubre. Por eso, el año cerró con una caída del 0,5 por ciento del producto bruto interno y del 8,3 por ciento en la inversión.

Machinea atribuye a la renuncia de Álvarez un efecto devastador en términos de confianza y credibilidad en su política económica: “Para decirlo suavemente, no ayudó. Después le mostré a Chacho lo que le había pasado al riesgo país, luego de su renuncia. En quince días, aumentó 300 puntos básicos, y comenzó a escasear el crédito”. El mercado financiero sospechaba que la Argentina no podría pagar sus deudas.

De acuerdo con Machinea, en aquel momento el país se quedó sin financiamiento internacional, por lo cual fueron a “hablar con el secretario del Tesoro estadounidense, Larry Summers, y el número dos del FMI, Stanley Fischer, para decirles: ‘Muchachos, o creamos un financiamiento gigante, como el que en su momento se les dio a Corea, Brasil y México, o esto se va al demonio’. Entonces, armamos un paquete grande y

la cosa empezó a mejorar, al menos en términos de expectativas: mejoró la imagen del gobierno, del presidente, del ministro de Economía”.

El auxilio financiero llegó a casi 40 mil millones de dólares, que serían aportados en forma progresiva durante 2001 y 2002 por el FMI, otros organismos internacionales, bancos privados locales y extranjeros, y España. De la Rúa lo anunció el 18 de diciembre de 2000 con bombos y platillos, convencido de que “blindaba” la economía al alejar el riesgo de *default* y acercar una plataforma para que el país volviera a crecer. “Terminamos este año con un gran éxito: el blindaje. La Argentina ya no tiene riesgos. La Argentina es segura y previsible; ahora podemos crecer en paz. 2001 será un gran año para todos. ¡Qué lindo es dar buenas noticias!”, afirmó el presidente en un *spot* de propaganda.

El blindaje financiero llegó con algunas condiciones del FMI, como el congelamiento del gasto público a nivel nacional y provincial durante cinco años, la reducción del déficit fiscal y la reforma del sistema previsional para, entre otros cambios, elevar a 65 años la edad de jubilación de las mujeres.

En el primer bimestre de 2001 la situación financiera mejoró, pero en marzo volvieron las incertidumbres y los rumores de *default*, y con ellos la caída en los depósitos bancarios y en las reservas del Banco Central. En el plano de la economía real, el blindaje no alcanzó a tener efecto alguno: el país siguió en recesión.

De la Rúa cuenta que pocos días antes de su renuncia, Machinea le propuso incorporar a Cavallo como presidente del Banco Central para mejorar la credibilidad del gobierno con relación

a los empresarios, los organismos internacionales como el FMI y las agencias calificadoras de riesgo.

—¿A Cavallo?

—Sí, a Cavallo. Ya he hablado con Alfonsín y él va a ratificar ese nombramiento.

De la Rúa agrega que al día siguiente recibió la visita de Alfonsín en la residencia de Olivos.

—¿Te habló Machinea de incorporar a Cavallo?

—afirma De la Rúa que le preguntó.

—Sí, Machinea me dice que eso es necesario. Que hay que sumar y crear confianza. Bueno, habrá que admitirlo a Cavallo.

—¿Te parece?

—Sí.

—Vamos entonces con eso.

“Íbamos a hacer ese anuncio el lunes 5 de marzo de 2001, pero el viernes anterior, a Machinea se le

ocurre renunciar”, lamenta De la Rúa. “Aquel viernes por la mañana Machinea me fue a ver”, recuerda.

—Presidente, vengo a presentar mi renuncia.

—Pero, ¿por qué?

—Las cosas no me están saliendo bien. No cumplimos con la meta de déficit fiscal acordada con el FMI.

—¿En cuánto nos excedimos?

—804 millones de dólares.

—Eso se arregla, no hagamos un drama de eso.

—Pero yo quiero cambiar de aire, no estoy cómodo.

—No se puede cambiar así. Sos el ministro de Economía, es un cargo clave. Pensémoslo mejor y en unos días volvemos a hablar.

“Pero a la tardecita, mientras estábamos en Olivos por comer, nos enteramos por la televisión

de que había renunciado Machinea”, señala De la Rúa. “Yo dije: ‘No podemos amanecer el lunes sin ministro de Economía. Hay que llamar a López Murphy’. ¡Costó un trabajo convencerlo! Él no quería agarrar”.

Sostiene Machinea que renunció porque “la situación ya era poco manejable. Se habían propuesto algunas medidas, como el aumento de la edad jubilatoria de las mujeres, pero el Congreso las había rechazado. Nosotros creíamos que, si se iba a mantener la Convertibilidad, había que ser consistente, y que para conseguir financiamiento había que convencer a los mercados de que éramos sujeto de crédito. Teníamos que hacer algunas reformas estructurales, pero el Congreso empezó a rechazarlas. Confluyeron otros factores negativos, como un déficit fiscal en enero y febrero por encima de las expectativas. Por otra

parte, tuve la percepción —un poco más que la percepción— de que ya no tenía la confianza del presidente, y cuando uno pierde la confianza del presidente lo que tiene que hacer es saludar e irse”.

Su reemplazante, López Murphy, duró apenas dos semanas. El lunes 19 de marzo por la mañana, cruzó la Cordillera junto a De la Rúa para participar de la asamblea anual del Banco Interamericano del Desarrollo; allí, en Santiago de Chile, fue respaldado efusivamente por el presidente, el mismo que, pocas horas después, en Olivos, informó a los periodistas que López Murphy había dejado el ministerio.

Hay varias versiones sobre el alejamiento de López Murphy. Por un lado, De la Rúa afirma que “se quiso ir. No quiso seguir. Yo le dije: ‘¡Pero cómo vas a renunciar ahora, esto es un desastre!’

Lo acompañé a Chile sin saber que él ya había decidido renunciar. En el viaje de vuelta, empiezo a recibir cables del levantamiento de los docentes, de los universitarios, y él dice: ‘No puedo seguir’”.

Sin embargo, López Murphy asegura que no renunció sino que fue despedido por el presidente: “Aquel fin de semana, De la Rúa no se sentía cómodo, había renunciado parte del gabinete y la coalición no respaldaba el enfoque que se estaba aplicando. Nos vamos a Chile y hay un fuerte cambio de opinión entre el presidente y lo que yo creía. Lo consulta con Cavallo, se siente más afín, y decide que le va a otorgar el control de la economía. Automáticamente, no tengo más espacio”.

Por su lado, Cavallo cuenta que el presidente lo llamó por teléfono apenas volvió de Chile, el

lunes a las 20, y le dijo: “Venite para Olivos porque necesito hablar con vos. Tengo que reorganizar el gabinete y yo creo que tenés que ser mi jefe de Gabinete”.

“Yo fui a Olivos —explica Cavallo— como jefe de Gabinete. Mi idea era mantener a López Murphy como ministro de Economía; poner en Infraestructura a Carlos Bastos, y dividir Trabajo, donde Patricia Bullrich estaba haciendo una muy buena labor, de Seguridad Social: ANSES, PAMI, obras sociales, colocando allí a Armando Caro Figueroa”, que había sido ministro de Trabajo con Menem.

Cavallo agrega: “Pero, cuando llego a Olivos, lo encuentro a López Murphy saliendo de una reunión con De la Rúa:

”—Presenté la renuncia, Mingo.

”—Pero yo entendí que vos te quedabas y que

yo me incorporaba al gabinete también para reforzarte a vos.

”—No me quedó otra salida. La Unión Cívica Radical no permite que yo siga siendo ministro. Han renunciado varios ministros y funcionarios.

”En eso, sale De la Rúa y me dice:

”—Vení, vení, que estoy acá con todo el comité nacional de la Unión Cívica Radical.

”Ahí es cuando me toman esa especie de examen para ministro de Economía”.

Aquel tenso, cambiante y larguísimo lunes 19 de marzo, De la Rúa y Cavallo tuvieron tiempo para recibir a los negociadores del Frepaso. Fue un encuentro breve en el que Fernández Meijide, Ibarra, Alessandro y Rodil escucharon una síntesis de lo que ya les habían anticipado algunos

dirigentes radicales: el presidente no tenía la menor intención de incorporar a Chacho Álvarez como jefe de Gabinete.

“En política hay cosas posibles y cosas imposibles; hablemos de cosas posibles: Fernando no le perdona la renuncia a la vicepresidencia y siente que debe ejercer su autoridad presidencial”, les había explicado Enrique “Coti” Nosiglia, un dirigente radical de mucha influencia dentro y fuera de su partido, mientras paseaban por los jardines de la residencia de Olivos.

Otro dirigente que estuvo con ellos fue Rafael Pascual, titular de la Cámara de Diputados. “Vinieron a pedir —cuenta Pascual— que Chacho fuera jefe de Gabinete y Cavallo, ministro de Economía. De la Rúa estaba reunido con el comité nacional del radicalismo y con Cavallo; salió un momento y me dijo: ‘Atendelos en mi despacho;

decíles que Cavallo sí, pero Chacho jefe de Gabinete no'. De la Rúa no lo quería a Chacho; era un mamarracho incluirlo en el gobierno luego de su renuncia".

En realidad, De la Rúa buscaba sumar al Frepaso en el gabinete para fortalecer su gobierno, pero sin su jefe. Por eso, les ofreció los ministerios de Interior y de Desarrollo Social. Fernández Meijide recuerda que el presidente quería "convencer a Alessandro para que aceptara la cartera de Interior. La insistencia era persistente y el rechazo hacia Álvarez para la jefatura de Gabinete, también. Para evitar las presiones directas, resolvimos retirarnos".

Los enviados del Frepaso se fueron de Olivos, y al día siguiente Chacho Álvarez dio por terminadas las negociaciones para volver al gobierno. Lo hizo en una conferencia de prensa en

la que anunció: “Liberamos al presidente de cualquier decisión: no queremos estar un minuto más discutiendo el tema de los cargos”. El Frepaso quedó así fuera del gabinete, aunque aclaró que “no está cerrado el camino” para una futura reincorporación de ministros y secretarios. En el Congreso, la Alianza seguía en pie; Alessandro, por ejemplo, continuaba siendo el jefe de los diputados de la coalición.

Cavallo juró el martes 20 de marzo como ministro de Economía, con un elenco de colaboradores entre los que se contaban Daniel Marx (viceministro), Federico Sturzenegger (Política Económica), Jorge Baldrich (Hacienda), Carlos Sánchez (Industria), Marcelo Regúnaga (Agricultura) y Débora Giorgi (Comercio), entre otros. No pudo coronar como jefe de Gabinete por la presión de la cúpula radical, dispuesta a

recortar desde el vamos el poder de la nueva estrella oficial. En ese puesto siguió Chrystian Colombo, un buen nexa entre Alfonsín y De la Rúa, con el cavallista Caro Figueroa como número dos.

“Sinceramente —dice Colombo—, creo que Alfonsín no dijo que no a la incorporación de Cavallo porque no podía. Sé que hubo una reunión entre Alfonsín y Cavallo, pero dudo de la sinceridad de las palabras que ahí se dijeron, de ambos lados”.

La jugada descolocó a varios, tanto en el radicalismo como en el peronismo. El gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf, considera que fue un error de De la Rúa: “Cavallo era mala palabra para el radicalismo. A él lo introduce Chacho, que en el medio de esa maniobra intentaba volver como jefe de Gabinete; una cosa muy rara.

Yo recuerdo que en aquel momento Alfonsín estaba en contra”.

Pero Álvarez desmiente que el retorno de Cavallo a Economía haya sido una iniciativa suya. “Ese fue un malentendido. Yo no tenía, desde afuera, ninguna influencia sobre decisiones tan cruciales”.

Además, el ex vicepresidente sostiene que él fue siempre “muy escéptico” sobre su vuelta al gobierno como jefe de Gabinete, una jugada que atribuye a “algunos compañeros bien intencionados” para “actuar como contrapeso” de Cavallo.

“Por eso —agrega— la noche en que se decide la incorporación de Cavallo, algunos dirigentes del Frepaso fueron a Olivos a plantearle a De la Rúa mi reingreso al gobierno. Fue un gran error que yo convalidé. Fue someternos a una nueva

humillación”.

En el nuevo gabinete brillaban por su ausencia tanto el Frepaso como el radicalismo alfonsinista, salvo algunas figuras aisladas o que se habían ganado la confianza del presidente. Los que quedaron afuera culparon de esa decisión al entorno presidencial, en especial a su hijo Antonio y a viejos amigos de De la Rúa, como el nuevo secretario general de la Presidencia, Nicolás Gallo.

Es posible que esas interpretaciones exageren la influencia real del entorno, como suele suceder en este tipo de análisis. En este episodio, las decisiones cruciales fueron tomadas por el propio De la Rúa, motivado por una mezcla de razones y pasiones: la revancha contra Chacho Álvarez, el deseo de demostrar a Alfonsín y a todos que era él quien mandaba, su conclusión de que debía contar

con un gabinete más homogéneo, y el convencimiento de que, a esa altura, su gobierno pasaba a depender de la gestión de la economía.

Al menos en este último punto, De la Rúa no estaba equivocado.

Capítulo 6

LAS GRIETAS DE LA ALIANZA



*Carlos “Chacho” Álvarez en el acto en el que e:
renuncia,
el 6 de octubre de 2000 en el Hotel Castel*

*Voy a seguir peleando por los mismos ideales
por los que
peleé en mi vida; (...) lo voy a hacer desde el
llano,
con la misma voluntad, con la misma vocación,
con la misma firmeza y el mismo compromiso
que tuve en mi larga vida militante.*

Chacho Álvarez en su discurso de renuncia
a la vicepresidencia el viernes 6 de octubre de
2000
en el Hotel Castelar.

*La actitud de Chacho fue de un individualismo
insólito,
absoluto, que no solo hirió de muerte a la
Alianza sino que
destruyó la fuerza que habíamos levantado
durante
más de una década, el Frepaso.*

Graciela Fernández Meijide
en su libro *La ilusión*, página 207.

La llegada de Domingo Cavallo al gobierno de la Alianza fue bien recibida por la mayoría de los argentinos, pero la crisis política que había derivado en su nombramiento desgastó la imagen de Fernando de la Rúa, que durante tres días se mostró vacilante, errático, sin autoridad para

conducir a su partido y a sus aliados.

Tanto fue así que una encuesta de Gallup reveló el 29 de marzo de 2001 que el 72 por ciento de la población estaba de acuerdo con el nombramiento de Cavallo y que el 58 por ciento pensaba que el nuevo ministro lograría superar la crisis económica.

Por su lado, *Clarín* publicó un sondeo del Centro de Estudios de Opinión Pública realizado en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, donde la imagen positiva de Cavallo había saltado al primer lugar del ránking nacional, que ahora compartía con el gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf: ambos eran bien vistos por el 43,8 por ciento de los entrevistados.

“Lo llamativo aquí —interpretaba *Clarín*— es el repentino avance de Cavallo en la opinión pública, ya que hace tiempo que Ruckauf lidera

solo y con suficiente comodidad este tipo de encuestas”.

Cavallo y Ruckauf eran seguidos por Chacho Álvarez, con el 29,9 por ciento de apoyo, y Alfonsín, con el 26,3 por ciento; también ellos habían subido luego de varios meses en caída.

¿Y el presidente? De la Rúa recogía el 15 por ciento de imagen positiva, su peor número desde el comienzo mismo de la campaña para las elecciones de 1999. “En sus momentos de mayor consenso —recordaba *Clarín*—, poco después de asumir el poder en diciembre de 1999, llegó a más del 70 por ciento de aprobación”.

Además, nueve de cada diez encuestados consideraban que el presidente no había manejado bien la crisis. Un castigo para De la Rúa, que había elegido un gabinete muy diferente del original.

La situación reflejaba la profunda grieta que separaba a De la Rúa y sus colaboradores — reforzados por sus nuevos aliados, encabezados por Cavallo— de la pata progresista de la Alianza. Esas diferencias venían de antes, pero quedaron de manifiesto con los nombramientos del 20 de marzo de 2001.

Pero también había grietas en la centroizquierda, en el Frepaso, en especial luego de la renuncia de Carlos “Chacho” Álvarez a la vicepresidencia.

El nuevo hombre fuerte del gobierno pasaba a ser Cavallo, y los sondeos indicaban que ese dato era bien registrado por la mayoría de los argentinos.

En el plano de las expectativas, el 47,7 por ciento de los encuestados consideraba que Cavallo iba a superar la recesión y reactivar la economía,

mientras que el 39 por ciento —en su mayoría jóvenes y de los sectores populares— pensaba que su vuelta al gobierno sólo traería más ajustes y recortes.

La opinión pública es muy volátil en la Argentina: ahora es una de las personas más odiadas, pero en aquel momento Cavallo era visto como el salvador del país. “La gente por la calle me decía: ‘Ayúdelo a De la Rúa’. Y eso se reflejaba en las encuestas”, afirma.

El economista Juan Carlos de Pablo considera que “hubo varios factores que incidieron en su aceptación como ministro: era el padre de la criatura —la Convertibilidad— y estaba convencido de que encontraría la solución; también, la presión de amigos y vecinos. Yo soy testigo; iba caminando con él y todos le decían: ‘¡Fuerza, ministro!’. Luego, en la noche del 19 de

diciembre de 2001, muchos de los que le habían pedido que agarrara vinieron a putearlo al edificio donde vive”.

Salvo el radicalismo alfonsinista y el peronismo duhaldista, las principales fuerzas políticas habían ido empujando a Cavallo al corazón del gobierno de la Alianza.

“En la oposición —hace memoria Cavallo— todos juraban que querían ayudar al gobierno. Todos me dijeron: ‘Metete vos para ayudarlos a salir de esta situación’. Hablo de Kirchner, Menem, Ruckauf, De la Sota, Reutemann...”.

“Incluso —agrega—, en las elecciones legislativas de octubre de 2001, cuando ya era ministro, en algunos distritos el peronismo quiso ir aliado con Acción para la República. En la ciudad de Buenos Aires, por ejemplo, donde el menemismo controlaba al Partido Justicialista, el

primer candidato a diputado fue Daniel Scioli, mientras el primero de la lista de senadores fue Horacio Liendo, uno de mis asesores de mayor confianza. Hubo también una reunión con Eduardo Duhalde para explorar una alianza con Acción para la República en la provincia de Buenos Aires, pero eso no avanzó”.

En cuanto al Frepaso, Graciela Fernández Meijide explica que —sobre todo en comparación con otros economistas, como, por ejemplo, Ricardo López Murphy— Cavallo “representaba un programa económico con otras aristas que eran más afines a nuestras ideas”.

Fernández Meijide admite que esa “afirmación despertará enojos y negaciones pues creo que a pocos del Frepaso les gustará reconocer esas afinidades”, pero señala que la mejor prueba de esa visión sobre Cavallo fue el “esfuerzo

personal” del líder de esa fuerza, Chacho Álvarez, para sumarlo al gobierno de la Alianza.

En su opinión, el Frepaso tenía en cuenta dos cosas en esa jugada. En primer lugar, el “prestigio internacional” de Cavallo, que era visto como “el padre de lo que en ese momento se consideraba un milagro económico”, la Convertibilidad. Y en segundo lugar, la heterodoxia de las reformas impulsadas por Cavallo en los noventa “ya que, si bien habían impuesto un ajuste de las cuentas fiscales, se basaban también en la reactivación del mercado interno, que se manifestó en el aumento sostenido a tasas récord del PBI y en el incremento del consumo de los sectores medios y bajos”.

“Por supuesto, esos datos —reales— no ocultan la otra cara de la moneda, también real: la persistencia de los graves problemas sociales de la pobreza y el desempleo a los que la

Convertibilidad no pudo dar solución, así como la concentración regresiva del ingreso”, agrega Fernández Meijide.

Fernández Meijide sostiene que Chacho Álvarez vio en la incorporación de Cavallo la oportunidad de retornar al gobierno, a un cargo ejecutivo como la jefatura de Gabinete. Y que en marzo de 2001 se había diluido la voluntad de Álvarez de defender “desde el llano” los principios fundadores del Frepaso —en especial, la lucha contra la corrupción de la “corporación política”— con la cual había argumentado su renuncia a la vicepresidencia.

Como vimos en el capítulo anterior, Álvarez afirma que no fue suya la idea de sumar a Cavallo como ministro de Economía, y que se limitó a respaldar la iniciativa del ministro José Machinea de colocarlo como titular del Banco Central.

“Fundé una fuerza nueva para, entre otras cosas, cambiar drásticamente la forma de hacer política de este país. Me da mucha vergüenza que un joven de 16, 17 o 18 años sienta que la política es similar al delito”, afirmó Álvarez el 6 de octubre de 2000 al anochecer, en el Hotel Castelar, durante un acto en el que explicó a sus partidarios por qué había tomado esa sorpresiva decisión.

¿A qué se refería, concretamente? Al escándalo provocado por las denuncias sobre el pago de sobornos a un grupo de senadores del radicalismo y el peronismo para que aprobaran, el 26 de abril de 2000, un proyecto de ley que flexibilizaba la legislación laboral, recortaba el poder de los sindicatos y disminuía los aportes patronales para las empresas que aumentaban su plantilla de personal.

Chacho Álvarez se había convertido en el

principal promotor de esas denuncias, que involucraban al ministro de Trabajo, Alberto Flamarique, y al jefe de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), el ex banquero Fernando de Santibañes, entre otros dirigentes. Flamarique era del Frepaso y había llegado a ese cargo como el principal operador político de Chacho, mientras que De Santibañes era amigo y hombre de confianza del presidente.

Según los denunciantes, el dinero para los sobornos había salido de la SIDE; Flamarique — siempre de acuerdo con esas acusaciones— fue quien ofreció las coimas. “Para los senadores, tengo la Banelco”, habría dicho el ministro de Trabajo durante una cena previa con un grupo de sindicalistas que se oponían a la ley de reforma laboral, encabezados por el camionero Hugo Moyano.

Los dos funcionarios habían pasado a ser enemigos mortales para Álvarez, quien reclamaba públicamente sus renunciaciones o despidos. Incluso, le atribuía a De Santibañes una nota de tapa de la revista *La Primera*, que aludía a presuntos problemas matrimoniales del vicepresidente.

De la Rúa siempre negó entidad a las denuncias sobre los sobornos en el Senado y defendió a los funcionarios y legisladores acusados.

Para Fernández Meijide, Álvarez estaba inquieto por la pérdida de popularidad del gobierno —y, en especial, de él mismo— a causa de las dificultades económicas. Y utilizó “el repudiable asunto de los sobornos en el Senado” para luchar “contra el sector que representaba De Santibañes” sobre “la orientación económica del gobierno y el nombre del eventual reemplazante del ministro Machinea”.

De Santibañes era un ex banquero liberal partidario de un ajuste clásico, drástico; su candidato a ministro de Economía era López Murphy.

“Al mismo tiempo —agrega Fernández Meijide— el tema de los sobornos era una reserva moral, un puente de plata que le permitiría, si lo decidía, retirarse del gobierno con su prestigio personal incólume, aunque esta idea era desconocida por el resto de la dirigencia del Frepaso”.

Fernández Meijide cuenta que “el único indicio de que estos pensamientos rondaban por la cabeza de Álvarez me lo proporcionó el periodista Gustavo Sylvestre (que por entonces conducía junto a Marcelo Bonelli el programa *A dos voces*, por el canal de cable TN), quien me refirió hacia fines de 1999 que Chacho le habría dicho que ‘antes de frustrar a la gente, me vuelvo a mi casa’.

Claro que entonces parecía solo una figura metafórica”.

Por su lado, Álvarez niega que hayan sido esas las razones de su renuncia. Sostiene que se fue del gobierno porque “tomé conciencia de la imposibilidad de continuar en un cargo que, sin más diálogo con el presidente, era decididamente intrascendente, pero con la suficiente exposición pública como para ser un factor de permanente conflicto institucional”.

El fuego cruzado entre el presidente y el vice — desgranado de manera indirecta, por medio de gestos, alusiones y declaraciones de terceros— derivó en una modificación del gabinete, el 5 de octubre, que fue decidida por De la Rúa sin consultar con los líderes de su partido y del Frepaso, Alfonsín y Álvarez; es decir, por afuera de la Alianza.

“Ya me enteré por las radios”, le contestó secamente Alfonsín cuando De la Rúa lo llamó por teléfono para avisarle de los cambios.

Las dos decisiones que enojaron a Chacho Álvarez fueron que De Santibañes permaneciera en la SIDE y que su ex compañero Flamarique resultara promovido de Trabajo a la secretaría general de la Presidencia, en el núcleo íntimo de la Casa Rosada.

Durante la jura de los nuevos ministros, en un Salón Blanco a pleno, al vicepresidente se lo vio de muy mal humor; tanto que se retiró apenas terminó la ceremonia sin saludar a nadie.

Según De la Rúa, Chacho Álvarez no se enojó por el nuevo destino de Flamarique: “Yo lo hablé con él antes y él lo convalidó con su presencia en el acto”. En su opinión, se molestó “por una cosa tonta: un grupo de colaboradores de Flamarique

fue al juramento del Salón Blanco, que es muy pequeño, y fueron muy ruidosos con el aplauso”.

La interpretación generalizada fue que los cambios buscaban consolidar la autoridad presidencial y reducir la influencia del vicepresidente en el gobierno.

Álvarez renunció al día siguiente porque —según explicó— el cambio de gabinete fortalecía a sus enemigos internos y desautorizaba sus pedidos de renuncia de los funcionarios y senadores presuntamente involucrados en los sobornos.

“Respeto las determinaciones del presidente. Sin embargo, no puedo acompañarlas pasivamente o en silencio porque son contradictorias con las decisiones que vengo reclamando en el Senado de la Nación”, dijo, en su discurso de despedida del cargo.

“El presidente le dio la espalda a la sociedad y

amparó a los sospechosos”, precisa Álvarez.

La renuncia sorprendió tanto a De la Rúa y a Alfonsín como a los principales dirigentes del Frepaso.

Fernández Meijide se enteró por la mañana, cuando estaba por anunciar un convenio entre su Ministerio de Desarrollo Social y el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Le avisó Juan Pablo Cafiero. De inmediato, llamó a Chacho, le preguntó si estaba convencido de lo que hacía, le dijo que ella estaba en contra y le sugirió un debate interno sobre la eventual retirada en masa del Frepaso del gobierno de la Alianza.

—No, para nada, solo yo me voy —fue la respuesta.

Álvarez había tomado tamaña decisión por su cuenta, acompañado únicamente por su esposa, Liliana Chiernajowsky. Cuando Fernández Meijide

llegó al departamento del matrimonio, en el barrio de Palermo, vio que había algunos grupos de vecinos y de militantes en la calle, y “un parlante en el balcón”.

“Le pregunté a Chacho —cuenta— si tenía pensado salir al balcón que daba a la calle Paraguay, señalándole el micrófono y el parlante allí instalados, eventualidad que me parecía un despropósito. Tal vez la escena del discurso desde el balcón había sido implementada sin su conocimiento, o, quien fuera que hubiera imaginado una pueblada, a esa altura de la tarde se estaba demostrando que había hecho un cálculo desproporcionado y delirante. Lo cierto es que Álvarez dio la orden de desmontar todo”.

Chacho Álvarez se había formado en el peronismo, una cultura política donde cada dirigente sueña con su 17 de Octubre; con una

marea popular que en pleno conflicto lo eleve por encima de sus enemigos y lo deposite victorioso en el centro de la escena.

Fernández Meijide sigue siendo muy crítica de la renuncia de Álvarez: “Fue un grave error que debilitó al gobierno donde más dolía —y donde teníamos mayores obligaciones—, es decir, en su capacidad de garantizar la gobernabilidad y, por ende, la estabilidad de la economía y de las instituciones”.

Y todavía más: “La actitud de Chacho fue de un individualismo insólito, absoluto, que no solo hirió de muerte a la Alianza sino que destruyó a la fuerza que habíamos levantado durante más de una década”, el Frepaso.

Parado en la vereda de enfrente, Eduardo Duhalde —que había perdido las elecciones presidenciales del año anterior— vio la renuncia

de Chacho Álvarez como “un gran error, que dejó al gobierno de De la Rúa herido en un ala”.

“La Alianza —agrega— se quedó sin recambio, como se comprobó después, cuando De la Rúa renunció y Chacho ya no estaba”.

En tanto, Álvarez reivindica su gesto si bien admite errores de implementación: “La actitud correcta debió haber sido la salida de todo el Frepaso del gobierno. Me quedé a mitad de camino”.

Las encuestas indicaron rápidamente que la mayoría de la gente estaba en desacuerdo con la actitud del vicepresidente y pensaba que el gesto era el comienzo del fin de la coalición que había logrado derrotar en las urnas al peronismo.

Chacho Álvarez era un líder mediático; su

principal capital era su prestigio público, logrado gracias a un asombroso conocimiento sobre la forma en que funcionan los medios de comunicación y cómo sienten y piensan los periodistas. Tenía un contenido apropiado; portaba virtudes reclamadas por la gente, como la honestidad, la transparencia, la ética y una actitud de lucha contra los poderosos y las injusticias.

Pero no controlaba ningún territorio y no se destacaba por la originalidad de sus ideas ni por su capacidad de gestión ni por sus aptitudes como organizador de cuadros o de masas ni por la representación de grupos específicos de poder.

Su poder dependía del público. Por eso se desinfló cuando tomó una decisión crucial que fue juzgada equivocada: la renuncia a la vicepresidencia. La misma gente que lo había consagrado como la figura más querida y

respetada del Frepaso —y, tal vez, de la Alianza — le dio la espalda.

Nunca pudo recuperarse de ese percance. Ni siquiera a fines de 2003, cuando apareció un “arrepentido”, Mario Pontaquarto, ex secretario Parlamentario del Senado, quien aseguró que él había transportado los 5 millones de pesos/dólares pagados por la SIDE a los senadores radicales y peronistas que controlaban la Cámara Alta. Y que esos sobornos habían sido ordenados por el propio De la Rúa.

El gobierno del presidente Néstor Kirchner calificó la aparición del “arrepentido” como “un día de gloria” para el país; lo hizo por medio del jefe de Gabinete, Alberto Fernández, que agregó: “Es una reivindicación para Chacho Álvarez ya que fue un hecho denunciado por él y que detonó su renuncia”.

De inmediato, hubo especulaciones sobre una eventual incorporación de Álvarez al kirchnerismo, que en aquel momento buscaba consolidar una fuerza política transversal y novedosa, que dejara atrás al peronismo y al radicalismo. No fue así, tal vez porque las encuestas indicaron que la imagen de Chacho no se recuperaba.

De todos modos, al año siguiente Álvarez fue incorporado por los Kirchner a la diplomacia, primero como presidente de la Comisión de Representantes Permanentes del Mercosur, y luego, desde 2011, como secretario general de la Asociación Latinoamericana de Integración (Aladi); ambos organismos, con sede en Montevideo.

Las explosivas declaraciones de Pontaquarto reavivaron la investigación judicial sobre los

presuntos sobornos en el Senado.

De la Rúa y siete ex funcionarios y ex senadores del radicalismo y el peronismo fueron procesados y sometidos a juicio oral. El 23 de diciembre de 2013, diez años después de la “confesión” de Pontaquarto, todos fueron absueltos de culpa y cargo por el Tribunal Oral Federal Número 3.

La sentencia fue unánime. En los fundamentos del fallo —que completan 2.697 páginas— los tres jueces determinaron que “la prueba producida en el debate y las demás constancias permitieron acreditar, sin lugar a dudas, que los hechos imputados no existieron”.

El tribunal calificó a Pontaquarto como “un embaucador”, que sostuvo una “versión de los hechos inverosímil, contradictoria y mendaz”, y lo excluyó del Programa Nacional de Protección de Testigos e Imputados.

Los tres jueces dieron a entender que pudo haber habido toda una operación política diseñada por el gobierno de Kirchner y recomendaron una investigación judicial para “esclarecer la posible comisión de un delito de acción pública” ya que consideraron “por demás oscuro el modo en que llegó Pontaquarto a declarar a los Tribunales, el 12 de diciembre de 2003”.

Además, el tribunal criticó al juez Daniel Rafecas y a los fiscales que habían investigado los dichos de Pontaquarto en primera instancia, y también a algunos de los más de trescientos testigos escuchados, cuyas declaraciones fueron calificadas de “mendaces”.

La sentencia fue apelada por la fiscalía el 16 de abril de 2014 ante la Cámara Federal de Casación, el máximo tribunal penal del país.

Capítulo 7

LOS BUITRES

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia



*De la Rúa venció en 1999 con el 48,5 por ciento
votos,
pero su mandato duró apenas 740 días.*

—Ustedes están destruyendo la Argentina.

*Después de que dijeron que éramos
el alumno ejemplar del Fondo por las reformas
que hicimos, nos obligan a un default y
a la destrucción del sistema financiero.*

*—Si el Congreso aprueba el Presupuesto para
2002
y ustedes envían un proyecto de ley de
coparticipación
de impuestos para discutirla el próximo año,
les enviamos la cuota de 1.260 millones de
dólares.*

Diálogo entre el ministro Domingo Cavallo y el director gerente del FMI, Horst Köhler, el 7 de diciembre de 2001 en Washington.

Durante todo el año 2001, los fondos buitres han querido derrotar a la Argentina; obligarla a la devaluación y al default. Pero serán derrotados.

Domingo Cavallo el 2 de diciembre de 2001 por la cadena nacional de radio y televisión al explicar el “corralito” bancario.

Cuatro meses después de su regreso al Ministerio de Economía, Domingo Cavallo llamó

por teléfono al gobernador peronista Néstor Kirchner, a quien consideraba el mejor discípulo que le había quedado al frente de una provincia, Santa Cruz.

—Néstor, vos sos el único que tiene plata: 700 millones de dólares; los otros gobernadores que cobraron las regalías petroleras se las gastaron.

—¿Qué me vas a pedir, Mingo?

—Te propongo que creemos el Fondo Monetario Interprovincial. Vos sos el presidente del fondo y traes los 700 millones para ese fondo; nosotros, la Nación, ponemos otros 700 millones y hacemos 1.400 millones, y yo consigo 1.600 millones del FMI, con lo cual sumamos 3 mil millones de dólares. Y vos los manejas con los gobernadores según te parezca; le prestás a quien decidas porque vos ya demostraste que sabés manejar una provincia y sus recursos. Así, le

brindás un servicio al país, y eso te va a dar un gran prestigio político para tu carrera presidencial.

—Dejámelo pensar, Mingo.

Al día siguiente, Kirchner le devolvió la llamada.

—No, Mingo. ¿Vos qué te creés? ¿Que voy a traer al país ese dinero para que Ruckauf, De la Sota y todos esos irresponsables se sigan patinando la plata?

“Kirchner —dice Cavallo— no tenía ningún problema porque tenía 700 millones de dólares en el exterior, su provincia no estaba endeudada, había privatizado el banco provincial. A principios de los noventa, cuando yo estaba en el gobierno de Carlos Menem, les había dicho a todos los gobernadores de las provincias petroleras a los que les pagamos 6 mil millones de

pesos/dólares por regalías acumuladas durante la época de Raúl Alfonsín, que no gastaran el capital sino solo los intereses. Ningún gobernador me hizo caso, salvo uno: Kirchner”.

Las últimas noticias de ese dinero —que pertenece a la provincia de Santa Cruz— datan del 16 marzo de 2006, cuando Sergio Acevedo renunció sorpresivamente a la gobernación, con Kirchner ya en la presidencia. Acevedo había sido vicegobernador de Kirchner; no era un “pingüino”, un kirchnerista de paladar negro, pero se lo consideraba un aliado patagónico de mucha confianza.

Acevedo suele contar que uno de los motivos de su dimisión fue que no quiso convalidar un pedido del empresario Lázaro Báez para que le anticipara 30 millones de pesos de una licitación que había ganado para construir caminos en Santa Cruz con

fondos provistos por la Nación.

“Sergio decía que eso no se podía hacer; que era contrario a la ley porque implicaba modificar el pliego de condiciones de una licitación que ya había sido adjudicada. Lo ‘apretaron’ de Vialidad Nacional, pero él se dio cuenta de que el pedido venía de Néstor Kirchner”, confía un amigo de Acevedo.

Cuando renunció a la gobernación, Acevedo informó que dejaba 536 millones de dólares provenientes de las regalías petroleras depositados en el exterior. Y recordó que, el 10 de diciembre de 2003, cuando asumió, había 507 millones de dólares en cuentas del banco HSBC y la Unión de Bancos Suizos.

“Eran de libre disponibilidad. Luego de la renuncia de Sergio, ya no hubo ninguna contabilidad pública sobre ese dinero. No

sabemos si ese dinero todavía existe y, si existe, a cuánto asciende”, agrega el informante.

La oferta de Cavallo que no convenció a Kirchner ocurrió a mediados de julio de 2001, cuando el ministro de Economía negociaba el respaldo de todos los gobernadores a una ley que estableciera el “déficit cero”: tanto la Nación como las provincias debían recortar gastos para eliminar el déficit fiscal, según reclamaba el Fondo Monetario Internacional para aprobar un nuevo préstamo.

El “déficit cero” exigía otro ajuste, el séptimo en los diecinueve meses que llevaba Fernando de la Rúa al frente del gobierno. Que incluía tragos muy amargos, como una poda del 13 por ciento en los salarios de los empleados públicos, las

jubilaciones superiores a 500 pesos/dólares mensuales y los pagos a los proveedores del Estado.

En los tres primeros meses de su nueva gestión, Cavallo había logrado revertir los rumores de que la Argentina no pagaría los vencimientos de su deuda, que en marzo habían provocado un retiro masivo de depósitos de los bancos: 5.543 millones de pesos/dólares. Fue la mayor salida mensual de depósitos de toda la historia, superior incluso a la de marzo de 1995, en medio de la llamada Crisis del Tequila.

El primer objetivo de Cavallo en su nueva etapa al frente de Economía fue revertir esas expectativas de *default* y evitar que siguiera la fuga de depósitos por parte de ahorristas que preveían que una cesación de pagos del Estado afectaría a los bancos donde ellos tenían sus

pesos/dólares porque esas entidades habían comprado títulos de la deuda pública; además, un *default* daría lugar a una serie de quebrantos y presiones que terminaría en una híper devaluación. Era mejor —calculaban— tener los dólares debajo del colchón, en una caja fuerte o en el exterior para no perder y hasta para ganar aprovechando las nuevas oportunidades. Por ejemplo, el *default* en cadena de empresas privadas y la desvalorización de sus activos, o la caída vertical del precio en dólares de los inmuebles.

En abril, mayo y junio mejoró —siempre en términos relativos— la confianza en la capacidad de pago de la Argentina y se frenó el retiro de depósitos. Eso fue posible por una ráfaga de medidas de Cavallo que despabilaron al gobierno de De la Rúa y fueron apoyadas en el Congreso

tanto por la Alianza como por el peronismo. Entre ellas, la delegación de facultades al Poder Ejecutivo Nacional, el impuesto al cheque, la aplicación del IVA a actividades que no estaban gravadas, cambios en los aranceles aduaneros, recortes en el gasto público y los planes para mejorar la competitividad de algunos sectores productivos a través —básicamente— de rebajas impositivas.

La delegación de facultades del Congreso —que no fue todo lo amplía que pretendía el nuevo hombre fuerte del gobierno— era una idea que Cavallo ya le había sugerido a De la Rúa cuando el presidente lo convocó el viernes 16 de marzo a la Casa Rosada para contarle cómo sería el ajuste que estaba preparando el flamante ministro López Murphy.

—López Murphy va a anunciar hoy un ajuste —

le dijo De la Rúa.

—Eso es inevitable. ¿En qué va a consistir?

—Habrá recortes en las partidas para educación, por ejemplo. Será un ajuste, en total, de casi 2 mil millones de dólares para este año.

—Mirá, a mí me parece que antes de anunciar un ajuste lo que te conviene es pedir al Congreso que te delegue funciones y atribuciones propias. Está previsto en la Constitución.

El presidente abrió un ejemplar de la Constitución, buscó el artículo 76 sobre las facultades del Congreso y leyó en voz alta: “Se prohíbe la delegación legislativa en el Poder Ejecutivo, salvo en materias determinadas de administración o de emergencia pública, con plazo fijado para su ejercicio y dentro de las bases de la delegación que el Congreso establezca”.

—Muy buena idea, Mingo.

—Por eso, no se apresuren a anunciar nada hasta tanto no tengan todas las herramientas para hacer cosas que luego no puedan ser revertidas por el Congreso.

“Pero no esperaron y López Murphy hizo sus anuncios por cadena nacional”, cuenta Cavallo.

La delegación de facultades del Congreso resultó tan cómoda para De la Rúa y sus sucesores que todos los presidentes la mantuvieron aun luego de que finalizara la situación original de emergencia económica. Lo mismo ocurrió con el impuesto al cheque, que nació como un gravamen provisorio, copiado de Brasil.

Las medidas de Cavallo apuntaron también a rehabilitar el “blindaje” de diciembre de 2000 para que el FMI siguiera enviando los desembolsos periódicos previstos en ese acuerdo. Un dinero vital para asegurar el pago de la deuda

pública, pero que estaba en peligro porque el gobierno no había reducido el gasto durante el primer trimestre de 2001, como había prometido.

En esa línea, Cavallo implementó el megacanje, que consistió en la emisión de cinco títulos para refinanciar la deuda de la Nación; es decir, para extender los plazos de pago en forma voluntaria y mediante un estímulo o “premio”. El canje fue por unos 30 mil millones de dólares, a una tasa del 14 por ciento. A cambio, el gobierno postergó el pago de capital e intereses de esa porción de la deuda pública hasta después de 2005.

El megacanje derivó con el tiempo en una investigación judicial, que culminó el 6 de octubre de 2014 con la absolución de Cavallo. La fiscalía lo acusaba de haber favorecido de manera ilegal a los siete bancos que participaron en la operación, que habrían cobrado una comisión de 150 millones

de dólares.

Pero en julio de 2001 la situación financiera se agravó drásticamente. El mes comenzó con rumores sobre la renuncia del propio presidente, luego de que el gobernador del Chaco, el radical Ángel Rozas, afirmara en declaraciones a Radio 10 que “los acontecimientos en gran medida han superado” a De la Rúa.

Ese mes volvieron las dudas —dentro y fuera del país— sobre si la Argentina podría pagar sus deudas y se reanudó la fuga de depósitos. Tanto fue así que en julio salieron de los bancos 5.268 millones de pesos/ dólares, casi la misma cifra que durante la crisis política de marzo.

El episodio que disparó esa nueva crisis de confianza fue la dificultad de Buenos Aires y de

otras provincias fuertemente endeudadas con un grupo de bancos locales para refinanciar los vencimientos de esas deudas.

Según De la Rúa y Cavallo, el gran problema había pasado a ser la “deuda interna” ya que los compromisos externos de la Nación habían entrado, en su mayoría, en el megacanje. Y dentro de la deuda interna, los vencimientos de varias provincias que se habían endeudado a una tasa variable, reajutable cada tres meses, que en la primera semana de julio trepó al 21 por ciento de interés anual. Algo imposible de pagar.

“Yo —afirma Cavallo— estaba en Roma; Silvio Berlusconi era el primer ministro y, como España ya nos había ayudado con mil millones de dólares, tenía la ilusión de que Italia hiciera lo mismo. Pero me llama el jefe de Gabinete, Chrystian Colombo, y me avisa que Buenos Aires no había

logrado renovar 300 millones de dólares de vencimientos y que iba a entrar en *default*".

De la Rúa asegura que "Buenos Aires y su banco, que le prestaba dinero sin ningún control, eran el principal dolor de cabeza. Es una provincia que representa un tercio del país y que, al ser mal administrada, generaba crecientes déficits, ruinas en las cuentas del Banco Provincia y altos índices de corrupción".

"Además —agrega— el Banco Provincia había dado préstamos a empresas que no tenían capacidad para devolverlos".

De acuerdo con De la Rúa, "no solo teníamos que pagar la fiesta de Menem a nivel nacional sino la fiesta de Duhalde en la provincia de Buenos Aires. Menem y Duhalde habían gastado un dineral en la lucha entre ellos por la candidatura presidencial de 1999".

Carlos Ruckauf, por entonces gobernador de Buenos Aires, tiene una visión muy distinta: “Yo me llevaba muy bien con De la Rúa, pero la relación se complicó cuando llega Cavallo a Economía y dejó de pagar la coparticipación de impuestos a los gobernadores. A nosotros no es que nos prestaban la plata; no nos pagaban la nuestra”.

El ex gobernador señala que Buenos Aires estaba complicada “desde el punto de vista financiero, pero no desde el punto de vista económico. Al no recibir el dinero de la coparticipación y de los acuerdos que habían firmado la Nación y cada una de las provincias, la situación se volvió muy difícil”.

También el gobernador salteño de esos años, Juan Carlos Romero, afirma que la relación con Cavallo era muy complicada: “Lo habíamos

padecido como ministro de Menem. Ya en la primera reunión con nosotros —en el Consejo Federal de Inversiones— nos dimos cuenta de que estaba muy acelerado”.

—Ustedes no se preocupen por el FMI ni por el mundo: a mí me creen, a mí me van prestar toda la plata que necesitemos —dijo Cavallo al comenzar su primer encuentro con los gobernadores como ministro de De la Rúa, según Romero.

“Luego —agrega el político salteño—, cuando Kirchner estaba defendiendo la necesidad de cuidar las reservas del Banco Central, Cavallo lo desafió: ‘Entonces Néstor, traé al país los ahorros de Santa Cruz, que hacen falta aquí’. Kirchner le respondió: ‘Vos estás loco, Mingo, y por eso no los pienso traer’. De allí quedó la frase que luego circuló entre los gobernadores para caracterizar ese exceso de confianza y esa aceleración del

ministro: ‘Vos estás loco, Mingo’”.

Para Romero, se trataba de una lógica que atravesó a distintos gobiernos, incluso —o sobre todo— al kirchnerismo: “Una política de centralizar y concentrar los recursos a nivel nacional, siempre contra las provincias, para volverlas cada vez más dependientes”.

Colombo, el ex jefe de Gabinete, también enfatiza las dificultades de Cavallo en su relación con los gobernadores y los legisladores de la oposición. “Él asumió en marzo y en julio los peronistas ya no lo querían ver. Se peleó con todos, a tal punto que cuando mandó el proyecto de Ley de Déficit Cero, el Senado no lo quiso recibir. Con Kirchner había tenido mucha relación, pero luego se pelearon. También con Ruckauf”, recuerda.

Aun peor se llevaba Cavallo con algunos

conspicuos miembros del oficialismo, como el ex presidente y titular del radicalismo, Raúl Alfonsín, que basó su campaña como candidato a senador por la provincia de Buenos Aires en ataques cada vez más duros contra la política económica. Varias veces sugirió, incluso, la renuncia o el despido del poderoso ministro.

Es que Alfonsín y sus partidarios —que controlaban el partido del presidente— habían aceptado a regañadientes el nombramiento de Cavallo. En realidad, no solo tenían una vieja inquina contra el ministro sino que estaban en contra del modelo económico que él había creado el 27 de marzo de 1991 a través de la Ley de Convertibilidad, que ancló el peso al dólar para terminar con la hiperinflación.

“La Convertibilidad tiene al país crucificado”, afirmó Alfonsín el 15 de mayo de 2001, durante un

encuentro con un grupo de empresarios brasileños en San Pablo. Y criticó la intención de Cavallo de garantizar la refinanciación de la deuda pública con los impuestos recaudados por la Nación. “Ese tipo de garantía, si es que llega, no deberá ser aprobada por el Congreso porque se trataría de un sistema de mucho riesgo para la Argentina y un pésimo ejemplo para América latina”, sostuvo.

Según Cavallo, esa negativa impidió que el megacanje incluyera la deuda de las provincias, que ya estaba garantizada por el dinero de la coparticipación federal de impuestos; es decir, por la porción de la torta que le correspondía a cada provincia y que recibía directamente de la Nación. “Ningún tenedor de esa deuda —explica— la habría canjeado por bonos nacionales con una garantía menor; la garantía que seguramente los habría seducido era el dinero de la recaudación

total de impuestos”, la torta completa.

Por eso —enfatisa Cavallo—, el megacanje incluyó solo la deuda de la Nación.

Más allá de esas peleas, la solución que encontraron Cavallo y los gobernadores a la crisis de confianza de julio fue pedirle al FMI un préstamo adicional de 8 mil millones de dólares. Pero Cavallo ya no jugaba de local en el Fondo: en junio, los Estados Unidos habían cambiado a su representante en ese organismo, Stanley Fischer —amigo del ministro— por Anne Krueger.

Mientras Fischer había sido nombrado por el gobierno de Bill Clinton, Krueger representaba el punto de vista del nuevo presidente estadounidense, George W. Bush, que no era partidario de salvatajes a países en problemas,

como los que Clinton había impulsado para México, Rusia, Brasil y la Argentina (el blindaje).

Los conservadores habían vuelto al poder en Estados Unidos con la teoría del “riesgo moral”: si los banqueros de Wall Street habían invertido en países insolventes —tentados por las promesas de tasas de interés altísimas— debían enfrentar por su cuenta un eventual *default* de sus bonos. Reflejaban un nuevo consenso político en Washington: los salvatajes del pasado habían usado el dinero de todos los contribuyentes para beneficiar solo a los bancos.

Los republicanos de Bush no se llevaban bien con los banqueros de Wall Street.

Por otro lado, la teoría del “riesgo moral” no se preocupaba demasiado por la suerte de los deudores ya que —indicaba— si un país caía en cesación de pagos por su imprudencia, su

irresponsabilidad o su ineficacia, no era un problema de los Estados Unidos, y hasta podía servir de ejemplo para que otras naciones no hicieran lo mismo.

Así lo expresó el secretario del Tesoro norteamericano, Paul O'Neill, el 17 de agosto de 2001 en una entrevista con la cadena CNN: “Estamos trabajando ahora para encontrar la manera de crear una Argentina sustentable, no solo una que continúa consumiendo el dinero de los carpinteros y los plomeros de los Estados Unidos, que ganan 50 mil dólares por año y se preguntan qué diablos estamos haciendo con su dinero”.

Por otro lado, O'Neill no era partidario de los regímenes de tipo de cambio fijo, como la Convertibilidad, según afirmó en otra entrevista, con el *Herald Tribune*. Además, se manifestó cansado con los vaivenes de la economía

argentina: “Hace setenta años que la Argentina siempre tiene los mismos problemas; a los argentinos nadie los forzó a ser como son”, y opinó que nuestro país “nunca exportó nada que valiera la pena”.

Anne Krueger saltó al puesto número dos del Fondo, como subdirectora gerente, mientras el alemán Horst Köhler, continuó como número uno, como director gerente. Estados Unidos y Europa se reparten de esta manera el control del FMI desde que fue creado, al final de la Segunda Guerra Mundial.

El cambio de postura de Estados Unidos —el socio de mayor peso del FMI— dificultó la negociación para obtener el nuevo préstamo: “Solo si vemos unidad política y respaldo a un plan de ajuste. Si no, no hay un peso más del FMI”, exigió Köhler cuando Cavallo fue a pedir el

préstamo adicional.

Al final, la necesidad de las provincias hizo que el Congreso sancionara la Ley de Déficit Cero el 30 de julio, y eso permitió el desembolso del Fondo.

El nuevo préstamo fue presentado como una ampliación del blindaje por 8 mil millones de dólares, de los cuales 5 mil millones llegaron el 10 de septiembre —un día antes de los atentados contra las Torres Gemelas y el Pentágono— y 3 mil millones quedaron pendientes para cuando la Argentina reestructurara toda su deuda.

Ya no se trataba de refinanciar la deuda alargando los plazos de pago sino de reestructurarla, es decir de convocar a los acreedores y convencerlos de que aceptaran una quita de capital y/o de intereses así como plazos mayores de pago bajo la amenaza de una

inevitable cesación de pagos, de un *default*.

Según Cavallo, la idea de reestructurar la deuda fue de O'Neill.

—Ustedes no pueden pagar esos intereses; van a tener que ir a una convocatoria de acreedores —le dijo O'Neill cuando Cavallo lo llamó para quejarse por sus declaraciones sobre la Argentina y el uso del dinero de los carpinteros y los plomeros estadounidenses.

—Si ustedes nos ayudan, con mucho gusto. Pero tenemos que ver cómo se encara esto porque no hay antecedentes en el mundo. Si ustedes nos dieran un poco de dinero para reestructurar la deuda, podríamos ser un caso testigo.

—Voy a pedirle a John Taylor que coordine una reunión con usted y el FMI.

Taylor era su número dos y tenía una visión más benigna de la Argentina que O'Neill. “A los dos o

tres días —cuenta Cavallo— viaje a una reunión en el FMI con Taylor. Voy con Daniel Marx, Horacio Liendo, Federico Sturzenegger y Jorge Baldrich. Ahí quedó claro que los Estados Unidos estaban a favor de una reestructuración completa de nuestra deuda”.

Incluso, según Cavallo, tanto Taylor como luego Köhler coincidieron en que 3 mil millones de dólares no eran suficientes para respaldar una jugada tan audaz, y propusieron que los Estados Unidos y el Grupo de los 7 (los países más desarrollados) hicieran un aporte adicional para llegar a 10 mil millones de dólares.

Pero dos hechos salieron al cruce de esas negociaciones. Uno externo, los atentados del 11 de septiembre, que concentraron toda la atención de los Estados Unidos en la represalia contra Afganistán y la red de Al Qaeda, cuyos líderes

contaban con la protección del gobierno de ese país. “Tuvimos —dice Cavallo— una mala suerte tremenda: Estados Unidos pasó a tener la mente en otra cosa; era muy difícil que nos prestaran atención a nosotros, pero sí a Turquía, que se vio beneficiada porque los Estados Unidos necesitaban el espacio aéreo turco y el uso de sus bases en Turquía para la invasión a Afganistán.

”Por eso —agrega— Bush habló con los líderes europeos para que le enviaran plata a Turquía, que atravesaba problemas similares a los de la Argentina. Ahí es cuando Köhler, que es alemán, empieza con su letanía infernal: ‘Que los Estados Unidos pongan para la Argentina lo que Europa pone para Turquía’”.

El otro problema para De la Rúa y Cavallo fue que el tramo final de la campaña para las elecciones legislativas del 14 de octubre

endureció a muchos candidatos del peronismo y, en especial, de la Alianza, en sus críticas a la política económica del gobierno, a tono con la recesión interminable, el desempleo creciente y el malhumor de la población.

“Por ejemplo —recuerda Cavallo— en la Capital Federal, el candidato del oficialismo fue Rodolfo Terragno, que se colocó en una posición muy crítica hacia la política económica; los únicos candidatos a favor de lo que estábamos haciendo fueron Daniel Scioli y Horacio Liendo. Eduardo Duhalde y Raúl Alfonsín, candidatos a senadores en la provincia de Buenos Aires, eran críticos también al gobierno”.

La derrota a todo campo del gobierno aceleró la agonía de los últimos meses y precipitó la

renuncia del ministro de Economía y, horas después, del propio presidente, en medio de una ola de saqueos, protestas y movilizaciones protagonizada por una inédita coalición social, que unió a los pobres del Gran Buenos Aires —bastión electoral del peronismo— con los sectores medios de la Capital Federal, que venían votando a De la Rúa desde hacía casi treinta años. “Piquetes y cacerolas, la lucha es una sola”, fue el eslogan que expresó uno de los rasgos que identificaron a aquellas jornadas ardientes de diciembre.

Luego de la debacle electoral de octubre, los Estados Unidos y el FMI pusieron en práctica —aunque solo con la Argentina— la teoría del riesgo moral de la que venían hablando. Y ya no hubo ningún desembolso de dinero fresco.

De la Rúa agrega un argumento sobre esta actitud, que se refiere solo al número uno del

Fondo: “Köhler estaba molesto, como buen alemán, porque anulé el contrato con Siemens para la provisión de los DNI. Por eso, me llamó dos veces el canciller de su país, Gerhard Schröder. Siemens es un símbolo en Alemania”. Ese contrato venía del gobierno de Carlos Menem y fue anulado por sospechas de corrupción.

Claro que el gobierno argentino hizo sus aportes a esta nueva postura del FMI. Cuando finalmente llegó una misión del Fondo —recién el 26 de noviembre, en plena corrida bancaria— Cavallo admitió que tampoco habían cumplido con la meta fiscal del “déficit cero” y que necesitaban un “perdón” formal de ese organismo.

Un banquero, que en 2001 dirigía una de las principales instituciones extranjeras en el país y no quiere que su identidad se divulgue, evalúa que “podríamos haber evitado la crisis de diciembre

pero para eso necesitábamos —sí o sí— un financiamiento puente; y no era mucho dinero el que necesitábamos, en especial visto desde el presente. Pero el Fondo había cambiado, estaba inflexible. Es cierto, además, que la Argentina tendría que haber usado bien el dinero que nos habían prestado antes”.

De la Rúa se enteró de primera mano de ese giro crucial, durante su entrevista con Bush en Nueva York el 11 de noviembre de 2001, dos meses después de los atentados de Al Qaeda y en el marco de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ese era el tema que preocupaba realmente a Bush, a sus funcionarios y a todos los estadounidenses, de acuerdo con las tapas de los diarios locales de aquel domingo, que informaban sobre la más reciente amenaza de Osama Bin Laden: “Tenemos armas químicas y nucleares”.

Tres días antes de ese encuentro, la asesora para la Seguridad Nacional, Condoleezza Rice, anticipó que Bush le diría a De la Rúa que ya no debía esperar ninguna ayuda de los Estados Unidos ni del Fondo, y que, por lo tanto, debía arreglárselas solo y concentrarse en cumplir con la Ley de Déficit Cero.

Aquel 8 de noviembre, Bush había recibido al presidente brasileño, Fernando Henrique Cardoso. Muchos analistas especulaban que los Estados Unidos y el Fondo no le soltarían la mano a la Argentina porque su *default* contagiaría a la región, a Brasil en primer lugar. Pero, a la salida de esa audiencia, Cardoso se preocupó por asegurar que su país no tenía nada que temer si se agudizaba la crisis de su principal socio en el Mercosur: “Le dije al presidente Bush que estamos contentos de que los mercados financieros

distingan entre la situación en Brasil y la situación en la Argentina”.

Rosendo Fraga, director del Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría, considera que “se fueron acumulando factores, entre ellos la incapacidad del gobierno argentino para manejar la situación, pero el desencadenante de la crisis de diciembre ocurrió a fines de octubre, cuando los Estados Unidos —la administración Bush— decidieron dejar de financiar a la Argentina. ¿Por qué? Porque calcularon que un *default* de la Argentina ya no impactaría en la región, en especial a Brasil. Cuando llegaron a la conclusión de que no afectaría a Brasil, dijeron: ‘Es el momento de irse’”.

¿Qué habría sucedido si los Estados Unidos seguían financiando a la Argentina? Fraga opina que la gran crisis “se habría postergado un tiempo,

y el tiempo en política cambia escenarios. Esto no quiere decir que las cosas no habrían sucedido, pero el tiempo en política es muy importante: a mediados de 2002, apenas seis meses después, comienza a subir fuerte la soja”.

En ese marco, De la Rúa lanzó por decreto la primera fase de la reestructuración de la deuda pública nacional y provincial, que fue garantizada con la recaudación por el impuesto al cheque. Esa etapa terminó el 15 de diciembre, y, según Cavallo, “entraron al canje 55 mil millones de dólares de capital de un total de 100 mil millones de dólares; la deuda sumaba 140 mil millones de dólares, pero 40 mil millones eran con el FMI, el Banco Interamericano de Desarrollo y el Club de París”.

“El canje —evalúa Cavallo— fue un éxito: extendimos los plazos de todas las cuotas de

amortización en cuatro años, a partir de 2005, a una tasa de interés no mayor al 7 por ciento anual”.

Para la segunda etapa —que comenzaría el 15 de enero de 2002— quedaban 45 mil millones de dólares en bonos en poder de acreedores externos. La parte más difícil ya que necesitaba, como garantía, el dinero que el FMI se negaba a desembolsar. Nunca fue lanzada; el gobierno cayó antes.

Luego de la crisis de diciembre, las encuestas comenzaron a percibir en la mayoría de los argentinos el retorno de un sentimiento contra los Estados Unidos, que tenía raíces históricas sólidas pero se había diluido bastante durante el menemismo, cuando el consenso social dominante favorecía las políticas neoliberales, las fuerzas del

mercado, la globalización y una relación amistosa con la primera potencia mundial.

Este giro de la opinión pública fue detectado ya en 2002 por el Pew Research Center, un centro de estudios que mide la imagen de los Estados Unidos en el mundo y que reveló que la Argentina había vuelto a ser el país más antiestadounidense de América latina. Apenas el 16 por ciento de los argentinos tenía una visión positiva del “imperio”, mientras que el 72 por ciento estaba en contra. La Argentina solo era superada por los países de Oriente Medio.

Ocurrió que muchos argentinos culparon de la crisis a los Estados Unidos y al FMI. Esa sensación fue incorporada sin mayores dificultades por los liderazgos peronistas que reemplazaron a De la Rúa; el peronismo es pragmático, versátil, y su variado repertorio incluye una vertiente

antiestadounidense que se remonta a su propio nacimiento, en 1946, con el eslogan electoral “Braden o Perón”, en alusión al embajador estadounidense de aquellos días. Néstor y Cristina Kirchner fueron quienes mejor captaron esa onda luego de 2003, e incluso la favorecieron al promover la rivalidad del país con los Estados Unidos.

La última encuesta del Pew Research Center, de 2014, indica que ese sentimiento antiestadounidense disminuyó bastante pero se mantiene elevado, al punto de que la Argentina integra el *top ten* de países que más aversión sienten por el “imperio”. Y seguimos encabezando el ránking en la región, con el 44 por ciento de opiniones en contra, seguidos por México y Venezuela, ambos con el 31 por ciento.

Las autoridades norteamericanas y del FMI

prefieren atribuir esa “mala prensa” a nuestra tendencia a encontrar culpables externos para los problemas generados por nosotros mismos. Esa fue la conclusión de un seminario realizado en el FMI en 2005 para analizar el “odio” de los argentinos.

“Esos sentimientos antiestadounidenses parecen estar arraigados en la tendencia de los políticos locales de culpar a agentes externos por la reciente crisis económica y las dificultades que ella trajo consigo”, concluyó Edward Glaser, el experto de Harvard convocado por el FMI, que adoptó como propio ese razonamiento. Ni una pizca de autocrítica en un organismo que apenas tres años antes de la gran crisis, en 1998, había señalado a la Argentina como ejemplo mundial de lo bien que le iba a un país si seguía sus políticas.

Precisamente, el último intento de Cavallo en

2001 para conmover a Köhler y lograr que el FMI rescatara a la Argentina del pantano en el que se hundía fue apelar a ese reciente galardón:

—Ustedes están destruyendo a la Argentina. Después de que dijeron que éramos el alumno ejemplar del Fondo por las reformas que hicimos, nos obligan a un *default* y a la destrucción del sistema financiero —asegura que le dijo a Köhler el 7 de diciembre, durante un almuerzo frugal y tenso con la cúpula del Fondo.

—Si el Congreso aprueba el Presupuesto para 2002 y ustedes envían al Senado un proyecto de ley de coparticipación federal de impuestos para discutirla durante el próximo año, se rehabilita el programa y les enviamos la cuota de 1.260 millones de dólares —le contestó Köhler.

—Y también los 3 mil millones de dólares para que terminen la reestructuración de la deuda —

completó Krueger, siempre según Cavallo.

Él había viajado a Washington de urgencia luego de que Köhler anunciara que el Fondo no enviaría la cuota de 1.260 millones de dólares prevista en el blindaje del año anterior porque la Argentina no había cumplido con el “déficit cero”.

Esa negativa del Fondo fue leída como la puñalada final: bloqueaba la llegada de cualquier otro préstamo al país y lo ponía más cerca del *default* dado que la Argentina tenía vencimientos que afrontar el 20 de diciembre, una fecha que entraría en la historia nacional pero por otras razones.

En realidad, Cavallo volvió de Washington con las manos atadas, listo para el fusilamiento: el presupuesto que exigían Köhler y Krueger no podía ser aprobado por un Congreso donde el peronismo se preparaba para la toma del poder

mientras el radicalismo cuestionaba la política económica del gobierno.

“Luchamos contra la hostilidad del FMI, lo que no contó con el apoyo de los tradicionales ‘progres’ radicales y peronistas, que callaban”, se queja De la Rúa.

El FMI reclamaba para 2002 un recorte de gastos por 4 mil millones de pesos/dólares — López Murphy se había ido por un ajuste que no superaba la mitad de esa cifra— y una quita del capital o, más probablemente, de los intereses prometidos a los acreedores externos de 5 mil millones de pesos/dólares.

En tanto, a las intrigas de políticos y empresarios se sumaba el malestar social, que era avalado por los datos oficiales: la recesión llevaba ya cuarenta y un meses y se había agudizado a mediados de 2001; el desempleo

trepaba al 18,6 por ciento y el subempleo, al 16,3 por ciento, y la pobreza afectaba al 39 por ciento de la población, 14 millones de personas.

Al finalizar la primera semana de diciembre de 2001, el ingrediente que haría detonar ese *cocktail* explosivo todavía pasaba desapercibido para la mayoría de los políticos, los empresarios y los medios: la furia que iba invadiendo a los estratos medios porteños contra De la Rúa y Cavallo por el “corralito” en el que habían quedado atrapados todos los depósitos bancarios, incluidos los sueldos.

Desde el lunes 3 de diciembre, los depositantes solo podían sacar mil pesos/dólares por mes, 250 por semana. Esa medida tomó por sorpresa a la gente, que se sintió traicionada, estafada, con el

“corralito”, una palabra inventada por el periodista Antonio Laje, que, además, anticipó esa medida.

Los números lo demuestran: en 2001, la fuga de ahorros bancarios superó los 15 mil millones de pesos/dólares, el 18,7 por ciento del total de depósitos. Pero la caída fue mucho mayor en los depósitos en pesos que en dólares, 37,3 por ciento contra 8,3 por ciento; eso indica que los ahorristas temían mucho más una devaluación que el bloqueo de sus fondos.

La bronca de los depositantes crecía a medida que experimentaban todas las molestias e incertidumbres que les provocaba el inesperado “corralito”. Pertenecían a la clase media, que nunca había imaginado que un gobierno al que consideraba propio la perjudicaría de esa manera.

No alcanzaba con que De la Rúa y Cavallo les

explicaran que podían pagar sus gastos con la tarjeta de débito o de crédito y también movilizar sus depósitos dentro del sistema bancario, ni que les aseguraran que era una medida temporaria — por noventa días— hasta que el gobierno terminara la reestructuración de la deuda.

En un discurso por cadena nacional de radio y televisión, el domingo 2 de diciembre por la noche Cavallo le dio un tono épico a las medidas del gobierno al identificar como los “enemigos” del país a “los fondos buitre —los mismos que se enriquecieron a costa de los rusos en 1998— que apostaron a la devaluación del peso, pero no se saldrán con la suya”.

Y agregó: “Durante todo el año 2001, han querido derrotar a la Argentina, obligarla a la devaluación y al *default*. Pero serán derrotados”. Para el ministro, los “buitres” estaban

acompañados en su cruzada antinacional por “los opinadores que se alquilan”, en alusión a los economistas y analistas que criticaban sus medidas.

Cavallo fue el primero en el país en hablar de los “fondos buitres”, una figura que sería muy utilizada luego por Néstor y, en especial, por Cristina Kirchner.

Para De la Rúa y Cavallo, la prioridad era salvar a los bancos de la corrida desatada en la última semana de noviembre, cuando a las declaraciones de funcionarios del Fondo y de los Estados Unidos que anticipaban una devaluación, la cesación de pagos o medidas para restringir la devolución de dólares en los bancos, se sumaron las versiones de que algunas entidades bancarias de primera línea se quedaban sin liquidez.

En total, en noviembre se fugaron 2.917

millones de pesos/dólares.

Cavallo recuerda que los bancos más afectados por esta nueva fuga de depósitos fueron “los que más dinero habían prestado a los gobiernos provinciales. Entre los cuales estaban el Banco Provincia, el Banco Nación y el Banco de Córdoba, pero también el Galicia, un banco privado nacional. También habían prestado el Banco Francés, el Banco Santander y el Citibank, pero de ellos no se retiraban tantos depósitos porque se pensaba que sus casas centrales los asistirían”.

“No era que al ‘corralito’ —afirma Cavallo— lo vinieran a pedir Ruckauf, De la Sota o Escasany (el dueño del Galicia) porque ellos, además, no sabían cómo se resolvían estos temas. El problema de ellos era que sus bancos se habían quedado sin liquidez: la gente quería retirar sus dólares pero ya

no tenían billetes para devolvérselos. Algunos dicen que tendríamos que haber cerrado los bancos en problemas; es decir el Banco Provincia, el Banco de Córdoba, el Banco Nación, el Galicia y algunos otros bancos privados. Ahora, si nosotros llegábamos a cerrar todos esos bancos ¿qué le íbamos a decir a la gente? ¿Que habían perdido los depósitos que tenían en esos bancos? Además, cuando la gente viera que se cerraban todos estos bancos, ¿por qué no iba a pensar que se iba a terminar cerrando a los otros bancos también? No había otra alternativa; el ‘corralito’ era absolutamente imprescindible”.

Según el banquero que no quiere que su nombre sea revelado, “en la corrida también hubo mucho *fly to quality* (vuelo a la calidad): depósitos que salían de algunos bancos pero quedaban en el sistema porque se iban a los bancos extranjeros

creyendo que allí estarían a salvo porque las casas matrices garantizarían en cualquier caso la devolución de los ahorros en la moneda en la que habían sido depositados”.

“El Galicia —añade— tenía muchos bonos provinciales, pero no porque los había elegido sino porque había sido poco menos que obligado a comprarlos. Su dueño, Eduardo Escasany, llegó a sospechar que la corrida se debía a una operación nuestra, de los bancos extranjeros, y me lo dijo. ‘Me estás jodiendo: sería como pegarse un tiro en los pies’, le contesté. Es que esa avalancha de depósitos aumentaba drásticamente nuestro riesgo crediticio”.

Quienes en lugar de un “vuelo a la calidad” prefirieron retirar directamente sus dineros de los bancos fueron las AFJP —las empresas privadas que administraban los fondos aportados por los

asalariados para sus jubilaciones— “y otros grandes depositantes”, afirma Cavallo. Empresas y particulares que tenían mejor información y más medios para proteger sus dólares.

Es decir que el “corralito” atrapó principalmente a los medianos y pequeños ahorristas. Perdieron, pero salieron a las calles de la Capital y le dieron el golpe de gracia a De la Rúa y al gobierno que habían ayudado a elegir hacía apenas dos años y diez días, cuando el futuro parecía seguro y próspero.

Capítulo 8

LA REBELIÓN DE LAS CACEROLAS



*Sectores medios porteños llenaron la Plaza de
el 19 de diciembre de 2001 luego del anuncio del
sitio.*

—¿Vos viste lo que está pasando?

—¿Qué está pasando?

—*La gente está en la calle; hay una multitud
en
la Plaza de Mayo. Mirá la televisión.*

Llamado de uno de los hijos del ministro del
Interior,
Ramón Mestre, a su padre desde Córdoba, el
miércoles
19 de diciembre luego de las 23 horas.

El presidente se retiró a dormir y no va a poder atenderlo.

Un policía al jefe de Gabinete, Chrystian Colombo, en la residencia de Olivos, el jueves 20 de diciembre a las 2.30 horas, cuando traía un principio de acuerdo con el peronismo para un gobierno de unidad.

La cámara enfocaba al periodista Eduardo Feinmann y a la locutora María Muñoz, que elogiaban la espontánea y vibrante movilización de las clases medias porteñas contra el estado de sitio anunciado por el presidente Fernando de la Rúa, cuando el conductor del programa *Después*

de Hora, Daniel Hadad, hizo un gesto con la mano y los interrumpió: “Señores, perdón, perdón, perdón... Está en estos momentos renunciando Domingo Cavallo”, y cerró la tapa del celular. Hubo aplausos en el estudio y también en la Plaza de Mayo, desde donde un móvil transmitía en vivo.

Ya era jueves 20 de diciembre de 2001, y los radicales intentaban frenar el colapso del gobierno de la Alianza. Dirigentes del oficialismo y del peronismo negociaban una solución de último momento en el hotel Elevage, en la zona de Retiro. El radical Enrique “Coti” Nosiglia marcó el número de Hadad y le pasó la primicia. “Cavallo está yendo a la residencia de Olivos a presentar la renuncia”, agregó.

Hadad dirigía Radio 10 y en el canal América 2 conducía en vivo un programa muy visto entre las 0 y las 0.45, con una línea editorial crítica hacia

De la Rúa y su gobierno. Incluso, dialogaba con un dibujito animado de De la Rúa, que lo mostraba dubitativo, timorato e inconsistente. “Señores, no están escuchando el viento”, era la muletilla preferida de Hadad.

Cavallo se enteró de su renuncia mirando la televisión, en el living de su departamento de Libertador y Ortiz de Ocampo, en Palermo, mientras veintiún pisos más abajo unas cinco mil personas lo insultaban y le reclamaban que se fuera del gobierno. Él asegura que llamó por teléfono al presidente.

—Fernando, en la televisión están anunciando mi renuncia.

—No, no, es una jugada de ellos.

—Te repito lo que te dije hace un rato: si lo que necesitan es mi renuncia, yo no tengo inconveniente en renunciar.

—No, de ninguna manera. Vamos a resistir esto; están pidiendo tu renuncia para que caiga el gobierno, para que caiga yo también.

Una hora antes, Cavallo había hablado también con el ministro del Interior, el cordobés Ramón Mestre, quien le dijo que no se preocupara por los manifestantes porque enviaría policías para proteger el edificio.

—Yo no me preocupo, con tal de que no entren en mi casa.

“No sé si vino la policía o no vino; de todas maneras, acá, al edificio no entraron. Y me fui a dormir porque estaba cansado”, agrega.

A la hora en la que habló con el presidente, cuando habían pasado cuarenta y cinco minutos del jueves 20, otros periodistas y medios de comunicación reproducían la noticia de la renuncia del funcionario más odiado por la opinión pública.

La habían confirmado en consultas a sus fuentes; por ejemplo, el ex diputado Rafael Pascual recuerda que habló con Gustavo Sylvestre, que en aquel momento trabajaba en el canal TN, del Grupo Clarín.

Pero era todo un montaje: Cavallo no había renunciado. Nosiglia se lo confesó a Hadad unos meses después: “Le dijo que les había dado una gran mano. A Daniel, eso no le gustó nada y se lo dejó muy en claro”, confía un asistente del periodista y empresario.

Pascual explica que estaban en plena negociación con los peronistas para salvar al gobierno. Esa jugada podía o no salir bien, pero era claro que partía de la renuncia de Cavallo para, al menos, descomprimir la tensión política y enfriar las protestas populares.

“Nos llamaban los medios —cuenta Pascual— y

no teníamos todavía nada concreto para anunciar. Se nos ocurrió con Marcelo Stubrin: ‘Vamos a decir que renunció Cavallo’. Los periodistas lo empezaron a buscar a Cavallo y no lo encontraron, por suerte para nosotros. La verdad es que estábamos desesperados”.

En el hotel Elevage, en la calle Maipú al 900, Nosiglia era poco menos que el anfitrión de un tan conspicuo como confundido vértice de dirigentes radicales y peronistas. Por el oficialismo estaban también el jefe de Gabinete, Chrystian Colombo; Mestre; el titular de la Secretaría de Inteligencia del Estado, Carlos Becerra, y Pascual, entre otros. Por la principal fuerza opositora, el presidente provisional del Senado, Ramón Puerta; el gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf; el senador Eduardo Menem; el diputado Miguel Ángel Toma y varios más.

La invitación formal había sido del ministro Mestre, quien en plena reunión recibió un llamado de uno de sus hijos, desde Córdoba.

—¿Vos viste lo que está pasando?

—¿Qué está pasando?

—La gente está en la calle; hay una multitud en la Plaza de Mayo. Mirá la televisión.

Mestre dejó el celular sobre la mesa.

—Me dice uno de mis hijos que la gente está en la calle. ¿Pueden prender ese televisor?

Fue así como varios de los principales dirigentes del oficialismo y de la oposición se enteraron de cuál había sido la reacción popular frente al anuncio presidencial del estado de sitio. Absortos, completamente abrumados por la realidad, se quedaron callados durante varios minutos mirando las interminables columnas de porteños que marchaban hacia un puñado de

puntos estratégicos que incluían la Plaza de Mayo, el Congreso, el domicilio de Cavallo y la quinta de Olivos.

—¡No se puede creer! —soltó un radical.

—Es el efecto del “corralito”. Son todos votantes de Fernando, toda clase media; acá, del conurbano profundo no hay nadie —evaluó Ruckauf.

Y contó el enojo de su esposa.

—El “corralito” me agarró a mí también con plata en el banco. Cuando lo anunciaron, mi mujer me preguntó: “¿Y el plazo fijo?”. “No se puede sacar, nadie puede sacar nada”, le contesté. “Pero están en la política todo el día, ¿cómo ninguno se dio cuenta?”, me dijo.

—Peor es lo que le pasó a Fernando (De la Rúa). Me contó que él e Inés (su esposa) vendieron el departamento y depositaron el dinero

en el banco. Ahí está, en el “corralito” —relató otro radical.

El tema central de la cumbre fue la posibilidad de un gobierno de unidad nacional, una coalición entre el radicalismo y el peronismo, con un jefe de Gabinete de la principal fuerza de la oposición. De la Rúa saldría más debilitado, pero seguiría siendo presidente, algo que las protestas y saqueos en el Gran Buenos Aires y varias ciudades del interior —aquel miércoles 19 de diciembre, seis personas habían sido asesinadas— más el cacerolazo porteño ponían bajo un signo de interrogación.

Como suele suceder cuando está en la oposición, el peronismo mostraba varios rostros. Puerta y Eduardo Menem representaban a las

provincias chicas, que formaban una corriente interna llamada Frente Federal; dijeron que ellos garantizaban la gobernabilidad y la aprobación de todas las leyes que necesitara el gobierno, pero que no eran partidarios de un gobierno de coalición.

—No nos parece que incorporando a peronistas la situación se vaya a calmar —dijo Eduardo Menem, el hermano del ex presidente.

“Yo —afirma ahora el ex senador— había hablado con Carlos por la tarde. Él estaba convencido de que había que hacer todo lo posible para sostener a De la Rúa”.

Tanto era así que el lunes 17 de diciembre, Carlos Menem había llamado a su sucesor.

—Fernando, tené cuidado: Alfonsín y Duhalde te están queriendo voltear del gobierno—le advirtió.

A Menem no le convenía que De la Rúa no llegara a 2003 porque —según la Constitución— tenía que esperar todo un mandato presidencial para volver a presentarse como candidato.

Puerta también estaba en contra de un gobierno de unidad nacional, pero por razones distintas, que, según sus críticos, ocultaban una supuesta pretensión de reemplazar rápidamente a De la Rúa.

—Un gobierno de coalición dejaría al país sin alternativa opositora, lo cual sería muy perjudicial para la democracia; nosotros tenemos que seguir siendo oposición y ustedes tienen que seguir siendo gobierno. No podemos ponernos todos en el mismo barco. Pero les vamos a apoyar todas las leyes que necesiten. Y a libro cerrado, menos en lo que tengan que ver con la plata de las provincias. En ese tema, vamos a discutir con toda franqueza.

Ruckauf y Toma expresaban otro punto de vista, el de las provincias grandes gobernadas por el peronismo: Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe.

“Yo —recuerda Ruckauf— le venía diciendo a De la Rúa que hiciéramos un gobierno de unidad nacional: otro ministro de Economía, un jefe de Gabinete del peronismo, gobernadores radicales y peronistas en varios ministerios. La situación era complicada, pero no era para hacer lo que estábamos haciendo. Creo que a la situación la ‘empelota’ el gobierno. Si yo podía emitir patacones, ellos podían emitir pesos”.

Ruckauf afirma que él nunca pensó que De la Rúa podía caer: “Yo estaba convencido de que De la Rúa iba a seguir y que yo venía después como candidato presidencial. Me daban muy bien los números. Por eso, cuando veo que a Fernando la crisis se le hace más pesada, le propongo el

gobierno de unidad nacional”.

Eduardo Duhalde, que en octubre había ganado holgadamente la banca de senador en Buenos Aires, no era un rival que le preocupara con vistas a las elecciones de 2003: “Duhalde no tenía intención de voto para presidente. Intención de voto teníamos Reutemann, De la Sota y yo, pero no Duhalde. Y eso lo sabíamos todo. Duhalde aparecía sí como un emergente de lo que era el peronismo en la provincia”.

Duhalde expresaba otro de los rostros del peronismo, muy distante de De la Rúa y su gobierno, y muy cerca de Alfonsín y del radicalismo bonaerense, en parte porque ambos estaban en contra de la Convertibilidad. Alfonsín había sido el primer crítico de relieve del 1 a 1 de Menem y Cavallo; Duhalde debe haber sido el segundo.

El diputado Carlos Brown, que fue ministro de Producción en la gobernación de Duhalde, recuerda reuniones con el gabinete nacional en 1997, cuando su jefe se le plantaba a Menem y le decía que, si bien la Convertibilidad había servido para terminar con la hiperinflación, estaba perjudicando la competitividad de los sectores productivos y, por consiguiente, el empleo.

“Un día —recuerda Brown—, Duhalde lo señaló con una crudeza total ejemplificando con el cáncer. Dijo: ‘Si usted tiene cáncer y logran curarlo, y una vez curado le siguen dando más quimioterapia, ¿qué sucede con esto, doctor Mazza? (Alberto) Mazza, que era el ministro de Salud, le contestó: ‘Se muere’. ‘Bueno, acá pasa lo mismo: se ha curado la enfermedad, pero le siguen dando la medicina y eso está matando la producción y el empleo’”.

A principios de diciembre de 2001, Colombo organizó un almuerzo en la residencia de Olivos entre De la Rúa y Duhalde. La intención era acercar posiciones, pero no sirvió de nada: fue una comida entre dos personas muy lejanas, que hablaban de cosas intrascendentes. El jefe de Gabinete terminó de comer y se preguntó por qué había hecho el esfuerzo de sentarlos a la misma mesa.

En la reunión en el hotel Elevage, el diputado Toma también apoyaba la salida de la crisis por medio de un gobierno de coalición.

—Esto se va a la mierda, y no queremos que se vaya a la mierda. Nosotros, en el bloque de diputados, ofrecemos un gobierno de coalición. Participamos con ministros en el gobierno, pero hay que sacarlo a Cavallo, y garantizamos la aprobación de todas las leyes que haya que votar

para salir de la crisis —propuso.

Toma explica ahora que el peronismo había ganado las elecciones legislativas de octubre, pero no tenía un liderazgo nacional. “Nos preocupaba —argumenta— que el gobierno de la Alianza siguiera, porque necesitábamos esos dos años hasta 2003 para reorganizar la cúpula nacional, que era lo que nos faltaba para ganar las elecciones presidenciales de aquel año. Y en el Congreso estaban representados todos los candidatos posibles para volver al poder”.

Finalmente, a las dos de la madrugada, Colombo partió hacia la residencia de Olivos para comentarle al presidente los retazos de un acuerdo con el peronismo: Cavallo tenía que renunciar, el Congreso iba a aprobar todas las leyes que

necesitaba el gobierno siempre que no tocaran el dinero de las provincias, y hasta era posible incorporar algunos cuantos peronistas al gabinete si elegían bien los nombres.

La sensación de Colombo y de otros radicales era que todavía el gobierno y De la Rúa podían ser salvados si sabían maniobrar la situación y tenían suerte, pero que, aun así, saldrían muy debilitados. Temían, claro, que la solución de un gobierno de unidad nacional se convirtiera en una manera elegante de que el peronismo no los echara del poder a las patadas sino de a poco, en forma progresiva. Sin embargo, ya no tenían alternativas. “Estábamos regalados”, insiste Pascual.

En el trayecto hacia la zona norte del Gran Buenos Aires, Colombo pudo ver que la gente seguía protestando en la calle; neumáticos y maderas todavía humeantes cortaban varias

esquinas; muchos vecinos continuaban haciendo sonar sus cacerolas y sus jarros en los balcones de sus departamentos. La policía había comenzado a reprimir hacía una hora en la Plaza de Mayo y los alrededores del Congreso. Y la movilización porteña se había reproducido en otras ciudades del interior.

El antecedente más inmediato del cacerolazo se remontaba a más de cinco años antes, cuando el Frepaso impulsó una protesta de ese tipo contra la política económica de Menem, que fue respaldada por el radicalismo y otros sectores políticos, sindicales, empresariales y de la Iglesia Católica.

Cuando llegaba a Olivos, la custodia le informó a Colombo que la avenida Maipú estaba cortada y que cientos de vecinos seguían rodeando la residencia y exigían la renuncia del presidente. Habían pintado en los muros de ladrillo un *graffiti*

gigante: “Estado de sitio, las pelotas”.

Colombo tuvo que utilizar una entrada reservada: el túnel de Libertador. Se anunció en el puesto de control y luego de una demora que le llamó la atención, uno de los policías de la guardia le informó: “El presidente se retiró a dormir y no va a poder atenderlo”.

Mientras volvía a su casa en el barrio de Palermo, Colombo evaluó que, a esa altura, estaban complicados en todos los frentes. Aquel día, habían roto los puentes con la Iglesia Católica, con la cual no venían llevándose bien. Por un lado, los obispos percibían el sufrimiento de los pobres y el malestar general provocado por la crisis, y criticaban la política económica y la rigidez del gobierno. Por el otro, De la Rúa consideraba que las frecuentes declaraciones de la Iglesia contra el FMI y el pago de la deuda externa

dificultaban sus negociaciones internacionales.

Colombo había visitado varias veces al cardenal Jorge Bergoglio, arzobispo de Buenos Aires: “Tuve una buena relación con él. Decía algo muy parecido a lo que dice ahora como Papa: que el mercado, por sí solo, no derrama hacia abajo la riqueza que crea, y que había que terminar con la pobreza”.

En ese marco, De la Rúa recuerda que en noviembre llamó por teléfono a Bergoglio. La Iglesia propiciaba un diálogo entre políticos, empresarios y sindicalistas para analizar la crisis y encontrar soluciones de consenso, y había invitado al presidente.

—Cardenal, estoy dispuesto a ir a la reunión convocada por la Iglesia —afirma que le dijo a Bergoglio.

—Pero, presidente, la reunión ha quedado sin

efecto.

—¿Por qué?

—Su vocero, (Juan Pablo) Baylac, dijo que usted no quería venir.

—¿Cómo va a decir eso mi vocero? Si siempre estoy dispuesto al diálogo, y más si lo auspicia la Iglesia.

—Lo siento, pero ya no se puede hacer.

Sin embargo, monseñor Jorge Casaretto, que era el obispo de San Isidro y titular de la Comisión de Pastoral Social, sostiene que ese diálogo entre políticos, empresarios y sindicalistas no fue posible porque De la Rúa nunca convocó a la Iglesia para que lo organizara.

“Según me informé, el presidente De la Rúa varias veces dijo que iba a convocar al Episcopado, pero nunca lo hizo”, asegura Casaretto.

“No es cierto”, afirma, por su parte, De la Rúa.

La crisis fue avanzando y —en un intento de quebrar la inercia— el español Carmelo Angulo Barturen, representante en la Argentina del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, solicitó a Casaretto que le prestara la sede de Cáritas para “un encuentro de las figuras más representativas del quehacer argentino”.

Más allá de los formalismos, todos los invitados interpretaron que la Iglesia avalaba la propuesta de Angulo Barturen frente a una situación que juzgaba “terminal”.

La reunión se hizo el miércoles 19 de diciembre, a dos cuadras de la Casa Rosada. Casaretto cuenta que a las diez de la mañana “estaban presentes casi todos los dirigentes políticos, empresarios y sindicales. Entre ellos, el ex presidente Alfonsín; el ex vicepresidente

Duhalde; Enrique Olivera (titular del Banco Nación); sindicalistas como (Hugo) Moyano y (Rodolfo) Daer; empresarios como (Eduardo) Costantini. Eran alrededor de cincuenta personas”.

El consenso del encuentro pasaba por un cambio de gabinete y el abandono de la Convertibilidad. “Conforme se iba desarrollando la reunión — agrega Casaretto— se hizo claro, sobre todo desde la posición del sindicalismo, que cualquier acuerdo debía basarse en la renuncia del ministro de Economía y en la posibilidad de salir del uno a uno”.

Colombo y Mestre, junto con Olivera, defendían la posición del gobierno. A las once, entró De la Rúa. Sostiene Casaretto que “la posición más crítica hacia él fue protagonizada por los sindicalistas, quienes de una manera muy cruda le hablaron de la difícil situación por la que se

estaba pasando y de la necesidad de abandonar una posición de dureza en materia económica. En esta misma línea intervinieron otros dirigentes”.

De manera indirecta pero clara, el presidente rechazó las críticas y desechó los cambios: “Les quiero contar dos cosas. En primer lugar, en cuanto a la violencia, tengo información de las provincias de que esto se va superando; en segundo lugar, estamos al habla con el FMI para resolver el *impasse* desde que vino la primera cuota del préstamo ya acordado”.

De la Rúa interpretó que, más allá de las repetidas alusiones a “un gobierno de unidad nacional”, se trataba de una reunión opositora y, en un gesto inequívoco, se retiró antes de que finalizara y dejó a Colombo como su representante.

La evaluación de Casaretto es contundente:

“Tanto a Eduardo Serantes, director de Cáritas, como a Cristina Calvo, asesora de Cáritas, y a mí mismo, nos quedó claro que el presidente había perdido quizás la última oportunidad de rescatar un acuerdo de gobernabilidad”.

Fuera de la sede de Cáritas se había reunido una muchedumbre, formada por vecinos y oficinistas de San Telmo y empleados de Telecom en problemas con esa empresa. De la Rúa fue despedido con cascotes y huevazos. “Inepto, ¡ponete a gobernar!”, le gritó una mujer.

El enojo era generalizado, contra toda la dirigencia: “¡Gordo ladrón, vendé el camión, ponete a trabajar!”, le gritaron a Moyano. Tampoco se salvó Alfonsín: “Alfonso, ¡volvé a la cueva!”, lo castigó un señor mayor. Ni Aníbal Ibarra, el jefe de Gobierno porteño: “Traidor, no nos desalojes”, decían carteles de cartón

sostenidos por vecinos del barrio.

De la Rúa no aprovechó en el encuentro en Cáritas las referencias de varios de los participantes a un gobierno de coalición. Pero, en aquella noche fatídica, poco antes de las veintitrés y en el último tramo de su mensaje por radio y televisión, el presidente convocó a la “unidad nacional” y a “un amplio y responsable consenso para lograr las soluciones”. Y agregó: “Por eso, convoco una vez más a los partidos políticos, a los gobernadores y a los bloques legislativos del Congreso para acordar las decisiones que exige la hora.”

El eje del discurso fue el anuncio de una medida extrema: la declaración, por decreto, del estado de sitio en todo el territorio nacional durante treinta días. En ese lapso, el presidente podía ordenar el arresto de cualquier persona, sin más trámite,

aunque al detenido le asistía la opción de pedir la salida del país. Y quedaban restringidos los derechos individuales, en especial los de reunión —protestas, movilizaciones y actos públicos— y huelga.

“Decidí —argumentó— poner límite a los violentos que se aprovechan de las penurias ajenas. Han ocurrido en el país hechos de violencia que ponen en peligro personas y bienes, y crean un estado de conmoción interior”.

De la Rúa apuntó contra quienes, en su opinión, eran los responsables políticos de los saqueos y las protestas: “En un contexto económico y social donde muchos argentinos sufren serios problemas, grupos enemigos del orden y de la República aprovechan para intentar sembrar discordia y violencia, buscando crear un caos que les permita maniobrar para lograr fines que no pueden

alcanzar por la vía electoral”. La referencia al peronismo de Duhalde, a quien había derrotado en los últimos comicios, parece evidente.

Dos horas antes del mensaje por cadena nacional, De la Rúa había negado en una charla con periodistas que declararía el estado de sitio.

Tal vez por eso, el anuncio tomó por sorpresa a los porteños y los terminó de enojar contra el presidente; de manera espontánea, pasional y masiva, salieron a la calle con sus cacerolas, jarros y cornetas. Muchos de ellos —seguramente, la mayoría— habían sido fieles votantes de De la Rúa desde 1973, cuando derrotó al peronismo e ingresó al Senado. “¡Que se vaya!, ¡que se vaya!” fue la consigna más coreada en la Plaza de Mayo. Junto con otra: “¡Qué boludo, qué boludo, al estado de sitio, se lo mete en el culo!”.

Los porteños lo habían empujado hacia la Casa

Rosada y ahora —en un gesto inédito, sin precedentes en la historia— le quitaban la banda y el bastón.

Capítulo 9

SAQUEOS EN EL POLVORÍN



Los saqueos en el Gran Buenos Aires comienzan el 18 de diciembre por la noche, en Morer

*Desde cierta política se organizaron los
saqueos (...)
Los saqueos nunca fueron espontáneos, pero,
si hay paja
seca, una simple chispa puede provocar un
incendio.*

Monseñor Gabriel Barba, obispo de Gregorio
de Laferrere
designado por el papa Francisco.
En diciembre de 2001, era sacerdote en
Moreno.

*Los saqueos en el conurbano fueron totalmente
organizados para voltear a De la Rúa.*

*Organizados por
senadores, diputados, intendentes que querían
que Duhalde fuera el presidente.*

Actuaron a través de los punteros políticos.

Esteban “Cacho” Caselli, secretario general de
la
gobernación de Buenos Aires en diciembre de
2001.

El cacerolazo del miércoles 19 de diciembre de
2001 sorprendió al presidente Fernando de la Rúa
cuando volvía de la Casa Rosada a la residencia
de Olivos y uno de sus colaboradores lo llamó por
teléfono para contarle la mala nueva.

El senador Eduardo Duhalde, en cambio, se enteró de regreso a su casa de Banfield, luego de una reunión con buena parte de la plana mayor del aparato del peronismo bonaerense, en el piso 19 de la sede del Banco Provincia en el microcentro porteño.

¿Los invitados? La red de intendentes que controlaba una porción del Gran Buenos Aires: Hugo Curto, de Tres de Febrero; Alberto Balestrini, de La Matanza; Mario Ishii, de José C. Paz; Aldo Rico, de San Miguel; Mariano West, de Moreno, y Raúl Othacehé, de Merlo, aunque en aquel momento estaba de licencia y ejercía como ministro de Gobierno de la provincia, entre otros.

—Me dejaron solo. Son unos cagones —les reprochó West, un ex militante de la izquierda católica, apenas salió del ascensor.

Sus colegas le devolvieron el ataque. Le dijeron

que había sido un irresponsable y que, si lo hubieran acompañado en la marcha que había encabezado horas antes desde Moreno hasta la Plaza de Mayo, el gobierno y los medios de comunicación “nos habrían acusado de golpistas. Hay que dejarlos que se hundan solos, que carguen ellos con el peso de la crisis”.

Duhalde los recibió junto con el gobernador Carlos Ruckauf y el vicegobernador Felipe Solá. Y fue quien, al final de la reunión, trazó el diagnóstico político: el peronismo debía moverse con cautela porque el gobierno de De la Rúa ya no tenía futuro.

Era lo mismo que le había dicho el día anterior al periodista Daniel Hadad, en el San Juan Tennis Club, en San Telmo.

—La situación no da para más: el presidente no gobierna, hay mucha presión social, el Gran

Buenos Aires es un polvorín.

Una reunión como la que se realizó en la sede porteña del Banco Provincia es un evento impensable —fuera de lugar— para el radicalismo. Son distintas concepciones del poder político: los radicales enfatizan las instituciones políticas de la democracia republicana (la presidencia, los partidos, el Congreso, la división de poderes, el estado de derecho, las libertades individuales), mientras los peronistas destacan la dimensión territorial del poder político.

Los herederos de Juan Domingo Perón han incorporado la noción militar del dominio del territorio: la política es una lucha cotidiana que se ejerce sobre un escenario determinado, un espacio que hay que mantener bajo control si se quiere cumplir con la máxima del General: “La buena conducción se mide por los éxitos, por sus

resultados”.

Por eso, los intendentes del conurbano bonaerense se han convertido en los engranajes de una máquina preparada para ejercer el poder y asegurar la gobernabilidad. Es una superficie clave del país: concentra a 10 millones de habitantes, un cuarto de la población total del país, que envuelven a la Capital Federal.

En el peronismo, los intendentes del conurbano bonaerense cumplen el mismo rol que los gobernadores en sus provincias. Tanto que se los llama “minigobernadores”, aunque algunos intendentes ejercen más poder que varios gobernadores; la categoría “barones del conurbano” parece más acertada.

Hugo Curto es un buen ejemplo. Se van a cumplir veinticuatro años desde que se convirtió en el intendente de Tres de Febrero; se levanta

todos los días a las seis de la mañana y, en su casa y con pijamas, cumple con su primera tarea de gobierno: recibe al jefe de Policía del partido, que le pasa el parte sobre todo lo que ocurrió durante las últimas horas. En su territorio, Curto quiere saber todo y de todos: compañeros, rivales, funcionarios, empleados, argentinos, extranjeros, personalidades ilustres y desconocidos absolutos.

En su despacho en la localidad de Caseros, frente a la estación del tren, Curto explica por qué perdura el peronismo: “Por su organización y por su identidad. Nosotros tenemos una identidad y estamos organizados en el territorio. Todos sabemos quiénes somos; nos conocemos todos en el distrito”.

Curto conoce lo suficiente como para saber — por ejemplo— si los saqueos a comercios en el Gran Buenos Aires, que comenzaron la noche del

martes 18 de diciembre en Trujui, la localidad más pobre del partido de Moreno, a cuarenta y ocho kilómetros de la Capital, fueron organizados o espontáneos. Es una de las incógnitas que todavía sobrevive a la gran crisis. Y si fueron organizados, por quién o quiénes, y con qué objetivos.

En realidad, los saqueos en el país no se iniciaron en el Gran Buenos Aires, sino en los alrededores de la ciudad de Mendoza —capital de una provincia que era gobernada por el radicalismo— el viernes 14 de diciembre, cuatro días antes de los ataques en Trujui.

Pero los saqueos en el conurbano bonaerense tuvieron una repercusión mayor por su visibilidad mediática, su cercanía con la Capital y el hecho —clave— de que era un territorio controlado por la

oposición.

A más de trece años de su renuncia, De la Rúa sigue culpando de su caída al aparato del peronismo en el conurbano bonaerense: “Desde la provincia de Buenos Aires se organizaron los levantamientos y los saqueos. Ellos iniciaron los hechos violentos, pero después la situación se les fue de la mano y nos vinieron a pedir el apoyo de la Gendarmería y la declaración del estado de sitio. Hubo un juego de pinzas del peronismo: por un lado, llamaban a las protestas con sus declaraciones y con sus prácticas; por el otro, nos pedían medidas duras, como el estado de sitio”.

“Ellos —agrega De la Rúa— vinieron a pedirnos que decretáramos el estado de sitio. Los gobernadores peronistas lo pedían: Ruckauf, De la Sota, Reutemann y también otros. Ruckauf habló con Colombo y Mestre, que me informaron. Los

empresarios también lo pedían; había un clamor de Coto porque estaban asaltando sus supermercados y centros de distribución. Yo decreté el estado de sitio, pero no lo instrumenté. Luego, al día siguiente de presentar la renuncia, cuando todavía no la habían aceptado y seguía siendo el presidente, lo derogué porque ya se había pacificado levemente la situación. Pero al asumir, Puerta dice que ha sido un error derogarlo y lo restablece”.

Curto coincide en que los saqueos “estaban organizados, claro que sí. Estaban organizados, sí señor: venían en camionetas comunicándose por *walkie talkies*, reventaban las cortinas metálicas de los locales, se llevaban las cajas y las cosas de más valor, y luego dejaban entrar a la gente, que llegaba a los lugares por los rumores; había muchos rumores”.

Pero niega que su partido haya tenido algo que ver: “Nunca se supo quiénes los organizaron. Para mí fueron los grandes intereses económicos porque De la Rúa ya no les servía y querían voltearlo. No fue un tema de la política. No fue un tema del PJ bonaerense, ¡si los intendentes peronistas fuimos los que más sufrimos los saqueos! Lo que pasó también fue que había una crisis muy profunda; la economía había explotado porque se seguía la política económica de Menem y de Cavallo. Había muy mal ambiente. Y no fue cosa de un distrito, de una municipalidad: robaban en todos lados del Gran Buenos Aires”.

En cambio, para Esteban “Cacho” Caselli, que era el secretario general de la gobernación de Buenos Aires, los saqueos fueron “totalmente organizados para voltear a De la Rúa”. ¿Por quién? Caselli afirma que por el aparato político

del peronismo bonaerense: “Por senadores, diputados e intendentes del conurbano, que querían que Duhalde fuera el presidente. Actuaron a través de los punteros políticos del conurbano. También, por algunos sindicalistas. La mayoría de los intendentes del conurbano estaba en eso, en que Duhalde fuera el presidente, incluidos los radicales”.

Caselli desvincula a Ruckauf y al gobierno provincial: “Nosotros no teníamos información de los saqueos; sabíamos que había un mar de fondo, pero no teníamos información precisa. Fue una cosa del aparato justicialista de la provincia, que estaba en manos de Duhalde; yo me di cuenta de eso enseguida, apenas ocurrió”.

Sostiene Caselli que Duhalde seguía controlando el peronismo bonaerense y que a Ruckauf no le molestaba esa situación porque

pensaba que no interfería con su objetivo número uno, que era posicionarse como candidato presidencial y ganar las elecciones de 2003.

“Yo —explica— quise armar poder propio en la provincia pero, en este aspecto, Ruckauf siempre fue súbdito de Duhalde. Cualquier armador político sabe que el poder que no se ejerce, lo ejerce otro; en este caso, Duhalde”.

También el ex ministro del Interior y ex senador Carlos Corach destaca “el grado de organización” de “los dudosos saqueos en el conurbano” que “parecía revelar la mano de algunos intendentes. Los saqueadores iban en caravanas exacerbando el ánimo de los habitantes de las villas de emergencia para que asaltaran supermercados y negocios”.

Corach agrega que “este estado de inquietud poco espontáneo pudo tener efectos importantes

porque tuvo lugar en el contexto de un gobierno endeble y con pocos recursos para afrontar dificultades. Ni Menem ni Kirchner hubieran sido eyectados del poder por ese tipo de acontecimientos. Para una presidencia estructuralmente débil, insistente en el error y que se había quedado sin su base tradicional —la clase media, afectada por el ‘corralito’— fue suficiente con los saqueos y los cacerolazos”.

Duhalde, por su parte, tiene una visión completamente distinta de la renuncia de De la Rúa. En primer lugar, destaca otro efecto perverso del “corralito”, que no solo perjudicó a quienes tenían dinero en los bancos sino que también “condenó al hambre a decenas de miles de argentinos que sobrevivían trabajando en el

mercado informal. Changanines, empleados de microempresas, vendedores ambulantes, empleadas domésticas, etcétera, vieron de un día para el otro cómo desaparecía el dinero en efectivo gracias al cual llevaban el pan a su mesa”.

Es decir, quienes contrataban o compraban los productos o los servicios de esos trabajadores informales se encontraron de un momento para otro con severas restricciones para sacar dinero del banco; el mercado “se secó” en pocos días, y lo primero que hicieron fue cancelar esos gastos.

Muchos de esos trabajadores en negro vivían en el Gran Buenos Aires. “Los intendentes y legisladores —cuenta Duhalde— comenzaron a llamarme para ponerme al tanto de los dramas que se desataban por esta causa. De Merlo, Moreno, Florencio Varela, Berazategui, de todas las

comunas, me comunicaban los intendentes, alarmados: ‘Eduardo, la gente vuelve a la municipalidad a pedir comida’”.

En su opinión, las marchas y movilizaciones fueron protagonizadas en forma espontánea por las clases medias porteñas y del primer cordón del conurbano —que habían votado a la Alianza— y por los sectores populares del Gran Buenos Aires, que eran electores tradicionales del peronismo. Los unía la política económica, que perjudicaba a unos y a otros.

“Yo creo que las movilizaciones del 19 y 20 de diciembre no tienen parangón en la historia. Se las compara con el 17 de octubre, y esa fue una movilización preparada. Fue una cosa realmente emotiva ver cómo salía la gente con los chicos al hombro. ¡Y el error garrafal de haber decretado el estado de sitio! Es no saber gobernar”.

Duhalde agrega, terminante: De la Rúa cayó porque “no sabía gobernar. Estaba lleno de miedos”. Nada que ver —afirma— con “esa teoría absurda del complot” entre él y Alfonsín para sacarlo del gobierno.

Por el contrario, Duhalde afirma que “nuestro país fue el único de toda Latinoamérica que, en medio de una de sus crisis más profundas, encontró el rumbo sin quebrar su orden institucional, cumpliendo plenamente la Constitución y las leyes. Y esto fue posible gracias al diálogo dentro de la democracia”, con “Alfonsín en primer lugar”.

Duhalde asegura, además, que el peronismo bonaerense no organizó los saqueos a comercios: “No es cierto”.

Ofrece tres argumentos para demostrarlo: en primer lugar, que los saqueos no comenzaron en el

Gran Buenos Aires sino en Mendoza, que era gobernada por los radicales. Y que luego se extendieron a otros distritos, como Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y Río Negro, antes de que llegaran a los territorios controlados por los “barones del conurbano”.

Su segundo argumento es que la Policía Bonaerense no hizo la vista gorda para favorecer los saqueos—como se ha afirmado— sino que, por el contrario, utilizó a todos sus efectivos para tratar de contener los disturbios sin provocar muertos; tanto fue así que —afirma Duhalde— agotaron el stock de setenta y tres mil balas de goma, hubo ochenta y dos policías heridos y detuvieron a más de tres mil personas.

Finalmente, Duhalde sostiene que al peronismo le convenía más que De la Rúa terminara su gobierno: “¿Quién iba a ganar después de De la

Rúa? Iba a ganar el justicialismo”, asegura.

Tal como había sucedido en 1989 —durante la hiperinflación que acortó el mandato de otro radical, Raúl Alfonsín— los saqueos en el conurbano comenzaron en Trujui, una de las zonas más pobres del segundo cordón del Gran Buenos Aires. “Eso fue a las ocho y veinte de la noche del martes 18 de diciembre de 2001, en el Cruce Castelar, cerca del límite con San Miguel”, recuerda Rubén Bustamante, periodista de Señal Oeste Televisión.

Carlos López era concejal del Frente Grande en Moreno y sostiene que ese municipio era un polvorín social por varios motivos: “El ‘corralito’ dejó a la gente sin efectivo y cortó todas las changas; muchos empleados públicos aún no

habían cobrados sus sueldos, y no había llegado el dinero de la Nación para los comedores populares. Acá había un comedor cada tres o cuatro cuadras”.

Sentado a su lado en el patio de su casa en Moreno, su amigo Ricardo Vago —actual diputado provincial del socialismo— afirma que él llamó por teléfono al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación para reclamar ese dinero; al fin y al cabo, eran opositores en la municipalidad pero oficialistas a nivel nacional ya que formaban parte de la Alianza.

“Me aseguraron —dice Vago— que el dinero ya había sido enviado. Debe haber sido cierto porque al día siguiente de la renuncia de De la Rúa, el viernes 21 de diciembre, aparecieron los alimentos y los comedores volvieron a funcionar. Era ayuda de la Nación a la municipalidad. En

aquella época, se dijo que los alimentos habían estado escondidos en el Instituto Riglos, un establecimiento para menores que estaba desactivado”.

Para el periodista Bustamante, el dato clave para comprender tanta furia popular fue que “no habían pagado los Planes Trabajar, que eran de 150 pesos cada uno. Eso aceleró todo; había larguísimas colas en los bancos y un extendido malhumor social porque no había forma de pasar las Fiestas en paz. La situación social explotaba, pero el peronismo contribuyó a acelerar esa explosión”.

Luego de los saqueos en Trujui, a las dos de la madrugada del miércoles 19 de diciembre el intendente Mariano West convocó a todos los concejales a una sesión extraordinaria, en la que su mujer, Silvia D’Angelo, trazó un cuadro de

situación. Los concejales declararon el distrito en “emergencia social”.

Cinco horas después, West fue al obispado para invitar a la Iglesia a participar de una “marcha pacífica” a la Plaza de Mayo y contrarrestar así el efecto de los saqueos. “Tenemos que mostrar los valores de la amistad y de la paz”, le dijo al obispo de la diócesis de Merlo-Moreno, monseñor Fernando Bargalló, quien lo escuchaba junto a un par de colaboradores.

Era el segundo mandato de West; ahora, sigue siendo intendente luego de sucesivos pasos por el Ministerio de Desarrollo Humano y Trabajo de la provincia de Buenos Aires, una banca de diputado provincial y otra de diputado nacional. Como otros “barones del conurbano”, en 2005 —cuando Néstor Kirchner se convirtió en el nuevo líder del peronismo— West saltó del duhaldismo al

kirchnerismo, donde permanecía en diciembre de 2014.

Su carrera política había comenzado en 1983, cuando la Argentina retornó a la democracia, siempre en Moreno y en el área social; más específicamente, en las cuestiones vinculadas a la tierra. Un hombre de la Iglesia, un católico comprometido que pregonaba la renovación del peronismo. Y muy amigo del obispo de Morón, Justo Laguna, ya fallecido.

Con una parte de la diócesis de Morón y por influencia de Laguna, la Iglesia creó otra diócesis en 1997: Merlo-Moreno, donde fue nombrado uno de los discípulos del obispo, Bargalló. Allí ejerció su tarea pastoral hasta 2012, cuando estalló un escándalo por su vinculación sentimental con una mujer, luego de la difusión de una serie de fotografías en una playa de Puerto

Vallarta, un destino *top* de México.

Bargalló también heredó la amistad de Laguna con West. Luego de recibir la invitación del intendente para marchar a Plaza de Mayo, el obispo convocó de urgencia a varios curas de su diócesis para consultarlos si había que participar o no.

“Todos dijeron que sí. Yo también. Luego me di cuenta de que había sido un error. Posteriormente, todos comprendieron que desde cierta política se organizaron los saqueos y fue también desde la misma política donde se propuso esa marcha”, confía uno de esos sacerdotes, Gabriel Barba.

El 19 de diciembre de 2013, el papa Francisco nombró a Barba obispo de la diócesis de Gregorio de Laferrere, que abarca sectores de los partidos de La Matanza y Cañuelas con una población de 700 mil personas.

Monseñor Barba agrega: “Digo que fue un error porque las imágenes y noticias transmitidas posteriormente a la marcha dejaron en muchísima gente la sensación de que, en Moreno, la Iglesia fue parte de los saqueos. Nada más injusto”.

Durante la gran crisis, Barba era el párroco de Cristo del Perdón, en La Reja, una localidad del municipio de Moreno: “Estábamos organizando el pesebre viviente cuando vimos que pasaba gente con changuitos y otras cosas. Así nos enteramos de los saqueos. Los saqueos nunca fueron espontáneos, pero si hay paja seca, una simple chispa puede provocar un incendio. La organización era así: venía un grupo en una camioneta y reventaba los locales, abría las cortinas metálicas y las puertas, y luego se iba, y entraba la gente; la gente sí entraba a saquear de manera espontánea. Había muchas necesidades.

Eso yo lo he visto”.

“Mariano West Ocampo del Carril —agrega monseñor Barba— viene de la zona norte. Era un militante católico que comenzó como catequista en Moreno; luego se fue vinculando a la pastoral social y a una organización llamada Madre Tierra, fundada por un grupo de católicos. Finalmente, se dedicó a la política”.

La marcha de West tiene su importancia en esta historia porque es mencionada por De la Rúa y por los radicales que lo defienden como una de las “pruebas” de la participación del aparato del peronismo bonaerense en la caída de su gobierno.

Es que el inicio de esa marcha fue filmado, precisamente, por el periodista Bustamante para Señal Oeste Televisión. “Se había corrido la bola

de que iban a saquear el Carrefour, el súper más grande de Moreno; temprano, fui a cubrir esa noticia, pero no pasó nada porque había muchos policías. Fui entonces a cubrir la marcha, que arrancó en el puente de la Colectora Gaona y Ruta 23; y fue al inicio de la caminata cuando West dijo: ‘Tenemos que ir a la Capital Federal porque allá está nuestro enemigo’. En el audio queda claro que el ‘enemigo’ era Cavallo, mucho más que De la Rúa”.

“Hadam usó esas imágenes; nos las pidió y se las dimos. Todo ese material fue requisado por Gendarmería a los pocos meses, cuando allanaron el canal por orden del juez federal Norberto Oyarbide”, agrega Bustamante. En aquel momento, Oyarbide —que también allanó la municipalidad de Moreno— investigaba si hubo o no un complot contra el gobierno de la Alianza.

“Nosotros —cuenta Bustamante— fuimos a hablar con Oyarbide; nos quedó claro que el juez buscaba establecer si la moneda de pago político de Duhalde a West había sido el Centro de Tránsito Moreno, o sea la cesión de terrenos del Estado nacional para la estación de transferencia de pasajeros del tren a los colectivos en la terminal del Sarmiento, que incluye un centro comercial. Esa cesión de terrenos era muy complicada. La hipótesis era que Duhalde le habría dicho a West: ‘Vos arrancás con los saqueos y la marcha, y yo te libero los papeles de esos terrenos’”.

Otras versiones indican que los líderes de los saqueos habrían cobrado entre 30 y 100 pesos/dólares, según la tarea realizada. Uno de esos “trabajos” habría sido sembrar rumores en los barrios pobres sobre que en determinados

comercios —los blancos de los ataques ya programados— iban a repartir comida; así la gente se agolpaba frente a esos locales, que eran saqueados luego de que los cabecillas abrieran las puertas y cargaran las cajas registradoras, el dinero y los objetos de mayor valor en las camionetas en las que se desplazaban.

En la investigación de Oyarbide hubo denuncias según las cuales punteros políticos del peronismo que lideraron los saqueos habrían sido beneficiados con la entrega gratuita de terrenos por parte de la municipalidad de Moreno.

El intendente West, por su parte, niega haber participado en un presunto complot contra el gobierno nacional o en la organización de los saqueos: “Si hubiera formado parte de algún complot, habría estado escondido; no en la calle. No puedo descartar la existencia de gente que haya

organizado los saqueos. Yo no lo hice”.

El ex concejal López recuerda que la marcha comenzó alrededor de las diez de la mañana y fue encabezada por West con todos sus funcionarios y concejales, y por Bargalló con casi todos sus curas y catequistas: “Yo me sumé unas cuadas, pero luego dejé de caminar porque no me gustó lo que estaba viendo”.

“La idea —cuenta— era ir sumando gente por todo el oeste del conurbano para llegar a la Plaza de Mayo a protestar contra el modelo. Pero a San Miguel no pudieron entrar porque, según me dijeron, Aldo Rico le avisó a West por celular: ‘Si llegan a poner un pie en San Miguel, los corro a tiros’. También evitaron Morón porque les avisaron que, si entraban, los mataban. Llegaron a la General Paz, pero allí Policía Federal no los dejó pasar; así que a las dos de la tarde pegaron la

vuelta”.

Bargalló caminó junto a sus sacerdotes y catequistas solo hasta el Cruce Castelar, donde termina la diócesis Merlo-Moreno. “Desde ahí — recuerda monseñor Barba— nos volvimos con el obispo en un remise. Nunca pasé tanto miedo como en esa marcha: caminábamos tomados de los brazos por entremedio de los saqueos. No sabía si nos iban a pegar o a dejar marchar. Por suerte, pudimos atravesarlos sin sufrir más violencia que lo que veían nuestros ojos”.

Hay quienes opinan que la caminata favoreció la tarea de los saqueadores. Bustamante, por ejemplo, asegura que “la marcha avanzaba por columnas; por delante y por detrás iban los saqueadores, avalados en la práctica por la marcha y por sus organizadores. Muchos de los saqueadores eran pibes. Fueron saqueos muy bien

organizados, realizados en turba. Saquearon negocios de todo tipo: mercados, almacenes y kioscos, pero también papeleras y hasta una pajarería donde encontraron solo un canario y alimento para aves”.

“No había un solo policía, lo recuerdo perfectamente”, agrega el periodista.

Algunos comerciantes declararon en el juzgado de Oyarbide que quienes robaron sus locales “se desprendían” de las columnas de la marcha.

¿Y quiénes encabezaban los saqueos? López afirma que muchos eran punteros del peronismo, que tenían un conocimiento muy preciso del territorio y de los blancos: “Los jefes se comunicaban entre sí con silbatos, pero también disparando tres tiros”.

“Había grupos de choque como Los Stones; un grupo al margen de todo, liderado por dirigentes

peronistas vinculados a la intendencia, que controlaba una parte de Trujui y se dedicaba a diversas actividades. Un grupo multipropósito, diríamos”.

En su opinión, entre los saqueadores se podía distinguir a “tres grupos de personas: los famélicos, que lo hacían por necesidad; los vecinos del barrio que se prendían, algunos por razones políticas y hasta ideológicas, y otros ciudadanos de Moreno, de otros barrios, que venían con sus buenos autos y se llevaban solo cosas de valor”.

López cuenta una anécdota: “Una pareja de saqueadores volvía a su casa en bicicleta, y él le explicaba a la mujer que estaban saqueando no porque tuvieran hambre o les gustara robar sino por una razón política o ideológica.

”—Ellos acaparan lo que el pueblo necesita.

”—Sí, pero ¡justo nosotros tenemos que llevarnos una ristra de cebollas! ¡Mirá lo que se están llevando ellos!

—lamentó la mujer mientras señalaba a un matrimonio que arrastraba un *freezer*”.

“Los saqueos dejaron una profunda herida social entre todos nosotros. En mi barrio, La Perlita, la Misa de Nochebuena fue una tristeza: asistió solo un cuarto de la gente de la parroquia porque el resto había salido a saquear a sus propios vecinos”, completa López.

En aquel momento, West era duhaldista. Julio César Aráoz, un dirigente cordobés que había sido jefe del último tramo de la campaña de Duhalde a la presidencia en 1999, asegura que fue enviado a Moreno para apaciguar al intendente.

“A Duhalde —cuenta Aráoz— no le gustaba la violencia; él estaba a favor del diálogo con la Iglesia, con Alfonsín, con los sectores productivos, etcétera. Es un hombre de orden y de consensos. Por eso, el desorden en su provincia lo asustó, y me envió a hablar con West”.

De acuerdo con Aráoz, West le explicó que en Moreno la situación era explosiva por culpa de las medidas del gobierno nacional, y que él corría el riesgo de que la gente le quemara la intendencia.

—Yo no tengo nada que ver con este problema; entonces, que vayan a reclamarle a De la Rúa y a Cavallo, que vayan a protestar a la Plaza de Mayo —le dijo West, siempre según Aráoz.

“Pero me pidió: ‘¡Que no se entere el Negro!’, en alusión a Duhalde”, agrega Aráoz.

El secretario de Seguridad de la provincia de Buenos Aires era Juan José Álvarez, un abogado

que durante su gestión como intendente de Hurlingham se había especializado en ese tema; tanto que a fines de octubre de 2001 había saltado al gabinete de Ruckauf.

Apenas se enteró de los disturbios en Trujui, Álvarez habló por teléfono con West y con los intendentes vecinos. A los “barones del conurbano” los unía una queja: tenían que poner la cara ante la gente por medidas que ellos no habían tomado ni sobre las que podían influir, como el “corralito”.

—Si al conflicto lo creó el presidente y la gente quiere protestar, llevémosla a la Plaza de Mayo —repetían los intendentes.

—Pero, ojo, que sacar a la gente a la calle no es tan difícil; el problema es que luego vuelva a su casa —les respondía el funcionario.

“Tres intendentes tenían muchas dudas, pero al

final todos estuvieron de acuerdo conmigo, menos West. Pero tampoco fue que West dijo: ‘Aprovechemos la oportunidad y hagamos un golpe de Estado’; no, eso no fue así”, agrega.

West declaró por escrito en el juzgado de Oyarbide. En primer lugar, rechazó “cualquier hipótesis que permita suponer, siquiera por un instante, que pude haber intentado alterar, modificar o reemplazar el orden constitucional vigente”. Y explicó que la marcha a Plaza de Mayo tuvo dos propósitos. Por un lado, “retirar a la gente de las calles, neutralizar la posibilidad de que la gente se uniera masivamente a los grupos” de saqueadores; por el otro, “cuestionar la política económica del gobierno”.

Álvarez admite que en los saqueos participaron bandas de delincuentes comunes y grupos de punteros políticos, aunque solo a nivel barrial y en

defensa de sus propios —específicos— intereses. Niega que haya habido un plan elaborado para provocar el caos en el conurbano y favorecer la caída de De la Rúa.

En cambio, el dirigente piquetero Luis D'Elía asegura que “hubo un mix de cosas”. Y que, al menos en su zona —en La Matanza—, el “enorme estado de necesidad del pueblo” fue aprovechado por el aparato político del peronismo en la provincia de Buenos Aires, donde él era diputado por el Polo Social, una fuerza de centro-izquierda.

“Yo creo que efectivamente existió el accionar de muchos punteros que operaron en esta línea, es decir sembrar el pánico. Uno de ellos fue el puntero del Partido Justicialista cuyo apodo era Tuncho. Había helicópteros que eran de la policía de Buenos Aires; la policía dejó ‘hacer’ frente a los comercios minoristas, pero no frente a los

supermercados”, declaró frente a Oyarbide.

En este sentido, D’Elía apuntó contra Álvarez. Contó que el 20 de diciembre por la noche, el secretario de Seguridad lo llamó a su celular: “Me dijo que, si por él fuera, ‘salvo a los hiper, que les dieran a todos’, a lo que yo respondí, furioso, que eran ellos, refiriéndome a Álvarez y a su gente, los que estaban organizando todo; los que estaban detrás de los saqueos”.

Álvarez, por su lado, niega haberle dicho eso a D’Elía.

El día anterior, el miércoles 19 de diciembre — cuando los saqueos se multiplicaban en todo el conurbano y ya se hablaba de seis muertos— el vicegobernador Solá y Álvarez fueron por la tarde al hotel Elevage a reunirse con los dirigentes

radicales Enrique Nosiglia y Carlos Becerra, el jefe de la SIDE.

—Paren con eso, hay intendentes y punteros peronistas armando quilombo en todo el conurbano —los recibió Nosiglia.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros? Tengo a toda la policía tratando de contener el quilombo. Pueden decir que estamos siendo superados, y es verdad, pero no que hay inacción. Y ustedes no nos mandan ni un gendarme de refuerzo —contestó Álvarez.

—El gobierno nacional no puede enviar a la Gendarmería. ¿Con qué argumento legal?

—Ah, no sé. No es un problema nuestro. Nosotros estamos tratando de impedir los saqueos, pero necesitamos la ayuda de ustedes.

—Y si el gobierno nacional declara el estado de sitio, ¿ustedes nos apoyan?

—Lo tengo que hablar con Ruckauf.

—Ahora tengo una reunión con (Ramón) Mestre.

En una hora, te llamo.

Nosiglia y Becerra se quedaron a esperar al ministro del Interior; Solá y Álvarez partieron a la sede porteña del Banco Provincia, en la calle San Martín al 100, para contarle a Ruckauf cómo venía la mano con la Casa Rosada.

La cuestión del momento era la siguiente: para que el gobierno nacional pudiera enviar refuerzos de Gendarmería o Prefectura a Buenos Aires y a otras provincias tenía que declarar el estado de sitio, una medida siempre costosa en términos políticos.

Ruckauf los recibió junto a Duhalde y al puñado de “barones del conurbano”. La orden fue que Álvarez siguiera él solo esa negociación con el gobierno nacional; su posición debía ser, en

resumidas cuentas: “El estado de sitio es un problema de ellos; nosotros ni apoyamos ni criticamos. Pero que nos envíen la Gendarmería o la Prefectura”.

Mientras esperaba el llamado de Nosiglia, Álvarez tuvo tiempo para atender las quejas de los intendentes por la falta de policías para contener el desborde social. El funcionario les explicó que no tenían efectivos para proteger a cada uno de los comercios, por lo cual el gobierno provincial había optado por destinar la mayor cantidad de policías a la custodia de los supermercados de las grandes cadenas.

—Tiene mucho más impacto en los medios y, por lo tanto, un efecto contagio muchísimo mayor entre la gente, que saqueen un Coto, un Disco, un Walmart o un Carrefour —les dijo el funcionario.

Y eso se notó en Moreno, donde fueron

arrasados almacenes y autoservicios así como supermercados “chinos” y de las cadenas más chicas, según el ex concejal López y el diputado Vago.

Por su parte, los directivos de las grandes cadenas y los embajadores de Estados Unidos y Francia reclamaron a funcionarios de los gobiernos nacional y provincial que protegieran los comercios de capitales estadounidenses y franceses.

El empresario Alfredo Coto —dueño de una red de supermercados con 119 bocas de expendio y 19 mil empleados— defendió en persona, junto a su esposa, Gloria, algunos de sus locales en el conurbano. Por ejemplo, el miércoles 19 de diciembre por la mañana estuvo en el hipermercado de Ciudadela, sobre el Acceso Oeste, en el partido de Tres de Febrero, que había

sido inaugurado en octubre con una inversión de 30 millones de pesos/ dólares.

Un camarógrafo de Canal 13 pudo entrar al hipermercado: filmó a los empleados listos para resistir con palos de hockey, ganchos de carnicería y elementos de limpieza y de jardinería. Los rodeaban unas dos mil de personas que llegaban caminando por la autopista y las calles laterales desde los edificios de Fuerte Apache y otras zonas pobres del municipio gobernado por Curto.

Cuando los saqueos parecían a punto de comenzar, Coto llamó por teléfono al ministro Mestre, que le pasó con De la Rúa.

—Hola Alfredo, ¿cómo ves la situación?

—Muy mal, presidente. Yo no sé qué pasó, pero la gente está muy desbordada.

—¿Y ustedes qué piensan hacer?

—La vamos a pelear, las personas que trabajan

acá están dispuestas a pelear para cuidar su lugar de trabajo. ¿Y usted qué piensa, presidente?

—Son convulsiones esporádicas, que se dan en algunos lugares; algunos cientos de personas que son juntadas por punteros políticos del peronismo.

—Mire, acá no son trescientas personas, son miles de personas. Hay gente que se ve que está pasando hambre y hay otra gente que quiere aprovechar la situación.

—Y la Policía Bonaerense, ¿qué hace?

—Están parados, no hacen nada; dicen que tienen la orden de no reprimir.

—Voy a tener que declarar el estado de sitio, Alfredo.

—Entonces declárelo, presidente.

Al final, la situación se distendió por dos motivos: las personas que rodeaban el hipermercado vieron que los empleados estaban

dispuestos a resistir el saqueo en defensa de sus puestos de trabajo, y Coto dispuso el reparto de bolsas con alimentos.

Mientras tanto, en la sede del Banco Provincia en el microcentro porteño, las explicaciones de Álvarez a los intendentes duraron hasta que llamó Nosiglia y le avisó que Mestre lo esperaba en la Casa Rosada.

La reunión se hizo en el Salón de los Escudos del Ministerio del Interior; Mestre estaba acompañado por su secretario de Seguridad, Enrique Mathov, y los jefes de la Policía Federal, la Gendarmería y la Prefectura: Rubén Santos, Hugo Miranda y Juan José Beltritti, respectivamente; Álvarez llegó con el comisario Amadeo D'Angelo, jefe de la Policía Bonaerense.

Caía la noche en la ciudad. Hay dos versiones sobre el encuentro. Los bonaerenses recuerdan una reunión tensa, entre funcionarios que se desconfiaban.

—El presidente está dispuesto a declarar el estado de sitio. ¿Cuál va a ser la reacción de ustedes? —quiso saber Mestre, según la versión de Álvarez.

—No vamos a decir nada, ni a favor ni en contra —contestó Álvarez.

En cambio, Mathov afirma que fue un encuentro tranquilo y que Mestre dispuso rápidamente el envío de 1.800 efectivos de la Gendarmería, la Prefectura y la Policía Federal al Gran Buenos Aires a partir del primer minuto del día siguiente.

“No hablamos sobre el estado de sitio porque a esa altura ellos ya sabían cuál era la decisión de De la Rúa”, sostiene Mathov.

Hasta ese momento no se había registrado ningún incidente en la Capital Federal.

“Nosotros —agrega Mathov— no preveíamos ningún conflicto en la Capital. El primer incidente ocurrió el jueves 20 de diciembre a la una de la madrugada, cuando un grupo intentó entrar a la Casa Rosada. Una cosa organizada, quinientas personas que se fueron luego al Congreso por Avenida de Mayo”.

Los bonaerenses salieron del encuentro con la impresión de que el objetivo del gobierno nacional era muy claro: impedir que los saqueos y los disturbios atravesaran el Riachuelo y la avenida General Paz; mantenerlos fuera de la fortaleza electoral del presidente y de la vidriera política del país.

La versión bonaerense indica que el comisario D'Angelo demoró unos segundos el saludo con su

colega Santos.

—¿Ustedes qué van a hacer? —le preguntó en voz baja, siempre según esas fuentes.

—¿Nosotros? El problema lo tienen ustedes. La Capital está blindada.

Pero Santos afirma que no hubo ningún intercambio de opiniones con su colega bonaerense.

Al día siguiente, el jueves 20 de diciembre, otra masiva manifestación de protesta —esta vez no tan espontánea, que incluyó a grupos organizados de izquierda y de derecha; de la Capital y del conurbano— copó la Plaza de Mayo. La represión de la Policía Federal fue feroz, en especial entre las once y media y el mediodía, y entre las dos y media y las cinco de la tarde; hubo cinco muertos y cincuenta y dos heridos de bala en el centro de la ciudad, y el presidente redactó y firmó su renuncia.

Minutos después, apenas la radio y la televisión informaron sobre la caída de De la Rúa, y antes incluso de su último viaje en helicóptero a la residencia de Olivos, la Policía Bonaerense volvió a patrullar las calles de Moreno.

En el lugar que marcaba el pulso de la protesta social, los saqueos cesaron de inmediato.

En cuanto a las causas judiciales mencionadas, son distintas pero están vinculadas. Por un lado, Oyarbide investigó durante más de cuatro años una denuncia sobre la presunta infracción de la Ley 23.077, de protección del orden constitucional y la vida democrática, de 1984. La causa tuvo al principio un cierto impulso; luego, se desinfló y cambió de manos, hasta que el 27 de diciembre de 2013 fue archivada por el juez Luis Osvaldo

Rodríguez. Pero el fiscal Carlos Stornelli apeló la sentencia y pidió continuar las investigaciones porque a su criterio aún faltaban elementos para determinar si se trataba de meras “cuestiones políticas no judiciales” —como decía la sentencia— o si se cometieron delitos.

En tanto, la causa sobre la cesión de terrenos del Estado nacional en Moreno fue resuelta el 20 de diciembre de 2010 por el juez federal de Morón, Jorge Rodríguez, quien dictaminó que no se había cometido delito alguno.

Capítulo 10

LA CAÍDA



*Cinco personas fueron asesinadas entre la Plaza
y el Obelisco el día de la renuncia de De la*

*Yo decido renunciar cuando ya desde el
departamento de
Alfonsín me llama el presidente del bloque de
senadores
del radicalismo, Maestro, para decirme que, a
juicio
de ellos, no había nada que hacer, que
consideraban
conveniente mi renuncia.
Lo que se produce después de que hablaron
con Duhalde.*

Versión de Fernando de la Rúa

sobre su renuncia a la presidencia.

—Fernando, está habiendo muertos en Plaza de Mayo.

—No, a mí nadie me informó eso, ni mis funcionarios de Interior ni el jefe de la Policía Federal.

—La televisión está diciendo que hay muertos.

—La televisión dice muchas cosas que no son ciertas.

—Me parece que esta vez es cierto porque están mostrando imágenes de personas caídas.

Versión del senador Carlos Maestro sobre su
penúltimo
diálogo por teléfono con De la Rúa, minutos
antes de las

seis de la tarde del 20 de diciembre de 2001.

El titular del Senado, Ramón Puerta, recibió la llamada del presidente Fernando de la Rúa en su departamento de Libertador y Salguero cuando se preparaba para ir al aeropuerto de San Fernando y tomar el avión Cessna Citation Excel que le prestaba su amigo, el empresario —y diputado peronista desde 2005— Francisco de Narváez.

Eran las cinco menos veinte de la tarde del jueves 20 de diciembre y De la Rúa había pronunciado el que sería su último mensaje al país por radio y televisión. Quería saber qué le había parecido su ofrecimiento de “un gobierno de unidad nacional” al justicialismo, “que triunfó en las elecciones del 14 de octubre y tiene mayoría en ambas cámaras” del Congreso.

—Lo escuché, presidente. No se le ocurra hacer lo que estoy temiendo, no me diga que está por renunciar.

—...

—No vaya a hacer eso porque ya le dijimos que le vamos a votar el presupuesto y las leyes que necesita a libro cerrado, salvo los artículos sobre el financiamiento a las provincias; ahí vamos a debatir.

—Ah, bueno, bueno... Puerta, ¿usted va a ir a Merlo, a San Luis?

—Sí, ya estoy saliendo para allá.

—¿Y ahí quiénes van a estar?

—Vamos a estar todos los dirigentes del peronismo. (Adolfo) Rodríguez Saá invitó a todos los gobernadores y a muchos senadores y diputados. Vea que viene muy bien este encuentro porque voy a comentar lo que estamos hablando

ahora usted y yo.

—Pero, ¿a qué hora va a ser esa reunión?

—Bueno, de acá me voy a San Fernando, hay un avioncito que me va a llevar. Yo estaré llegando a las siete de la tarde y calculo que vamos a inaugurar el aeropuerto de Merlo a las ocho.

—Lo que yo quiero es que me llame después de que termine la reunión entre ustedes.

—Creo que lo voy a poder llamar a las nueve o nueve y media.

—Ah no, pero ya va a ser de noche.

—Presidente, eso es lo único seguro a esta altura: a las nueve y media va a ser de noche.

Apenas cortaron, Puerta se quedó pensando por qué De la Rúa parecía tan preocupado por el horario de su llamada desde San Luis. “Creo —explica— que estaba deprimido. Para mucha gente que está deprimida, la noche es un momento muy

duro. Los conflictos que tuvo que afrontar aquellos días no fueron fáciles”.

Puerta bajó a la cochera y se subió al auto. Mientras el chofer lo conducía a San Fernando, recibió otro llamado: era Domingo Cavallo, de quien el senador, mientras se desempeñó como gobernador de Misiones, fue considerado el mejor alumno, junto con el santacruceño Néstor Kirchner. Cavallo le aseguró que no había renunciado y que seguía siendo ministro de Economía.

Mientras el Cessna Citation se preparaba para despegar, Puerta vio por la ventanilla que el cielo se había puesto oscuro. Pensó que la tormenta venía con más fuerza de lo que había sido pronosticado y se preguntó qué estaba haciendo allí, tan lejos de su chacra de Apóstoles. Cuando el avión levantaba vuelo, descubrió que lo que veía era el humo de los neumáticos que los

manifestantes estaban quemando en el conurbano.

En la Casa Rosada, De la Rúa no quedó satisfecho con las respuestas de Puerta: era evidente que el peronismo no estaba dispuesto a compartir con él la responsabilidad de gobernar la Argentina en el medio de una crisis tan profunda, que ya había provocado numerosos muertos y heridos.

Fuera de la sede del gobierno, entre la Plaza de Mayo y la avenida 9 de Julio la policía descargaba una violenta represión contra grupos de manifestantes: vecinos y oficinistas sueltos, pero también militantes de derecha y de izquierda, desde simpatizantes de los “carapintadas” hasta “piqueteros” y miembros del Partido de la Liberación, Quebracho, Izquierda Unida y el

Partido Obrero. Hubo cinco muertos: cuatro de ellos en apenas una cuadra y en un lapso de menos de media hora.

En su último mensaje, el presidente había señalado: “Estoy convencido de que solo la unidad nacional puede levantar al país”, y prometió que iba a realizar “los cambios que sean necesarios” para sumar al peronismo, incluida la salida de la Convertibilidad y el cambio de régimen económico.

Informó que había hecho modificaciones en su gabinete: Cavallo ya no era ministro y Economía había sido dividido en dos; las secretarías de Hacienda, Finanzas e Impuestos pasaban a depender del jefe de Gabinete, Chrystian Colombo, y el resto, junto con Infraestructura y Servicios, formaban un nuevo ministerio, a cargo de su amigo Nicolás Gallo.

Sin embargo, alertó sobre la necesidad de “una pronta respuesta del justicialismo” a su oferta de un gobierno de coalición porque —argumentó— “no puede seguir el cuadro de violencia en la calle que arriesga a situaciones más peligrosas”.

Fue un mensaje corto en el que dejó en claro que si el peronismo no se sumaba al gobierno, él iba a renunciar. Incluso mencionó que estaba “despojado de cualquier interés personal por el cargo que tengo el honor de ocupar”, y que “no estoy acá porque me aferre a un cargo”.

De la Rúa había comenzado su último día como presidente a las ocho de la mañana, cuando recibió a su jefe de Gabinete en la residencia de Olivos. Colombo lo puso al tanto de lo que se había tratado en la reunión con los peronistas, la noche

anterior en el hotel Elevage; todo lo que no le había podido contar esa madrugada porque dormía, según le dijeron en la guardia. Los peronistas no tenían una posición única sobre la formación de un gobierno de coalición; un oficialismo lúcido y osado podía maniobrar sobre esas divisiones y tal vez incorporar a algunos dirigentes opositores. Eso sí: todos exigían el alejamiento de Cavallo.

El presidente coincidió en que la renuncia de Cavallo era, a esa altura, inevitable; eso lo conducía a la división del Ministerio de Economía para desarmar el castillo de atribuciones que el polémico funcionario había acumulado. También charlaron sobre cuándo y cómo el gobierno anunciaría la salida de Cavallo y los cambios en el gabinete. Colombo, además, habló por teléfono con algunos economistas y gobernadores de

confianza para tener una primera impresión sobre el impacto de esas decisiones.

Al mediodía, ya en su despacho en la Casa Rosada, Colombo recibió los llamados de algunos empresarios, que, como todos, seguían el minuto a minuto de una crisis que, en el plano económico, incluía un tema de fondo: ¿continuaría la paridad 1 a 1 entre el peso y el dólar, o habría una devaluación?

Las imágenes de la televisión mostraban un gobierno desbordado, con la Policía Federal protagonizando una represión tan desmesurada como ineficaz justo frente a la Casa de Gobierno.

Los peronistas se alejaban cada vez más del gobierno. El más expresivo fue el senador Eduardo Duhalde: “O el presidente cambia o habrá que cambiar al presidente”.

En el radicalismo, Raúl Alfonsín consideraba

que la suerte del gobierno ya estaba echada. Eso es lo que le dijo a las nueve de la mañana al jefe del bloque de senadores del oficialismo, Carlos Maestro: “Yo no voy más a la Casa Rosada; para mí, esto está agotado”.

Maestro recuerda que él evaluaba que la situación era dramática, pero que algo todavía se podía hacer. Por eso, partió hacia la Casa Rosada junto al titular del bloque de diputados del radicalismo, el catamarqueño Horacio Pernasetti. Una nueva visita al despacho de De la Rúa, pero esta vez, los dos solos.

Alfonsín estaba molesto porque sus sugerencias habían sido olímpicamente ignoradas por De la Rúa, su rival de siempre en el radicalismo. Eso ocurrió el día anterior —el miércoles 19 de diciembre al atardecer— cuando una delegación formal de siete diputados y senadores de la Unión

Cívica Radical se presentó en la Casa Rosada.

“Pensábamos —cuenta Maestro— que el gobierno tenía que hacer algo; se nos ocurrió pedirle a De la Rúa la renuncia de Cavallo y una modificación sustancial del gabinete para distender la situación”.

Primero, fueron a ver a Colombo y le plantearon “la conveniencia de que renuncien todos los ministros para que el presidente pueda retomar la iniciativa con un gabinete nuevo”.

—Hay que ir a un gobierno más amplio. Pero por supuesto que no queremos que te vayas vos, Chrystian —le dijo Alfonsín.

—...

—Nosotros le queremos comunicar esta propuesta al presidente —agregó el líder de la UCR.

—Ya le aviso.

Colombo se levantó, dejó a los correligionarios frente a su escritorio, pasó al lado de los dos granaderos y se metió en el despacho presidencial. De la Rúa estaba reunido con Cavallo.

—Presidente, en mi despacho están Alfonsín, Maestro, Pernasetti y otros diputados y senadores del partido que vienen a verlo para proponerle un cambio total de gabinete. Yo pienso...

—Dejá que yo hablo con Alfonsín y lo convenzo —lo interrumpió Cavallo.

—Mingo, de economía podés saber más que yo, pero de política no entendés nada.

—Vamos a atender a los amigos que nos esperan —dispuso el presidente.

Maestro recuerda que la presencia de Cavallo en el principal despacho de la Casa Rosada los sorprendió porque habían ido a pedir, en primer lugar, la cabeza del ministro de Economía.

“Nos sentamos —describe— en una mesa ovalada: el presidente, en una de las puntas; a su izquierda, Cavallo; a su derecha, la senadora Amanda Isidori, de Río Negro; y al lado de ella, yo. Frente a mí, estaba Alfonsín”.

—¿Qué andan haciendo por acá? —preguntó De la Rúa.

—Mirá Fernando, estamos muy preocupados. La situación es gravísima, pensamos que hay que hacer algo —abrió el fuego Maestro.

—Estamos haciendo todo lo que podemos; hasta ahora no hemos tenido suerte, pero tenemos que insistir en arreglar el tema del déficit, que es lo que exige el Fondo para efectuar los desembolsos prometidos.

Maestro le hizo una seña a Alfonsín para que siguiera él, pero la senadora Isidori aceleró los tiempos.

—Hay que decirle de una vez a qué vinimos —
lo apuró por lo bajo a Maestro.

—Decíselo vos.

—Se lo digo yo... ¿Le puedo decir algo,
presidente?

—Sí, querida, por supuesto.

—Le voy a decir por qué vinimos hoy a verlo...

De la Rúa estaba reclinado sobre la mesa; Maestro observó que por detrás de la cabeza del presidente, Cavallo miraba fijo a los ojos de la senadora, como si fuera un hipnotizador: “Amanda le devolvió la mirada y quedó un momento en trance, como enceguecida, y perdió el hilo de lo que venía diciendo”.

—El gobierno tiene que hacer un gesto para calmar a la gente. Hay mucha gente pasando hambre.

—Lo sé, querida, pero no hay plata. Y para que

el Fondo nos mande lo que nos prometió, tenemos que solucionar el tema del déficit.

Era el turno de Alfonsín.

—Fernando, con Carlos estamos muy preocupados. Nos parece que sería bueno hacer una reestructuración del gabinete. Desde luego, Fernando, en el momento que vos lo creas más adecuado.

El encuentro se diluyó en frases de circunstancia. Alfonsín y los legisladores se retiraron molestos, convencidos de que la gestión no había servido para nada. El presidente ya no escuchaba a su partido, preso de sus temores y debilidades, aislado de la realidad, encapsulado por su entorno, ganado por el discurso maniqueo de Cavallo.

Maestro y Pernasetti volvieron a la Casa Rosada el jueves 20 de diciembre al mediodía y fueron directamente al despacho de Colombo. Esperaron en la antesala hasta que el jefe de Gabinete terminó de devolver unos llamados telefónicos. Recién se habían sentado frente a Colombo y hablaban del alejamiento de Cavallo cuando entró el presidente.

—Carlos, Horacio, ¿qué andan haciendo?

—Venimos a verte —dijo Maestro.

—Tenés que buscar ya un ministro de Economía para calmar los ánimos de la gente —le propuso Pernasetti.

—No es tan fácil; nadie quiere agarrar Economía.

—¿Y en el plano político? —preguntó Maestro.

—Estamos convocando una reunión urgente con todos los gobernadores pero ninguno viene, ni

siquiera los radicales. Nadie quiere venir.

—¿Para qué es la reunión de gobernadores? —quiso saber Pernasetti.

—Cuando hay problemas de este tipo, corresponde convocar al Consejo de Seguridad Interior, que está integrado por los gobernadores. Pero no importa: podemos hacer la reunión igual, con los ministros de Interior de las provincias.

—¿Por qué no intentás un acuerdo con el peronismo? Incorporarlos al gobierno de alguna manera —sugirió Maestro.

—Lo hemos intentado. Yo no creo que se puedan hacer cosas muy distintas. Pero si ustedes quieren, hablen con los peronistas.

—Yo puedo hablar con Puerta y Horacio, con Camaño (el titular de la Cámara de Diputados).

—Está bien. Yo estoy haciendo todo lo que puedo, pero que digan los peronistas qué es lo que

quieren.

Maestro se llevaba muy bien con Puerta; por eso, le sorprendió que no lo invitara a sentarse cuando lo fue a ver a su despacho de presidente provisional del Senado.

—Mirá Ramón, vengo porque el presidente quiere hacer algo en conjunto con ustedes, con el peronismo.

—Yo me estoy yendo a una reunión de gobernadores del peronismo en San Luis; el Adolfo los invitó a la inauguración del aeropuerto de Merlo; también vamos algunos senadores y diputados. Pero te adelanto que no queremos involucrarnos en esta crisis.

—Pero el presidente les ofrece participar del gobierno en las condiciones que ustedes quieran.

—Eso seguro que no. Ya le dijimos que lo apoyamos en todo lo que necesite, pero que

tenemos que preservarnos como oposición porque si no, dejamos a la Argentina sin alternativa... Pero igual les comento a los muchachos y te aviso.

—Bueno, Ramón... Acá se termina todo.

Maestro dio media vuelta, abrió la puerta y se fue. Puerta asegura que “no entendí bien lo que quiso decir porque era una frase dura, pero la conversación había sido muy amistosa, como siempre. Luego, entendí que se refería al gobierno”.

Cuando Maestro volvió a su despacho, encontró que Alfonsín lo estaba esperando: quería saber cómo le había ido con el presidente. No tuvieron tiempo de charlar porque la secretaria de Maestro los interrumpió.

—Si ustedes se quedan acá, después no van a poder salir; me dicen que afuera se está juntando mucha gente —les avisó Noemí.

—Carlos, mejor nos vamos a mi oficina; ahí vamos a estar más cómodos.

Tuvieron suerte: pudieron abandonar el Senado sin que los manifestantes se dieran cuenta de que iban en el asiento trasero del automóvil guiado por el chofer del ex presidente, junto con el jefe de su custodia, el comisario Daniel Tardivo. Una proeza teniendo en cuenta los abucheos que recibían por aquellos días todos los legisladores, incluidos los de la oposición.

Llevaban casi una hora recluidos en la oficina de Alfonsín, un quinto piso de la avenida Santa Fe al 1600, cuando, a las cuatro de la tarde, Maestro recibió el llamado de De la Rúa.

—¿Qué pasó con los peronistas?

—Puerta se estaba yendo a una reunión de los gobernadores peronistas en San Luis. Pero no aceptan: dice que es un problema del gobierno,

que es un problema nuestro, que no se quieren involucrar... Me prometió que igual iba a comentar la propuesta con los gobernadores. Y Horacio dice que no puede encontrar a Camaño.

—Voy a hablar por radio y televisión.

—¿Cuándo?

—Ahora, dentro de unos minutos.

De la Rúa cortó y Maestro le contó a Alfonsín.

—¿Qué irá a decir? —preguntó el ex presidente.

—Pongamos la televisión.

Hicieron varios intentos, pero no lograron encender el aparato.

—Vení Margarita, que no podemos conectar la televisión —gritó Alfonsín en dirección a la sala donde estaba su secretaria privada.

—Ustedes, los hombres, no saben hacer nada —regañó Margarita Ronco mientras la imagen del presidente aparecía en la pantalla.

Hasta el discurso de De la Rúa, las versiones de los distintos protagonistas coinciden en lo que fue sucediendo durante aquel día decisivo. Pero a partir de este momento hay diferencias, algunas de ellas sustanciales.

Por un lado, Maestro asegura que veinte minutos después del mensaje, recibió un segundo llamado del presidente.

—¿Qué te pareció el discurso?

—Mirá... Me pareció más atinado, mejor, que el de anoche. Esperemos a ver cómo reacciona el peronismo.

Fue la mejor respuesta que encontró frente a una pregunta inesperada. En realidad, Maestro no había visto ni escuchado el discurso de la noche anterior; solo había leído párrafos en los diarios.

Además, Maestro afirma que el siguiente llamado fue el de Noemí, su secretaria.

—Ya puede venir a su despacho; parece que afuera está todo más tranquilo.

En aquel momento, Alfonsín saludaba a algunos radicales de confianza que habían llegado para analizar la crisis del gobierno: José “Chiche” Canata; Juan José “Manolo” Canals y el economista Mario Brodersohn, entre otros. Todos ellos eran fieles seguidores de Alfonsín y, como su jefe, pensaban que la caída de De la Rúa era cuestión de tiempo, de muy poco tiempo.

—Raúl, yo vuelvo al Senado; me avisó mi secretaria que está todo más calmado.

—Bueno Carlos, después nos vemos.

Sin embargo, otras fuentes sostienen que Maestro permaneció en la oficina de Alfonsín, desde donde —junto con el ex presidente— conspiró para forzar —o, al menos, acelerar— la renuncia de De la Rúa. Tanto es así que varios

correligionarios lo siguen considerando “un gran traidor”.

En ese sentido, De la Rúa asegura: “Yo decido renunciar cuando ya desde el departamento de Alfonsín me llama el presidente del bloque de senadores del radicalismo para decirme que, a juicio de ellos, no había nada que hacer, que consideraban conveniente mi renuncia. Lo que se produce después de que hablaron con Duhalde”.

De la Rúa recuerda ese diálogo de esta manera.

—Presidente, recién hablé con Duhalde, que me dijo que ya no hay nada que hacer —le informó Maestro.

—¿Y vos qué pensás?

—No hay otra salida que la renuncia.

—Bueno, tomo nota.

Incluso, el ex concejal porteño Humberto Bonanata asegura que Maestro —por sugerencia

de Alfonsín— informó a algunos periodistas que el presidente había renunciado, cuando todavía no lo había decidido. “Eso precipitó la renuncia de Fernando, fue el golpe de gracia”, agrega Bonanata, que era partidario de De la Rúa y ahora dirige el sitio *web* notiar.com, de “actualidad con opinión”.

Maestro niega esos dos testimonios. Ratifica que volvió a su despacho en el Senado, donde — afirma— atendió a un comandante de Gendarmería que le traía un mensaje del jefe de esa fuerza, el comandante general Hugo Miranda.

Siempre según Maestro, Miranda le avisaba que por la noche los saqueos se iban a multiplicar en el conurbano “porque ya no hay relevos en la Policía Bonaerense debido a que sus efectivos han estado trabajando durante cuarenta y ocho horas seguidas, sin descanso. Lo mismo pasa en la

Policía Federal”.

“Además —agrega Maestro— la televisión ya informaba de muertos en el centro de la ciudad y también en otros lugares, como Rosario, Córdoba, la provincia de Buenos Aires... Ya se hablaba de más de veinte muertos en todo el país; había imágenes de coches quemados en la 9 de Julio. Así que llamé a De la Rúa”.

—Fernando, está habiendo muertos en Plaza de Mayo —le avisó, según su versión.

—No, a mí nadie me informó eso, ni mis funcionarios de Interior ni el jefe de la Policía Federal.

—La televisión está diciendo que hay muertos.

—La televisión dice muchas cosas que no son ciertas.

—Me parece que esta vez es cierto porque están mostrando imágenes de personas caídas.

A las cuatro y media, luego del discurso y camino a su despacho, De la Rúa le había preguntado a su secretario de Seguridad, Enrique Mathov, si era cierta la versión sobre muertos en el centro de la Capital.

—No lo sé, ya lo llamo al comisario Santos —le respondió Mathov.

“El jefe de la Policía Federal —dice Mathov— me informó que no, y yo se lo transmití de inmediato al presidente. Luego, me fui a la secretaría. A las seis de la tarde me llamó el ministro del Interior, Ramón Mestre, y me comunicó que había dos muertos en el Hospital Argerich”.

“La policía —agrega— no lo supo antes porque ambulancias del SAME habían levantado los cuerpos y los habían llevado al hospital”.

Maestro asegura que —apenas cortó con el

presidente— un empleado le alcanzó un comunicado de prensa conjunto de los bloques de senadores y diputados del peronismo, en el que reclamaban a De la Rúa “un gesto de grandeza que permita superar esta crisis”. Según Maestro, también “convocaban urgentemente a una Asamblea Legislativa”.

Maestro cuenta que volvió a llamar a De la Rúa.

—El peronismo ha resuelto retirar su apoyo parlamentario al gobierno. La situación está muy difícil y yo no le veo salida.

—Yo hice todo lo que pude; convoqué al peronismo a un gobierno de unidad nacional, pero no fui escuchado.

—Presidente, le doy un consejo: ponga su renuncia a disposición del Congreso para que una Asamblea Legislativa decida qué hacer frente a esta situación.

Maestro se refería a una sesión especial de todos los legisladores: los senadores y los diputados. La instancia prevista por la Constitución para analizar la eventual renuncia de un presidente y designar su sucesor.

De la Rúa se quedó unos segundos en silencio.

—Si no queda otra solución, lo voy a hacer.

Maestro agrega que, aliviado, salió al pasillo e informó a una patrulla de periodistas que deambulaba por el Senado en busca de información que era inminente la renuncia del presidente. Eran las seis y cinco de la tarde.

“El gobierno —explica Maestro— ya no tenía credibilidad ni podía dar ninguna respuesta. La verdad es que a los veinte minutos de que la renuncia fue informada no quedó nadie en la calle;

todos se volvieron a sus casas. La renuncia era lo que se necesitaba. Fue como un bálsamo; la situación era terminal”.

Pero algunos colegas de Maestro no lo entendieron así. Un ex legislador afirma que — luego de la renuncia del presidente— un grupo de senadores radicales fue al despacho del jefe de bloque.

—Carlos, están diciendo que vos le dijiste al presidente que no quedaba otra salida que presentar la renuncia —lanzó desde la puerta el misionero Mario Losada, que encabezaba la fila.

—Sí, Mario, es cierto.

—Pero, ¿con quién lo consultaste?

—Con nadie Mario, si acá no había nadie. ¿Vos, por ejemplo, dónde estabas?

Alfonsín era uno de los que escuchaba la conversación del otro lado de la puerta, pero

Maestro no podía verlo.

—Está bien lo que hizo Carlos. Esto era un desastre, esto iba a ser una carnicería. Había que sugerirle algo así al presidente —dijo Alfonsín, y clausuró la discusión.

De la Rúa firmó su renuncia minutos después de las seis y media de la tarde. La redactó a mano, luego de convocar a su despacho a algunos funcionarios de confianza, entre ellos Colombo; el canciller Adalberto Rodríguez Giavarini; Gallo, el secretario general de la Presidencia; el ministro de Defensa, Horacio Jaunarena; su hermano Jorge de la Rúa, titular de Justicia, y Hernán Lombardi, secretario de Turismo.

—He tomado la decisión de renunciar. El justicialismo rechazó mi oferta de un gobierno de coalición, no con esas palabras pero sí con hechos: los gobernadores están reunidos en San

Luis a la espera de mi renuncia, y el jefe del bloque de diputados, (Humberto) Roggero, pidió mi juicio político. En nuestro partido, el jefe del bloque de senadores, Maestro, me acaba de decir que no hay otra salida que mi renuncia. Mi actitud es este renunciamiento que quiero hacer para pacificar el país y asegurar la continuidad institucional.

Todos escucharon en silencio. De la Rúa salió del despacho privado, atravesó la oficina de los edecanes y entró a la Sala Verde, un lugar más pequeño, pintado de ese color, decorado con un imponente retrato del general José de San Martín. Y allí se sentó a escribir su renuncia. “Creí que debía ser hecha en forma manuscrita”, recuerda. Sus funcionarios lo siguieron y se quedaron mirando cómo la escribía. Algunos estaban a punto de llorar.

—Me parece bien que la hayas hecho a mano —
lo alentó su amigo Rodríguez Giavarini.

De la Rúa llamó por teléfono a Virgilio
Loiácono, el secretario de Legal y Técnica de la
Presidencia:

—Por favor, llevá la renuncia al Congreso.
El texto fue dirigido al ingeniero Puerta:

*Me dirijo a Ud. para presentar mi renuncia
como Presidente de la Nación.*

*Mi mensaje de hoy para asegurar la
gobernabilidad y constituir un gobierno de
unidad fue rechazado por líderes
parlamentarios.*

*Confío que mi decisión contribuirá a la paz
social y a la continuidad institucional de la
República.*

Pido por eso al H. Congreso que tenga a

bien aceptarla.

Lo saludo con mi más alta consideración y estima, y pido a Dios por la ventura de mi Patria.

Roggero, cordobés de Río Cuarto, niega que él, como jefe del bloque de diputados del peronismo, haya mentado la posibilidad de un juicio político a De la Rúa: “Hicimos una conferencia de prensa, pero para rechazar la propuesta de un gobierno de coalición”. Eso fue menos de cincuenta minutos después del discurso del presidente. ¿Por qué tan rápido? Porque temían que sus compañeros de las provincias más chicas, que habían convocado al encuentro en San Luis, aceptaran la oferta de De la Rúa. “Pensábamos que con ese rechazo, el encuentro en San Luis se volvía abstracto”, sostiene.

Cuando De la Rúa renunció, tenía 64 años y llevaba setecientos cuarenta días —dos años y diez días— en la presidencia.

El ex senador jujeño Alberto Tell afirma que, luego de la renuncia, De la Rúa llamó por teléfono al ex presidente Carlos Menem: “Yo había ido a ver a Carlos junto con Daniel Scioli y otros dos compañeros, en el auto de Scioli. Fuimos al departamento de su esposa, Cecilia Bolocco. Recuerdo que Carlos estaba durmiendo, así que lo esperamos un rato. Estábamos charlando cuando lo llamó De la Rúa y Carlos puso el teléfono en manos libres”.

—Carlos, ya he redactado mi renuncia por esta crisis institucional que se ha creado.

—¿No hay manera de volver atrás?

—No, creo que mi renuncia contribuirá a la solución de esta crisis. Quería agradecerte tu

permanente colaboración con mi gestión; fuiste uno de los pocos que nunca puso un palo en la rueda; por el contrario, siempre estuviste dispuesto a colaborar.

—Fernando, somos hombres de la democracia.

Uno de los funcionarios que lo acompañaron en aquel gesto del final recuerda que, una vez que estampó su firma en el texto de renuncia, De la Rúa pareció recuperar la energía, como si se hubiera sacado un peso de encima.

—Bueno, ya no tenemos nada que hacer hoy acá. Nos vamos —les indicó a sus acongojados colaboradores.

Y salió del despacho para tomar el ascensor privado, pero lo frenó el jefe de la Casa Militar, el vicealmirante Carlos Carbone, que llevaba menos de dos días en su cargo.

—Señor presidente, no puede salir por allí. La

seguridad depende de mí y hay muchísima gente en la plaza.

—Me voy directamente, como lo hago siempre.

—No, señor presidente, ya está listo el helicóptero. No se puede salir por tierra.

De la Rúa fue llevado rápidamente a la azotea, donde ya lo esperaba un helicóptero Sikorsky S76B apenas posado —sin descargar todo su peso— para proteger de posibles fisuras el techo y las paredes del histórico edificio. A las corridas y en apenas un minuto, abordó la máquina, junto con su edecán, el teniente coronel Gustavo Giacosa —también en su segundo día en el cargo— y el subjefe de la custodia presidencial, el subcomisario Marcelo Lioni, el calvo al que muchos tomaron por Cavallo al verlo por televisión.

Eran las siete y cincuenta y dos de la tarde y el

helicóptero blanco se elevaba en medio de aplausos, gritos e insultos de la gente que protestaba en la Plaza de Mayo. La imagen evocaba la partida de la presidenta Isabel Perón poco después de la medianoche del 24 de marzo de 1976, minutos antes de que fuera desalojada del gobierno por los militares. De la Rúa llevaba su ejemplar de la Constitución apretado entre las manos y apenas atinó a mirar por la ventanilla en los cuatro minutos y medio que duró el viaje hasta la residencia de Olivos.

El ex concejal Bonanata recuerda que esa noche llamó a su amigo. Sonaba tan lloroso que De la Rúa le contó un chiste sobre Osama Bin Laden en clave radical: “Dicen que a Bin Laden lo llevan preso a la Corte de La Haya y le preguntan:

”—¿Es cierto que tuvo responsabilidad en el atentado contra las Torres Gemelas?

”—Sí, es cierto.

”—¿Y en el atentado al Pentágono?

”—Sí, también.

”—¿Tuvo que ver con las bombas a la Embajada de Israel y la AMIA?

”—Sí, lo acepto.

”—Una última pregunta antes de pasar al veredicto. ¿Conoce a... (y nombra a un dirigente radical involucrado en una denuncia por empleados “ñoquis” —cobraban pero no trabajaban— en el antiguo Concejo Deliberante porteño).

”—Ah no, en quilombos yo no me meto...”.

Bonanata estaba muy sorprendido.

—Pero Fernando... ¿cómo tiene fuerza para levantarme el ánimo el peor día de su vida

contándome un chiste?

—Porque hay que seguir viviendo, querido Humberto —le contestó De la Rúa con una voz tan segura y nítida como su interlocutor no le había escuchado nunca durante su tortuosa presidencia.

Capítulo 11

“YO ME ANIMO”



Rodríguez Saá llegó a la presidencia en forma impulsado por un grupo de gobernadores pero

*La mayoría debe conducir,
claro que respetando a la minoría.*

El arzobispo de Buenos Aires, cardenal Jorge
Bergoglio,
al titular del Senado, Ramón Puerta,
a fines de noviembre de 2001.

—¿Vos agarrás el gobierno si yo te propongo?

Mirá que parece que son solo sesenta días.

*—Yo agarro así sean sesenta días,
sesenta horas o sesenta minutos.*

Y si son sesenta segundos, también agarro.

Adolfo Rodríguez Saá a Puerta, la noche del 20
de
diciembre de 2001 en una reunión en la Sierra
de
Comechingones.

“Senderos estrechos y gritos que asustan en la oscuridad”. Todo eso significa Naschel en la lengua de los indios comechingones, y es el nombre de la localidad de tres mil quinientos habitantes donde Adolfo Rodríguez Saá se enteró de que el presidente Fernando de la Rúa había renunciado. Un par de periodistas lo llamaron por el celular apenas el gobernador estacionó su automóvil azul en la estación de servicio sobre la

ruta 148 para cambiarse de ropa y ponerse el traje, la camisa y la corbata; la vestimenta apropiada para inaugurar el Aeropuerto Internacional Valle del Conlara, en las afueras de la ciudad turística de Merlo, en el límite entre las provincias de San Luis y Córdoba.

—Pero si hace media hora hablé por teléfono con De la Rúa —se sorprendió.

El Adolfo siguió viaje y llegó justo a tiempo para recibir en el aeropuerto al titular del Senado, Ramón Puerta, que aterrizaba zarandeado por una fuerte tormenta.

—Renunció De la Rúa —le informó.

—¡Pero es un pelotudo! Le pedí que esperara hasta las nueve o nueve y media de la noche, que yo lo iba a llamar para decirle cuál era nuestra posición.

—Yo también hablé con él por teléfono y le dije

lo mismo... ¡Sos presidente, Ramón!

Una nube de periodistas buscaba las primeras palabras del flamante presidente, pero Puerta tenía otras urgencias: hablar con el jefe de Gabinete, Chrystian Colombo, y con los jefes de las Fuerzas Armadas y de Seguridad para pedirles que permanecieran en sus puestos ya que “la prioridad es mantener el orden, brindar seguridad a todos los argentinos”. Sin embargo, primero se escabulló hacia los baños relucientes del aeropuerto de trece millones de pesos/dólares porque —recuerda— “el problema de esos aviones chiquititos es que no tienen baño”.

El gobernador puntano lo acompañó y se quedó montando guardia en la puerta para que nadie molestara al nuevo presidente, como buen anfitrión. Pero, en el tumulto, una persona logró entrar y metió su tarjeta en uno de los bolsillos

traseros del pantalón del hombre del momento.

—Yo tengo la solución para la Convertibilidad.

—Pero... ¿quién es usted? —le contestó Puerta, dando vuelta la cabeza.

—Soy David Expósito, economista. Ahí están mis teléfonos.

—Bueno, don David. Déjeme mear y después lo atiando.

—Tenemos que crear el Argentino, una tercera moneda.

—No se apure, ya lo voy a llamar.

Expósito —que luego, con Rodríguez Saá, duraría cuarenta y ocho horas como titular del Banco Nación debido a sus imprudentes declaraciones sobre el Argentino— se esfumó. Puerta y Rodríguez Saá fueron a una sala del aeropuerto a charlar con los invitados. Algunos no habían podido llegar por el mal tiempo, como los

bonaerenses Eduardo Duhalde y Carlos Ruckauf, que llamaban por teléfono con una advertencia: “Somos la provincia de Buenos Aires, no pueden tomar ninguna decisión sin nosotros”. Los gobernadores de las otras dos provincias grandes, Córdoba y Santa Fe, sí habían llegado: José Manuel de la Sota y Carlos Reutemann. El ex presidente Carlos Menem había enviado a su hermano, Eduardo.

Puerta se alejó hacia un balcón y llamó a Ricardo Biazzì, su asesor jurídico desde sus años de gobernador de Misiones.

—Ricardo, ¿qué dice la Ley de Acefalía? ¿Puedo completar el mandato de De la Rúa?

—Esperá que la vea bien. Te llamo en dos minutos.

Puerta hizo tiempo hasta que sonó su celular.

—No podés quedarte. Tenés cuarenta y ocho

horas para llamar a una Asamblea Legislativa, que debe aceptar la renuncia de De la Rúa y elegir al nuevo presidente; debe ser un gobernador o un legislador nacional.

Su teléfono volvió a sonar; Puerta miró el número: era el del embajador de los Estados Unidos, James Walsh, que hablaba muy bien el castellano porque había vivido diez años en la Argentina, primero como estudiante en Córdoba y luego como número dos de la Embajada.

—Querido Ramón, ¿cómo estás?

—Jimmy, amigo. Acá estoy, en San Luis, con muchos gobernadores y legisladores peronistas. Siguiendo todos los pasos que indican las leyes y la Constitución.

—Ramón, te felicito, vas a ser un gran presidente estos dos años.

—Mirá Jimmy, yo no completo el mandato de

De la Rúa; la ley indica que tengo que llamar a una Asamblea Legislativa.

—Ah, ¿cómo es eso?

—Voy a llamar a una sesión especial del Congreso, de senadores y diputados, que es la que debe elegir al nuevo presidente. Más tarde te llamo y te digo bien cómo es.

En ese marco, la inauguración del aeropuerto pasó a ser una mera formalidad, que dio lugar rápidamente a una reunión reservada entre los principales dirigentes del peronismo en el espléndido chalet de fin de semana de Miguel Caram, ya en la Sierra de Comechingones. Caram era tan amigo de Rodríguez Saá que muchos puntanos susurraban que esa casa era del gobernador. La caravana recorrió los veinte

kilómetros cuesta arriba bajo un diluvio, entre bosques de molles y pinos atravesados por arroyos y cascadas. Un paisaje bellísimo que los condujo al Country Club Chumamaya. La tormenta reemplazó la cena original al aire libre por empanadas y sándwiches en la sala principal.

El teléfono de Puerta había sonado muchas veces, para —por ejemplo— recibir los saludos y buenos deseos de los presidentes de Brasil, Uruguay y España, Fernando Henrique Cardoso, Jorge Batlle y José María Aznar. Sus compañeros también estuvieron activos: cada uno de ellos consultó con sus asesores las implicancias de la Ley de Acefalía para tratar de acomodarla a sus intereses políticos.

El primer tema que discutieron fue si el peronismo tenía que hacerse cargo del gobierno. Néstor Kirchner resultó de los pocos que, al

menos al principio de la tertulia, prefirieron que De la Rúa fuera reemplazado por otro radical.

Así lo afirma el ex senador Eduardo Menem, que estaba sentado en un sillón a la izquierda del ex gobernador de Santa Cruz.

—Hay que dejar que al gobierno lo sigan teniendo los radicales para que les explote a ellos. Después, venimos nosotros —dijo Kirchner.

Prevaleció la vocación de poder del peronismo; esa disposición casi natural a tomar la sartén por el mango cuando se presenta la ocasión, sin dudas, temores o remordimientos.

Además, los radicales no tenían a ningún gobernador o legislador que pudiera unir los pedazos en que se había roto su partido durante el paso por la Casa Rosada. “Algunos radicales nos llamaron mientras estábamos reunidos en Merlo y nos pasaron directamente la pelota”, confía un ex

gobernador peronista.

El segundo tema llevó más tiempo, demandó más argumentos, movilizó más energías: ¿quién asumiría y durante cuánto tiempo?

La Ley de Acefalía no indicaba claramente que el presidente elegido por los senadores y los diputados debía completar el mandato del renunciante, en este caso, De la Rúa. El espíritu de la norma daba a entender que sí, pero podía interpretarse que esta cuestión no quedaba resuelta y que, por lo tanto, era posible un llamado a nuevas elecciones.

En este punto, la postura de Kirchner coincidió con la de De la Sota.

—El presidente tiene que ser fruto de la expresión popular, de los votos. Si nosotros dejamos un presidente transitorio, sin el voto de la gente, cuando tenga que negociar la deuda le van a

decir que es un presidente puesto a dedo —señaló el patagónico.

—La crisis es de tal magnitud que necesitamos un presidente fuerte, que cuente con el respaldo de los votos. Las medidas que hay que tomar exigen legitimidad. No pueden ser tomadas por un presidente interino —argumentó el cordobés.

Los dos se veían como candidatos presidenciales. Y no estaban dispuestos a esperar hasta 2003.

—Creo que Ramón reúne todas las cualidades para ser elegido por la Asamblea Legislativa hasta que se realicen las elecciones y asuma el presidente electo. Pero no se puede esperar mucho. Esto no aguanta. Hay que votar en dos meses —propuso De la Sota.

—Sos vos, Ramón —dijo Rodríguez Saá.

—Ramón, si sos vos, no hace falta que sean

sesenta días; a cualquier otro no le confiamos más que sesenta días, pero a vos te damos seis meses —agregó De la Sota con una sonrisa pícaro y alzando seis dedos de sus manos.

—Y bueno, sos vos, Ramón —se prendieron varios.

En ese momento, Eduardo Menem lanzó una idea diferente: que fuera Puerta sí, pero que completara el mandato de De la Rúa, hasta el 10 de diciembre de 2003, porque “la crisis es de tal magnitud que no estamos como para ir a elecciones en sesenta días o en seis meses”. Otro argumento sensato, pero que, en este caso, ocultaba la necesidad de su hermano Carlos de que pasara al menos un mandato completo de cuatro años para volver a presentarse como candidato, según marcaba la Constitución.

La propuesta de Menem no recogió apoyos. De

la Sota aprovechó para agregar un último, polémico, ingrediente: la Ley de Lemas. Un método que ya se usaba en algunas provincias para evitar que las internas desangraran al peronismo local. Cada partido se transformaría en un lema que presentaría varios candidatos o sublemas; ganaría el partido que lograba sumar más votos entre todos sus postulantes, y resultaría elegido presidente el candidato más votado dentro de esa fuerza.

—Ya no tenemos tiempo para ir a elecciones internas. Lo mejor es que haya Ley de Lemas. Yo quiero ser candidato; Ruckauf, que no pudo venir, también; Néstor también. Seguramente, habrá otros. Vamos todos bajo el paraguas de un solo lema, el peronismo, y que sea presidente el que saque más votos —propuso De la Sota.

Ya todos esperaban que el gran aludido, Puerta,

aceptara la invitación unánime a convertirse en el presidente de transición. Que se sintiera honrado por haber sido elegido por sus compañeros para cargar con la crisis, pacificar el país y convocar a elecciones para entregar el gobierno a fines de junio de 2002.

—Muchachos, yo realmente les agradezco la confianza, pero no me voy a quedar —los sorprendió Puerta.

—¿Por qué? —preguntaron algunos a coro.

—Porque yo no quiero ser presidente interino. Yo también quiero ser candidato y ganar las elecciones. Así que no cuenten conmigo para seis meses, pero sí para las próximas cuarenta y ocho horas.

—Está muy bien, Ramón. Tenés todo el derecho —lo respaldó Rodríguez Saá.

Todos se mostraron rápidamente de acuerdo con

el anfitrión.

—Además, va a ser muy mal interpretado si yo me quedo seis meses; van a decir que lo tumbamos a De la Rúa. Pero yo nunca me quedo con lo ajeno.

Esas últimas palabras eran las mismas que Puerta le había dicho al cardenal Jorge Bergoglio el mes anterior, cuando lo visitó en el segundo piso del Arzobispado, al lado de la Catedral, para asegurarle que su designación como titular del Senado no era “el inicio de un golpe de Estado” contra De la Rúa, como temían los radicales, el presidente en primer lugar.

“Me habían llegado rumores —cuenta Puerta— de que a Bergoglio no le gustaba que el presidente provisional del Senado fuera de un color político distinto que el del presidente de la República, y le

pedí una audiencia. Me recibió y me convidó con una taza de té”.

“Le expliqué —agrega— que el peronismo y sus aliados teníamos cuarenta y un senadores que habían sido elegidos en los comicios de octubre, es decir la mayoría absoluta del Senado, y que era una sana práctica democrática ejercer esa mayoría para cumplir con el mandato popular de controlar al Poder Ejecutivo y garantizar la gobernabilidad del país”.

El problema era que no había vicepresidente: Chacho Álvarez había renunciado hacía más de un año, por lo cual Puerta —un peronista— quedaba automáticamente como virtual número dos del gobierno; como el sucesor del presidente radical elegido en 1999 si, por ejemplo, se le ocurría renunciar, como finalmente sucedió.

Además, desde el retorno a la democracia, en

1983, se había respetado en la Cámara Alta una regla no escrita por la cual se elegía como presidente provisorio del Senado a un legislador del mismo partido que el del titular del Poder Ejecutivo. Más allá de la cantidad de senadores que tuviera cada fuerza.

Incluso, algunos senadores peronistas, como Menem y Carlos Corach, habían estado en contra de la ruptura de esa norma. “Será tomado como un golpe del peronismo”, le advirtió Corach a Puerta.

Pero el senador misionero convenció a la mayoría de sus compañeros con este argumento: “Me parece una pésima práctica democrática —y ustedes coincidirán conmigo— que se pretenda gobernar desde la minoría porque —al final— pasan las cosas que, según se dice, le pasaron a De la Rúa para conseguir que su proyecto de reforma laboral fuera aprobado. Cada uno, la

mayoría y la minoría, tiene que cumplir su rol, y las negociaciones deben ser a la luz del día. Así sucede en otros países, como los Estados Unidos o Uruguay”.

Puerta asegura que Bergoglio quedó satisfecho con sus explicaciones.

—Usted tiene toda la razón del mundo: la mayoría debe conducir, claro que respetando a la minoría —dijo el arzobispo de Buenos Aires, siempre según el senador misionero.

—Cardenal, yo soy católico y su opinión pesa en mí. Usted quédese tranquilo: vamos a preservar las instituciones. Además, yo nunca me quedo con lo ajeno.

Y volvió a repetir esa frase al día siguiente, a De la Rúa, en un encuentro en la residencia de Olivos. “Le dije que le íbamos a votar todo lo que necesitara para que pudiera gobernar, y que,

además, yo no venía a quedarme con su cargo”, afirma. Pero De la Rúa no quedó muy convencido; más aún: sigue pensando que la designación de Puerta como su virtual número dos fue “la primera etapa del golpe peronista”.

Sostiene Puerta que dos meses después, en enero de 2002, volvió a verlo a Bergoglio.

—¿Usted vio, cardenal, que cumplí?

—Sí, sí, m’hijo, te felicito.

Puerta asegura que la relación con Bergoglio se consolidó en 2006, cuando otra vez fue a verlo; en esa oportunidad, para pedirle que lo ayudara en la campaña contra la reelección indefinida del gobernador de Misiones, Carlos Rovira, su ex delfín, que se había pasado al kirchnerismo.

—El arco opositor es muy variado: peronistas, radicales, socialistas, liberales, sindicalistas, católicos, protestantes. Por eso, necesitamos que

el número uno de la lista sea una personalidad que esté por encima de todos. No puede ser un político, por ejemplo... Mire cardenal, si usted pone un obispo, todo el resto se alinea —lo tentó Puerta.

“Ahí nomás —señala Puerta— Bergoglio llamó por teléfono al obispo de Puerto Iguazú, monseñor Joaquín Piña, que era jesuita. Piña intentó decir que no, que le parecía mejor que fuera el obispo de Posadas porque era la capital y la ciudad más poblada. Pero Bergoglio lo convenció”.

El principal argumento de Bergoglio fue —de acuerdo con Puerta— que, si Rovira se salía con la suya y reformaba la Constitución provincial para introducir la reelección indefinida, otros gobernadores peronistas harían lo mismo, al igual que el presidente Kirchner a nivel nacional.

“Bergoglio ya se había avivado de la jugada de

Kirchner. ¡Bergoglio ve bajo el agua! ¡Por algo es Papa! Y, además, es peronista”, comenta su interlocutor de aquellos días.

Al final, la lista encabezada por Piña —y avalada por la Iglesia— ganó las elecciones para reformar la Constitución provincial. Fue una severa derrota para Kirchner, la primera de esa magnitud desde el comienzo de su gobierno, tres años antes. Y una de las razones del enojo de él y de su esposa, Cristina, con Bergoglio, a quien consideraban el verdadero jefe de la oposición. Así fue hasta que el arzobispo de Buenos Aires se convirtió en Papa y la relación mejoró en forma notoria.

Luego de la negativa de Puerta a suceder a De la Rúa como presidente de transición —el jueves 20

de diciembre por la noche— la reunión en la ladera del cerro de Chumamaya se deshizo en varios corrillos sobre quién podría aceptar semejante encargo.

En un momento, Puerta se acercó a Rodríguez Saá, que era uno de los líderes del Frente Federal, el grupo de gobernadores de las provincias chicas.

—¿Vos agarrás si yo te propongo? Mirá que parece que son solo sesenta días —le susurró al oído.

—Mirá Ramón, yo agarro así sean sesenta días, sesenta horas o sesenta minutos. Y si son sesenta segundos, también agarro —le contestó con una sonrisa ancha, canchera.

—¿Seguro?

—Proponeme.

Rodríguez Saá no dudó; luego de dieciocho años consecutivos como gobernador de San Luis

era un hombre habituado al manejo del poder. Sentía que estaba frente a la oportunidad de su vida para trascender la provincia, esa tierra a la que su familia le había dado cinco gobernadores antes que él. ¿El primero? Juan Saá, en 1860, aunque él siempre se sintió más identificado con su abuelo, Adolfo Rodríguez Saá, el Pampa, que condujo la provincia entre 1909 y 1912. Un clan conservador al que el Adolfo también pertenecía hasta que fue a Buenos Aires a estudiar Derecho; volvió en 1971 recibido de abogado y convertido en peronista.

Seguramente, pensaba en sus propias obras como gobernador —el “milagro puntano”, según sus admiradores— que, a los 54 años, lo habilitaban para soñar en grande: fuerte crecimiento económico gracias, en parte, a la ley que promovía la radicación de industrias en San

Luis y otros territorios postergados; una docena de diques para solucionar el pertinaz problema de la escasez de agua; una provincia sin déficit fiscal y acreedora de la Nación; una administración pública joven y eficaz; la construcción de una vivienda cada siete habitantes para eliminar el déficit habitacional, y una moderna red de autopistas que representaba el 34 por ciento del total a nivel nacional, entre otros logros.

Puerta siguió caminando en busca de otros interlocutores hasta que pasó una decena de minutos.

—Vamos a hacer una cosa: yo voy a sugerir que no sea un senador ni un diputado; vamos a poner a un gobernador, con mucha experiencia en la gestión, y vamos a poner al decano de los gobernadores, que además es el dueño de casa: Adolfo Rodríguez Saá.

El anfitrión sonrió, halagado.

—Miren muchachos, es una emergencia muy difícil. Así como antes dije que el peronismo no puede esquivar su responsabilidad y tiene que hacerse cargo de gobernar cada vez que el país lo necesita, ahora les digo que yo no tengo inconveniente en asumir la presidencia. Yo me animo. Pero, claro, necesito el apoyo de todos ustedes.

Todos dijeron que sí, aliviados. Y prometieron un apoyo difuso, que cada cual interpretó a su manera. Ya había pasado una hora del viernes 21 de diciembre y estaban cansados: había sido un día muy ajetreado. De la Sota tuvo tiempo para hacer una advertencia.

—Muy bien, pero son sesenta días, no seis meses. Y con Ley de Lemas.

Nadie quiso continuar debatiendo. El mal

tiempo seguía, pero varios prefirieron volver a sus provincias, la mayoría en automóvil. Puerta tuvo que quedarse a dormir en una casa que le había reservado Rodríguez Saá porque el piloto del avión Cessna Citation del empresario De Narváez le dijo que era mucho riesgo desafiar la tormenta.

Cuando se retiraban, Reutemann se acercó a Puerta.

—¿Mañana vas a asumir? ¡Qué lo parió! Presidente Ramoncito... ¿Con banda y bastón?

—Con banda y bastón, Lole. Estás invitado.

El gobernador riojano Ángel Maza los miraba desde la puerta de la casa. A mediados de diciembre, había sido uno de los promotores de un almuerzo en el Club Español, un tradicional restaurante de la calle Bernardo de Irigoyen, a menos de dos cuadras de la Avenida de Mayo. Fueron los once gobernadores peronistas de las

provincias chicas a implorarlo a Reutemann que se hiciera cargo del gobierno si De la Rúa no soportaba la crisis. “Nos dijo que no, que no era el momento; todo críptico”, recuerda Maza.

Las negociaciones en la cúpula del peronismo continuaron pocas horas después, ya en la ciudad de Buenos Aires.

A la una de la tarde del viernes 21 de diciembre, los senadores y los diputados de todos los partidos se reunieron en la Asamblea Legislativa, que en apenas cuatro minutos aceptó la renuncia de De la Rúa y nombró en su lugar y por solo cuarenta y ocho horas a Puerta. Luego, la Asamblea entró en un cuarto intermedio hasta el día siguiente para facilitar las negociaciones en el peronismo. Porque algo estaba muy claro en medio

de la peor crisis de la historia: los herederos de Juan Domingo Perón habían vuelto al poder; de ellos volvía a depender la Argentina.

La principal reunión se realizó en el Salón Gris del Senado y participaron los catorce gobernadores; Puerta; el titular de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño; Duhalde; Eduardo Menem, y los jefes de los bloques de senadores y diputados, José Luis Gioja y Humberto Roggero.

Una reunión acotada, decisiva. Algunos gobernadores quisieron reabrir el acuerdo alcanzado la noche anterior. De la Sota volvió a tentar a Puerta, pero el misionero se mantuvo inflexible. El nombre de las provincias del Frente Federal seguía siendo el de Rodríguez Saá.

—El Adolfo tiene experiencia de gobierno, una excelente gestión para mostrar a la sociedad, y todos lo conocemos —lo elogió el salteño Juan

Carlos Romero, que estaba sentado a su izquierda.

—Yo me animo. Estoy dispuesto a un renunciamento, a dejar el gobierno de San Luis para hacerme cargo de la Nación en este momento tan complicado. Pero necesito que se sumen otros gobernadores.

Rodríguez Saá asegura que aquella tarde logró el compromiso de dos colegas de peso: Kirchner sería el jefe de Gabinete, y Romero, el canciller. Y que al día siguiente, el sábado 22 de diciembre, mientras armaba su gabinete, los dos le avisaron por teléfono que lo habían pensado mejor y que no querían renunciar —como ya había hecho él— o pedir licencia porque preferían concentrarse en los problemas de sus provincias, Santa Cruz y Salta.

Los ex colaboradores de Rodríguez Saá afirman que esa “traición” provocó que el nuevo presidente asumiera con un gabinete de menor

nivel, sin nombres relevantes o prestigiosos para los periodistas, los empresarios y los diplomáticos extranjeros. “Designó a viejos conocidos de él, a ex gobernadores desocupados”, cuenta un ex asesor del puntano.

Sin embargo, Romero niega que él haya tomado ese compromiso: “Por el contrario, en el Salón Gris del Senado le dije bien clarito que yo no podía dejar Salta en aquel momento”.

La negociación en el Senado se encaminaba hacia el nombramiento de Rodríguez Saá, pero todavía faltaba que se expidieran las provincias grandes: el puntano sabía que podía contar con Reutemann, pero con De la Sota se desconfiaban mutuamente; Ruckauf no había podido viajar a Merlo por lo cual no sabía qué pasaba por su cabeza.

En un momento, Rodríguez Saá se levantó y

avisó que iba al baño. El caudillo puntano recuerda que salió del Salón Gris y que, apenas entró al baño, notó que Ruckauf también se acercaba a los mingitorios.

—Adolfo, como hay tanto quilombo de seguridad, creo que mi secretario de Seguridad, Juanjo Álvarez, te va a hacer mucha falta... Si sos el presidente... —le dijo el gobernador bonaerense, según el caudillo puntano.

—Sí, lo voy a nombrar... Si soy el presidente.

—Adolfo, ¡sos el nuevo presidente de la República Argentina!

A la salida del baño, lo esperaba uno de sus colaboradores más fieles, Luis Lusquiños, quien sería luego su secretario general de la Presidencia, a cargo también de la jefatura de Gabinete.

—Adolfo, te está llamando Felipe González, que quiere una reunión con vos. Y te están

llamando los jefes del Ejército, la Armada y la Aeronáutica, que también quieren una reunión con vos.

—Felicitame, que soy el próximo presidente.

Rodríguez Saá volvió a su lugar. Minutos después, apareció Ruckauf.

—La provincia de Buenos Aires apoya a Rodríguez Saá —dijo el gobernador.

Sin embargo, Ruckauf niega que le haya pedido el nombramiento de Álvarez. Es un dato de cierta importancia debido a que ex colaboradores de Rodríguez Saá acusan a Álvarez de haber sido uno de los protagonistas del supuesto complot bonaerense para desplazar a su jefe de la presidencia, apenas nueve días después. Algo que, por su parte, el ex secretario de Seguridad desmiente.

“Creo —afirma Ruckauf— que Adolfo tenía una

relación de antes con Juanjo Álvarez. Juanjo es muy de estar en todos lados. Yo estaba muy satisfecho con Juanjo; actuó con mucha templanza y a toda hora en la provincia, me mantenía al tanto permanentemente. Yo insisto en que, sin su trabajo, la situación habría sido un desastre”.

De todos modos, el respaldo de Ruckauf fue decisivo y todos lo entendieron así.

De la Sota, sin embargo, seguía incómodo con el nombramiento de su vecino provincial.

—Adolfo, acordate de que tenés que llamar a elecciones en sesenta días, pero que vos no podés ser candidato —puntualizó el cordobés.

—Muchachos, quédense tranquilos. Voy a trabajar los sesenta días y las sesenta noches; voy a dar vuelta esta situación con el apoyo de todos ustedes.

El formoseño Gildo Insfrán propuso que

Rodríguez Saá completara el mandato de De la Rúa, pero De la Sota, Ruckauf y Kirchner le salieron al cruce: solo el voto popular podía legitimar al nuevo presidente, y las elecciones debían ser el domingo 3 de marzo de 2002.

Un tema caliente fue el mecanismo electoral: De la Sota insistió con la Ley de Lemas. En su opinión, la Asamblea Legislativa podía modificar por esta única vez la forma de elegir al presidente y al vice. La discusión giró alrededor de si esa jugada era o no constitucional.

Al final, y luego de varios gritos, todos acordaron —algunos, a regañadientes— que era la única manera de evitar las elecciones internas para las cuales no había tiempo pero sí peligro de que el peronismo terminara dividido en tribus irreconciliables.

Puerta resumió el resultado del encuentro: “El

acuerdo es apoyar al compañero Rodríguez Saá para que ocupe la presidencia de la Nación, convocar a elecciones el domingo 3 de marzo de 2002 e impulsar una Ley de Lemas para elegir quién completará el mandato hasta el 10 de diciembre de 2003”.

Ya se estaban levantando de la mesa cuando Reutemann se acercó al presidente elegido.

—Adolfo, ¿aceptaste con esas condiciones?
¿Estás seguro?

—Y... alguien lo tenía que hacer.

El bonaerense Camaño —ex concejal e intendente de Quilmes— se retiró enojado con Ruckauf porque había pasado toda la reunión esperando que propusiera a Duhalde como presidente. Y Ruckauf no había dicho nada.

Apenas llegó a su despacho de titular de la Cámara de Diputados, su secretaria le avisó que “un grupo grande” de intendentes y diputados del conurbano quería verlo.

—Que pasen.

—Negro, ¿qué pasó? —quiso saber Hugo Curto, el intendente de Tres de Febrero.

—Vayan y pregúntenle a Ruckauf el motivo de su voltereta.

Y les explicó que él había hablado en privado con algunos gobernadores, como el fueguino Carlos Manfredotti.

—Si Ruckauf lo proponía, Duhalde ganaba seguro.

A veces, los años aclaran las cosas. Es lo que Camaño afirma ahora que le sucedió con este episodio. Ya no piensa que Ruckauf los traicionó: “Hablé años después con Duhalde de ese tema y

me contó que, antes de aquella reunión en el Senado, él le había dicho a Ruckauf que no tenía la intención de asumir la presidencia en forma temporaria”.

“Duhalde —aclara Camaño— no participaba de la idea de elegir un presidente por dos o tres meses; pensaba que había que elegir un presidente de forma definitiva”, para completar el mandato de De la Rúa.

En aquel cónclave en el Salón Gris del Senado, Duhalde no tuvo mucho protagonismo.

“Nadie quería que fuera Duhalde, nadie lo consideraba”, asegura Rodríguez Saá. Romero coincide: “Duhalde dijo al principio de la reunión que, si había que hacer un esfuerzo, la provincia de Buenos Aires estaba dispuesta a hacerlo, pero nadie lo tomó en serio. Los gobernadores del interior estábamos con mucha fuerza; fuerza que

nos permitió elegir a Rodríguez Saá, pero que terminó junto con la renuncia del Adolfo”.

No es eso lo que dicen los bonaerenses; Duhalde, en primer lugar: “Yo era el candidato, pero no quería ser presidente; tampoco quise después. Nunca quise. La verdad es que había regalado mis corbatas —sesenta corbatas— y me había quedado solo con dos: había decidido no ocupar más un cargo ejecutivo. Era senador, pero ése iba a ser mi último cargo en la política. Estuve muchos años, estaba muy cansado... Mucha ‘baqueta’”.

Sostiene Duhalde que fue a festejar que no había sido elegido junto con “una barra de amigos con la que nos reunimos siempre, todos hinchas de Banfield. ‘Zafaste, Eduardo’, me decían. Y era verdad: yo no quería saber absolutamente nada con ser presidente”.

Más allá de estas versiones encontradas, apenas once días después de aquel viernes 21 de diciembre, Duhalde concentraría un apoyo casi unánime para suceder a Rodríguez Saá y completar el mandato trunco de De la Rúa.

Una buena muestra de la dinámica voracidad de la crisis.

Capítulo 12

DE BERGOGLIO A RACING



*Certera tapa de Olé, el 23 de diciembre, sobre la
entre Marín,
Grondona, Toma y Puerta en la Casa Rosa*

—*Felipe, ¿tú sabes con quién te vas a entrevistar?*

—*Bueno sí, con el cardenal Bergoglio, pero no lo conozco, en realidad.*

—*Hombre, ¡tú te vas a entrevistar con un papabile (papable)!*

Un sacerdote español al ex primer ministro de España,
el socialista Felipe González, el 22 de
diciembre de 2001
en el arzobispado porteño.

—*Mire, don Julio, que tiene que salir campeón
Racing.*

El ministro del Interior, Miguel Ángel Toma,
al presidente de la AFA, Julio Grondona,
el 22 de diciembre de 2001 en la Casa Rosada.

Apenas los senadores y diputados lo designaron presidente de la Argentina por cuarenta y ocho horas, Ramón Puerta se dispuso a ocupar su puesto. Casi todo su gabinete cabía en su automóvil de senador: él se sentó adelante, al lado del chofer; el diputado Miguel Ángel Toma se ubicó en el asiento trasero, flanqueado por el senador Jorge Capitanich y por Humberto Schiavoni, un abogado misionero que con los años sería el jefe de campaña de Mauricio Macri.

Puerta conoció a Coqui Capitanich cuando era gobernador de Misiones y privatizó el banco provincial, que fue el primero en su tipo adquirido por el Banco Macro, de Jorge Brito. Eso ocurrió en 1996. “Coqui —cuenta Puerta— fue mi asesor en aquella privatización. Un buen asesor. Era un economista joven que se movía por Formosa, por Chaco; por todo el noreste”.

Capitanich fue luego gobernador del Chaco en dos oportunidades; el 20 de noviembre de 2013, la presidenta Cristina Kirchner lo nombró jefe de Gabinete, hasta el 26 de febrero de 2015. Aunque pocos lo recuerdan, ya había estado en ese puesto, durante los primeros cuatro meses del gobierno de Eduardo Duhalde, en 2002, por recomendación de Puerta.

—Este Capitanich, ¿vos creés que da para jefe de Gabinete? —le preguntó Duhalde cuando fue

elegido, recuerda Puerta.

—Yo creo que sí.

—Es un chico bárbaro —le dijo Duhalde a la semana.

Puerta cuenta que Duhalde lo volvió a llamar al mes.

—¡Este chico! Habla mucho, pero no hace un gol.

En la breve presidencia de Puerta, Capitanich se hizo cargo de Economía, Desarrollo Social, Salud y Trabajo; Toma fue nombrado en Interior, Justicia y Derechos Humanos, y Schiavoni funcionó como jefe de Gabinete y secretario general de la Presidencia.

Comenzaba la tarde de aquel viernes 21 de diciembre cuando el auto con Puerta y sus ministros recorría las desoladas calles del centro de Buenos Aires rumbo a la Casa Rosada. Iban

solos, sin custodia, esquivando las sobras de la batalla desigual del día anterior: palos, cascotes, botellas y trozos de hierro y de plástico en todo el trayecto; restos de fogatas en las esquinas; algunos autos incendiados en la 9 de Julio. Les impresionaron los neumáticos quemados de un camión en Diagonal Sur: el fuego había devorado todo el caucho y las estructuras de metal lucían al descubierto, como si fueran los huesos de un cadáver circular.

Cuando llegaron a la Casa Rosada, encontraron a los granaderos en sus uniformes de combate y con las armas listas. Puerta, Schiavoni y Capitanich subieron en ascensor al primer piso; Toma se dirigió al Ministerio del Interior, en la planta baja. Pero encontró que los anteriores ocupantes habían dejado la puerta cerrada con llave. De pronto, apareció un mozo.

—Venga, venga. Pase por acá.

Toma lo siguió, entró a la cocina, atravesó un pasillo y apareció en la antesala del despacho del ministro del Interior. Unos minutos después llegaron su secretaria, Gloria; su esposa, Patricia, y su hija, Constanza, quienes lo ayudaron a organizar una reunión urgente con los jefes de la Policía Federal, la Gendarmería y la Prefectura para cumplir con la crucial tarea que le habían asignado: evitar que se repitieran saqueos y disturbios en la ciudad de Buenos Aires y el conurbano.

El flamante ministro sabía del tema: había sido secretario de Seguridad entre 1998 y 1999, e integrante de las comisiones de Defensa y de Seguridad de la Cámara de Diputados durante doce años.

Un piso más arriba, Puerta encontró a un par de

funcionarios de Fernando de la Rúa, que le contaron que el ex presidente había vuelto aquella mañana al despacho que él venía ahora a ocupar.

De la Rúa había llegado en automóvil a las nueve menos cinco de la mañana con el propósito de derogar el estado de sitio que él mismo había decretado la noche anterior.

Nadie lo esperaba. “Vengo especialmente para informarme de la situación, con el propósito de ver si puedo dejar derogado el decreto de estado de sitio. Quisiera que esta fuese mi última decisión”, informó a los periodistas en el Salón de los Bustos.

Y se hizo sacar una veintena de fotos en su despacho y mientras dejaba el edificio, como para contrarrestar la imagen de la retirada en

helicóptero de la noche anterior, que lo emparentaba demasiado con el último viaje de la presidenta Isabel Perón, en 1976.

De la Rúa permaneció en su despacho durante dos horas y media; dos de esas horas las dedicó al ex primer ministro español, el socialista Felipe González, una persona con sólidas amistades transversales en la Argentina y lobbista eficaz de las empresas españolas que prestan servicios públicos en el país.

A las compañías que habían ganado las privatizaciones en los noventa no les convenía la devaluación que proponía un bloque cada vez más influyente —formado por políticos, empresarios y sindicalistas con la bendición de un sector importante de la Iglesia Católica— porque licuaría sus inversiones y activos de miles de millones de pesos/ dólares y debilitaría sus ganancias, que

surgían de tarifas expresadas en pesos convertibles uno a uno en dólares.

González había llegado a Ezeiza el día anterior, en el avión del empresario petrolero Carlos Bulgheroni, justo cuando trascendía la renuncia de De la Rúa. “Fue un político quien lo invitó; se pensaba que Felipe podía aportar ideas para acercar a radicales y peronistas a un gobierno de unidad nacional”, confía un amigo argentino del líder socialista.

Es que González tiene mucha experiencia en ese tipo de acuerdos, desde que en 1977 fue uno de los protagonistas de los Pactos de la Moncloa, firmados por el gobierno y los partidos políticos —con el respaldo de empresarios y sindicalistas— para modernizar la política y la economía de España.

“La renuncia fue algo totalmente inesperado. Lo

habían invitado pensando expresamente en Fernando, que había asegurado que no se iba a ir antes de terminar su mandato. Felipe se reunió con muchos políticos, empresarios, sindicalistas, religiosos”, agrega el informante.

De la Rúa se fue, pero González se quedó a saludar al nuevo presidente —Puerta— quien le explicó que solo permanecería allí cuarenta y ocho horas.

—Mire que yo vi mucho consenso para usted —lo halagó el sevillano.

Una de las reuniones del ex premier español fue con el cardenal Jorge Bergoglio, en el arzobispado porteño, frente a la Plaza de Mayo. Ocurrió al día siguiente, sábado 22 de diciembre, por la tarde. Felipe González y el argentino que lo acompañaba tocaron timbre; bajó un sacerdote español —se dieron cuenta apenas lo escucharon— que les

avisó que Bergoglio los estaba esperando en el segundo piso.

—Felipe, ¿tú sabes con quién te vas a entrevistar?

—Bueno sí, con el cardenal Bergoglio, pero no lo conozco, en realidad.

—Hombre, ¡tú te vas a entrevistar con un *papabile* (papable)!

El sacerdote les dejó la llave para que cerraran la puerta y se la devolvieran a Bergoglio, y se fue. Felipe González y su acompañante argentino subieron; los recibió un sacerdote al que no conocían; les llamó la atención que vistiera una sotana muy gastada y pensaron que debía ser un asistente del cardenal. Pero era Bergoglio: se dieron cuenta cuando se colocó del otro lado del escritorio y los invitó a sentarse.

Durante la entrevista, solo habló González, que

desplegó su vasto arsenal seductor, como buen andaluz. Le contó sobre los Pactos de la Moncloa y cómo habían ayudado al despegue español luego de la dictadura del generalísimo Francisco Franco; analizó las personalidades de De la Rúa y de los diferentes líderes argentinos, y elogió las iniciativas de la Iglesia local para impulsar el diálogo entre políticos, empresarios y sindicalistas. Nada conmovió a Bergoglio, que lo escuchó con atención, pero no soltó palabra; solamente al final, les agradeció la visita, se puso de pie, se acomodó la sotana raída y les extendió la mano.

Quienes conocen a Bergoglio explican que en las audiencias privadas una de sus técnicas preferidas es el silencio cuando no conoce o desconfía de su interlocutor. O cuando, simplemente, considera que no tiene nada para

decir o que no le conviene decir nada.

Aquel sábado, Felipe González también visitó a Adolfo Rodríguez Saá, quien ya había sido confirmado como el próximo presidente. Se encontraron en el despacho de la senadora puntana Liliana Negre de Alonso. “Quería seguridad para las empresas españolas”, afirma Rodríguez Saá.

“Me preguntó —agrega— qué iba a hacer con la Convertibilidad y con las empresas españolas. Le dije: ‘Mirá, a la Convertibilidad no la voy a mover; yo voy a gobernar solo durante noventa días. Y voy a recibir a todas las empresas españolas; no voy a tomar ninguna medida en particular sobre las empresas españolas’”.

En un momento de la charla, el Adolfo se dio cuenta de que había avisado de su designación como presidente a su esposa y a sus hijos, pero no a su mamá, doña Teté, quien a los 82 años era la

jefa espiritual del clan.

—Perdón, Felipe, ¿me podés hacer un favor?

—¡Cómo no!

—Me olvidé de avisarle a mi madre que soy el nuevo presidente. La voy a llamar y la voy a hacer hablar con vos; ella te admira mucho y vos podés justificar mi olvido.

—Claro, hombre, claro.

“Recholula, mi vieja se puso a hablar con Felipe González, que me recontra justificó y quedó fantástica la cosa”, cuenta Rodríguez Saá en su campo cerca de Villa Mercedes.

Muy contento, el político puntano le detalló sus planes de gobierno: la creación de un millón de empleos y el plantado de árboles en todo el país, entre otros.

—Habrá que verlo andar —le dijo González a su acompañante al abandonar el despacho de la

senadora.

Luego del encuentro con el visitante, Rodríguez Saá fue al departamento de uno de sus colaboradores, el senador Carlos Sargnese, para seguir armando su gabinete. Al llegar, recibió la llamada del premier español, el conservador José María Aznar.

—Lo felicito, presidente; sé que asume mañana. Por las importantes relaciones que tienen España y la Argentina, viajará el canciller, Josep Piqué. Va con una misión especial, encomendada por el gobierno español —señaló Aznar, siempre según Rodríguez Saá.

—Pero ¡cómo no!, presidente.

—El canciller Piqué llega el lunes a las ocho de la mañana.

A pesar de que pertenecían a partidos que competían en el plano interno, Aznar y González

trabajaban hacia afuera de su país en la defensa de los mismos intereses: las empresas de España, que se había convertido en el principal país inversor en la Argentina.

En su primera jornada al frente del país, Puerta restableció el estado de sitio en tres provincias — Buenos Aires, Entre Ríos y San Juan— por treinta días, y tomó juramento a Schiavoni, Toma y Capitanich; al diputado Oscar Lamberto, que se hizo cargo de las secretarías de Hacienda y Finanzas, y a su asesor legal Ricardo Biazzi, como ministro de Educación.

En la Cancillería, ratificó al radical Adalberto Rodríguez Giavarini.

—Puerta, ¿por qué quiere que me quede? —le preguntó Rodríguez Giavarini.

—Porque el mundo tiene que entender que esto no es un golpe; es la renuncia no deseada de un presidente en un sistema que funciona a plenitud.

“También me acompañó Enrique Olivera en el Banco Nación. Y en el Banco Central, nombré a Roque Fernández”, recuerda Puerta.

El juramento del nuevo gabinete se realizó en el despacho presidencial. Asistieron casi todos los gobernadores del Frente Federal, el grupo interno del peronismo que había logrado coronar con Puerta —primero, como titular del Senado y luego, como presidente por cuarenta y ocho horas— y con Rodríguez Saá, como presidente durante noventa días: Néstor Kirchner (Santa Cruz), Carlos Rovira (Misiones), Ángel Maza (La Rioja), Julio Miranda (Tucumán), Eduardo Fellner (Jujuy), Gildo Insfrán (Formosa), Juan Carlos Romero (Salta), y el propio Rodríguez Saá.

De inmediato, Toma bajó a su despacho de ministro del Interior y se reunió con los jefes de la Policía Federal, la Gendarmería y la Prefectura: Rubén Santos, Hugo Miranda y Juan José Beltritti.

La decisión de Toma —avalada por Puerta— fue apoyarse en la Gendarmería y la Prefectura. A la primera le ordenó que los efectivos instalados en la guarnición militar de Campo de Mayo estuvieran “arriba de los camiones todo el tiempo, cosa de que lleguen acá en veinte minutos si es que los necesitamos”. Y a la Prefectura, que concentrara a “todos los miembros disponibles en el edificio Guardacosta”, donde comienza Puerto Madero.

“No podía permitir que algún grupo tomara la Casa Rosada o el Congreso. Y todo tenía que ser hecho con una mínima cuota de profesionalismo para no seguir matando gente”, explica.

La Policía Federal había quedado muy cuestionada luego de la represión del día anterior, en especial los efectivos de la Policía Montada, que al mediodía habían desalojado ferozmente a un grupo de Madres de Plaza de Mayo.

Cristian Ritondo —que era el número dos de Toma— menciona otras fallas de la represión durante el último día de gobierno de De la Rúa: “La policía tiraba gases lacrimógenos, pero sin haber previsto salidas de escape; los gases no son para ahogar a la gente sino para dispersarla. Además, no calculaban para dónde se iban a expandir los gases; por eso, se ven imágenes de policías tirando en contra del viento, y que terminan afectados por los gases. Parecía que no tenían experiencia de calle”.

En diciembre de 2014 todavía continuaba el juicio oral por las cinco muertes y los ciento

diecisiete heridos provocados trece años antes entre la Plaza de Mayo y el Congreso. El entonces secretario de Seguridad de la Alianza, Enrique Mathov, era el único político sentado en el banquillo de los acusados por homicidio culposo (sin intención) y otros delitos, junto con el comisario Santos y quince policías.

Los abogados de los acusados aseguraban, en general, que las muertes y los heridos fueron “eslabones en la cadena del virtual golpe de Estado contra el gobierno del presidente De la Rúa. De otra manera, es imposible entender tanta ferocidad policial localizada en el centro político de la Capital y del país”.

Para ellos, la represión policial fue lanzada por sectores internos opuestos a Santos, que era considerado un “garantista de escritorio” por los “duros” de esa fuerza.

Claro que los muertos en todo el país en aquellas trágicas jornadas de diciembre habían sido muchos más: treinta y ocho, según la Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (Correpi). Otras fuentes dan cifras menores, pero nunca inferiores a treinta y dos.

En la Capital Federal hubo, en total, siete muertos, pero el distrito con mayor cantidad de víctimas fatales fue el Gran Buenos Aires, con once, de acuerdo con la Correpi, cuyas cuentas indican que hubo nueve víctimas fatales en Santa Fe (siete de ellas solo en Rosario), tres en Córdoba y en Entre Ríos, y el resto en otras provincias.

Pero el único juicio que se realizaba era por las muertes en el centro porteño.

Se estima que hubo más de cuatrocientos heridos y más de cinco mil detenidos en todo el

país.

Con relación al conurbano, Toma habló con el gobernador Carlos Ruckauf, quien le aseguró que el número de saqueos había caído verticalmente y que el panorama estaba tranquilo. “Para las zonas norte y oeste, teníamos a la Prefectura y la Gendarmería, y para el sur, a la Policía Bonaerense”, dice Toma.

Además, la Gendarmería quedó a cargo de la custodia de los camiones de caudales para cumplir con la orden de Puerta de abastecer todos los cajeros automáticos con dinero. “Esa fue mi jugada fuerte; la gente iba y sacaba plata, y ahí se tranquilizaba todo”, afirma el político misionero.

Una de las visitas que Puerta recibió en el despacho presidencial fue la de su amigo Mauricio Macri, con quien había estudiado ingeniería civil en la Universidad Católica Argentina. Macri

presidía el club Boca Juniors desde hacía seis años; al final del encuentro, antes de la despedida, Macri le hizo un pedido.

—Con el estado de sitio, no podemos jugar la última fecha del campeonato. ¿Qué se puede hacer?

—Estamos viendo justo el tema del estado de sitio. ¿Qué partidos tienen que jugar?

—El más importante es el de Racing; están a punto de salir campeones. Hace treinta y cinco años que no salen campeones.

Para Macri, no era solo una cuestión futbolística: lo unía una estrecha relación con el publicista Fernando Marín, quien ejercía la gerencia de Racing a través de Blanquiceleste, una sociedad anónima surgida luego de la quiebra del club, en 1999.

Tampoco lo era para Puerta: “A mí como hincha

de fútbol, me parecía una injusticia que no pudiera jugar Racing, pero inmediatamente lo agarré por el lado político, que era volver a un país normal. La televisión estaba meta mostrar cosas feas: incendios, saqueos... Por eso, me pareció muy bueno que la televisión de todo el país mostrara el partido por el campeonato y que la gente saliera a festejar”.

Puerta derivó el asunto en Toma.

—Mauricio dice si podemos hacer algo para que juegue Racing. Es la última fecha del campeonato y puede salir campeón.

—Yo me ocupo, Ramón. Ya mismo lo llamo a Julio Grondona.

—¿Lo conocés?

—Claro, si en la Cámara nos reunimos todas las semanas con él y con todos los directivos del fútbol para ver la seguridad de los partidos de

cada fecha. Quedate tranquilo, Ramón: va a salir campeón Racing.

Racing tendría que haber jugado el domingo 23 de diciembre, pero el estado de sitio lo impidió. Dirigido por Reinaldo “Mostaza” Merlo, al sufrido Racing le bastaba empatar su partido con Vélez Sarsfield —como visitante, en Liniers— para conseguir su ansiado campeonato y borrar la triple vergüenza de una espantosa sequía de títulos, el descenso a Primera B y la quiebra económica. River Plate —con un juego vistoso, varios futbolistas de nivel y Ramón Díaz en el banco— era su escolta, a tres puntos.

Uno de los problemas de Racing era que, salvo su plantel, el resto de los jugadores del torneo —representados por Futbolistas Argentinos Agremiados— quería postergar la definición del campeonato hasta febrero debido a “los graves

acontecimientos ocurridos en el país”, con su secuela de heridos y muertos. No era un momento como para jugar al fútbol y la policía no estaba en condiciones de garantizar la seguridad justo en la última fecha del Torneo Apertura.

Toma volvió a su despacho y —según recuerda— llamó por teléfono al presidente de la Asociación del Fútbol Argentino.

—Don Julio, necesito verlo urgente.

—Muy bien, don (sic) Miguel. ¿Por qué tanto apuro?

—Mire, vamos a tener que sacar campeón a Racing.

—Lo primero que hay que hacer es sacar el estado de sitio.

—Por eso no se preocupe: estamos levantando el estado de sitio en la ciudad de Buenos Aires y en casi todo el país. Pero tiene que salir campeón

Racing, así la gente puede festejar algo.

—No sé si salir campeón, don Miguel. Lo importante es que se pueda jugar al fútbol.

Toma y Grondona quedaron en reunirse al día siguiente, sábado, al mediodía.

—Don Miguel, yo no sé cuánto voy a tardar; voy desde Avellaneda y no sé cómo estará el tránsito con los problemas de los últimos días.

—No se preocupe, don Julio, que lo esperamos con el presidente.

Antes de reunirse con Puerta —que los esperaba junto con el empresario Marín— Grondona pasó un momento por el despacho de Toma.

—Mire, don Julio, que tiene que salir campeón Racing.

—No es tan fácil, don Miguel.

—Don Julio, justed sabe cómo son estas cosas!

Grondona sonrió con una mezcla de halago y

malicia, y subieron al despacho del presidente.

El título del diario deportivo *Olé* del domingo 23 de diciembre no pudo ser más certero: “Ganó Racing”, informó en su tapa junto con una foto de Puerta, Toma, Grondona y Marín; todos ellos muy sonrientes.

“Me costó mucho ayudar a garantizar la seguridad de ese partido siendo hincha de Independiente, pero me pareció que era un buen gesto para normalizar la situación del país. Además, hacía mucho que ellos no salían campeones”, cuenta Ritondo, que luego sería subsecretario de Interior de la Nación, diputado nacional y titular de la Legislatura porteña, este último cargo como dirigente peronista dentro del PRO, de Macri.

El acuerdo fue que el jueves 27 de diciembre a las cinco de la tarde se jugarían solamente los dos

partidos por el título: Vélez - Racing y River - Rosario Central, ambos en la Capital. Sobre el resto de los partidos y un eventual desempate entre Racing y River no tomaron ninguna decisión.

Pero no hizo falta. River liquidó rápidamente su partido con un 6-1; Racing —un equipo versátil y de mucha garra, aunque de poca destreza técnica, sin jugadores de selección— tuvo que sufrir mucho para empatar 1-1 gracias a un gol en evidente fuera de juego, que abrió sospechas que aún perduran contra el árbitro Gabriel Brazenas y el juez de línea Alberto Barrientos.

Aquel día gris y caluroso, los efusivos hinchas de Racing llenaron dos estadios al mismo tiempo: el de Vélez, como visitantes, y el Cilindro de Avellaneda, como locales, donde instalaron una pantalla gigante que transmitió el partido en directo.

El episodio clave ocurrió a los nueve minutos del segundo tiempo. En el Monumental de Núñez, River ya ganaba 5-0 cuando en Liniers, Brazenas sancionó un tiro libre en favor de Racing. El colombiano Gerardo Bedoya tiró un centro que cayó en el segundo palo del arquero Gastón Sessa, y el defensor Gabriel Loeschbor provocó el delirio de los hinchas albicelestes con un cabezazo que pasó entre las piernas de Sessa. Vélez empató a trece minutos del final, y con ese resultado Racing dio la vuelta olímpica en plena crisis.

Diez años después, en una entrevista con el periodista Alejandro Wall para su libro *¡Academia, carajo!*, el juez de línea Barrientos reconoció que Loeschbor estaba “como un metro veinte, un metro treinta, en *orsai*”, pero que no levantó el banderín sino que corrió al medio del campo convalidando el gol porque —asegura—

era fanático de Racing y quería que su equipo saliera campeón.

Barrientos fue el único hincha de Racing que no pudo gritar el gol del título. Él niega que haya recibido dinero o alguna otra compensación material: “Yo di el gol en *orsai* y por mis hijos que jamás aceptaría nada. Lo denunciaría. Mis compañeros saben cómo me porté a lo largo de mi carrera”.

Y agrega que no hizo falta que nadie del fútbol ni de la política le sugiriera que esta vez el candidato oficial era su propio equipo: “Yo sabía ‘íntimamente’ que Racing iba a salir campeón sí o sí. Yo creo que hasta Vélez sabía. ¿Sabés cuándo me di cuenta? Cuando lo veo a Grondona entrando a la Casa de Gobierno para que Racing jugara. Nadie me dijo nada, pero yo sabía que Racing tenía que salir campeón sí o sí”.

El poder de Grondona en el fútbol incluía el control del Colegio de Árbitros a través de uno de sus hombres de mayor confianza, Jorge Romo. Barrientos está convencido de que él fue elegido para el partido decisivo precisamente porque era hincha del club: “Romo tiene asesores y sabía que yo era hincha de Racing”.

En realidad, las sospechas no se posaron tanto en Barrientos como en Brazenas, un árbitro muy a gusto de Grondona y de Romo, tanto que fue elegido para varios partidos definitorios en los torneos de la década pasada. Brazenas era considerado una carta que Grondona se reservaba para los partidos que le importaban mucho, más allá de la formalidad de los sorteos. El último de sus arbitrajes fue un escándalo: el campeonato que Vélez le ganó a Huracán en 2009, con un gol mal anulado a Eduardo Domínguez —de Huracán— y

una falta clarísima del delantero Joaquín Larrivey al arquero Gastón Monzón que permitió el único gol del encuentro. Fueron unánimes las críticas al desempeño de Brazenas, que no volvió a dirigir nunca más.

Luego de la reunión con Grondona y Marín, el principal problema para Puerta y sus funcionarios se trasladó a la Asamblea Legislativa. La intención original había sido reanudar rápidamente esa sesión especial de senadores y diputados con el fin de consagrar a Rodríguez Saá como presidente y clausurar la crisis política. El acuerdo entre los distintos grupos que formaban el archipiélago peronista incluía tres puntos que habían sido muy discutidos:

- Elecciones el 3 de marzo de 2002; si se hacía necesaria una segunda vuelta porque ningún

candidato había llegado al 45 por ciento de los votos, se realizaría el 31 de marzo de 2002.

- Rodríguez Saá terminaría su mandato en el momento en que asumiera el nuevo presidente; en ningún caso, su gobierno podría extenderse más allá del 5 de abril de 2002.
- Por esta única vez —debido “a la especial situación que vive el país”— se aplicaría la Ley de Lemas.

Pero las negociaciones con los radicales, el Frepaso, los partidos provinciales y la centroizquierda se fueron complicando. Por un lado, los radicales y el Frepaso se oponían al llamado a elecciones: el argumento público era que la mayoría de la gente estaba en contra, según

indicaban las encuestas; el temor privado consistía en que el fracaso de la Alianza se reflejara en las urnas. Tampoco estaban de acuerdo con cambiar el régimen electoral dado que —afirmaban— una Asamblea Legislativa no podía sancionar nuevas leyes. En conclusión, querían que el nuevo presidente terminara el mandato de De la Rúa, el 10 de diciembre de 2003.

Por su parte, los legisladores de Elisa Carrió impugnaban explícitamente al gobernador de San Luis debido a las denuncias en su contra por autoritarismo, nepotismo y corrupción. “Debemos votar una figura ejemplar”, decía la diputada Carrió. Una crítica compartida —en silencio y no tanto— por varios radicales y dirigentes de partidos provinciales.

En general, sus críticos admitían que el Adolfo había mejorado la provincia durante los dieciocho

años seguidos que llevaba en la gobernación, pero enfatizaban los costos en falta de libertades; asfixia de la oposición, la Justicia y la prensa, y denuncias sobre pedidos de coimas y uso discrecional de los fondos públicos. Un manejo casi feudal, similar al de otras provincias.

Algunos también señalaban su presunta falta de decoro para ejercer la presidencia de la Nación por el recordado y confuso escándalo que lo involucró junto con una amante en el hotel alojamiento “Y... no C”, en octubre de 1993, en plena pelea con el menemismo por la reforma de la Constitución para habilitar la reelección. Al final, todo pareció haber sido una maniobra de chantaje por parte de delincuentes comunes muy osados.

Por todo eso, al atardecer del sábado 22 de diciembre dos enviados radicales —Raúl Baglini

y Marcelo Stubrin— fueron a la Casa Rosada a ofrecerle a Puerta que se quedara como presidente hasta 2003. Le aseguraban una amplia mayoría en la Asamblea Legislativa, que incluiría los votos de los radicales y también de algunos legisladores del Frepaso y de partidos provinciales.

Primero, Baglini y Stubrin vieron a Toma, que los condujo al despacho presidencial.

—Es imposible, muchachos. Hay un acuerdo de gobernadores y yo ya di mi palabra —contestó Puerta.

“Siempre le reprocho a Ramón esa respuesta; tenía todo para ser presidente, pero le faltó la estocada final”, lamenta Toma.

El problema para el peronismo era que —con sus legisladores— no le alcanzaba para llegar a la mayoría absoluta de la Asamblea, es decir a ciento sesenta y cinco votos. Ni siquiera sumando a los

diputados alineados con el ex ministro Domingo Cavallo. Le faltaba, todavía, un puñado de votos, que fue acercado por Fuerza Republicana, el partido del general Antonio Bussi, el ex gobernador de Tucumán durante la dictadura.

Rodríguez Saá resultó elegido presidente por ciento sesenta y nueve votos a favor y ciento treinta y ocho en contra. Apenas cuatro votos por encima de la mayoría exigida por la Constitución y luego de doce horas de debate, hasta las nueve y cuarto de la mañana del domingo 23 de diciembre.

Al círculo íntimo de Rodríguez Saá eso no le importó demasiado. Ya se había hecho carne entre ellos un lema superador: dos semanas, dos meses, dos años: “Si nos consolidamos en dos semanas y cumplimos los dos meses, nos quedamos dos años”.

Capítulo 13

SIETE DÍAS Y UNA NOCHE



Rodríguez Saá flanqueado por Moyano y Lora en la CGT el miércoles 26 de diciembre de 2002

—*Pero... este no es un discurso para noventa
días;
es un discurso para dos años.*

—*Se equivoca, senador... Es un discurso para
diez años.*

La senadora Cristina Kirchner a su compañero
de
bancada Eduardo Menem sobre el discurso de
asunción
del presidente Adolfo Rodríguez Saá
el domingo 23 de diciembre de 2001.

*El problema fue que ellos salieron de
Arkansas,
pero nunca llegaron a Washington.*

El ex asesor Carlos Grosso al explicar en clave
clintoniana el desconocimiento de la cartografía
del poder
nacional por parte de los hermanos Rodríguez
Saá.

Hacía cuarenta y ocho horas que no dormía, el
traje azul le quedaba chico y no lograba armar su
gabinete con los nombres que pretendía, pero
Adolfo Rodríguez Saá tocaba el cielo con las
manos. Recién elegido presidente de la Nación,
tomó la palabra y anunció la fundación de otro
país, de “una nueva República” en la que “ya nada

será igual” porque “gobierna desde hoy otra generación”.

Rodríguez Saá prometió la creación de un millón de empleos, se rebajó el sueldo a 3 mil pesos/dólares, estableció que nadie podía ganar más que eso en el Estado, aseguró que vendería todos los automóviles y aviones utilizados por los funcionarios, afirmó que no devaluaría el peso para que no hubiera “una nueva quita al bolsillo de los trabajadores” y anticipó la aparición de otra moneda —el “Argentino”— para incentivar el consumo popular.

Una hilera de decisiones audaces, entonadas con énfasis, que fueron recibidas con calurosos aplausos por parte del público amigo que había sido ubicado en las gradas del principal recinto del Congreso. Pero el éxtasis llegó cuando el nuevo presidente se dispuso a “tomar el toro por

las astas” y anunció que “el Estado argentino suspenderá el pago de la deuda externa”. Se trataba del *default* más abultado de la historia universal. La mayoría de los diputados y senadores —incluidos varios que no lo habían votado— saltó de sus asientos para aplaudirlo y aclamarlo.

Cuando pudo retomar su discurso, señaló que esa medida “no significa el repudio de la deuda externa” ni “una actitud fundamentalista”, sino un paso obligado para que el Congreso investigara si había sido bien contraída o escondía maniobras de corrupción porque —gritó— “¡la transparencia se hace, no se proclama!”. Y agregó que, mientras tanto, todo el dinero previsto para esos pagos “será utilizado, sin dudar y sin excepción, en los planes de creación de fuentes de trabajo y el progreso social”.

Rodríguez Saá se despedía de los legisladores cuando el senador Eduardo Menem se volvió hacia su vecina de banca, Cristina Fernández de Kirchner.

—Pero... este no es un discurso para noventa días; es un discurso para dos años.

—Se equivoca, senador... Es un discurso para diez años —lo corrigió la senadora por Santa Cruz.

Al día siguiente, lunes 24 de diciembre, su marido, el gobernador Néstor Kirchner, envió al diputado Sergio Acevedo a la Casa Rosada para que reclamara un pago de bonos Lecop (Letras para la Cancelación de Obligaciones Provinciales), una cuasimoneda creada por la Nación para pagar deudas con las provincias.

—Andá y decile a tu amigo Lusquiños que nos tienen que liberar los Lecop que nos deben —le

ordenó bien temprano.

Acevedo había coincidido en su mandato legislativo con Luis Lusquiños, el secretario general de la Presidencia y miembro del círculo áulico del flamante presidente.

—Luis, dice Néstor que le giren los Lecop que le deben.

—Decile a Néstor que venga él a verlo al Adolfo y que se los pida.

Acevedo le avisó por teléfono a su jefe.

—Sí, decile que ya voy a ir. Que me esperen sentados.

Para Kirchner, se trataba de una ofensa gravísima: él manejaba directamente, sin intermediarios, el dinero de la provincia, al cual sentía como propio. Tanto era así que la primera tarea de gobierno que cumplía religiosamente cada mañana consistía en llamar a su secretario de

Hacienda.

—¿Cuánto dinero entró ayer a la provincia? —
le preguntaba.

También se ocupaba personalmente de los pagos de la provincia: él recibía a cada uno de los proveedores y le daba su cheque. Un hombre muy ordenado: anotaba todos los ingresos y egresos en un cuadernito, según uno de sus ex colaboradores, que recuerda que el futuro presidente y fundador del kirchnerismo siempre citaba sus dos máximas de gobierno:

- 1) “Si te manejan la caja, te rompen el culo”.
- 2) “La caja no se comparte; el poder no se comparte”.

Esa fuente asegura que la presidenta Cristina Kirchner solía contar que, luego de casarse, decidieron —a instancias de ella— colocar todos sus ingresos en una alcancía común, de la cual

cada uno sacaba según sus necesidades. Un esquema comunitario, socialista. Pero funcionó apenas un mes y medio, hasta que su marido abrió la alcancía y no encontró nada.

—¿Y la plata? —le preguntó, molesto.

—Uy, me compré unos zapatos divinos.

Conclusión: a partir de aquel día, Néstor Kirchner manejó el dinero, los bienes y los negocios del matrimonio.

Rodríguez Saá tiene otra versión sobre aquellos Lecop. El ex presidente afirma que había provincias con urgencias sociales que Santa Cruz no tenía, como Entre Ríos —gobernada por el radical Sergio Montiel—, San Juan, Jujuy y Tucumán, entre las que decidió distribuir esos bonos.

“Cuando Kirchner —dice Rodríguez Saá— se enteró de que existían esos Lecop, pretendió que la

Nación se los enviara a Santa Cruz y me trajeron a firmar el decreto. Yo me negué. Pensé que la Argentina estaba en llamas y que teníamos que distribuir ese dinero entre todos los que lo necesitaban. Y que las provincias que tenían fondos, como San Luis o Santa Cruz, no necesitaban esos Lecop. Entonces, Kirchner se recalentó; creo que fue el comienzo de su enojo conmigo”.

Kirchner era uno de los más interesados en que Rodríguez Saá cumpliera el acuerdo y convocara a elecciones en sesenta días porque quería presentarse como candidato el 3 de marzo de 2002. Por eso, luego de la jura del caudillo puntano, el gobernador de Santa Cruz convocó a una reunión urgente de su plana mayor en la

delegación de la provincia en la Capital Federal, a menos de tres cuadras de la Casa Rosada.

—Tenemos que organizarnos para presentarnos a las elecciones.

Y los animó indicándoles que Santa Cruz y la Patagonia tenían que “dejar de ser la periferia de la Patria y pasar a formar parte del sistema de decisiones de la Argentina”.

Acevedo y Eduardo Sigal, del Frente Grande, recibieron el encargo de recorrer la provincia de Buenos Aires, un territorio que desvelaba al futuro presidente. Se lo había confiado a principios de aquel diciembre trágico a Chrystian Colombo, el jefe de Gabinete de Fernando de la Rúa, mientras negociaban la firma del último pacto fiscal entre la Nación y Santa Cruz.

—Yo quiero ser candidato a presidente en las próximas elecciones.

—Me lo habías dicho en un viaje que hice a Santa Cruz. ¿Y qué vas a hacer con la provincia de Buenos Aires?

—Esa es la clave: los votos de Buenos Aires, más ahora, luego de la reforma de la Constitución.

—Apurate a ver cómo te instalás políticamente en la provincia. Ahí tenés que ver con quién vas.

—De eso te quería hablar. Carlos Ruckauf me ofreció todo su apoyo, y también tengo una oferta de Eduardo Duhalde, de total apoyo; vos ¿qué opinas?

—Ruckauf te va a cagar al contado: rápido y para quemarte de una sola vez; Duhalde es un político más clásico: se va a tomar su tiempo y te va a ir esmerilando, de a poco.

—Yo creo lo mismo, creo que tengo que elegirlo a Duhalde.

Kirchner recibió la confirmación de que el

Adolfo no pensaba cumplir el acuerdo que lo había depositado en la Casa Rosada el jueves 27 de diciembre, durante una reunión en la oficina porteña del gobernador de Formosa, Gildo Insfrán. Participaron casi todos los gobernadores peronistas.

—Preguntale al Adolfo cuándo va a sacar el decreto llamando a las elecciones en sesenta días, como nos prometió —le ordenó Kirchner por teléfono a su fiel Acevedo, que lo representaría en ese encuentro.

La duda de Kirchner era común a todos los jefes territoriales del oficialismo: diversos indicios y rumores hacían pensar que Rodríguez Saá pretendía completar el mandato de De la Rúa; es decir, quedarse en el gobierno hasta el 10 de diciembre de 2003.

“Hay un compromiso inicial, que puede o no ser

cumplido”, evaluó aquella mañana el ex presidente Carlos Menem en la Casa Rosada, donde fue recibido por Rodríguez Saá en su condición de titular del Partido Justicialista.

Los dos caudillos parecían haber olvidado las intrigas del pasado; se habían convertido en aliados.

El ex senador Eduardo Menem acompañó a su hermano en aquella visita: “Rodríguez Saá nos dijo que iba a cumplimentar el mandato de De la Rúa para entregar el país mucho mejor de lo que lo recibió”, asegura.

“Nos pusimos a disposición de él, y le dimos todo nuestro apoyo. Lo vimos muy decidido. Para nosotros, siempre estuvo claro que Rodríguez Saá venía a completar el mandato de De la Rúa; que no iba eso de llamar a elecciones en marzo de 2002”.

El encuentro organizado por el formoseño

Insfrán estaba programado para las cinco de la tarde, pero Rodríguez Saá llegó dos horas después.

—Bueno, tengo pocos minutos así que apuren lo que me tengan que decir —les dijo el presidente, a quien se lo veía hambriento; tanto que comenzó a devorar literalmente a dos manos los sándwiches de miga provistos por Insfrán.

—Me dice Néstor que te pregunte cuándo vas a sacar el decreto de llamado a elecciones —señaló Acevedo apenas encontró el momento propicio.

Acevedo repitió la pregunta tres veces, pero Rodríguez Saá no parecía escucharlo.

—Mirá que el Adolfo está negociando con la Corte Suprema de Justicia que le prorroguen el mandato hasta 2003 —le susurró el jujeño Eduardo Fellner.

Cuando terminó la reunión, Acevedo llamó a su

jefe y le contó todo lo que había sucedido.

—Era lo que se preveía. ¡Este Adolfo es un turro! —se enojó Kirchner.

Claro que, cuando no tenía más remedio que contestar, Rodríguez Saá negaba que su intención fuera traicionar a sus compañeros. Lo hizo aquel jueves 27 de diciembre a la noche —tarde— en la residencia de Olivos. Venía del programa *Hora Clave*, del periodista Mariano Grondona; lucía expansivo y de un humor fantástico.

—¡Ramón! —saludó con los dos brazos en alto al titular del Senado, Ramón Puerta, apenas lo vio sentado en el living de la residencia presidencial.

Puerta lo había llamado por la tarde.

—Adolfo, los gobernadores están preocupados: dicen que no les vas a cumplir y que no vas a llamar a elecciones para el 3 de marzo.

—Venite esta noche a comer a Olivos.

Puerta le detalló los temores de “los muchachos”, en especial de Carlos Ruckauf, José Manuel de la Sota y Kirchner; es decir, de los tres candidatos ya lanzados para 2002.

—Deciles que voy a cumplir el acuerdo al pie de la letra. Lo único es que no voy a gobernar noventa días; voy a gobernar el doble de tiempo.

—Entonces, ¿no vas a cumplir!

—No, Ramón: voy a gobernar noventa días y noventa noches. Ya llevo cuatro días y cuatro noches trabajando sin dormir.

—¡Ah! Te va a ir bien noventa días y noventa noches sin dormir.

Todavía estaban riendo a las carcajadas cuando entró el ex senador Alberto Rodríguez Saá, el omnipresente hermano del presidente.

—Vamos a prender el fuego —dijo el Alberto.

—¿Prender el fuego? —preguntó Puerta.

—Para el asado —contestó el Adolfo.

—Si prendés el fuego ahora, vamos a comer después de la medianoche.

—¿Y qué problema hay?

—No me puedo quedar. Yo a las doce ya estoy cogiendo.

Nuevas carcajadas antes de la despedida del visitante. Al día siguiente, Puerta devolvió los llamados que había recibido. “No se guíen por chismes; el Adolfo me dijo que va a cumplir y yo le creo. Puede haber gente que está cerca de él y que por ahí quiere que siga dos años. Pero no es lo que él piensa”, fue su mensaje.

Rodríguez Saá niega que su intención haya sido traicionar a los gobernadores peronistas: “Fueron ellos los que echaron a correr esas versiones. En la reunión organizada por el gobernador de Formosa yo les dije que hicieran ellos el proyecto

para convocar a las elecciones para que después no me echaran la culpa a mí si la Justicia o alguien salía a decir que la convocatoria estaba mal hecha”.

Ni las declaraciones públicas o privadas del presidente ni los llamados de Puerta tranquilizaron a los candidatos del peronismo: Ruckauf, De la Sota y Kirchner volvieron a reclamar los comicios prometidos.

También Eduardo Duhalde salió a criticar las maniobras del “adolfismo”, pero con un matiz: no pedía elecciones sino una nueva sesión especial de senadores y diputados. Por eso, frente a la posibilidad de que la Justicia bloqueara el llamado a comicios anticipados —como ya se rumoreaba—, deslizó: “Habrá que convocar a una Asamblea Legislativa en marzo y elegir a quien complete el mandato” de De la Rúa.

En el radicalismo —como ya se dijo— tampoco querían elecciones en marzo.

En realidad, fue el propio Rodríguez Saá quien echó a volar todos esos fantasmas ya el domingo 23 de diciembre, luego de su jura en la Casa Rosada, frente a su esposa, María Alicia “Marita” Mazzarino, y sus cinco hijos.

“Voy a gobernar con un pensamiento federal, pero el presidente soy yo”, le dijo a la periodista Paola Juárez, de *La Nación*. Y cuando Mariano Thieberger, de *Clarín*, le preguntó si iría a dormir a la residencia de Olivos, contestó: “Primero voy a trabajar acá todo el día y después sí voy a ir a Olivos porque soy el presidente. A ver si lo entienden de una vez: yo soy el pre-si-den-te”.

Un par de horas antes había enviado a su secretaria, Matilde Daract, para que ayudara a su esposa a poner la residencia en orden. Una de las

cosas que más deseaba el flamante presidente era abrir las puertas del mueble que guardaba un televisor de pantalla gigante y despatarrarse en un sillón del living con el control remoto en la mano.

—Vamos al living a ver televisión —les dijo esa noche a los colaboradores que lo acompañaban, antes de la cena.

Pero solo encontraron un hueco enorme. “Alguien —asegura— se había llevado el televisor. Es un detalle de cómo estaba la Argentina en aquel momento. Yo recordaba ese televisor de una vez que había sido convocado a Olivos”.

Una sorpresa parecida tuvo al día siguiente el ex senador entrerriano Héctor Maya, cuando fue a abrir la caja fuerte de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE), ubicada en su despacho de subsecretario de Inteligencia o Señor 8.

“No tenía una moneda; estaba completamente vacía”, recuerda el ex número dos de la SIDE.

Una vez que Puerta le entregó la banda presidencial y el bastón de mando, Rodríguez Saá puso en funciones a su reducido gabinete, formado por tres ministros y once secretarios de Estado. Uno de los ministros fue su coterráneo Oraldo Britos, un experimentado sindicalista de los ferroviarios varias veces senador y diputado, que se hizo cargo de Trabajo.

Britos fue el único peronista puntano que siguió brillando con luz propia durante la hegemonía provincial del Adolfo. Incluso, enfrentó varias veces al caudillo en su propio territorio.

Lo invitaron a integrar el gabinete el sábado 22 de diciembre por la noche, mientras deliberaba la

Asamblea Legislativa. “Me habló el Alberto. Yo le dije que, si era por dos o tres meses, no tenía problema. Pero que si era permanentemente, no me gustaría”, recuerda Britos, que era vicepresidente primero de la Cámara de Diputados.

“Después —agrega— me arrepentí tanto de haber agarrado. Por un lado, la calle era un quilombo, con muchísimos conflictos, y en el gobierno no había un mango: cuando asumí, la caja del ministerio era de 180 pesos. En esa semana, una sola vez pude ir a mi casa a dormir y me despertaron porque estaban quemando la puerta del Congreso. Por otro lado, el Alberto —apenas su hermano se calza la banda— se larga a una campaña para que cubra todo el periodo de De la Rúa, y se calientan todos los gobernadores. Eso trajo muchísimos problemas; por ejemplo, ya no consiguieron gente para llenar cargos de

gobierno”.

“Cuando me di cuenta —agrega— de cómo venía la mano, se lo dije a algunos periodistas amigos: ‘Con los Rodríguez Saá, hay que hablar de décadas, no de meses’. Para el sábado 29 de diciembre, antes de la reunión en Chapadmalal, ya habían sacado afiches, volantes, para que el Adolfo se quedara hasta 2003. Yo no fui a Chapadmalal, y se lo dije al Adolfo en Olivos, porque ellos habían cambiado las prioridades”.

Por su lado, Maya —uno de los cuatro senadores que había votado en contra de la cuestionada reforma laboral de De la Rúa— admite que hubo algunas iniciativas para prolongar el acotado mandato de Rodríguez Saá.

Él conocía bien a los Rodríguez Saá, con quienes había estudiado Derecho en la Universidad de Buenos Aires: “Un núcleo muy

chico de amigos políticos pasamos a reunirnos todas las noches en Olivos con el Adolfo: los dos de Inteligencia, Carlos Sargnese y yo, incluidos”.

Ya en la primera cena recogieron la aprobación unánime de los mozos de Olivos.

—¡Cómo se nota que volvieron los peronistas! Esto era un velorio con los radicales —evaluó uno de los trabajadores gastronómicos.

Maya es conocido en el ambiente político por su manejo de la ironía.

—Me imagino, Adolfo, que no nos habrás llamado para acompañarte en el gobierno nada más que noventa meses... digo: noventa días —soltó en aquella primera cena.

De acuerdo con Maya, Rodríguez Saá no alentaba esos sueños, pero tampoco los obstruía.

—Muchachos, tenemos que trabajar incansablemente para pacificar el país y disminuir

la pobreza —fue su respuesta.

Otras fuentes consultadas precisan que fueron dos las iniciativas para prolongar el mandato del presidente. Algunos de sus colaboradores fueron a ver a María Servini de Cubría, que era la jueza federal con competencia electoral.

“Nosotros argumentábamos —cuenta uno de esos funcionarios, que no quiere que su nombre trascienda— que el país no estaba en condiciones de hacer elecciones ya en marzo. Pero no podíamos emitir un decreto. Podía ocurrir sí que la jueza resolviera la imposibilidad de convocar a esas elecciones por razones constitucionales o técnicas”.

El informante asegura que hablaron con Servini de Cubría e incluso con el hermano de la jueza, Juan Servini. “Hicimos varias reuniones con él. Pero todo se diluyó con la manifestación en la

Plaza de Mayo del viernes 28 de diciembre por la noche”, agrega.

La otra maniobra apuntó directamente hacia la Corte, que estaba dominada por los jueces nombrados durante el gobierno de Menem, con el riojano Julio Nazareno como titular. La “mayoría automática”, que podía beneficiar al presidente con una sentencia en contra de la convocatoria a elecciones debido a —por ejemplo— la inconstitucionalidad del uso de lemas y sublemas como nuevo régimen electoral.

“Estaba todo muy bien encaminado; teníamos dos cartas y estábamos dispuestos a usar la que necesitáramos: por un lado, el respaldo de Menem, y por el otro, la amenaza de promover un juicio político para echar a la ‘mayoría automática’ de la Corte. Pero nos voltearon en Chapadmalal”, lamenta otro ex funcionario.

El encargado de organizar las elecciones en dos meses era el viceministro de Interior, Cristian Ritondo, que a medida que pasaban los días sentía que el gobierno elegía otras prioridades, algunas impuestas por la realidad debido a “la cantidad de incendios que había que apagar”.

“Yo participé —recuerda— en una reunión para analizar la emisión de una cuasimoneda, el Argentino. Lo que se transmitía era que se necesitaba más tiempo para estabilizar al país, que no bastaban tres meses de gobierno”.

Ritondo agrega que esa “necesidad” fue empalmando con “las primeras encuestas, que le daban a Rodríguez Saá un nivel de popularidad muy alto”. Y evalúa que el presidente fue a la reunión de gobernadores en Chapadmalal, el domingo 30 de diciembre, a tratar de lograr un mandato más largo.

En ese sentido, Maya afirma que ellos mismos estaban sorprendidos con los números de los sondeos.

Sostiene Maya que el sábado 29 de diciembre, mientras analizaban con el presidente en Olivos las protestas de la noche anterior, “nos llegó una encuesta con un resultado que nos dejó helados: el Adolfo tenía el 69 por ciento de imagen positiva. Era tremenda la decepción de la gente con la clase política y él aparecía un poco como el salvador del país. Había hecho cosas que impactaron en la gente, como la decisión de vender los autos oficiales y de terminar con los gastos reservados”.

Uno de los puntos altos de los siete días y una noche que duró la presidencia de Rodríguez Saá fue su visita a la histórica sede de la Confederación General del Trabajo, el miércoles 26 de diciembre por la tarde.

Lo habían invitado los sindicalistas Hugo Moyano, Luis Barrionuevo y Rodolfo Daer el domingo 23 en la Casa Rosada, luego de su jura como presidente.

Aquel miércoles, los dueños de casa lo esperaban en el garaje del edificio de la calle Azopardo al 800 para subir por el ascensor hasta el salón Felipe Vallese, donde le habían preparado un acto con una multitud de sindicalistas.

Pero, cuando estaba llegando a la CGT, Rodríguez Saá ordenó a su chofer que lo dejara a media cuadra y entró caminando por la puerta principal, donde fue recibido y besado por los delegados sindicales que estaban entrando.

“Era una marea humana. El Adolfo fue llevado en andas al salón. Fue un acto muy peronista y el Adolfo se retiró ovacionado”, recuerda Britos, su ministro de Trabajo, que en el tumulto del final

sufrió el robo de su billetera. Por suerte para él, un sindicalista atrapó al ladrón.

En su discurso, Rodríguez Saá habló de su plan para crear un millón de empleos, anunció la eliminación del recorte del 13 por ciento dispuesto por De la Rúa en las jubilaciones y en los sueldos de los empleados públicos, y prometió para la semana siguiente un aumento del salario mínimo, que era de 200 pesos/dólares.

Los sindicalistas quedaron encantados con el presidente. “El movimiento obrero está a su disposición”, le dijo Moyano; “Rodríguez Saá vino para quedarse hasta 2003; nosotros lo vamos a apoyar a muerte”, declaró Barrionuevo a los periodistas.

En general, las fuentes consultadas destacan la

fuerte influencia de Alberto Rodríguez Saá en el presidente, a pesar de que es el hermano menor. Fue el virtual número dos del gobierno y en varias reuniones hasta se comportó como si fuera el anfitrión; por ejemplo, durante una cena en la residencia de Olivos con un grupo de empresarios, algunos de los cuales presionaban a favor de la devaluación del peso y la pesificación de la economía, como luego ocurrió con Duhalde.

El Alberto había sido senador desde el retorno a la democracia, en 1983, hasta 1994, cuando renunció y se fue a vivir a Uruguay y a España, hasta el año 2000. De aquel paso por la Cámara Alta sobresalen sus votos contra la Ley de Punto Final, en 1986, que restringió las acusaciones por violaciones a los derechos humanos durante la última dictadura, y contra la reforma de la Constitución, en 1993, a la que consideró “un

mamarracho”; esta última decisión lo enfrentó duramente con Menem, que buscaba su reelección.

Además, todas esas fuentes subrayan la falta de *timing* político del Alberto, y le atribuyen la apresurada y poco sutil campaña para estirar el mandato de su hermano. “El Adolfo —opina Britos— habría sido un buen presidente, pero el Alberto se metía mucho y lo manejaba mucho. El Adolfo debería haberse dedicado a gobernar y a demostrar a todos que tenía condiciones para hacerlo. Y se iba a quedar porque nadie tenía mucho para ofrecer. Pero se adelantaron y quedaron muy en evidencia”.

Britos sostiene —al igual que otras fuentes— que “el Alberto mostraba un odio que no lo tenía el Adolfo. En la política, uno no puede tener odio; se pasan broncas por distintas circunstancias, pero el tipo que es movido por el odio, se nubla y

termina perdiendo”.

En tanto, Carlos Grosso, que fue asesor del gobierno durante apenas cinco días, explica que, mientras “Adolfo es carismático, activísimo y tiene audacia operacional, Alberto es más fuerte desde el punto de vista psicológico y una fuente permanente de ideas, reuniones y operaciones a favor de su hermano”.

El ex intendente Grosso era el nombre más conocido del elenco de colaboradores de Rodríguez Saá por parte de la opinión pública, que no lo quería. Por eso, fue el principal blanco de las consignas y los carteles el viernes 28 de diciembre en la Capital Federal, que congregaron no solo a caceroleros espontáneos sino también a grupos políticos organizados; ellos resultaron los más violentos frente a la Casa Rosada y el Congreso, y en algunas estaciones ferroviarias,

donde incluso quemaron trenes.

A las ocho y media de la noche de aquel viernes, Grosso —que se había instalado en una pequeña oficina de la Casa Rosada, sobre la calle Hipólito Yrigoyen— fue llamado al despacho de Lusquiños, la mano derecha del presidente, quien lo recibió junto al secretario de Seguridad, Juan José Álvarez.

—Carlos, hay mucha presión; tenés que renunciar así descomprimos un poco.

—Pero por supuesto muchachos, aunque yo no tengo nada a que renunciar porque todavía nadie me nombró.

Unos minutos después, apareció la placa en el canal de noticias Crónica: “Renunció Grosso”.

Es que Grosso —uno de los protagonistas de la renovación del peronismo luego de la derrota electoral de 1983— había sido intendente de la

Capital entre 1989 y 1992. Una gestión dinámica, con hitos como la recuperación de Puerto Madero y la demolición del Albergue Warnes, pero con numerosas denuncias por presuntos hechos de corrupción, en especial en las concesiones de espacios públicos, que precipitaron su renuncia. Además, Grosso ya no se llevaba bien con Menem, quien lo veía como un potencial rival.

Grosso se mantuvo durante varios años fuera de la política, desfilando por los tribunales debido a las denuncias en su contra. Una de las actividades laborales que desarrolló fue la de consultor en nuevas tecnologías; así se relacionó con los Rodríguez Saá, que querían replicar en San Luis una famosa iniciativa del vicepresidente estadounidense Al Gore: la “autopista de la información”. La tarea incluyó, por ejemplo, el servicio de Wi Fi en toda la provincia y una

extendida campaña de alfabetización informática.

Según Grosso, fue el Alberto quien le ofreció el cargo de asesor, el domingo 23 de diciembre por la mañana en el Senado.

—Tenés que ayudarnos en el gobierno.

—¡Cómo no! Me gustaría ser el secretario de Cultura.

—Ah no, ya se lo prometimos a la mujer de Felipe Solá. Pero agarrate un lugar en la Casa Rosada, como asesor.

Grosso ya había participado con algunas ideas en la elaboración del discurso de asunción de Rodríguez Saá, como el corte con los gobiernos anteriores expresado en la frase: “Gobierna desde hoy otra generación”.

Al día siguiente, al llegar a la sede del gobierno, los periodistas se manifestaron sorprendidos por su designación. “El Presidente

no me eligió por mi prontuario sino por mi inteligencia”, les contestó.

Claro que Grosso trascendía su cargo de asesor: los periodistas y los empresarios que tenían relevancia nacional no conocían a prácticamente a ninguno de los ministros y secretarios que integraban el heterogéneo gabinete del nuevo presidente.

Tampoco tenían una relación fluida con los hermanos Rodríguez Saá.

Por ese motivo, el periodista Carlos Eichelbaum le dedicó a él —un simple asesor— la página de apertura de la sección Política del diario *Clarín* el miércoles 26 de diciembre. “El retorno de Grosso y el juego de contrastes en el nuevo Gobierno”, fue el título.

Así, pasaron a desfilas por la “cuevita” de Grosso en la Casa Rosada periodistas rutilantes

como Mariano Grondona, Claudio Escribano, Bernardo Neustadt y Eduardo van der Kooy, y empresarios de la talla de José Ignacio de Mendiguren, Sergio Einaudi y Héctor Massuh.

También los asesores de Prensa de Rodríguez Saá —que venían de Córdoba y de San Luis— fueron a pedirle que les contara quién era quién entre los periodistas acreditados en la Casa Rosada, y les facilitara sus contactos a nivel nacional.

El lunes 24 de diciembre, en la primera reunión de gabinete, Grosso sugirió al presidente que se reuniera con los dueños de los medios de comunicación y les explicara qué es lo quería hacer en su gobierno.

—Buena idea; ocupate vos, Carlos —le ordenó.

Ese encuentro se realizó el viernes 28 de diciembre a las seis de la tarde.

—El responsable para la relación del gobierno con ustedes es Carlos Grosso. Así que cualquier problema le hablan a Carlos Grosso —les dijo el presidente al final del encuentro.

Poco después de que Grosso acompañara a los empresarios y periodistas a la salida de la Casa Rosada, llegaron los manifestantes a pedir su cabeza. Aunque iban por más, como anticipaba la consigna de la hora: “¡Que se vayan todos!”

En aquella época estaban frescos los ocho años de gobierno de Bill Clinton, que se había retirado de la Casa Blanca el 20 de enero de 2001 con una aprobación récord del 76 por ciento. Un político carismático, creativo, polémico, exitoso, que venía de Arkansas, donde había sido el gobernador más joven de la historia de los Estados Unidos, a los 32 años.

Grosso utiliza una típica imagen “clintoniana”

para expresar el llamativo desconocimiento de la cartografía del poder a nivel nacional por parte de los hermanos Rodríguez Saá.

“El problema —sostiene— es que ellos salieron de Arkansas, pero nunca llegaron a Washington. No conocían a nadie fuera de San Luis y nadie los conocía a ellos. Eran buenos gerentes, pero habían estado muy encerrados en su provincia”.

El ex senador Maya tiene una frase que es bastante repetida en los corrillos políticos para explicar esa falta de proyección nacional, que sigue siendo el déficit principal de los Rodríguez Saá: “Alambraron tan bien su provincia que nadie puede entrar en San Luis, pero ellos no pueden salir”.

Por eso, el sábado 22 de diciembre, cuando los gobernadores de las provincias más pequeñas le dijeron que no lo iban a acompañar en el gabinete,

al Adolfo se le presentó un problema mayúsculo: ¿cómo llenar el organigrama? Y recurrió a los amigos que había hecho fuera de su provincia.

Primero entre ellos José María “Tati” Vernet, ex gobernador de Santa Fe entre 1983 y 1987, que aquella tarde era una de las treinta personas que deambulaban por el departamento de Rodríguez Saá en la calle Arenales, en Barrio Norte.

—Alberto, ya que Juan Carlos Romero no quiere ser canciller, el Tati Vernet: ¿te parece que meto mucho la pata? —le preguntó a su hermano.

—No, Adolfo, está perfecto: fue gobernador.

El Alberto salió del dormitorio donde atendía su hermano y convocó a Vernet.

—Mirá Tati, me gustaría que seas mi canciller y que también te hagas cargo de Defensa —le dijo el Adolfo.

El ofrecimiento tomó por sorpresa a Vernet, que

esperaba “algo en Producción o en Interior”.

“No pregunté nada —recuerda— pero me di cuenta de que no tenía mucha gente, que otros le habían fallado. Pensé que era algo transitorio y que luego, por lo menos, nombraría a alguien en Defensa. Noté la debilidad política”.

—¿Estás seguro, Adolfo?

—Tati, vamos a hacer grandes cosas —y le dio un abrazo.

“Lo que pasaba —cuenta Rodríguez Saá— era que no tenía a nadie para nombrar como ministro de Defensa. Pero, ¿qué me calentaba a mí el ministro de Defensa si era por noventa días? Ahí, Vernet lo puso a Hugo Franco, como secretario de Defensa. Por las dudas, me reservé la posibilidad de nombrar un ministro de Defensa porque había un gran conflicto: habían pedido la extradición del marino Alfredo Astiz y de otros militares” por

violaciones a los derechos humanos.

“Luego —agrega— fui armando el gabinete como pude”.

También era amigo de Rodolfo Gabrielli, que había sido gobernador de Mendoza entre 1991 y 1995.

—Yo quisiera que me acompañes en el Ministerio del Interior. Conocés a todos los gobernadores —le ofreció.

Gabrielli volvió a su departamento en la calle Arroyo, en el barrio de Retiro.

—Estuve con Rodríguez Saá y me ofreció ser ministro del Interior —le contó a su esposa.

—¿Y te conviene ahora?

—No sé si me conviene, pero es lo que me tocó.

Desde el primer instante como presidente, Rodríguez Saá le imprimió a su gestión un dinamismo que despabiló a todos. “Dejamos la

velocidad de De la Rúa para ir a tres mil kilómetros por hora”, explicó Lusquiños a mitad de semana.

El estilo del jefe —como suele suceder— contagió a sus funcionarios. Por ejemplo, Hugo Franco llamó al experimentado embajador y escritor Juan Archibaldo Lanús el día de Navidad a las ocho de la noche.

—Archi, con Tati Vernet pensamos que sos la persona adecuada para que lo acompañes en la Cancillería.

—Hugo, cuenten conmigo.

—Venite ya al edificio de la Marina que está pasando la General Paz, por Libertador, después del Carrefour.

Lanús llegó en remise. El edificio estaba a oscuras y hacía un calor tan sofocante que el ex embajador en Francia rápidamente se convenció

de que no funcionaba el aire acondicionado. Incluso, especuló con la posibilidad de que no hubiera electricidad y estuvieran recurriendo a un equipo electrógeno.

—Archi, necesito que seas mi número dos, el secretario de Relaciones Exteriores —le dijo Vernet.

—Acepto halagado, Tati.

—Habría que hacer una carta al grupo de países más desarrollados para aclarar cuál es nuestra posición con respecto al tema de la deuda y pedirles que nos ayuden. ¿Por qué no la vas redactando?

—Bueno, pero hay que pensarlo un momento. ¿Quién va a firmarla? Porque si la firma el presidente, es una redacción; si la firma el canciller, es otra.

—Vamos a preguntarle eso al Adolfo. ¡Llamen

al presidente! —ordenó Vernet a su edecán.

—Y al Papa también le enviamos esa carta —dijo Franco, siempre atento a las opiniones de la Iglesia y el Vaticano.

—¿Y qué tiene que ver el Papa? —le preguntó Lanús.

—No, mejor al Papa le enviamos una carta distinta.

Los teléfonos interrumpían a cada rato. En un momento, surgió el nombre del economista Alieto Guadagni, también muy respetado dentro y fuera del peronismo.

—No se lo puede dejar afuera a Alieto —propuso Lanús.

—Tiene que ser el secretario de Relaciones Económicas Internacionales —coincidió Franco.

—¡Llamen a Guadagni! —ordenó Vernet.

Guadagni apareció a las once de la noche.

—Bueno, vamos a comer algo —invitó el canciller.

Casi a oscuras, subieron un piso por la escalera y llegaron a un comedor, donde una larga mesa estaba preparada para ellos, que eran solo cuatro. Guadagni aceptó rápidamente el cargo mientras un mozo les servía la entrada de jamón cocido con mayonesa. En la charla, surgió la idea de realizar una gira internacional para explicar la posición del gobierno sobre la deuda.

—La persona que debería hacer esa gira es Duhalde —dijo Vernet.

—Sí, Eduardo es senador, el gran triunfador de las elecciones de octubre —agregó Franco.

—Y fue candidato a presidente y vicepresidente de Menem; demostraría el respaldo de todo el peronismo al gobierno de Adolfo —acotó Guadagni.

—Definitivamente: Duhalde es una persona conocida en los centros de poder —sentenció Lanús.

Vernet añadió un argumento de peso: recordó que el día anterior, el lunes 24 de diciembre, Duhalde se había entrevistado con el presidente en la Casa Rosada.

—El presidente me dijo que Duhalde se ofreció a viajar a España para ayudar en la agenda económica entre los dos países: deuda, Aerolíneas Argentinas, etcétera —les contó.

—Puede viajar también al Vaticano, a Italia, a otros países —propuso Franco.

—Hugo, llámalo ya a Duhalde.

Franco buscó en su celular el número de la casa del senador y le pasó el teléfono a Vernet.

—Hola Eduardo, estamos pensando en que podrías encabezar una misión al exterior.

Los otros tres comensales avanzaron con el plato principal: pollo al horno con puré de papas.

—Aceptó —les informó Vernet al finalizar la llamada.

Luego del postre, Vernet les dijo a Lanús y a Guadagni que pensaba hacerse cargo formalmente de la Cancillería el viernes 28 de diciembre a las diez de la mañana.

—Archi, elegime la gente para la secretaría privada.

Lanús redactó las cartas, habló con las embajadas argentinas en los países que serían visitados por Duhalde y seleccionó a los colaboradores que asistirían al canciller, entre otras tareas. El viernes, a la hora señalada, subió a la secretaría privada del ministro, en el piso 13, pero no encontró a nadie.

—¿Qué pasa acá? —le preguntó a un empleado

administrativo en el pasillo.

—Escuché en la radio que están todos en la Casa Rosada.

Lanús no sabía los números de celular de Vernet ni de Franco. No tenía cómo ubicarlos, no lo volvieron a llamar y nunca más los vio.

Capítulo 14

LA AGENDA DE VERBITSKY



*Rodríguez Saá con Hebe de Bonafini y las Madres
de Mayo
en su despacho el primer día hábil de su gobierno*

—*Afuera lo vi esperando a Verbitsky,
¿qué hace este bicho acá?*
—*¡No sabés! Me dice el Alberto
que tiene muy buenas ideas.*

Adolfo Rodríguez Saá a Eduardo Duhalde
el lunes 24 de diciembre de 2001.

—*Nuestro punto de partida tienen
que ser los derechos humanos.
¿Cómo te llevás con Hebe (Bonafini)?*
—*La veo poco. Frontal, desbocada, pero*

necesaria.

Me gusta más la cautela de (Estela) Carlotto.

*—Sí, pero Hebe es un tanque. Y el más grande
de
todos los símbolos. La madre de las Madres.*

Diálogo entre el presidente Néstor Kirchner y
el filósofo José Pablo Feinmann en 2003.

Teresa González Fernández —La Colorada, por esa cabellera de fuego que durante años le permitió una buena vida como modelo— pensó que era otra llamada para su marido, el vicegobernador de Buenos Aires, Felipe Solá, cuando atendió al diputado puntano Luis Lusquiños; era el sábado 22 de diciembre y habían terminado de almorzar en su departamento de

Carlos Pellegrini y Juncal.

—Hola Luis. Imagino el trabajo que debés tener... Esperá que te paso a Felipe.

—No, quiero hablar con vos. El Adolfo quiere hacerte un ofrecimiento: que seas la secretaria de Cultura y Comunicación de la Nación.

—Bueno, me tomás por sorpresa. Dejame pensarlo.

—No hay tiempo, dame tu nombre completo y tu cédula de identidad para hacer el decreto.

—Lo que pasa es que, por lo menos, lo tengo que consultar con Felipe.

—No podés decir que no. Horacio nos ha dicho que sos muy ejecutiva y sabés armar equipos de trabajo.

—¿Qué Horacio?

—Verbitsky. Nos está ayudando con algunos nombres y algunas ideas.

—Claro, lo conocemos mucho a Horacio.

—Ojo que la jura es mañana, luego de que asuma el Adolfo. No te podés ir a ningún lado.

Pero era todo tan vertiginoso y González Fernández estaba tan acostumbrada a la acción política solo a favor de su marido, que no creyó del todo que el ofrecimiento se concretaría. Por las dudas, invitó a la ceremonia en la Casa Rosada apenas a su mamá y a sus hermanos.

“Mirá —cuenta— si no se hacía la jura. O si no terminaba siendo yo la designada para ese cargo. Antes de la jura, separaron Comunicación de Cultura. Muchos de mis amigos me contaron que cuando me vieron por TV, dijeron: ‘¿Qué hace Teresa ahí?’; creían que era una metida. Fue muy emocionante para mí porque hubo un aplauso gigantesco cuando juré”.

Tanto ella como su esposo tenían una buena

relación con el periodista y escritor Horacio Verbitsky, nuevo titular —en aquel momento— del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS).

“Yo lo conocía muchísimo —explica González Fernández— y también a su mujer, Mónica Müller. Y Felipe también, desde el '72 o el '73; Felipe fue, en un momento, periodista, y luego tuvo relación con él en la revista *Unidos*. Después, cuando fue secretario de Agricultura con Menem, también hablaba con él, como hacen todos los funcionarios y políticos con los periodistas de cierto nivel”.

Distintas fuentes indican que Verbitsky influyó no solo en los nombramientos de González Fernández y de, al menos, otros dos funcionarios, sino también en los elogios de Rodríguez Saá a las Madres de Plaza de Mayo durante su discurso de asunción y en algunas de sus decisiones de

gobierno, como las audiencias a las Madres y a los jefes piqueteros, ya en el primer día hábil de su vertiginosa gestión, el lunes 24 de diciembre.

En este punto, Rodríguez Saá anticipó a Néstor Kirchner: intuyó —tal vez, bajo la influencia de Verbitsky— que la gran crisis tenía la fuerza de un terremoto que estaba haciendo temblar los cimientos de la economía y de la sociedad y que, por lo tanto, impactaba profundamente en la política. Por un lado, resquebrajaba los consensos de la década del noventa al impugnar al mercado y revalorizar al Estado; por el otro, cuestionaba a actores tradicionales como los partidos, los gremios y los militares, pero legitimaba a otros relativamente nuevos, como las organizaciones de derechos humanos y los movimientos sociales.

Lo que en Rodríguez Saá era todavía intuición, en Kirchner derivó —con la valiosa,

indispensable, ayuda del tiempo transcurrido entre un mandato y el otro— en estrategia política. En su libro *El Flaco*, el filósofo José Pablo Feinmann revela por qué Kirchner apuntaló su gobierno con las Madres de Plaza de Mayo, en especial con Hebe de Bonafini, a quien ni siquiera conocía cuando llegó a la Casa Rosada.

Feinmann señala que “a las 19.30 de un día de julio o agosto de 2003, suena el teléfono”; lo llamaba Kirchner desde el avión presidencial. En una charla anterior, el filósofo le había propuesto basar su política en los assembleístas de 2001 y 2002, a tono con el deseo de varios intelectuales “progresistas”, de centro izquierda o del nacionalismo de izquierda: que las asambleas populares que habían brotado durante la crisis desembocaran en la creación de un régimen político superador. Una “democracia directa, sin

conducción”, en palabras de Feinmann.

Claro que Kirchner no era el presidente indicado para esa ilusión: “Nosotros —le dijo— no estamos donde estaban ellos. En el llano. No estamos en Parque Centenario. Estamos en el gobierno y tenemos el Estado a nuestra disposición, esperando que vayamos a agarrarlo”.

Kirchner siguió detallando la concepción del poder que pensaba desarrollar en aquel momento.

—Nuestro punto de partida tienen que ser los derechos humanos. ¡Ni hablamos de los derechos humanos! ¡Eh, José! ¿Qué pasa? ¿Cómo te llevás con Hebe?

—La veo poco. Frontal, desbocada, pero necesaria. Me gusta más la cautela de (Estela) Carlotto.

—Sí, pero Hebe es un tanque. Y el más grande de todos los símbolos. La madre de las Madres.

Frente a la “democracia directa” de los asambleístas, Kirchner optó por un presidencialismo fuerte, discrecional, basado en una sólida alianza —simbólica y material— con Hebe de Bonafini y los organismos de derechos humanos.

En lugar de Feinmann, Kirchner eligió a Verbitsky.

Consultado por e-mail, Verbitsky expresó una opinión parecida en algunos aspectos, pero distinta en otros.

Por un lado, coincidió en que la crisis de 2001 tuvo una influencia “grande” en la elaboración de una nueva política de derechos humanos, dos años después.

Pero explicó esa crisis como el momento de

ruptura de un modelo económico y social que venía desde la última dictadura y que luego —con la política de derechos humanos de Kirchner como requisito— fue reemplazado por otro esquema, llamado nacional y popular.

Es una lectura de la gran crisis que permite entender cómo se ve a sí mismo y cuánto se valora el kirchnerismo: “El modelo neoliberal impuesto a sangre y fuego en 1976 —señaló Verbitsky— condicionó las primeras dos décadas de la democracia, a regañadientes en el caso de Alfonsín, que no supo, no pudo o no quiso librarse de esas ataduras; con el fanatismo de un converso en el de Menem, que gozaba cada medida provocativa que tomaba, como el remate a precio vil del capital social acumulado por generaciones de argentinos en las empresas públicas”.

“La crisis de fin de siglo —agregó— fue la

constatación del agotamiento de ese modelo de subordinación del sistema político a los poderes fácticos, que cada vez excluía a un porcentaje mayor de la población”.

Verbitsky enumeró las acciones llevadas a cabo principalmente por el CELS para que en 2003 —cuando Kirchner asumió— hubiera “medio centenar de altos mandos (de las Fuerzas Armadas) detenidos por el robo de bebés, y pedidos de extradición de un centenar de marinos y militares a España”.

Y aseguró que “esto le permitió (a Kirchner) formular una política de derechos humanos distinta, con una clara comprensión de que el castigo a los responsables de aquellos crímenes era un prerrequisito para cambiar la política socio económica que se había impuesto a la sociedad por el terror”.

Verbitsky elogió una serie de medidas tomadas a partir de 2003: “La despenalización de las calumnias e injurias para que no sea posible coartar la libertad de expresión, la reforma de la Corte Suprema de Justicia, la imposición de la autoridad política sobre las Fuerzas Armadas y la adopción de una firme política de derechos humanos”, entre otras.

“Son logros fundamentales —evaluó— en los que el CELS tuvo intervención activa. Sería penoso reducir estos aportes institucionales y públicos al mejoramiento de la democracia argentina a una cuestión de asesoramiento o influencia personal”.

Verbitsky afirmó que Kirchner —a diferencia de Rodríguez Saá— nunca le propuso que fuera su secretario de Derechos Humanos, aunque sostuvo que se reunió con él luego de su triunfo electoral,

pero antes de que asumiera. El sociólogo Artemio López fue el intermediario: “Me dijo que Kirchner quería hablar conmigo, pero que yo había sido crítico de algunos aspectos de su política como gobernador de Santa Cruz y temía que lo atendiera mal. Le dije que, por supuesto, no tenía inconvenientes en hablar con el presidente de mi país. Una hora después me llamó el mismo Kirchner”.

“Me dijo —añadió— que conocía el trabajo del CELS para depurar de las Fuerzas Armadas a quienes participaron en el terrorismo de Estado y que deseaba consultarme sobre la designación de los jefes de Estado Mayor que lo acompañarían. Le respondí que había una cuestión previa: algunos funcionarios que formarían parte de su gobierno participaron de gestiones con la Corte Suprema de Justicia y con el jefe del Ejército, general Ricardo

Brinzoni, para cerrar una vez más la revisión de los crímenes de la dictadura, que el CELS había conseguido reabrir en 2001, con la declaración de nulidad e inconstitucionalidad de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida. Me dijo que nadie que estuviera por una amnistía podría integrar su gobierno, cuya política sería de Memoria, Verdad y Justicia. Le pregunté entonces si tenía una buena relación con el jefe de la Brigada de Ejército de Río Gallegos, general Roberto Bendini. Me respondió que muy buena. Entonces, le dije que ese era el candidato ideal para la conducción del Ejército, y que nadie podría atribuirlo a ninguna razón distinta a la confianza personal que el comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas debe tener en sus colaboradores castrenses. Esto motivó el pase a retiro de veintisiete generales más antiguos, lo

cual constituyó el mayor acto de autoridad de la democracia argentina ante las Fuerzas Armadas y un punto de inflexión irreversible, porque una cosa es predicar la subordinación militar al poder político y otra ejercerla a fondo, sin condicionamiento alguno. Esta decisión cortó de cuajo el renacimiento del Partido Militar, que había comenzado con la crisis de la Alianza”.

Además del compromiso por “una política de Memoria, Verdad y Justicia” y de la designación de Bendini, Verbitsky logró que Kirchner asumiera —con matices— otras dos medidas que venían siendo impulsadas por el CELS:

- La “recuperación de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) para erigir el Museo de la Memoria”, aunque la propuesta elaborada por el CELS era distinta de la que

finalmente fue aprobada por Kirchner con el apoyo de los otros nueve organismos de derechos humanos.

El CELS pretendía “reservar para el Museo los edificios que van desde el principal de cuatro columnas al lindero con las escuelas Raggio, donde estuvieron encapuchados y engrillados los detenidos-desaparecidos. En el resto debían permanecer los institutos educativos de la Armada”.

El objetivo era que, “además de conmemorar lo sucedido, el Museo ayudara al proceso de transformación democrática de las Fuerzas Armadas. Proponíamos que la Armada de hoy custodiara el Museo y rindiera homenaje a las víctimas de la Armada de ayer”.

“Pero —agregó— los demás organismos

decidieron que no ingresarían al predio hasta que no lo hubiera desalojado el último marino y Kirchner se plegó a la mayoría, como era de imaginar”.

- El retiro de los cuadros de los ex dictadores Jorge Rafael Videla y Reynaldo Bignone de “la galería de ex directores del Colegio Militar”, que —según Verbitsky— “tenía un contenido meramente simbólico pero muy poderoso”.

Cuenta Verbitsky que presentaron esa propuesta “al gobierno de la Alianza y al del senador Duhalde, en audiencias con los respectivos ministros de Defensa, Ricardo López Murphy y Horacio Jaunarena. Los dos respondieron del

mismo modo, con una sonrisa nerviosa, burlándose de esa medida que les parecía una enormidad impracticable”.

Y recuerda que Kirchner, en cambio, aceptó la idea de inmediato durante una reunión en su despacho.

—Lo hacemos este 24 de marzo —lo interrumpió cuando todavía estaba explicándole la propuesta.

“Kirchner —agregó— planteó una ceremonia en la que participaran los organismos defensores de los derechos humanos. Le dije que no me parecía lo mejor, y le sugerí dos alternativas: o una ceremonia institucional, del comandante en Jefe a solas con sus subordinados, o una convocatoria amplia a representantes de todos los sectores de la comunidad nacional: políticos; sindicalistas obreros y empresarios; artistas e intelectuales;

cultos religiosos”.

Siempre según Verbitsky, el 23 de marzo de 2004, Kirchner lo llamó por teléfono.

—Mañana venís conmigo a la ESMA.

Verbitsky le recordó las dos propuestas de ceremonia que le había hecho.

—Si no te animás, voy yo solo —le contestó el presidente.

“Muchos años después —recuerda— supe que Estela Carlotto le había respondido en términos muy similares. Yo me perdí una foto histórica, pero sigo creyendo que la ceremonia institucional era la mejor opción. Kirchner estaba decidido a hacerlo y no tenía tiempo que perder en detalles que, con toda razón, le parecían menores”.

Es decir que Kirchner tomó esas propuestas, pero le dio un contenido menos ambicioso y profundo, más simple y fácil de concretar y de

comunicar, que reforzó su alianza con los organismos de derechos humanos, con las Madres en primer lugar.

En la última semana de diciembre de 2001, hacía apenas un año que Verbitsky presidía el CELS. La crisis estaba todavía en pleno desarrollo. La consigna del nuevo oficialismo era “pacificar el volcán”; es decir, calmar a las diversas organizaciones que encarnaban las variadas y cotidianas protestas sociales. Y, al mismo tiempo, mostrar un gobierno activo, dinámico, para que Rodríguez Saá se pudiera diferenciar en un abrir y cerrar de ojos de su antecesor, el radical Fernando de la Rúa.

Rodríguez Saá recuerda que el domingo 23 de diciembre a las nueve de la noche recibió un

llamado de otro periodista, Bernardo Neustadt.

—Presidente, estoy en el Unicenter; está lleno de gente; nadie compra nada, pero está todo el mundo sonriente.

—Bernardo, esa alegría me parece una muy buena noticia.

—Sí, está todo el mundo contento. Eso sí, presidente: espero que mañana no reciba a las Madres de Plaza de Mayo.

—¿Por qué?

—Porque acaban de anunciar que mañana a las diez de la mañana van a verlo a la Casa Rosada.

Siempre según Rodríguez Saá, el lunes 24 de diciembre llegó a la Casa Rosada a las nueve de la mañana; el jefe de la Casa Militar, vicealmirante Carlos Carbone, lo acompañó en el ascensor hasta su despacho.

—Presidente, dicen que las Madres de Plaza de

Mayo van a venir a la Casa de Gobierno —le comentó ansioso, preocupado.

—Señor jefe de la Casa Militar: las Madres de Plaza de Mayo, ¿son ciudadanas argentinas?

—Sí, presidente.

—Entonces, ¿qué problema hay?, ¿qué me está comentando?

—No, presidente, porque las Madres de Plaza de Mayo no entraban a la Casa de Gobierno.

—¿Son ciudadanas argentinas? Tienen derecho a entrar.

—¿Qué hacemos cuando entren?

—Pregúntenles qué quieren, y, si quieren ver al presidente, deriven el pedido a mi despacho.

Cuando le informaron que las Madres querían entregarle un petitorio, el presidente las recibió en un ángulo del despacho. Él mismo acomodó las sillas. La imagen de Rodríguez Saá conversando

con las mujeres de pañuelo blanco sentadas en círculo contrastó de manera inequívoca con la brutal represión de cuatro días antes en la Plaza. Hacía diecisiete años que las Madres no entraban en la Casa Rosada.

“Salimos muy ilusionadas y con grandes expectativas”, declaró Bonafini luego del encuentro. Habían pedido la liberación de todos los “presos sociales y políticos”, incluidos los guerrilleros del Movimiento Todos por la Patria que habían atacado el cuartel de La Tablada el 23 de enero de 1989, con Enrique Gorriarán Merlo a la cabeza, entre otros reclamos.

Por la tarde, Rodríguez Saá recibió en audiencias sucesivas a otro grupo de Madres de Plaza de Mayo; al embajador de Cuba, Alejandro González Galeano, y a los piqueteros Luis D’Elía y Juan Carlos Alderete. Frente a los micrófonos de

los periodistas, los dos dirigentes sociales elogiaron el plan del nuevo presidente para crear un millón de empleos. “Es una noche de Navidad para tener esperanza”, sostuvo D’Elía.

“Era una anarquía —explica Rodríguez Saá— y nosotros teníamos que reconciliar a la Argentina. Me parecía que era un momento trágico, que no era para pelearnos unos con otros. Por eso recibí a todos; también fui a comer con los jefes militares al regimiento de Granaderos a Caballo y ayudé a gobernadores radicales y de partidos provinciales”.

Durante los siete días y una noche que duró el gobierno de Rodríguez Saá, Verbitsky no solo impulsó a la esposa de Solá para la Secretaría de Cultura sino también a Jorge Taiana como

subsecretario de Derechos Humanos.

En realidad, Rodríguez Saá quería que Verbitsky se hiciera cargo de Derechos Humanos, pero el periodista sugirió a su amigo Taiana, que había sido montonero en los setenta; preso en la dictadura, y diplomático en los noventa; luego, con Kirchner, sería canciller.

Verbitsky precisa que “el ofrecimiento no me lo hizo Adolfo Rodríguez Saá —con quien nunca tuve un encuentro privado— sino su colaborador Luis Lusquiños. Le expliqué que no tenía intención de ocupar ningún cargo público sino de continuar en la presidencia del CELS, y le sugerí el nombre de Taiana, quien acababa de regresar al país luego de su mandato como secretario ejecutivo de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos”.

Algunas fuentes aseguran que también sugirió el nombre de Alberto Zuppi como secretario —

virtual ministro— de Justicia. Pero Verbitsky asegura que no: “Zuppi era el abogado penalista de confianza de los Rodríguez Saá desde hacía varios años”.

Por su parte, el ex presidente sostiene que “Zuppi era amigo del Alberto y asesor en el Senado; me lo propuso el Alberto y me pareció oportuno hacer una apertura”.

Zuppi se había especializado en derecho internacional humanitario, estaba muy vinculado al CELS y era abogado de Memoria Activa, una organización que reúne a víctimas del atentado contra la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA), en 1994, y que, con el tiempo, resultó afín a los sucesivos gobiernos del kirchnerismo.

En realidad, Verbitsky tenía más relación con Alberto Rodríguez Saá, el hermano menor del presidente. Uno podría pensar que los unía el

común enfrentamiento contra el presidente Carlos Menem y su grupo político —que incluyó una dura disputa por la reforma de la Constitución— pero Verbitsky destaca que “Alberto fue uno de los tres senadores del PJ que desde el primer momento apoyaron el proyecto de ley de despenalización de calumnias e injurias”, en el cual el periodista venía trabajando desde hacía muchos años.

“Solo lo traté (a Alberto) —agrega— como periodista y presidente del CELS cuando él presidía el bloque de senadores del PJ. Nunca fuimos amigos y no volví a verlo desde que terminó su mandato como senador, salvo un saludo al cruzarnos en una cola de embarque en el aeropuerto”.

Sin embargo, según el periodista Miguel Wiñazki, autor de la biografía *El Adolfo*, “la cercanía de Alberto con Verbitsky es singular si se

quiere, pero real. Eran muy cercanos y se frecuentaban. Alberto siempre tuvo veleidades intelectuales y tal vez eso los acercó. Pero Verbitsky también lo apreciaba. En privado, siempre hablaban muy bien uno del otro”.

En ese marco, el economista Rodolfo Frigeri — secretario de Hacienda y virtual ministro de Economía— recuerda que, cuando leyó el original del discurso de asunción en la Asamblea Legislativa, le sugirió al flamante presidente que no nombrara a las Madres de Plaza de Mayo.

—Eso es innegociable. Lo pidió el Alberto — fue la respuesta de Adolfo Rodríguez Saá.

Por su lado, Chrystian Colombo, que había sido jefe de Gabinete de De la Rúa, se sorprendió al ver a Verbitsky junto con el Alberto en el despacho del presidente el lunes 24 de diciembre.

—Acá estamos, trabajando también en el tema

de los derechos humanos —le dijo el Alberto cuando lo saludó.

Colombo había vuelto a la Casa Rosada a pedido del nuevo secretario general de la Presidencia, Lusquiños, que también estaba a cargo de la jefatura de Gabinete: “Los conocía porque cada quince días me reunía con cada uno de los gobernadores y sus colaboradores principales. Nosotros llevábamos carpetas sobre la gestión de cada uno de los ministerios, y se las di a Lusquiños, para contribuir”.

“Luego —cuenta Colombo— pasé a verlo al presidente. Recuerdo que él estaba convencido de que el principal problema del país era presupuestario”.

—Ya solucioné el tema del presupuesto —le dijo el mandatario.

—¿Cómo hiciste?

—Con esto, solamente con esto solucioné el presupuesto —le contestó, y le mostró un lápiz rojo de punta gruesa, de esos que usan los carpinteros, un elemento siempre presente en su escritorio de gobernador de San Luis.

“Ahí fue cuando entraron el Alberto y Verbitsky”, precisa Colombo.

Tanta influencia sorprendió a muchos peronistas.

—Afuera lo vi esperando a Verbitsky, ¿qué hace este bicho acá? —preguntó Duhalde cuando fue recibido por el nuevo presidente en la Casa Rosada, aquel lunes por la tarde.

—¡No sabés! Me dice el Alberto que tiene muy buenas ideas —le contestó el presidente.

Sostiene Verbitsky que estaba esperando para entrevistar a Rodríguez Saá; fue el primer reportaje al nuevo presidente para un programa de

TV, *Día D*, que era conducido por el periodista Jorge Lanata.

Durante el reportaje, Rodríguez Saá “firmó en cámara el proyecto de ley de despenalización de los delitos de calumnias e injurias en casos de interés público o que involucraran a funcionarios”, recuerda el periodista y titular del CELS.

En aquel momento, Verbitsky era un periodista muy prestigioso por sus investigaciones durante el menemismo sobre la corrupción, los abusos de poder y los ataques contra el periodismo independiente. Por ejemplo, sus columnas en *Página/12* y sus libros *Robo para la corona*, *Hacer la Corte* y *Un mundo sin periodistas*, entre otros.

Curiosamente, todos asuntos por los cuales los Rodríguez Saá y su núcleo íntimo eran cuestionados en San Luis. Como ocurría —también

en aquellos años— con el kirchnerismo en Santa Cruz.

Rodríguez Saá anticipó a Kirchner también en este otro punto: a medida que asumía la agenda suministrada por Verbitsky y se acercaba a los organismos de derechos humanos, surgía una nueva historia sobre el pasado reciente de los hermanos; un relato que los corría hacia la trinchera del “peronismo revolucionario” en los setenta, hacia el bando de “los buenos”.

En su libro *El palacio y la calle*, el periodista Miguel Bonasso señala que “se ha querido presentar a los hermanos Rodríguez Saá (de manera especial al Alberto) como estrechamente comprometidos con el peronismo revolucionario en la década del setenta. No hay nada de eso.

Adolfo y Alberto, por ejemplo, no apoyaron en los años de plomo a su primo hermano Ricardo Rodríguez Saá, el famoso Lobito de la organización Montoneros. Desde mediados de los setenta, el Lobito se pasó largos años preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional y luego exiliado en Inglaterra. Uno de sus mejores amigos jura y perjura que sus primos lo dejaron librado a su suerte”.

Bonasso cita a Wiñazki, que en *El Adolfo* transcribe una carta que el Alberto y otros peronistas puntanos le enviaron en plena dictadura al jefe de la Armada, almirante Emilio Eduardo Massera, en la que acusaron a distintas personas de presuntos delitos económicos y actividades “montoneras”. ¿El objetivo? Solicitar la investigación y, si correspondiera, “el castigo ejemplar, de eventuales negociaciones realizadas

en perjuicio del Estado y vinculadas a organizaciones subversivas”.

En el caso específico de Kirchner, el relato sobre su vida ocultó su manifiesto desinterés por los derechos humanos entre 1983 y 2003. Por ejemplo, como gobernador de Santa Cruz nunca recibió a las Madres cuando visitaron esa provincia ni impulsó la creación de una simple secretaría de Derechos Humanos.

Esa alianza con las Madres y otros organismos de Derechos Humanos le dio a Kirchner una agenda atractiva que le permitió levantar su imagen y sumar apoyo en los principales centros urbanos del país, comenzando por la Capital Federal. Lo necesitaba: había llegado a la Casa Rosada con poco más del 22 por ciento de los votos y porque Menem se había bajado de la segunda vuelta.

Pronto, las Madres de Bonafini, pero también las Abuelas de Carlotta, se convirtieron en activas militantes del “modelo nacional y popular”, tanto que asumieron sus luchas políticas e incluso defendieron al gobierno de las denuncias sobre presuntos casos de corrupción.

La gran crisis ya pertenecía al pasado, pero había dado lugar a una cultura política distinta: otros temas, otros valores, otras creencias y otros estilos. Impulsada por un nuevo consenso social, que permitió al gobierno de Kirchner un giro a la izquierda, moderada aunque declamada.

En diciembre de 2001, cuando todavía Kirchner era un proyecto presidencial, las designaciones de Zuppi y de Taiana introdujeron en la agenda del gobierno de Rodríguez Saá el tema del castigo a los militares que violaron los derechos humanos durante la dictadura.

Uno de los logros en la carrera profesional de Zuppi había sido la extradición del ex criminal nazi Erich Priebke en 1995; también había sido uno de los impulsores de la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, en marzo de 2001.

Una vez que entró en funciones, Zuppi declaró que había que “corregir” un decreto de De la Rúa que impedía la extradición de militares y civiles reclamados por tribunales de otros países para juzgarlos por violaciones a los derechos humanos durante la dictadura. El argumento del gobierno anterior fue que habían sido hechos ocurridos en el territorio nacional y que, por lo tanto, no podían ser juzgados fuera del país.

Zuppi tenía otra posición: “Un sello de este nuevo gobierno es no permitir la impunidad. Hay un principio de derecho internacional que es

entregar o juzgar. Si no estamos dispuestos a entregar a las personas requeridas, tenemos la obligación internacional de juzgarlas; es un principio obligatorio”.

El juez español Baltasar Garzón era el magistrado más activo en esas investigaciones.

Las declaraciones de Zuppi pusieron en alerta a los militares. El miércoles 26 de diciembre, el jefe del Ejército, general Brinzoni, fue al despacho del secretario de Defensa, y virtual ministro, Hugo Franco.

—Hugo, el presidente ya recibió a las Madres de Plaza de Mayo, y los jefes del Ejército, la Armada y la Aeronáutica todavía no le hemos podido dar la mano.

Franco, que había sido secretario de Seguridad y director de Migraciones con Menem, dejó su despacho en el Edificio Libertador y cruzó hacia

la Casa Rosada.

—Adolfo, los milicos están preocupados; Brinzoni me dijo que todavía no pudieron saludarte.

—Arreglá ya una comida con ellos.

El viernes 28 de diciembre al mediodía, un asado en el Regimiento de Granaderos a Caballo, en Palermo, reunió al presidente con los jefes militares; el canciller José María Vernet, y Franco.

—Mire, presidente, estamos preocupados por estas versiones sobre que el gobierno permitiría la extradición de militares —dijo Brinzoni.

—General, ningún militar argentino va a conocer cara a cara a Baltasar Garzón. Este es mi compromiso político y considero cerrado este tema.

—Disculpe que insista, presidente, pero ¿por qué el secretario de Justicia dice lo contrario?

—Voy a repetir mi compromiso político con ustedes: ningún militar va a conocer cara a cara a Baltasar Garzón. ¿Está entendido? Bueno, pasemos a otro tema.

Cuando se levantó de la cabecera de la mesa para retirarse, Rodríguez Saá fue mucho más amable. Se acercó a Brinzoni, lo tomó de un brazo con su mano izquierda, acercó la cabeza y le dedicó una sonrisa ancha.

—Brinzoni, no se preocupen por Zuppi: yo lo controlo —le aseguró en voz baja.

Capítulo 15

¿DÓNDE ESTÁ EL PILOTO?



*Duhalde fue elegido el 1° de enero de 2002 por la
Legislativa para completar el mandato de De*

*Es posible que me hayan preguntado sobre
hipótesis,
y yo haya dicho que era probable que,
si no había cambios,
el presidente no terminara su mandato. Pero
quedaba
claro para mí que, si De la Rúa se caía,
debía seguir otro radical para completar el
mandato.*

El ex presidente Eduardo Duhalde sobre su
viaje a
Washington a mediados de agosto de 2001.

*—Embajador, ¿cuándo hacemos el saludo
protocolar
del presidente de los Estados Unidos
al presidente de la Argentina?
—¿Para qué, canciller? El presidente Bush
acaba de
saludar la semana pasada al presidente
Rodríguez Saá.
Deme unos días, por favor.*

Diálogo entre el flamante canciller Carlos
Ruckauf y el
embajador estadounidense, James Walsh, luego
de la
asunción de Duhalde, el 1° de enero de 2002.

Sentado en un rincón de la casa del lobbista

Mark Falcoff, iluminado por la luz de las velas, el ex vicepresidente Eduardo Duhalde era el invitado de honor aquella noche de tormenta que había dejado a oscuras al barrio de Dupont Circle, en Washington.

Fue el domingo 12 de agosto de 2001. Duhalde protagonizaba la tertulia a mil seiscientos metros de la Casa Blanca mientras en la provincia de Buenos Aires los afiliados lo consagraban como candidato a senador en una elección interna mansa, con lista única, la de él.

Faltaban dos meses para las elecciones legislativas o de medio término, como les dicen en los Estados Unidos. Había viajado a Washington para iniciar o afianzar contactos con el poder político norteamericano, para lo cual había contratado a Falcoff.

Aquel domingo, el dueño de casa invitó a una

mayoría de políticos y funcionarios republicanos, que habían vuelto al gobierno. La más conocida para los argentinos era Jeane Kirkpatrick, embajadora estadounidense ante las Naciones Unidas durante la presidencia de Ronald Reagan.

En total, había siete argentinos, entre ellos el embajador Guillermo González, un diplomático de carrera designado por el presidente Fernando de la Rúa, y dos compatriotas que vivían en los Estados Unidos.

La lluvia golpeaba contra las ventanas mientras Duhalde contestaba preguntas sobre la difícil situación de la Argentina.

“Todos estaban interesados en saber lo que pensaba porque las encuestas coincidían en que sería el seguro triunfador de las elecciones de octubre”, confía uno de los argentinos que participó de aquella velada, que no quiere que su

nombre trascienda.

—A partir del 1° de enero de 2002 el ex presidente Alfonsín y yo contribuiremos con el gobierno conformando un gobierno de coalición —dijo Duhalde, siempre según esa fuente.

“Nadie —agrega el informante— preguntó específicamente en qué consistiría ese nuevo escenario; yo pensé que Duhalde podría ser incorporado como jefe de Gabinete en alianza con De la Rúa y Alfonsín. Nunca imaginé que sucedería lo que sucedió”.

Duhalde no recuerda esas palabras. Admite, sí, la posibilidad de que “me hayan preguntado sobre hipótesis, y yo haya dicho que era probable que, si no había cambios, el presidente no terminara su mandato. Alfonsín me había dicho que los propios economistas del radicalismo le aseguraban que, así como estaba, la economía no llegaba a marzo

de 2002”.

“Pero —enfatisa— quedaba claro para mí que, si De la Rúa se caía, debía seguir otro radical para completar el mandato presidencial”.

Al igual que otros peronistas consultados, Duhalde asegura que todos estaban convencidos de que las siguientes elecciones presidenciales —en 2003— serían ganadas por el justicialismo; por eso, señala que su partido no tenía ningún interés en voltear a De la Rúa.

Por su lado, el embajador González jura no haber escuchado de Duhalde nada grave contra el gobierno de De la Rúa, al que representaba.

Así lo afirmó el 19 de febrero de 2003 en Tribunales, frente al juez federal Norberto Oyarbide, quien investigaba un presunto complot dirigido por Duhalde —que ya era presidente— para derrocar a De la Rúa.

En concreto, Oyarbide quería saber si Duhalde había anticipado en esa tertulia la caída de De la Rúa y su reemplazo por él mismo, como aseguraban algunos testimonios; por ejemplo, los de De la Rúa y de Nicolás Gallo, el ex secretario general de la Presidencia.

“No —aseguró González, que había sido nombrado embajador en Suiza. Yo, como representante del gobierno argentino, si hubiera tenido conocimiento sobre dicha afirmación, hubiera tenido la obligación de dar la opinión oficial del gobierno nacional. En virtud de ello, quiero dejar aclarado que no tomé conocimiento —en forma directa ni por terceros— de los supuestos dichos de Eduardo Duhalde en tal sentido”.

Aquella noche de tormenta en Washington, Duhalde estaba acompañado por el economista

Jorge Remes Lenicov, que iba por la reelección en el Congreso y encabezaba la lista de candidatos a diputados del peronismo bonaerense.

Siempre según nuestro informante, uno de los dos argentinos que vivían en los Estados Unidos le preguntó en forma reservada qué pensaba de la política económica de De la Rúa, basada en la paridad entre el dólar y el peso, en el 1 a 1.

—La Convertibilidad está muerta; no la podemos bancar más, como país —contestó Remes Lenicov.

De la Rúa fue informado de ese viaje algunos días después; la versión que le llegó fue que Duhalde había asegurado en Washington que lo iba a reemplazar en diciembre de 2001, cuatro meses después.

Duhalde, por su lado, niega que haya dicho eso en algún momento de su visita a los Estados

Unidos.

En su libro *El palacio y la calle*, Miguel Bonasso asegura que ese anuncio fue realizado durante una cena en la casa de un lobbista nicaragüense, Francisco Aguirre, en la que también participó el embajador González. Pero, al prestar testimonio ante el juez Oyarbide, el diplomático desmintió que hubiera estado en esa comida. En cambio, confirmó que aquel domingo de agosto fue a la casa de Falcoff.

Por su parte, el radical Gallo ubica el concepto en un encuentro en la sede del Inter-American Dialogue, un *think tank* dirigido por el experto Peter Hakim, que fue visitado por Duhalde el 14 de agosto de 2001. Sin embargo, eso es desmentido por Mario del Carril, un periodista argentino radicado en Washington que fue mencionado en esa versión.

“Le puedo señalar —sostuvo Del Carril por e-mail— que después (de la visita de Duhalde) hablé con Peter Hakim por teléfono, quien me dijo que no hubo ningún planteo de cambio de gobierno de parte de Duhalde ni nada por el estilo”.

De la Rúa, en tanto, agrega que, además, Duhalde le anticipó la caída del gobierno de la Alianza a Hugo Anzorreguy, el jefe de la Secretaría de Inteligencia del Estado (SIDE) durante el gobierno de su antecesor, Carlos Menem, “en una visita que duró varias horas, también en agosto de 2001”.

Sostiene De la Rúa que él se enteró de ese encuentro primero por Gallo, su amigo y funcionario, y luego por el propio Anzorreguy, en una cena en 2010 en la casa del yerno del ex jefe de la SIDE, al empresario Alejandro Macfarlane, donde comió junto a una decena de personas.

Esta versión tiene sus adherentes: otras dos fuentes juran haberla escuchado de boca de Anzorreguy, quien conocía a Duhalde desde el retorno a la democracia, en 1983.

Uno de esos informantes asegura que Anzorreguy le precisó que esa reunión se realizó en su estudio, que estaba ubicado en un piso del edificio de Suipacha 1111, en el barrio de Retiro, entre las seis y media de la tarde y las nueve y media de la noche.

La segunda fuente indica que —según Anzorreguy— Duhalde le dijo: “Voy a ganar las elecciones en octubre y en diciembre voy a ser presidente”. Y que al otro día el ex secretario de Inteligencia le avisó a Gallo para que se lo contara a De la Rúa.

Sin embargo, al ser citado por Oyarbide, Anzorreguy negó que Duhalde le hubiera

comentado alguna vez que reemplazaría a De la Rúa a fines de 2001. “Nunca le dije eso a Gallo”, sostuvo el ex Señor 5.

De la Rúa —que sigue convencido del complot encabezado por Duhalde— cita también a su correligionario, el ex presidente Raúl Alfonsín, y al ex primer ministro español, el conservador José María Aznar.

En cuanto a Alfonsín, afirma —como figura en el capítulo 4— que pocos días después de los comicios legislativos de octubre recibió en la residencia de Olivos al ex presidente, quien le comentó que Duhalde le había dicho que la Alianza tenía que terminar el gobierno porque para eso fue votada en 1999, pero “con otro presidente”.

—Me imagino que lo habrás mandando a la miércoles —le contestó De la Rúa, según su

versión.

—Yo, desde luego, le dije que no.

Además, De la Rúa asegura que —tiempo después de su renuncia— Aznar le contó que Duhalde fue a verlo a Madrid, también luego de los comicios de octubre de 2001.

—José María, te vengo a ver porque voy a ser presidente en diciembre —le dijo Duhalde, según esa versión.

—Pero, hombre: ¡cómo me dices esto! Si vuestro presidente es De la Rúa, que es mi amigo.

—Te lo digo porque vengo a pedir tu ayuda para el próximo gobierno.

La primera vez que De la Rúa habló del tema fue durante un reportaje con el periodista y editor de *Perfil*, Jorge Fontevecchia, el 27 de mayo de 2007. La semana siguiente, Fontevecchia entrevistó a Aznar, que se había retirado de la

política y estaba de visita en la Argentina para presentar un libro sobre América latina.

—En todos los reportajes en los que le preguntaron por lo que De la Rúa declaró a *Perfil*, sobre que usted le avisó que meses antes de la crisis de 2001 Duhalde le había anticipado que iba a ser el próximo presidente, usted contestó lo mismo: que prefiere no responder y que lo contará recién en sus memorias. Dado que yo fui el autor del reportaje que generó todas las preguntas, espero que tenga para mí una respuesta más interesante.

—Usted será el autor, pero yo no quiero ser la víctima.

—¿Es consciente de que al no confirmar ni desmentir, desde el punto de vista moral, periodístico y político está confirmando lo que dijo De la Rúa?

—Muchas gracias por recordarme mis obligaciones, pero no le voy a responder.

—¿“El que calla, otorga”?

—Esa es una consecuencia que dice usted, yo no entro en esa consideración.

Por su lado, Duhalde niega que le haya hecho ese comentario a Aznar: “No, no le dije eso. La situación es absurda, ridícula: ¿a quién se le ocurre que un político pueda ir a ver al primer ministro de otro país y decir una cosa semejante?”.

Y repite que “ya no tenía ninguna gana de ocupar un puesto ejecutivo, menos la presidencia”, y que respiró aliviado cuando —luego de la renuncia de De la Rúa— fue elegido el puntano Adolfo Rodríguez Saá.

“Además —señala—, yo tenía una confianza

enorme en Adolfo, que para mí fue el mejor gobernador de las últimas décadas de todo el país, con las críticas que se le pueden hacer, que son bastante comunes a los gobiernos de provincia”.

Afirma Duhalde que él incluso era partidario de que Rodríguez Saá siguiera en el gobierno hasta completar el mandato de De la Rúa: “Lo fui a visitar dos veces a la Casa Rosada; una vez, mientras lo estaba esperando, le dije a su hermano, Alberto, que se olvidara de los sesenta o noventa días porque yo me iba a ocupar de que le extendieran el periodo hasta 2003”.

“Pero —concluye— el problema de Adolfo fue que no se animó a salir de la Convertibilidad”. Como en el caso de De la Rúa, Duhalde atribuye la renuncia de Rodríguez Saá a los errores de gobierno del caudillo puntano y a su decisión de seguir con el 1 a 1.

Sin embargo, Adolfo Rodríguez Saá sigue creyendo que él —como De la Rúa— fue una víctima de Duhalde y del llamado “Partido Bonaerense”, el acuerdo entre el peronismo y el radicalismo en la provincia de mayor peso político del país.

Son celos que perduran, como lo muestra la frustrada elección interna en 2011 entre Alberto Rodríguez Saá y Duhalde para definir al candidato presidencial del peronismo disidente o no kirchnerista, que terminó en una pelea entre ellos. Una pulsión destructiva que venía de antes.

Distintas fuentes interpretan que fue una venganza deliberada de Alberto Rodríguez Saá contra Duhalde. Por ejemplo, el ex senador y ex subsecretario de la SIDE Héctor Maya: “El Alberto fue quien convenció a su hermano para que el 30 de diciembre de 2001 viajara de

Chapadmalal a San Luis; él apostaba a otro 17 de Octubre, a un clamor popular que hiciera que los gobernadores fueran a buscarlo a San Luis. Y eso no ocurrió. El Alberto quedó mal por eso, porque sintió que su consejo fue fatal para la carrera política del Adolfo, y luego se vengó en la interna con Duhalde, a quien él demolió”.

En las elecciones del 23 de octubre de 2011, la presidenta Cristina Kirchner fue reelecta con el 54,11 por ciento de los votos; Duhalde terminó quinto con el 5,86 por ciento. Alberto Rodríguez Saá fue cuarto con el 7,96 por ciento.

Duhalde jura que tampoco quería ser presidente hace cuatro años, pero que asumió esa campaña como una obligación dado que él había promovido la llegada de Néstor Kirchner a la Casa Rosada, en 2003.

En ese sentido, recuerda que tomó esa decisión

cuando, durante un acto, uno de los asistentes le gritó: “Duhalde, el que trajo a ese loco, que se lo lleve”.

“Yo —asegura— siempre sufrí el poder. Y no estar en el poder para mí es un alivio extraordinario. Mi última misión era estar en el Senado”.

Concide con él su amigo y ex jefe de campaña y ex funcionario Alberto Iribarne: “Es un tipo sufrido. Si se pudiera medir la ambición de poder de uno a diez, yo pondría al tope de ese ránking, con un diez, a Menem, a Kirchner, a Alfonsín. A Duhalde le pondría un siete, un tipo al que muchas cosas del poder no le gustaban. No era Menem, que disfrutaba del poder y de todo lo que rodeaba al poder. A Duhalde le pesaban los viajes de Estado, la obligación de hablar ante una delegación de China, la visita de un rockstar... Y

cuando se fue de la presidencia, lo sintió como un alivio”.

Pero es una personalidad compleja, hay varios Duhalde. Por ejemplo, más allá de que sufriera el poder, en todo momento intentó resguardar la fuente de ese poder, que era el control del aparato del peronismo bonaerense.

Así, en plena campaña para las elecciones presidenciales de 1999, cuando ya era evidente que sería derrotado por De la Rúa, pactó con Domingo Cavallo para que el partido del ex ministro apoyara a su candidato a gobernador de Buenos Aires, Carlos Ruckauf.

Eso a pesar de que Duhalde criticaba públicamente la Convertibilidad, el plan económico creado por Cavallo, que también era candidato a presidente.

Al final, los 422 mil votos del partido de

Cavallo ayudaron al triunfo de Ruckauf y del peronismo en el territorio de Duhalde.

“Él —cuenta Iribarne— ya veía que no iba a ganar las elecciones presidenciales y decidió garantizar el triunfo en la provincia de Buenos Aires, que era su territorio. Eso denotaba sus ganas de seguir haciendo política —más allá de su derrota frente a De la Rúa— como jefe político de la provincia”.

Durante la gran crisis de 2001, Duhalde decía a quien lo deseara escuchar que no contaran con él para la presidencia. Miguel Ángel Toma era diputado y recuerda que encontró a Duhalde en el Salón Azul del Congreso; la Asamblea Legislativa ya había designado al senador Ramón Puerta para que fuera presidente interino, y Toma había sido nombrado ministro del Interior.

—Eduardo, vos ¿qué vas a hacer? Porque

Ramón asume, como dice la Constitución, transitoriamente. Todavía hay que elegir presidente.

—Nada, yo no voy a hacer nada. Que asuma Ramón, y ponemos los mecanismos constitucionales a funcionar, como corresponde — respondió Duhalde, según Toma.

—Todo el mundo te está mirando a vos. Por eso: ¿qué vas a hacer vos? Porque sos la *ultima ratio* del poder acá. Si no sos vos el que asume la responsabilidad de remontar este quilombo, nadie lo va a poder hacer.

—No, yo no.

—Yo te voy a decir una sola cosa, Eduardo. Tenés un problema: quisiste ser elegido por la gente y la gente no te eligió, pero vas a terminar siendo presidente elegido por la institución más degradada de la Argentina, que es el Congreso.

Asumí que vas a tener que ser presidente.

—Vamos a ver, Miguelito. Tranquilo. Ahora andá a la Casa Rosada y hacete cargo del quilombo de la seguridad del país.

Su esposa, la ex diputada y ex senadora Hilda “Chiche” Duhalde, sostiene que él no quería reemplazar a Rodríguez Saá: “Nunca quiso, y yo me sentía mal; todos estábamos muy preocupados en casa. Yo le preguntaba a Eduardo: ‘Negro, ¿qué posibilidades hay de salir de la crisis?’, y él me contestaba: ‘Un diez por ciento’. Yo me quería morir, porque, aparte, sabía que yo también iba a ir a poner el cuerpo, a colaborar en el gobierno”.

Varias fuentes, en cambio, lo ven como un político astuto y perseverante, que, mientras aseguraba que ya no quería ser presidente, no dejaba que nadie le arrebatara el control del peronismo bonaerense, reforzaba su relación con

Alfonsín e incorporaba a ese acuerdo a sectores de la industria, los servicios, el campo, el sindicalismo y la Iglesia Católica.

“Duhalde juega al ajedrez. También lo practica en la política: se fija metas y enhebra jugadas para lograrlas. Creo que en la crisis los engañó a todos: a Puerta, a De la Sota, a Ruckauf”, confía uno de sus amigos de la política.

Desde este punto de vista, repetía rasgos del estilo político de un bonaerense ilustre, Juan Manuel de Rosas, que llegó a la cúspide del poder asegurando que no era algo que le interesara, pero haciendo todo lo que estaba a su alcance para que el simple transcurrir de los hechos, primero, lo depositara al frente de la provincia de Buenos Aires y de la Confederación Argentina, y luego, lo consolidara en ambos cargos durante toda su vida.

Tanto era así que todos los años Rosas

renunciaba por escrito y pomposamente a representar en el exterior al resto de las provincias, pero sólo para que los gobernadores ratificaran la delegación de esa facultad clave. Por ahí comenzó, precisamente, la disputa con el entrerriano Justo José de Urquiza, que en 1851 lo sorprendió al aceptarle esa renuncia formal.

También Rosas se veía a sí mismo como un hombre de orden, destinado a sacar al país de la anarquía.

Es lo que opina, por ejemplo, el cordobés Julio César Aráoz, que fue jefe del último tramo de la campaña presidencial de 1999. “Duhalde —afirma Aráoz— decía en 2001 que ya no quería ser presidente, pero yo pienso que sí quería serlo. Todas las operaciones que hacía eran para que se fuera creando una situación ineludible en su favor”.

Según Aráoz, el círculo bonaerense de Duhalde “había desarrollado una manera para expresar esa sinuosa voluntad de poder”.

—El Negro no quiere, pero lo vamos a llevar lo mismo a la presidencia —decían los duhaldistas paladar negro, de acuerdo con Aráoz.

“Y cuando —agrega— durante la crisis, le decíamos: ‘Te toca a vos, Negro’; él nos contestaba: ‘No jodan, muchachos, no jodan’”.

También piensa así el porteño Carlos Corach: “Luego de su derrota en 1999, Duhalde estaba firmemente dispuesto a llegar a la presidencia”. Corach interpreta el desarrollo político de la gran crisis como la sucesión de etapas en las que Duhalde concretó ese objetivo primordial. “No importa lo que un político dice sino lo que ese político hace”, sostiene.

Más allá de las opiniones en uno y otro sentido, Duhalde admite que en 1999 sí quería ser presidente con el objetivo de cambiar el modelo económico de Menem y de Cavallo. Asegura que dos años antes se había dado cuenta de que la Convertibilidad estaba agotada porque se había transformado en un obstáculo para la producción y el empleo.

Recuerda que “la primera vez que dije que el modelo estaba agotado fue en Santa Cruz. Dije dos cosas: que el modelo había tenido éxito para derrotar la hiperinflación, pero que ya estaba agotado y había que cambiarlo. Por eso, para las elecciones legislativas de 1997 le indiqué a Remes Lenicov —que era mi ministro de Economía— que fuera como candidato a diputado por la provincia de Buenos Aires para que descansara y preparara el nuevo plan, el que

pensábamos aplicar dos años después”.

No pudo ser. Para Duhalde, su derrota en 1999 se debió a que la mayoría de los argentinos no quería cambios en la política económica y, por lo tanto, estaba en contra de su prédica a favor de la devaluación del peso y la renegociación de la deuda pública externa.

Duhalde recuerda que lo asesoraba “un publicista brasileño, João Santana, que en un momento me dijo que dejaba la campaña si yo seguía diciendo que había que cambiar el modelo porque sus encuestas indicaban que el 70 por ciento de la gente estaba a favor de que siguiera la Convertibilidad. Yo le contesté que no iba cambiar mi discurso porque estaba convencido de que era lo que había que hacer, y él se terminó yendo”.

Por su lado, Remes Lenicov sostiene que los empresarios estaban divididos. Por un lado, “los

banqueros respaldaban la Convertibilidad; luego, bregaron por un paso más allá: la dolarización de la economía. La gente del campo, en su gran mayoría, quería una modificación cambiaria, y los industriales también pretendían una devaluación; lo que pasa es que no lo decían públicamente porque existía otro consenso social: la gente quería la Convertibilidad porque le daba garantías”.

“A los empresarios de los servicios —añade— les importaba que se mantuvieran los contratos que habían firmado en la década del noventa y que las tarifas se indexaran por el valor del dólar”.

Esta situación puede ser interpretada de la siguiente manera: el temor a una devaluación se debía no solo a que muchos argentinos estaban endeudados en dólares, sino también a que tantos años de inflación —con picos ruinosos de

hiperinflación— habían construido un sólido consenso social a favor de la estabilidad de precios.

La inflación todavía era mala palabra en 1999.

Esa campaña desnudó las diferencias entre Menem y Duhalde, que no se reducían a las disputas sobre la Convertibilidad. Corach era el ministro del Interior de Menem. “Yo comprendo el enojo de Duhalde desde lo humano, pero no desde lo político. Tampoco Menem estuvo lúcido en aquel momento y, como suele suceder en esos casos de pelea entre sus hombres más importantes, el peronismo terminó perdiendo”, señala.

Corach cuenta que diez años antes, en la campaña de 1989, Menem le había prometido a Duhalde —su compañero de fórmula— que gobernaría un periodo de seis años y que luego “le tocaría a él, a Duhalde. Pero lo madrugó con el

Pacto de Olivos, con Alfonsín, en 1993, que permitió la reforma de la Constitución de 1994 y habilitó la reelección presidencial, en 1995. Ahí, le prometió a Duhalde que sería el candidato en los comicios de 1999”.

“Luego —señala Corach— cuando un grupo cercano al presidente larga la re-reelección, Duhalde se calienta. Lo entiendo desde lo humano: pensaba que sería un boludo si se dejaba embromar una tercera vez, pero creo que se equivocó desde lo político. Comenzó a hablar en público contra la Convertibilidad; no digo que no tuviera razón, pero no podía decirlo porque la gente no quería salir de la Convertibilidad. De la Rúa se dio cuenta de eso, Chacho Álvarez también, y por eso, ganaron en 1999”.

“Yo —agrega— estaba convencido de que la re-reelección era imposible porque la nueva

Constitución era muy clara: sólo permitía una reelección, y se lo decía a Menem”.

Corach —que ahora asesora discretamente al gobernador de Buenos Aires y precandidato presidencial, Daniel Scioli— sostiene que “es muy difícil para un candidato oficialista ganar las elecciones presidenciales hablando mal del presidente de turno. La gente no distingue entre peronistas buenos y peronistas malos, y cuando el no peronismo y el antiperonismo tienen un candidato competitivo, lo votan sin pensarlo demasiado”.

“La oposición —añade— puede estar dispersa pero, cuando huele que puede ganar, se junta. Recuerdo que Alfonsín me dijo que era imposible que el radicalismo se aliara al Frepaso porque había ‘demasiadas diferencias’, y yo le creí, pero a los pocos meses se unieron. Los políticos somos

así en la Argentina. Decimos: primero ganemos, después vemos qué hacemos”.

Corach asegura que en un momento de la campaña de 1999 le propuso a Menem una mediación con Duhalde.

—Presidente, si me autorizás, voy a verlo a Duhalde para hacer un acuerdo.

—Sí, Carlos, metele.

Corach cuenta que fue en helicóptero a la quinta de Duhalde en San Vicente, donde estuvo medio día hablando con el gobernador y candidato.

—Eduardo, Carlos no puede conseguir otra reelección. La nueva Constitución no lo permite; debería hacer una nueva reforma y no tiene ni el uno por ciento de posibilidades de lograrla. La reelección no va a funcionar.

—Mirá, yo lo conozco mucho a Menem.

—Danos seis meses de plazo, pero en esos seis

meses no podes hablar a favor ni en contra de la Convertibilidad. Luego, cuando se vea que la reelección es imposible, nosotros volcamos todo nuestro aparato a favor tuyo.

“Tanto Menem como Duhalde me dijeron que sí, pero a los dos o tres días Duhalde volvió a hablar en contra de la Convertibilidad”, cuenta.

Siempre según Corach, “ahí, Menem se calienta contra Duhalde”.

—Presidente, a esta altura, con esas críticas, Duhalde no puede ganar las elecciones. Es el momento de que sobreactúes tu apoyo porque, de lo contrario, vamos a salir de las elecciones con un partido muy dividido —le sugirió.

“Pero no lo quiso hacer: le ganó su enojo contra Duhalde”, afirma.

Corach admite que la tarea proselitista de Duhalde era difícil porque “había un clima

favorable al cambio; la gente estaba cansada de nosotros, de los peronistas”.

Si bien Menem puso formalmente el aparato del gobierno a favor del candidato oficialista, se volvió bastante evidente que apostaba a la derrota de Duhalde no solo por las críticas a la Convertibilidad sino también porque pensaba que, con ese resultado, podría conservar el liderazgo de una porción del peronismo, como paso previo para volver a la Casa Rosada en el turno siguiente, en 2003.

Desde el punto de vista de Menem, De la Rúa mantendría el 1 a 1 pero encabezaría un gobierno heterogéneo, débil, que debería hacer frente a una herencia pesada —la que él le estaba dejando— y al peronismo y al sindicalismo en la oposición. Al contrario de Duhalde, que amenazaba con dinamitar no sólo su modelo económico sino

también su liderazgo dentro del peronismo.

Menem no lo decía ni lo hacía muy ostensible, pero actuaba en ese sentido.

El periodista Daniel Hadad suele contar a sus colaboradores más cercanos que al inicio de esa campaña recibió un llamado por teléfono de Corach.

—Venite a mi despacho a conocer a nuestro candidato a presidente.

Hadad fue a la Casa Rosada con la expectativa de conversar con Duhalde, pero encontró que el ministro estaba con De la Rúa.

La anécdota —trasmitida por uno de los asistentes de Hadad— es desmentida por Corach.

Más allá de eso, la actitud de Menem con relación a la candidatura de Duhalde es ahora recordada por los políticos y analistas que sostienen que Cristina Kirchner prefiere —también

sin decirlo en público— la candidatura presidencial del jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri, porque piensa que si la oposición gana, a ella le será más fácil regresar a la Casa Rosada en 2019.

En realidad, no todos los políticos consultados sostienen que Menem jugó en contra del candidato peronista en 1999. Su hermano, Eduardo Menem, afirma que Duhalde estaba doblemente equivocado ya que, por un lado, “creyó que Carlos no lo apoyaba para que fuera presidente y la verdad es que Carlos le dejó hasta el partido en sus manos”. Por el otro, “no defendía la Convertibilidad y eso asustó a la gente. Nosotros pensábamos que había que seguir con la Convertibilidad; que había que hacer retoques, pero no una devaluación. Y en 1999 ya empezaba a mejorar la situación económica”.

En tanto, Ruckauf —candidato a gobernador de Buenos Aires— hizo una campaña totalmente distinta a la de Duhalde: en lugar de meterse en el debate nacional sobre la Convertibilidad, se centró en la provincia y se ocupó de temas locales, como la inseguridad y el desempleo juvenil.

Además, explotó, según dice, “el hecho de que el electorado de la provincia es bastante conservador, y Graciela Fernández Meijide —que es una mujer sumamente respetable— no le producía mucha confianza como gobernadora”.

En ese sentido, su virtual jefe de campaña, Esteban Caselli, jugó un papel relevante: pidió licencia como embajador ante el Vaticano; pobló el discurso de Ruckauf con dardos contra el aborto y el ateísmo, y lo amplificó por todo el Gran Buenos Aires a través de una red formada por casi todos los obispos del conurbano.

Un mes antes de las elecciones —cuando las encuestas anticipaban un final muy parejo— Ruckauf llamó por teléfono a Caselli, que había viajado a Roma y conversaba en su despacho con un cardenal italiano.

—Cacho, tengo dudas sobre Menem. ¿Vos creés que, realmente, él quiere que yo gane?

—Quedate tranquilo. Carlos no quiere que Duhalde sea presidente, pero sí quiere que vos seas gobernador de Buenos Aires.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro. Carlos quiere volver en 2003 y para eso, no puede darse el lujo de que el peronismo pierda la provincia de Buenos Aires.

La campaña de 1999 dejó secuelas en la relación entre Menem y Duhalde. Durante la gran

crisis de 2001, Menem trató de bloquear la llegada de su compañero bonaerense a la Casa Rosada; no lo consiguió.

Un año después fue el turno de Duhalde, que eligió como sucesor a Kirchner y promovió la adopción de un inédito régimen electoral de “neolemas” para impedir el retorno de Menem al gobierno en 2003.

Los neolemas fueron aprobados por el congreso del Partido Justicialista el 24 de enero de aquel año en el microestadio del club Lanús, en el conurbano bonaerense.

La mayoría de los delegados pertenecía al duhaldismo, que canceló la elección interna prevista para febrero y autorizó al peronismo a presentar tres candidatos para la primera vuelta, el 27 de abril: Menem, Kirchner y Adolfo Rodríguez Saá.

La novedad era que los votos de esos tres candidatos peronistas no se sumarían para favorecer a quien saliera primero, como ocurre con el sistema de lemas y sublemas.

Por el contrario, era como si Menem, Kirchner y Rodríguez Saá fueran de partidos diferentes: conservarían el caudal de votos con vistas a una eventual segunda vuelta, prevista para el 18 de mayo.

Duhalde diseñó un esquema electoral a la medida de sus deseos: las encuestas indicaban que los dos primeros lugares serían para dos candidatos del peronismo, con Menem encabezando la primera vuelta pero perdiendo en el balotaje cualquiera fuera su rival.

“Yo sabía que Menem salía primero, pero que el segundo sería el presidente porque ganaría la segunda vuelta por el rechazo que Menem

generaba”, explica Duhalde.

Los “neolemas” fueron impugnados por el menemismo, pero convalidados por la justicia electoral.

Y, en la práctica, siguieron utilizándose en las elecciones posteriores, donde el peronismo nunca pudo volver a unirse detrás de un solo candidato.

De esta manera, los “neolemas” sellaron la división del Partido Justicialista —que venía desde antes— en paralelo con el descrédito y el déficit de representación de la Unión Cívica Radical, la otra gran fuerza que sostenía nuestro sistema político bipartidista.

Para el analista Rosendo Fraga, la crisis de los partidos políticos comenzó en la UCR y continuó en el PJ: “En la medida en que el peronismo dejó de percibir un desafío electoral por parte del radicalismo, la lucha por el poder se trasladó al

interior del peronismo. Por eso, si surgiera otra fuerza que implicara un desafío electoral para el peronismo, a lo mejor veríamos al peronismo reunificarse”.

Duhalde fue el gran elector de Kirchner, pero su candidato original era el santafesino Carlos Reutemann.

“Reutemann —cuenta Duhalde— era un poco el candidato de todos. Kirchner, por ejemplo, había dicho en Rosario que él no se presentaba si iba Reutemann. Yo le ofrecí la candidatura; no me dijo que no, solo me preguntó: ‘¿Qué hacemos con el gremialismo?’. Un día, en diciembre de 2002, me llama y me dice que había hablado con Rubén Marín (gobernador de La Pampa) para preguntarle si quería ser el candidato a vicepresidente. Yo me alegré y le dije: ‘Lole, tenés que anunciarlo’. ‘Dame una semana más’, me pidió. Pero al final se

espantó”.

Recuerda que “hubo muchos rumores que indicaban que había sido visitado por algunos menemistas y que había visto algo que no le había gustado, pero no me constan. Lo cierto es que, de repente, me quedé sin el mejor candidato”.

Un periodista santafesino que conoce bien a Reutemann, Raúl “Bigote” Acosta, sostiene que el ex gobernador de Santa Fe y ex piloto de Fórmula 1 “es un ‘gringo’ muy desconfiado. Él no aceptó la candidatura porque entendió que Duhalde no lo dejaría manejar ni la chequera ni los nombramientos”.

Duhalde agrega que también pensó en el cordobés José Manuel de la Sota, “pero no medía” en las encuestas. Y que, en ese contexto, eligió a Kirchner. “Me gustaba el Pingüino; yo decía que era un rebelde de sana rebeldía... Me equivoqué

en la segunda parte”, ironiza.

La candidatura de Kirchner implicó una apertura al centro izquierda, que seducía a Duhalde, tal vez porque también él pensaba que “el modelo neoliberal de Menem y de Cavallo fue instalado, en realidad, en 1976 por la dictadura; no era solo un modelo económico sino también social”.

Su relación con Kirchner venía de la campaña de 1999, cuando el gobernador de Santa Cruz fue uno de los pocos líderes provinciales del peronismo que lo acompañó en su cruzada presidencial.

Luego, cuando Duhalde asumió la presidencia, esa relación se enfrió: Kirchner no aceptó la jefatura de Gabinete y mantuvo una cierta distancia con el nuevo gobierno, en parte porque no estaba de acuerdo con la devaluación del peso de la forma en que se hizo, aunque consideraba que

había que abandonar la Convertibilidad.

“Coincido con la postura de (Rodolfo) Terragno de salir (del 1 a 1) mediante una canasta de monedas entre el dólar, el euro y el real. No es bueno que esté en manos de un funcionario (la decisión de) devaluar o no devaluar”, le dijo al periodista Sergio Moreno, de *Página/12*, el 20 de enero de 2002.

Además, Kirchner era partidario de una mayor dureza contra el sector financiero.

Con el tiempo, ambos fueron recomponiendo la relación.

Sin embargo, tanto el salteño Juan Carlos Romero como el misionero Ramón Puerta están convencidos de que la designación de Kirchner como candidato fue guiada por “la obsesión” de Duhalde para que su sucesor no fuera Menem.

“Buscó un presidente que no negociara nunca

con Menem, y ése fue Kircher”, sostiene el senador Romero.

“Yo —asegura Puerta— se lo dije a Duhalde: ‘Vos no me ponés a mí y lo bajás a De la Sota porque estás obsesionado con que no sea Menem y desconfiás de que nosotros vayamos a enfrentarlo’. Duhalde me contestó que De la Sota no medía, pero yo ya le había aceptado a De la Sota ser su número dos y me había gastado unos mangos en encuestas: De la Sota medía mucho más que Kirchner”.

La designación de Kirchner como candidato oficial provocó enojos en el círculo íntimo del presidente. Por ejemplo, Chiche Duhalde estuvo en contra, lo mismo que el diputado Carlos Brown.

“Fui a verlo —recuerda Brown— y le dije que me parecía un error gravísimo; me dio una serie de explicaciones, que no compartí. Hugo Curto y José

María Díaz Bancalari, que ahora son tan kirchneristas, me habían dicho: ‘Andá vos, que sos amigo del Negro, y decile que es una barbaridad’. Nos preocupaba su pasado, lo que había hecho en Santa Cruz: su autoritarismo, el uso de las regalías petroleras”.

En su oficina de la calle Gelly al 3400, en Palermo, Toma —que era el jefe de la SIDE— afirma que también él se enojó con Duhalde por esa decisión. “Yo le propuse que fuera él. Pero me contestó que no podía ser candidato porque ya se había autoexcluido en el discurso de asunción”, recuerda.

Duhalde afirma que cometió un “grave error” con su decisivo respaldo a Kirchner; además, asegura que nunca especuló con que —en el nuevo gobierno— él sería el poder detrás del trono.

“Por el contrario —dice— luego de la asunción

de Kirchner, nos fuimos con Chiche a Brasil en el avión del presidente Lula. No quería opacarlo de ninguna manera. Lejos estaba yo de pretender que él fuera mi Chirolita, como señalaban algunos”.

Kirchner tenía otra opinión, asegura Teresa González Fernández, que era la esposa del nuevo gobernador de Buenos Aires, Felipe Solá, un matrimonio que en aquella época se llevaba muy bien con los Kirchner.

“Duhalde —sostiene— lo puso como candidato, pero para manejarlo, como había hecho con Ruckauf en la provincia”. Y cuenta que un sábado a la tarde de febrero de 2003, “estábamos yendo a un acto en Berazategui, a lo de Juan José Mussi, que en esa época era un duhaldista paladar negro. Íbamos en auto. Manejaba ‘Paco’ Larcher, que luego sería el número dos de la SIDE hasta diciembre de 2014, y al lado iba Néstor; yo iba

atrás junto con uno de los secretarios de Néstor, Daniel Muñoz”.

“Yo —agrega— estaba puteando contra los duhaldistas paladar negro, como Díaz Bancalari, Pampuro, Curto y Mussi, por las maldades que le hacían a Felipe.

”—Pará Colorada, ¿sabés las cosas que me hacen a mí? —me interrumpió Néstor.

”Recuerdo que Néstor lo mira a Larcher y se queda un momento en silencio.

”—Pero, ¡no saben lo que les espera! —dijo Kirchner”.

Más allá de la división en tres del peronismo y de que la megadevaluación y la pesificación asimétrica tuvieron ganadores y perdedores, Duhalde logró una salida ordenada de la gran

crisis de 2001, con la decisiva ayuda de Alfonsín.

El mérito es aún mayor porque cuando asumió, el 1° de enero de 2002, pocos pensaban que tendría éxito. No parecía creerlo el embajador de los Estados Unidos, James Walsh, según cuenta Ruckauf, que dejó la gobernación de Buenos Aires para asumir como canciller.

Ruckauf fue a verlo de inmediato “en el contexto de las gestiones que teníamos que encarar para reinsertar a la Argentina en el mundo.

”—Embajador, ¿cuándo hacemos el saludo protocolar del presidente de los Estados Unidos al presidente de la Argentina?

”—¿Para qué, canciller? El presidente Bush acaba de saludar la semana pasada al presidente Rodríguez Saá. Deme unos días, por favor.

”La verdad era que todo el mundo pensaba que Duhalde no duraría”.

Ruckauf fue el único gobernador que dejó su provincia para integrar el gabinete del nuevo presidente. ¿Por qué lo hizo? Él afirma que el 30 de diciembre por la noche, Duhalde le preguntó quiénes se animaban a colaborar con él en el gobierno. “Yo le dije que lo iba a acompañar. Lo que en ese momento no sabía era que estaba obligado a renunciar porque la Constitución provincial no me permitía una licencia por ese motivo”, agrega.

En su quinta “Don Tomás”, Duhalde explica que “necesitaba un buen canciller. Teníamos el frente externo absolutamente deteriorado después de la famosa escena del Congreso aplaudiendo de pie la declaración de *default* y de las imágenes de violencia y anarquía que dieron vuelta al mundo. Ruckauf había sido un buen embajador en Italia y conocía bien la Cancillería”.

Varias fuentes aseguran, en cambio, que Ruckauf quería dejar la gobernación porque las cuentas de la provincia estaban en rojo y temía que le explotaran en cualquier momento. Agregan que saltó a la Cancillería para realizar una gestión vistosa que lo mantuviera en la grilla de candidatos para las elecciones presidenciales de 2003.

Es la opinión, por ejemplo, de Teresa González Fernández, la esposa del vice de Ruckauf: “Él pensó seguramente que la Cancillería era un trampolín mejor que la provincia hacia la presidencia. Felipe (Solá) asumió en su lugar el 3 de enero; sus colaboradores y él trabajaron día y noche, pero recién pudieron pagar los sueldos el 23 de enero. La provincia había estado subadministrada, tanto por Duhalde como por Ruckauf: ambos habían utilizado el cargo para

llegar a la presidencia. El Banco Provincia estaba igual”.

Si el salto fue pensado así, no resultó: en pocos meses, la intención de voto de Ruckauf se derrumbó.

Mientras Ruckauf ratifica que su intención fue ayudar a un gobierno en el que muy pocos confiaban, Duhalde lo defiende de las “acusaciones injustas”. ¿Su argumento? “Los mayores problemas se daban en el orden nacional. Si enderezábamos las cosas allí, las provincias mejorarían. En aquel momento, era más fácil estar en la provincia que en la Nación. Además, Ruckauf fue un excelente canciller”.

Cacho Caselli —secretario general de la Gobernación— se enteró del cambio aquel 1° de enero de 2002 en el despacho del titular de la Cámara de Diputados, Eduardo Camaño, que había

sido designado presidente de la Nación en forma interina. Caselli recuerda que Duhalde y Ruckauf estaban parados frente al escritorio de Camaño repasando el discurso de asunción cuando él entró.

—Negro, ¿por qué no lo ponés a Puerta como canciller? Conoce del tema y se lleva bien con todo el mundo —le propuso a Duhalde, siempre según la versión de Caselli.

—Eso es imposible porque me acaba de ofrecer la Cancillería a mí —le contestó Ruckauf.

—Me imagino que no habrás aceptado.

—No jodas, Cacho; es el único gobernador que aceptó acompañarme en esta patriada —le dijo Duhalde.

—Pensalo bien, Carlos, porque si dejás la gobernación, desaparecés de la política —insistió Caselli.

—No jodas porque vos no entendés nada de

política —lo frenó Duhalde.

—Cacho, igual vos venís conmigo como secretario de Culto —le señaló Ruckauf.

Duhalde pretendía que su presidencia estuviera anclada en tres o cuatro gobernadores fuertes del peronismo, a los que invitó para que integraran su gabinete: “El poder de las provincias era real, un claro refuerzo para un poder nacional frágil. Además, necesitaba gente con experiencia en la gestión pública”.

Cuenta que, por ejemplo, le ofreció la jefatura de Gabinete a Kirchner.

—Dame dos meses que dejo la provincia en orden y te acompaño —le contestó el gobernador de Santa Cruz.

“Kirchner quería ser presidente y ya estaba pensando en el final de la transición. También le ofrecí ese cargo a De la Sota”, añade.

Por su lado, Kirchner explicaba que él no había aceptado ese cargo porque ya se había manifestado a favor de elecciones anticipadas para resolver la crisis: “Creo que en la Argentina la palabra tiene que volver a valer. No podía aceptar”, afirmaba.

Fracasado su intento de atraer a los gobernadores, formó un gobierno de base parlamentaria. Ya tenía el respaldo de Alfonsín, que desde su banca de senador controlaba una cuota importante de legisladores de la UCR y le aportó dos ministros con experiencia en el Congreso: Jorge Vanossi y Horacio Jaunarena. Y sumó a senadores y diputados peronistas: Jorge Capitanich como jefe de Gabinete; Remes Lenicov en Economía; Oscar Lamberto en Hacienda, y Graciela Giannettasio en Educación, entre muchos otros. A Rodolfo Gabrielli y Daniel Scioli los mantuvo en Interior y Turismo.

También incorporó a alguien que no había pasado por el Congreso, José Ignacio de Mendiguren, titular de la Unión Industrial Argentina, que se hizo cargo de Producción, un ministerio que no existía. De Mendiguren representaba a los empresarios que compartían con Duhalde la decisión de abandonar la Convertibilidad. Y que se contarían entre los principales ganadores del nuevo modelo económico.

Capítulo 16

LA CRISIS COMO SOLUCIÓN

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia



*Ramón Puerta y Eduardo Camaño, dos de los
presidentes
que se sucedieron en apenas doce días.*

*Los problemas en la Argentina no se
solucionan
sino hasta que se transforman en una crisis;
allí, la solución surge de la propia dinámica de
la crisis.
Por eso, los bandazos permanentes.*

Juan Carlos de Pablo, economista.

*Vamos a aplicar las ideas de ustedes, sobre las
que tanto
hemos venido hablando: la defensa de la*

*industria
nacional, del mercado interno. Tenemos el aval
del
peronismo, de Alfonsín, de los sindicatos.
La Iglesia también nos respalda.*

Eduardo Duhalde al ofrecerle el Ministerio de
Producción
a José Ignacio de Mendiguren, titular de
la Unión Industrial Argentina,
el lunes 31 de diciembre de 2001.

Primero —antes que Eduardo Duhalde— lo
llamó Raúl Alfonsín. “La situación política es
terminal y hay que salvar la República. El país va
hacia un gobierno de unidad nacional”, le dijo el
líder radical, según recuerda José Ignacio de

Mendiguren, abogado, empresario textil, productor agropecuario y diputado del Frente Renovador, la fuerza política del precandidato presidencial Sergio Massa.

Esa charla por teléfono fue el lunes 31 de diciembre de 2001 al mediodía. De Mendiguren era el titular de la Unión Industrial Argentina (UIA) y llevaba la voz cantante en el Grupo Productivo, una organización de empresarios formada por la UIA, la Cámara Argentina de la Construcción y Confederaciones Rurales Argentinas.

Ya se sabía que Duhalde sería el próximo presidente; De Mendiguren interpretó que Alfonsín le estaba avisando que su colega en el Senado pensaba en un gabinete amplio. “Sentí que me decía: ‘Estén atentos’”. Por eso, no le extrañó que, acto seguido, Duhalde lo llamara para invitarlo a

su casa en Banfield.

—Vasco, quiero que seas mi ministro de Producción —lo tentó Duhalde esa misma tarde.

—Eduardo, yo quiero colaborar con vos. Pero necesito el aval de la UIA y para eso tengo que convencerlos.

—Vamos a aplicar las ideas de ustedes, sobre las que tanto hemos venido hablando: la defensa de la industria nacional, del mercado interno. Tenemos el aval del peronismo, de Alfonsín, de los sindicatos. La Iglesia también nos respalda.

La cúpula de la UIA se reunió de apuro y apoyó el ingreso de De Mendiguren al gabinete de Duhalde, tanto que varios de sus miembros lo ayudaron a crear el ministerio, que no existía y que acaparó atribuciones y competencias de Economía y Cancillería.

Una nueva coalición se ponía en marcha. ¿El objetivo? Salir de la Convertibilidad, el modelo económico vigente desde hacía más de una década, que establecía una paridad fija, por ley, entre el peso y el dólar: el 1 a 1.

Duhalde lo incluyó entre “los pocos objetivos básicos” que se proponía lograr en su acotada presidencia, según su discurso de asunción del 1° de enero de 2002: “Primero, reconstruir la autoridad política e institucional de la Argentina; segundo, garantizar la paz en la Argentina; tercero, sentar las bases para el cambio del modelo económico y social”.

La Convertibilidad había tenido sus logros: terminó con el problema persistente de la inflación, provocó un rápido y fuerte crecimiento de la producción y el consumo, atrajo inversiones extranjeras que modernizaron la infraestructura y

permitió que el país atravesara algunas crisis globales, entre otros.

Pero venía con achaques desde el segundo semestre de 1998. La Argentina estaba en recesión desde hacía cuarenta y dos meses, y en ese lapso el producto bruto interno había caído el 15,7 por ciento y la inversión se había desplomado el 44,9 por ciento.

Los problemas se habían agravado en los últimos meses de 2001: el riesgo país —mide las posibilidades de un *default*— se triplicó entre septiembre y diciembre, cuando se convirtió en el más alto del mundo, y el PBI cayó el 10,7 por ciento en el cuarto trimestre en comparación con el mismo periodo de 2000.

El Estado y las provincias se habían quedado sin dinero. En diciembre, la recaudación de impuestos del gobierno nacional se desbarrancó el

28,3 por ciento con relación al mismo mes del año anterior; para ese momento, el Estado y quince provincias fabricaban cuasimonedas: bonos con nombres diversos que se devaluaban y servían para el consumo local.

La figura del presidente había quedado despedazada por la gran crisis, que también debilitó —en simultáneo— al Estado nacional; el país se convirtió en un archipiélago de provincias lideradas por caudillos cada vez más autónomos, que hasta emitían sus patacones, federales, quebrachos, petrobonos y tantos otros.

La agenda de los argentinos había cambiado. La principal preocupación ya no era la inflación sino el desempleo, citado por el 81 por ciento de los encuestados en los sondeos periódicos de la

consultora IPSOS - Mora y Araujo.

Es que en octubre de 2001, el desempleo había trepado al 18,6 por ciento; había medio millón de desocupados más que el año anterior. Y la pobreza afectaba a casi el 40 por ciento de la gente.

Desde el segundo semestre de 1998 —y en especial durante los últimos diez meses del gobierno de Fernando de la Rúa— la disputa política giró alrededor de qué hacer con el 1 a 1.

Un sector —encabezado por Carlos Menem, De la Rúa y Domingo Cavallo, entre otros— era partidario de mantener la Convertibilidad. Había problemas, pero eran de liquidez y, por lo tanto, transitorios; un ajuste de gastos y un mayor financiamiento externo permitirían recuperar la credibilidad de los mercados y reactivar el círculo virtuoso de inversiones, producción, empleo y consumo.

Este grupo era apoyado por los bancos, las empresas de servicios públicos que habían sido privatizadas, las compañías que administraban los fondos de jubilaciones y pensiones (AFJP) y algunos sectores de la industria.

Había matices. Menem proponía que si la Convertibilidad ya no funcionaba había que pasar a la dolarización total de la economía; el 18 de junio de 2001, Cavallo introdujo el “factor de empalme” para el comercio exterior, que incorporó el euro a la paridad entre el peso y el dólar, y De la Rúa asegura que en marzo de 2002 —luego de la restructuración total de la deuda— “íbamos a estar en condiciones de salir bien de la Convertibilidad”.

Nada de eso funcionó; en el fondo, fueron ensayos para evitar el costo mayor, que para ellos era la ruptura del modelo económico. “Nosotros

—dice De la Rúa— no podíamos salir de la Convertibilidad a lo bruto. Si nosotros hubiéramos hecho lo que hicieron ellos, al otro día teníamos a los gremios reclamándonos un aumento de salario equivalente a la devaluación, lo cual nos habría llevado a una explosión social como la del Rodrigazo, en 1975”.

Era también una cuestión de supervivencia política. Jorge Remes Lenicov —era diputado y con Duhalde sería el primer ministro de Economía— cuenta que en marzo de 2001 se encontró con Chrystian Colombo, el jefe de Gabinete. “Teníamos buen trato. Le dije: ‘Chrystian, ¿van a salir de la Convertibilidad?’. Me contestó: ‘No, Jorge. Si salimos de la Convertibilidad perdemos el gobierno; nos llevan puestos’”.

Sin libreto alternativo, a este sector sólo le quedó perseverar en el ajuste fiscal y en la

credibilidad de los mercados, y apostar al paso del tiempo; a que en 2002 el Fondo Monetario Internacional enviara el dinero prometido, se abarataran los créditos internacionales y subiera el precio de la soja, que en diciembre de 2001 cayó a 160 dólares la tonelada.

El otro sector —que terminó ganando la pulseada— pensaba que la Convertibilidad estaba agotada y que, “en su agonía, arrasó con todo. La Argentina está quebrada. La Argentina está fundida”, dijo Duhalde en su primer discurso como presidente. Había que salir rápidamente de “este modelo perverso” —neoliberal, financiero, especulativo, rentista— a través de la pesificación de la economía y la devaluación del peso para que la producción nacional recuperara la competitividad perdida e impulsara la reactivación del país y la creación de empleos.

Uno de los problemas para este sector era que la mayoría de la gente estaba en contra de una devaluación; esa cifra era del 79 por ciento según una encuesta de Gallup publicada por *La Nación* el 23 de diciembre de 2001.

Mucha gente estaba endeudada en dólares; además, una devaluación implica pérdidas en el salario real, en el poder de compra de quienes ganan en pesos. Por eso, la disputa también podía leerse como una pulseada entre el salario y el empleo; buenos salarios pero con desempleo, de un lado, y empleo pero con malos salarios, del otro. La sábana era corta: no alcanzaba para todo.

Para el economista Juan Carlos de Pablo, la dramática crisis que desembocó en la salida de la Convertibilidad ilustra una de las claves de la

cultura política argentina: “Los problemas no se solucionan sino hasta que se transforman en una crisis; allí, la solución surge de la propia dinámica de la crisis. Por eso, los bandazos permanentes; vamos de un lado a otro”.

“Y por eso los problemas —agrega De Pablo— no se pueden prever en la Argentina; es inútil que un político responsable intente prever un problema porque nadie le hará caso”.

De Pablo cita al economista escocés Alexander Kirkland Cairncross para explicar que, en realidad, ese último rasgo no es solo argentino: “Los políticos no actúan desde el momento en que advierten que algo hay que hacer, sino cuando piensan que le pueden ‘vender’ a sus compatriotas —que pagan impuestos, votan, etcétera— la conveniencia de cambiar. El susto ayuda notablemente al respecto”.

Esa tendencia a dejar que los problemas se transformen en crisis atrasa las soluciones y agrava su costo final; además, combinada con otros rasgos de nuestra cultura política, hace que las disputas se conviertan en conflictos de “suma cero”: las ganancias de un bando surgen de las pérdidas del otro; no queda lugar para los conflictos de “suma positiva”, donde todos ganen.

Según De Pablo, “cada crisis tiene su propia dinámica. No hay un libreto definido y, encima, tenés a todo el mundo puteándote o queriendo influirte. Todos quienes tienen algo que perder o que ganar desean estar cerca de quienes toman las decisiones. La presidencia de Adolfo Rodríguez Saá fue típica: todos pasaban por la Casa Rosada porque a él en Buenos Aires no lo conocía nadie y él no conocía a nadie. Con Duhalde, fue distinto: ya era conocido, y sus principales colaboradores

también”.

En ese sentido, seis meses antes de la gran crisis Duhalde y Alfonsín habían lanzado el Movimiento Productivo Argentino (MPA), una organización transversal formada por políticos, empresarios y sindicalistas para elaborar “un nuevo proyecto nacional fundado en el trabajo y la producción”.

Duhalde recuerda que “estábamos con Alfonsín en plena competencia electoral; los dos éramos candidatos a senadores por la provincia de Buenos Aires, pero a él no le importó que yo fuera el presidente del MPA siendo que había más radicales y desarrollistas que peronistas”.

Lo primero que hicieron fue elaborar “una salida para la Convertibilidad y se la llevamos a

De la Rúa. Lo hicimos a través del intendente de San Isidro, Melchor Posse, que era radical. Posse le entregó el plan en agosto, pero De la Rúa nunca nos respondió”.

“Nosotros —agrega Duhalde— le decíamos a De la Rúa que en 1997 o 1998 podíamos haber salido del 1 a 1 con un aterrizaje suave, pero que ahora nos enfrentábamos a un aterrizaje riesgoso, aunque estábamos dispuestos a ir en el avión con él”.

En simultáneo —y con varios vasos comunicantes— avanzaba el lobby de De Mendiguren desde la UIA y el Grupo Productivo, fundado en 1999, en los últimos meses del gobierno de Menem.

“Me fui dando cuenta —dice De Mendiguren— de que tenía que salir a juntar masa crítica en el campo nacional, a reunir al empresariado que se

estaba fundiendo para influir sobre los políticos. Todo fue hecho a la luz del día. Los políticos se pasan el noventa y nueve por ciento de su tiempo construyendo poder: un senador más, un senador menos... Y cuando llegan al gobierno, ahí recién ven qué hacen; tercerizan la política económica. De lo contrario, el peronismo no daría tantos bandazos”.

“Además —añade—, salí a dar la batalla mediática. Iba a los programas de TV y mostraba latas de choclo francesas para explicar que nos estábamos fundiendo. Es que si los industriales no nos reconciliábamos con la sociedad, estábamos muertos. Porque los políticos argentinos leen encuestas, no lideran la opinión pública. Si vos querés que los políticos te hagan caso, tenés que ir a los medios”.

En esa larga marcha para sumar “masa crítica”

contra la Convertibilidad, De Mendiguren afirma que sus primeros aliados fueron los miembros de la Comisión de Pastoral Social de la Iglesia Católica, con monseñor Jorge Casaretto a la cabeza. “La semilla de ese proyecto nacional fue la Pastoral Social”, confía.

De Mendiguren recuerda que “también estaban el cardenal (Raúl) Primatesta, monseñor (Estanislao) Karlic (titular del Episcopado)... Y ahí nos empezamos a juntar con los sindicatos”. Reuniones que se hicieron más frecuentes en el último semestre de 2001 —a medida que el problema original se transformaba en una crisis— tanto con la CGT oficial, de Rodolfo Daer, como con la CGT disidente, de Hugo Moyano.

El ex presidente De la Rúa tiene otra opinión

sobre la tarea de De Mendiguren: “Fue una de las caras más visibles de un grupo poderoso de empresarios que estuvo detrás del golpe para forzar la devaluación del peso; la ruptura de la Convertibilidad a través de una devaluación que significaba la licuación de sus propias deudas”.

Y recuerda que en los últimos dos meses de su gobierno De Mendiguren lo invitó dos veces a comer en su casa, en San Isidro. “Quedaba cerca de la residencia de Olivos, y fui. Eso fue después de las elecciones de octubre; una vez en noviembre y otra en diciembre. Fui con Colombo y con Cavallo; había varios empresarios; también estuvieron Daer y Moyano”, cuenta.

“Las dos veces —afirma— pidieron la devaluación del peso; decían que era la única salida frente a la situación económica. En concreto, el argumento de ellos era que la

devaluación iba a ‘favorecer la competitividad y las exportaciones’. Nosotros les contestamos: ‘No, porque eso va a provocar una fuerte baja en los salarios y una espiral inflacionaria’. Moyano hablaba a favor de la devaluación, él cuestionaba la Convertibilidad; Daer no hablaba mucho”.

“Según los informes que me pasó la SIDE, ellos hablaron luego con Duhalde”, agrega De la Rúa.

La diputada Patricia Bullrich —era la ministra de Trabajo— recuerda la primera de esas dos comidas, una cena a principios de noviembre: “Estábamos en la quinta de Olivos con Andrés Delich y Hernán Lombardi, y De la Rúa nos dijo que se iba a la casa de De Mendiguren.

”—No vaya, presidente. Son los que están preparando el golpe contra usted —le avisó Bullrich, según su versión.

”—Usted siempre tan exagerada, viendo

conspiraciones. ¿Dónde aprendió esas cosas? ¿En su época en la Juventud Peronista?

”—Usted está yendo a la casa de los que están preparando su retirada.

”—Tan exagerada, siempre tan exagerada, Patricia.

”Tiempo después, De la Rúa me contó que esa reunión fue clave para el golpe en su contra”, señala Bullrich.

En realidad, De Mendiguren era el titular de la UIA, pero no todos los industriales compartían sus ideas sobre lo que había que hacer. Uno de los miembros de la cúpula de la UIA en aquella época —no quiere que su nombre trascienda— explica que esa entidad representa a “un conglomerado muy diverso de intereses distintos”.

“El consenso —señala— era mínimo. La Convertibilidad no podía seguir así como estaba: no había inversiones, el crédito era carísimo, llevábamos cuarenta y dos meses de recesión. Pero la UIA, tanto en el viaje que realizamos a Washington en octubre de 2001 como en un encuentro nacional el mes siguiente, no propuso la devaluación sino un combo de aranceles y reintegros para mejorar el tipo de cambio real”.

En aquel momento, “nuestra preocupación número uno seguía siendo cómo defendernos de la devaluación brasileña del 13 de enero de 1999, que fue del 40 por ciento. Eso nos complicó mucho porque perdimos competitividad de una manera muy abrupta frente a nuestro principal socio comercial”, agrega.

Nuestro hombre en la UIA traza un cuadro de la situación dentro de esa entidad cuando De

Mendiguren saltó al gabinete de Duhalde: “De Mendiguren, que es muy amigo mío, pertenecía al Movimiento Industrial Nacional, el MIN, que estaba formado más por empresas del interior, de capitales nacionales, más bien pequeñas y medianas; era más proteccionista. Pero también por Techint, un gigante de la siderurgia a nivel global; De Mendiguren siempre ha sido muy afín a Techint”.

El otro grupo dentro del UIA era el Movimiento Industrial Argentino (MIA), hegemonizado por las multinacionales, con actuación preferencial en la Capital Federal y el Gran Buenos Aires. “Eran — explica la fuente— más librecambistas y se bancaban mejor el 1 a 1. Allí también estaba la Copal, que agrupa a las empresas de alimentación y bebidas, Arcor entre ellas. Y las automotrices”.

Las petroleras, como Repsol YPF, ya no

formaban parte de la UIA. También otras compañías preferían no participar en esa entidad. Para complicar más el panorama industrial, había grupos que tenían negocios tan diversos que en algunos rubros eran proteccionistas y en otros, librecambistas.

Existía un pacto entre los dos grupos, que se alternaban para conducir la UIA cada dos años. Por eso, cuando De Mendiguren se convirtió en ministro de la Producción, el nuevo presidente de la entidad fue el papelero Héctor Massuh, también del MIN.

Antes del desenlace devaluatorio, luego de que el problema se convirtiera en crisis —el detonante fue el “corralito” bancario, el 3 de diciembre de 2001— la situación adquirió un dinamismo que

puso en alerta a todos los actores. “Nadie sabía para dónde iba a saltar la liebre”, recuerda Colombo.

De Mendiguren y los empresarios del Grupo Productivo —con algunas bajas y varios refuerzos— aceleraron la marcha y ordenaron a sus técnicos que elaboraran un paquete de medidas. “Los dolarizadores ya tenían algo vago, pero nosotros dimos una conferencia de prensa y dijimos cuál era nuestra propuesta; les ganamos de mano”, cuenta.

Eso fue el viernes 21 de diciembre, al día siguiente de la caída de De la Rúa: “No sabíamos quién iba a ser el nuevo presidente; estábamos en el medio de una confusión generalizada: nadie sabía para dónde mierda se iba todo. Por eso, yo no estaba con ningún candidato en particular. En la política ya habíamos logrado lo que queríamos:

estar juntos para influir el día en que se resolviera quién iba a liderar el nuevo gobierno”.

La batería de medidas del Grupo Productivo tomó la forma de un documento titulado: “Sincerar significa asumir la realidad”.

El núcleo del programa eran las “Ideas básicas para un nuevo esquema económico”, que incluían la devaluación del peso; “la flotación del tipo de cambio manteniendo la emisión vinculada al nivel de reservas; la desdolarización o pesificación 1 a 1 de todas las deudas y de todos los contratos, incluidos los depósitos bancarios y las tarifas de los servicios públicos, y la reestructuración de la deuda externa pública y privada”.

Precisamente, “a las empresas nacionales que consigan reestructurar su deuda externa se les permitirá el acceso a divisas provenientes de las exportaciones sujetas a retenciones”. Una ayuda —

un seguro de cambio— para las compañías endeudadas fuera del país con el argumento de que la devaluación de sus ingresos locales en pesos les impediría el pago de esos compromisos en dólares o euros.

¿De dónde vendría ese dinero? El documento proponía la aplicación de retenciones solo a las exportaciones de “productos energéticos”—petróleo, gas y electricidad— pero De Mendiguren afirma que también pensaban en la soja, el trigo, el maíz y la carne.

“Pusimos ‘energéticos’ —aclara De Mendiguren— porque sectores del campo estaban adentro, con nosotros, y nos mataban si los incluíamos. Pero al impuesto a la devaluación y a la mejora del tipo de cambio tenés que recaudarlo de inmediato para lograr solvencia y reservas”.

El nuevo presidente —Rodríguez Saá— juró el domingo 23 de diciembre, y De Mendiguren y su grupo fueron a la Casa Rosada a saludarlo. Sus colegas no lo conocían, pero De Mendiguren sí porque tenía una fábrica en San Luis.

De Mendiguren recuerda que el despacho del flamante presidente estaba colmado.

—Vení —le dijo Rodríguez Saá, y lo llevó a un rincón. Mañana traéme a todo el Grupo Productivo, que abrimos el primer día hábil del gobierno con esa reunión.

—Por supuesto.

—Listo, mañana a las nueve y media los espero.

La reunión fue muy formal; el presidente les explicó sus planes, entre ellos, la creación de un millón de empleos; la forestación de todo el país y la emisión de una tercera moneda, el Argentino, que sería respaldado por los bienes del Estado. Y

los empresarios les contaron sus penurias y sus propuestas pero en general, sin entrar en detalles.

Cuando la audiencia terminó, De Mendiguren se quedó unos minutos más en el despacho.

—Presidente, ¿por qué no nos reunimos en Olivos? Algo más informal, así hablamos en confianza de las cuestiones que hacen al futuro del país.

—Buena idea, (Luis) Lusquiños te llama mañana para arreglar una cena esta semana.

—Y te llevamos el plan para salir de la crisis que presentamos el viernes.

—Sí... Afuera está el embajador de Brasil, Do Rego Barros, ¿vos lo conocés?

—Sí.

—Bueno, quedate a la reunión.

—Otra cosa: me llamó Enrique Iglesias, el presidente del BID (Banco Interamericano de

Desarrollo). Está en Montevideo: dice que le gustaría venir a saludarte.

—Claro, que venga; le mando el avión.

De Mendiguren cuenta que el Día de Navidad, por la noche, recibió el llamado de Lusquiños, secretario general de la Presidencia.

—Vengan mañana a Olivos, a las nueve de la noche. Trae el plan.

—¿Con quién querés que vaya?

—Con todos.

De Mendiguren apareció en la residencia presidencial al frente de una caravana de empresarios que excedió al Grupo Productivo. “Éramos treinta, más o menos: de la industria, la construcción, el campo, la banca”, enumera.

Los nombres propios incluían a Massuh; Sergio Einaudi, de Techint; Federico Nicholson, de Ledesma; Alberto Álvarez Gaiani, de la cámara

que agrupa a las empresas de la alimentación; el constructor Aldo Roggio; Gregorio Chodos, también de la construcción y buen amigo de Franco Macri; Carlos Heller, del banco Credicoop, y el productor rural Manuel Cabanellas.

De Mendiguren cuenta que también estuvo Jorge Rendo, Director de Relaciones Externas del Grupo Clarín, “que me dijo que ya se había entrevistado con Rodríguez Saá, pero igual fue”.

El presidente los recibió con buena parte de su gabinete: Lusquiños, José María Vernet, Rodolfo Gabrielli, Rodolfo Frigeri, Oraldo Britos y Héctor Maya, entre otros funcionarios. Y con su hermano, Alberto.

Primero, hablaron en el salón principal de la residencia y luego pasaron al quincho a comer un asado.

—Presidente, vamos a hablar en confianza. Ya

no podemos mantener el 1 a 1, nuestros productos no son competitivos —abrió De Mendiguren.

—Yo no voy a salir de la Convertibilidad, voy a lanzar sí una tercera moneda, el Argentino, que va a dinamizar el consumo.

—Pero hay que modificar el tipo de cambio real, la industria nacional se está fundiendo: importamos hasta latas de choclo.

—No voy a devaluar; el poder de compra del salario se iría a la mierda y la gente ya está muy caliente.

También hablaron otros empresarios; algunos dejaron en claro que no estaban a favor de la devaluación y que les preocupaban tanto la recesión y la caída del consumo como las dificultades para pagar sus deudas y la perspectiva de perder sus compañías.

Entre los empresarios había quienes tenían el

grueso de sus deudas con los bancos locales por lo cual les convenía que el gobierno las pesificara a una paridad 1 a 1 —un dólar, un peso— pero otros estaban endeudados en el exterior, en dólares, y requerían otro tipo de medidas.

Rodríguez Saá, por su parte, afirma que la propuesta de los empresarios incluía “pesificar todo, pero también les dije que no porque eso, más una devaluación, implicaba licuar todas las deudas. Varios de esos empresarios eran grandes deudores”.

De Mendiguren, en tanto, sostiene que le dejaron una copia del plan que habían presentado el viernes y fueron todos a comer: “Nos sentamos a una larga mesa; yo, al lado del presidente; enfrente, estaba su hermano. Era un ambiente muy distendido”.

La escenografía incluía una orquesta de tango,

una cantante y un par de sensuales mujeres que bailaban entre ellas con sus siluetas entalladas por vestidos de tajos pronunciados, mientras los mozos servían las empanadas, el asado y el vino.

La mayoría de los empresarios no conocía al presidente y mucho menos, al hermano del presidente; todos quedaron sorprendidos por el ascendiente que parecía tener el Alberto sobre el Adolfo.

“El hermano hablaba todo el tiempo, se comportaba como si fuera el verdadero anfitrión”, recuerda uno de los comensales.

De repente, sonó un pito y las dos bailarinas se deslizaron provocativamente hacia los comensales; una de ellas sacó a bailar al Alberto, y la otra, a Lusquiños. Algunos colaboradores puntanos rompieron en aplausos.

—Son las cosas del Alberto; él va mucho a

Buenos Aires y le gusta esto —le explicó el presidente a De Mendiguren.

Apenas volvió a su silla, el hermano presidencial alzó su mano derecha como pidiendo la palabra e hizo una pausa teatral antes de hablar.

—Bueno, ¿quién de acá juega al bridge? —preguntó en voz muy alta.

—Nosotros —respondieron Álvarez Gaiani y Nicholson.

—Matilde, anotá: acá se va a jugar al bridge los miércoles. A las diez en punto de la noche —le ordenó a la secretaria presidencial.

Mientras iban saliendo de la residencia, De Mendiguren se acercó a Einaudi.

—¿Te das cuenta estos tipos? Llevan tres días en el gobierno y ya se instalaron como si llevaran cuarenta años.

Apenas se fueron los invitados, el subsecretario

de Inteligencia, Maya, llamó a uno de sus colaboradores.

—Explorame qué hacen ahora estos tipos —le ordenó.

En la jerga de los servicios de Inteligencia, el funcionario quería que le averiguaran hacía dónde estaban yendo los invitados.

“Nos quedamos con el presidente —recuerda Maya— comentando el encuentro. Creo que el Adolfo cometió un gran error: decirles exactamente lo que él pensaba. Ellos quedaron sorprendidos, como tildados”.

—Quiero la opinión de cada uno de ustedes. A mí me pareció que hicieron “click” —les dijo el presidente, e hizo sonar el dedo índice sobre el pulgar y el medio de su mano derecha.

—Mirá Adolfo, me parece que no. El ruido que los tipos hicieron es “track” —contestó Vernet, y

movió sus brazos y su cuerpo como si estuviera amartillando una ametralladora.

“Una hora más tarde —cuenta Maya— me avisaron que los empresarios estaban reunidos en Banfield, en la casa de Duhalde”.

—Adolfo, se fueron a la casa de Duhalde —le informó al presidente.

Tanto Duhalde como los empresarios consultados niegan esa versión.

“Jamás, jamás —afirma De Mendiguren—. Después, Rodríguez Saá relacionó que él se fue, y llegó Duhalde y me llamó a mí de ministro. Entonces, dice que hubo un complot para imponer la devaluación y que nosotros ayudamos a voltearlo. Pero eso no es cierto”.

Pero Rodríguez Saá está convencido —como

De la Rúa— de que sus negativas a la pesificación y la devaluación fueron decisivas para su caída. Acusa, en especial, a De Mendiguren y al Grupo Clarín, que en la cena estuvo representado por Rendo.

“El señor Rendo —afirma Rodríguez Saá— había tenido una reunión privada conmigo en la Casa de Gobierno, donde me dijo que Clarín tenía una deuda en dólares muy grande de más de 3 mil millones y que había que pesificar y devaluar. Era tipo como si pretendiese darle instrucciones al presidente. Yo lo interpreté de esa forma pero, como ejercía el cargo con mucha firmeza, no influyó en mí, y le expliqué que iba a cumplir con el mensaje que había dado ante la Asamblea Legislativa”.

Siempre según el ex presidente, Héctor Magnetto, Director General del principal grupo de

medios de comunicación del país, “tuvo una reunión con mi hermano y le planteó el mismo tema, más suave”.

Rodríguez Saá agrega que “el lobby de estos empresarios venía desde antes” ya que, cuando llegó a la Casa Rosada, “el único papel que había sobre el despacho del secretario general de la Presidencia era el borrador de la ley de pesificación y devaluación. La Operación Clarín estaba puesta ahí, en ese papel”.

“Estos sectores —añade— fueron los creadores del golpismo democrático. Voltearon primero a un presidente y después, a otro”.

Al frente de ese presunto complot, Rodríguez Saá ubica a su sucesor: “El que hace la conspiración es Duhalde. Después de la comida con los empresarios, Duhalde ya no vino más a verme, y eso que teníamos una reunión prevista

para el día siguiente. Y luego, cuando fue presidente, él les dio todo lo que pedían”.

En el Grupo Clarín desmienten —con fastidio— todas esas palabras. “Es inconcebible el nivel de fabulación en el que incurre Rodríguez Saá. Solo se entiende por su evidente obsesión para quitarse cualquier tipo de responsabilidad en su evidente fracaso. Todo es falso. Ni Magnetto se reunió con Alberto Rodríguez Saá, ni yo hablé jamás de pesificar y devaluar, ni la deuda de Clarín era de ese monto”, asegura Rendo.

Según los balances del Grupo Clarín, su deuda era de un tercio de lo que menciona Rodríguez Saá. Además, el 90 por ciento de esa deuda era con acreedores externos, en dólares, por lo cual —sostienen— no podían estar a favor de la devaluación, que, en los hechos, les triplicó el peso de esos compromisos ya que todos sus

ingresos seguían siendo en moneda local.

En ese sentido, Rendo explica que “llegamos a enero de 2002 con aproximadamente 980 millones de dólares de deuda, el 90 por ciento tomada en el exterior y en dólares. En el año anterior la habíamos reducido en casi mil millones con la venta de nuestras participaciones en CTI y DirecTV más un aporte de 150 millones de dólares en julio de 2001 de fondos frescos y propios de los accionistas. Así que la devaluación lejos estaba de nuestros deseos. Y las consecuencias de la devaluación fueron nefastas para nosotros”.

Esa deuda no podía ser alcanzada por la pesificación a un dólar un peso que reclamaban sectores del empresariado que también debían dólares pero a los bancos locales.

De acuerdo con el Banco Central, el Grupo Clarín figuraba en el puesto número treinta de los

deudores del sistema financiero argentino con 94 millones de dólares, mientras que La Nación S.A. ocupaba el lugar número treinta y ocho con 84 millones de dólares.

Ni la devaluación, ni la pesificación; en el Grupo Clarín sostienen que la preocupación de todo el sector comunicacional —“nos referimos a, entre otros, el Grupo Uno, La Nación y Perfil”, precisan— pasaba por la Ley de Quiebras, que en los noventa había incorporado el *cramdown*, una “mala y desnaturalizada copia” de un mecanismo de origen estadounidense que, en un contexto de cesación general de pagos, facilitaba las “compras hostiles”, a bajo precio, de empresas endeudadas, por parte de compañías que acordaban con los bancos acreedores.

Como otras empresas —de diversos sectores— buscaban un paraguas que los protegiera de la

pérdida de sus activos, por lo menos en forma transitoria, hasta que el país saliera de la crisis. Por ejemplo, una reforma de la Ley de Quiebras que suspendiera el *cramdown*.

Rendo asegura que él fue a la cena con Rodríguez Saá en Olivos invitado directamente por Lusquiños. “Yo supongo —dice— que, como Rodríguez había escuchado de mi reunión anterior en la Casa Rosada que no éramos pro devaluación y que lo que nos preocupaba eran la protección de las empresas y el *cramdown*, nos hizo ir para tener otra visión”.

“Yo —agrega— no hablé de devaluación o dolarización. Yo hablé solo del riesgo del *cramdown*, que nos preocupaba a todos los medios”.

Rendo niega las acusaciones de Rodríguez Saá sobre la participación del Grupo Clarín en un

supuesto complot en su contra, y recuerda que fueron sorprendidos por su reemplazo por Duhalde.

“En esos días —dice— no se esperaba ese desenlace. De hecho, el 28, el 29 y el 30 de diciembre ministros de Rodríguez Saá mantenían comunicación con nosotros, nos anunciaban medidas y hasta se quejaban de que desde otros canales de TV se llamaba a la gente a la violencia, con relación al cacerolazo del 28 de diciembre, que terminó con incidentes en el Congreso”.

Capítulo 17

GANADORES Y PERDEDORES

Gentileza Víctor Bugge. Presidencia



En Olivos, el presidente Duhalde con, de izquierda a derecha, los empresarios Luis Pagani, Horacio Martínez, Oscar Vicente Madanes Quintanilla, y el ministro José de Mendiguren.

*Los sindicatos se portaron diez puntos,
no hicieron ningún lío.*

El ex ministro Jorge Remes Lenicov sobre los
gremios,
que no reclamaron aumentos de salarios a pesar
de la
megadevaluación y la inflación.

*Comprar Pérez Companc antes de la
devaluación era
impensable y ahora Petrobras lo consiguió, lo*

*que
demuestra cómo el mercado argentino se
volvió accesible
a las compañías brasileñas después de la
devaluación.*

Eloi de Almeida, titular del Grupo Brasil, que
reúne a las
empresas brasileñas con inversiones en la
Argentina,
el 10 de septiembre de 2002 al diario *Gazeta
Mercantil.*

Mirado desde el presente, el pasado puede
parecer lineal e inevitable; fácilmente previsible.
Pero el día a día de la gran crisis tuvo un vértigo
inusual: cada uno de los actores políticos,

empresariales, sindicales y sociales desplegó tácticas diversas y cambiantes para favorecer sus intereses particulares y lograr mayores cuotas de un poder que se había fragmentado tanto que muchos temían el caos y la anarquía.

Nadie —ni siquiera los grupos más fuertes— podía estar seguro de cómo saldría de esa vorágine en términos de poder, riqueza, prestigio social o imagen pública.

Si uno olvidara ese contexto tan volátil, podría suponer que, luego de tantos años predicando contra la Convertibilidad, Eduardo Duhalde y su personal económico —con Jorge Remes Lenicov a la cabeza— llegarían al gobierno y en un par de semanas pondrían en marcha el modelo que pregonaban.

No fue así; el 13 de abril de 2002 —ciento tres días después de la asunción— el presidente

Duhalde admitió en su programa de radio que “lo único claro que tenemos es el rumbo, que es la reindustrialización del país y el fomento de las actividades productivas y del trabajo».

La Argentina estaba “en un mar de dificultades”, señaló Duhalde. Crujían las dos vigas maestras del nuevo modelo: la pesificación y la devaluación.

El dólar había saltado a 3 pesos, una devaluación del 200 por ciento, muy superior al 40 por ciento que el nuevo gobierno preveía para el dólar oficial el domingo 6 de enero, cuando Remes Lenicov —de saco blanco porque no había tenido tiempo ni de cambiarse— anunció la defunción del 1 a 1.

No hubo que esperar mucho luego de aquel Día de Reyes para comprobar que el gobierno se había quedado corto con ese cálculo.

La disparada del dólar reavivó las presiones de

los empresarios vinculados al ministro de Producción, José Ignacio de Mendiguren, para que todas las deudas con los bancos locales fueran pesificadas a la paridad 1 a 1 (un dólar, un peso): el argumento fue que si ellos pagaban esos préstamos según la nueva cotización del dólar habría una quiebra masiva de compañías.

Hasta ese momento, el gobierno limitaba la pesificación 1 a 1 a los créditos con saldo hasta 100 mil dólares con lo cual —según Remes Lenicov— aliviaba la situación de “la mayoría” de las familias que había sacado un crédito hipotecario para comprar su vivienda.

Por otro carril, reclamaban los ahorristas, cuyo dinero seguía acorralado en los bancos. Duhalde les había prometido en su discurso de asunción que “el que depositó dólares, recibirá dólares”, una frase que —según Remes Lenicov— alteró el

plan original y provocó la llamada “pesificación asimétrica”.

El ex ministro de Economía cuenta que se enojó mucho cuando escuchó esa frase: “Los depósitos en dólares sumaban 43.591 millones de dólares y las reservas líquidas del Banco Central eran 9.319 millones de dólares. ¡Cómo vas a decir que vas a devolver dólares si los dólares ya no estaban!”.

“Nosotros —afirma— habíamos puesto en esa parte del discurso que se iba a respetar el poder adquisitivo de los ahorros, lo cual era razonable. Yo estaba sacado: cuando terminó el discurso, fui a ver al presidente. ‘¿Cómo pusiste eso?’, le pregunté. ‘Es que los muchachos me lo dijeron’, me contestó. ‘¿Quién te lo dijo?’ Pero, como vio que estaba muy enojado, no me respondió. A los cinco o seis años, una de las últimas veces que lo vi, le volví a preguntar: ‘¿Quién fue el hijo de su

madre que te dijo eso?’ ‘No te voy a decir’, fue su respuesta”.

Remes Lenicov agrega que “la pesificación de los depósitos iba a ser 1 a 1. Cuando Duhalde dice que iba a devolver dólares, como nosotros salimos con un dólar a 1,40, decidimos pesificar los depósitos a 1,40”.

Antes de ese anuncio, Duhalde tuvo que reconocer públicamente su error. “Muchos de mis colaboradores no querían saber nada con que admitiera ese *blooper*, pero a las dos semana salí a decir que me había equivocado”, sostiene Duhalde, que sigue sin querer revelar quién le sugirió modificar su primer discurso como presidente.

Remes Lenicov cuenta que la primera reunión con los empresarios que reclamaban que también sus deudas fueran pesificadas a razón de un dólar,

un peso —al igual que quienes habían sacado préstamos para vivienda— se realizó en la residencia de Olivos. “La Unión Industrial Argentina —señala— hizo el planteo y Duhalde lo consideró razonable”.

El ministro también estaba de acuerdo con el reclamo, pero había un problema: si los bancos devolvían los depósitos a 1,40 peso por dólar, pero cobraban sus préstamos a 1 peso por dólar, ¿quién se hacía cargo de la diferencia, de la “asimetría”?

Remes Lenicov planteó “la necesidad de encontrar algún punto intermedio, desde la pesificación de las deudas a un peso con veinte centavos hasta el fraccionamiento de los créditos, dejando fuera a las grandes empresas”.

Nada de eso fue aceptado por el Grupo Productivo, y la “asimetría” fue pagada por el

Estado, en bonos entregados a los bancos “por alrededor de 11 mil millones de dólares”, según las cuentas de Remes Lenicov. Otras fuentes hablan de hasta 15 mil millones de dólares.

Mejor le fue al gobierno en la pesificación 1 a 1 y el congelamiento de las tarifas de los servicios públicos, donde resistió las presiones de las empresas y de los gobiernos extranjeros, en especial de España, y logró que el Congreso aprobara esa ley en tiempo record.

“Esas empresas querían —afirma Remes Lenicov— la dolarización; incluso, yo sé de economistas de la *city* que cobraban 10 mil pesos/dólares cada vez que iban a la televisión y decían que la salida era la dolarización o mantener la Convertibilidad”.

“Presionaron mucho —agrega. A mí me llamó el ministro (Rodrigo) Rato; a Duhalde lo llamó el

primer ministro, (José María) Aznar, también el Rey de España. Durante dos días, mis colaboradores y yo apagamos los teléfonos; no atendimos a nadie e hicimos la ley. La llevé yo, personalmente, al Congreso y salió sin que nadie la tocara”.

Las crisis se desarrollan en la incertidumbre, pero una cosa es segura: alguien cargará con el costo principal. Tanto es así que el economista Juan Carlos de Pablo sugiere que, cuando estalla la crisis, “conviene ir pensando en quién va a pagarla”.

De Pablo cita a sus colegas Gerardo della Paolera y Alan Taylor, quienes, en el libro *Tensando el ancla*, sostienen que son tres los posibles pagadores de una crisis en la que “los

valores prometidos del dinero y de la deuda no pueden ser sostenidos en el tiempo”:

- Los tenedores de pesos a través de la devaluación o la inflación, o una mezcla de ambos.
- Los tenedores de bonos por la vía del default.
- Los contribuyentes a través de nuevos impuestos o de aumentos en los que ya existen.

Della Paolera y Taylor analizan la crisis de 1890 y muestran que cada país eligió salidas distintas, con uno o más perdedores.

“Además —dice De Pablo— una crisis es como el diluvio universal: la mayoría sufre, pero algunos consiguen entradas para el Arca de Noé y se salvan. Toda crisis es una tragedia, pero

algunos sobreviven y otros hasta logran ganar mucho dinero”.

Todo eso más allá de las razones de la crisis, que en el caso de la Convertibilidad eran profundas y se relacionaban con que la atadura del peso al dólar implicaba que nuestro país debía imitar a los Estados Unidos también en otras variables: productividad, costo laboral e inflación.

De lo contrario, ¿cómo se podía sostener en el tiempo la paridad fija —1 a 1— entre el peso y el dólar?

En la gran crisis, perdieron los “tenedores de pesos” —los asalariados y los jubilados en primer lugar— a través de una devaluación que en 2002 fue del 240 por ciento —a mitad de año se acercó al 300 por ciento— aunque se tradujo en una inflación menor, del 41 por ciento.

Una fenomenal transferencia de ingresos que fue

atenuada porque el traspaso de la devaluación a los precios resultó menor al que muchos preveían debido a cuatro razones:

- La caída en el consumo ya que no hubo aumentos en los salarios y las jubilaciones, pero sí en el desempleo (21,5 por ciento en mayo) y la pobreza, que subió casi quince puntos porcentuales entre octubre de 2001 y mayo de 2002, cuando pasó a afectar al 53 por ciento de la población; es decir, a 19 millones de personas. Los más perjudicados fueron los niños: siete de cada diez menores de 14 años eran pobres.
- El corralito bancario, que incluía a los sueldos y limitaba la capacidad de consumo.
- La prudencia del gobierno en el gasto público y la emisión de dinero.

- El congelamiento de las tarifas de los servicios públicos.

También pagaron la crisis quienes tenían su dinero en dólares acorralado en los bancos.

Remes Lenicov señala que el corralito “afectó básicamente a la clase media. Cuando llegué al ministerio, pregunté cómo era la estructura de los depósitos. De más de medio millón de dólares había solamente tres; el resto se había ido antes, cuando miles de millones de dólares salieron de los bancos. Por ejemplo, el viernes anterior al corralito Repsol sacó 300 millones y Amalita Fortabat, 200 millones”.

El ex ministro admite que “los grandes perjudicados de la crisis fueron los trabajadores y los pequeños ahorristas. Yo no conozco una crisis donde los trabajadores se hayan beneficiado.

Siempre prevalece la necesidad ante una crisis, y alguien le pone más o menos justicia. Nosotros pusimos la mayor cuota de justicia dentro de lo posible”.

“Una crisis —agrega— es como una quiebra: uno reparte pérdidas, y lo que tiene que hacer es atemperarlas y distribuir las lo más equitativamente posible. Lo que hicimos no comprometió el futuro; por el contrario, las medidas que implementamos permitieron salir rápidamente de la crisis”.

Duhalde, en tanto, considera que “todas las devaluaciones son una macana; empobrecen a toda la sociedad y mucho más a los que menos tienen. Pero en aquel momento yo no veía otra salida mejor; ahora, sigo pensando lo mismo”.

“Yo —afirma— tenía muy claro que había una sola salida: la Argentina productiva”.

Para Remes Lenicov, no hubo hiperinflación ni estallido social gracias, en primer lugar, a los sindicatos y a las dos CGT —la oficial y la disidente— que no protestaron frente a la mega devaluación ni al retorno de la inflación. “Se portaron diez puntos, no hicieron ningún lío”, dice el ex ministro.

“Yo —explica— hablé mucho con (Rodolfo) Daer. Nuestra apuesta era a que aumentara la demanda laboral y que, a partir de ahí, el salario empezara a recuperarse. Por eso, el salario privado alcanzó valores de 2001 recién en 2004, y el del sector público, en 2006”.

De Mendiguren, por su parte, tenía mayor trato con el titular de la otra CGT, la disidente, el camionero Hugo Moyano: “El Negro visualizó el peligro, y que estábamos ante el precipicio. Nosotros, desde una debilidad absoluta, debimos

administrar esos conflictos. Mientras tanto, la izquierda marchaba y la derecha conspiraba, y a nosotros nos puteaban todos. El Negro era el único que más o menos entendía esto cuando yo se lo explicaba. Por supuesto, en la mitad de la charla te preguntaba quién era el secretario de Transporte. Y puso a Guillermo López del Punta. El Negro no desatiende nada, y es consciente de su poder”.

Es una actitud que todavía mortifica al radicalismo y al no peronismo en general: ¿por qué el sindicalismo le hizo ocho huelgas generales a Fernando de la Rúa en poco más de dos años de gobierno, pero bancó sin chistar tamaña quita relámpago en el poder de compra de los salarios?

¿Por qué los sindicatos siguen machacando sobre el recorte nominal y focalizado de mediados de 2000 —cuando la Alianza redujo los sueldos de los 140 mil empleados públicos que ganaban

más de mil pesos/dólares entre el 12 y el 15 por ciento— pero jugaron a favor de la megadevaluación y soportaron el retorno de la inflación, que en 2002 provocaron una caída en el poder de compra del 24 por ciento en todos los salarios y del 30 por ciento en todas las jubilaciones?

Antes de la renuncia de De la Rúa, Moyano había ratificado su postura a favor de la devaluación: “No sé si será lo mejor, pero seguramente será lo menos malo. Es necesario sincerar nuestra moneda. La moneda ficticia que tenemos no nos deja competir con nadie».

Moyano continúa defendiendo la salida de la Convertibilidad tal como sucedió: “Con De la Rúa, habíamos hablado de la necesidad de modificar el sistema cambiario. Pero estaba encerrado. No tenía ni el coraje ni la idea de

hacerlo. Había que tener coraje para devaluar”.

Otra es la explicación de la ex ministra de Trabajo Patricia Bullrich, que acusa al sindicalismo peronista de haber sido uno de los protagonistas del “golpe” contra De la Rúa. Recuerda una cena en la residencia de Olivos luego de los comicios de octubre de 2001 en la que participó junto con el presidente; el jefe de Gabinete, Chrystian Colombo; y varios sindicalistas, entre ellos Moyano y Daer.

—Nosotros no vamos a voltear a este gobierno si hace lo que nosotros queremos —le dijo Moyano a De la Rúa, de acuerdo con la versión de Bullrich.

La ex ministra —actual diputada aliada al PRO— asegura que le preguntó a De la Rúa y a Colombo si ellos pensaban replicar esas palabras. Y que, como ninguno dijo nada, ella se levantó de

la mesa y se fue para manifestar su enojo con la presión sindical.

En el libro *El hombre del camión*, los periodistas Emilia Delfino y Mariano Martín consultaron a Moyano sobre la acusación de De la Rúa, que lo involucra en la supuesta conspiración en su contra.

—Bueno, me siento orgulloso. La caída de él significó salir del *corset* que teníamos. Era necesario que ocurra. Hice lo que pensaba que tenía que hacer —contestó el líder de los camioneros.

En cambio, Moyano negó su participación en los saqueos y otros desbordes sociales.

Una de las razones de la actitud de las dos CGT fue la pertenencia política del sindicalismo: tanto en 1983 como en 1999, cuando el radicalismo —solo o en la Alianza— llegó al gobierno, los

gremios se convirtieron en uno de los arietes del Movimiento creado por el general Juan Domingo Perón para volver al poder, más tarde o más temprano.

Tanto Raúl Alfonsín como —más tímidamente— De la Rúa intentaron limitar el poder de los gremios, pero fracasaron.

Sería una razón —una “anomalía” para el no peronismo— inherente a nuestro sistema político, de largo plazo, que podría incluso reaparecer si el peronismo pierde el gobierno en las próximas elecciones.

Otra causa fue que, por lo menos en el caso argentino, resulta más fácil apelar a una devaluación o a la inflación que a un recorte puntual de los salarios o al ajuste del gasto público nominal.

“En las apariencias —explica Remes Lenicov—

es más desprolija una devaluación que una caída del 20 por ciento del salario o un 25 por ciento de desocupación. Optamos por la devaluación porque permite realizar los ajustes de los precios relativos de una manera menos traumática y más potable desde el punto de vista político, social y económico”.

En tercer lugar, la fuerza de los gremios depende del nivel de ocupación. Un tercio de la fuerza laboral enfrentaba problemas graves (desempleo más subocupación) en octubre de 2001; eso debilitaba mucho a los gremios, que — más allá de su pertenencia al peronismo— pudieron influir muy poco en los detalles concretos de la pesificación y la devaluación.

En ese sentido, De Pablo recuerda que en el verano de 2002 un dirigente de la construcción “me decía: ‘¿Cómo querés que salgamos a

protestar, a impulsar un paro, por la devaluación si en la ciudad de Buenos Aires hay solo tres obras grandes? Si pierden el presentismo, me matan’”.

La crisis también afectó a los tenedores de bonos —el 38,4 por ciento de los acreedores eran argentinos— y a las empresas privadas que prestaban servicios públicos, que habían hecho fuertes inversiones en dólares y tenían sus tarifas en pesos/dólares.

Unos perdieron, otros ganaron: las empresas exportadoras y los productores agropecuarios, en primer lugar. Fue coherente con la apuesta de Duhalde de generar un tipo de cambio lo más alto posible para impulsar una rápida reactivación del campo —había aprovechado los noventa para capitalizarse y desarrollar el cultivo de la soja—

que luego contagiara al resto de la economía; de las zonas rurales y los puertos a las ciudades, como se notó ya a partir de julio de 2002. Con la expectativa de que este crecimiento se reflejara luego en la creación de puestos de trabajo, mejores salarios y aumento en el consumo, en ese orden.

“Nosotros —afirma Duhalde— apostamos a poner en marcha rápidamente a la Argentina productiva. Mi convicción era que el campo arrastraría a toda la cadena productiva y que nos daría los dólares que necesitábamos para afrontar los graves problemas internos que atravesábamos”.

“También sabíamos —agrega— que el sector industrial era el más moderno de los últimos cincuenta años. El 1 a 1 lo había ayudado a actualizar sus instalaciones. Había sectores que

eran más o menos competitivos a pesar de la asfixia financiera y cambiaria. La industria trabajaba solo al 40 por ciento de sus posibilidades”.

De todos modos, en el primer trimestre de 2002 el producto bruto interno cayó el 16 por ciento con relación a igual periodo del año anterior, y en el segundo trimestre, el 13 por ciento. Terminó 2002 con un desplome del 10,9 por ciento (la caída había sido del 4,5 por ciento en 2001).

El dólar alto favoreció la rentabilidad de las empresas en general, al principio por la caída del salario real pero también después, cuando los sueldos se recuperaron: en 2005 los ingresos de las compañías equivalían al 47 por ciento del producto total, cinco puntos más que en 2001, antes de la gran crisis.

Eduardo Levy Yeyati y Diego Valenzuela

señalan en su libro *La resurrección* que —según los datos del INDEC— “la remuneración del capital pasó de representar el 42 por ciento del producto (el 38 por ciento en promedio en los años de la Convertibilidad) a llevarse el 52 por ciento en 2002, para luego caer gradualmente de la mano de la recuperación salarial aunque a niveles cinco puntos superiores a los de la precrisis”.

En particular, el Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores de la Argentina (CTA), dirigido por el actual diputado Claudio Lozano, identificó a las empresas que más se beneficiaron tanto de la suba del dólar —que multiplicó el valor de sus exportaciones— como de la pesificación 1 a 1 de sus deudas locales en dólares.

A la cabeza de ese ranking figuró Repsol YPF —la mayor empresa del país— que ganó 1.064

millones de dólares por la devaluación del peso y evitó pagar 162 millones de dólares porque la pesificación de sus deudas no fue hecha según el nuevo valor del dólar.

El listado es dominado por los exportadores de productos agropecuarios, alimentos, petróleo, acero y vehículos.

En conjunto —siempre según el informe de la CTA— las grandes empresas ganaron 9.154 millones de dólares por la devaluación y se ahorraron 3.978 millones de dólares por la pesificación. Un beneficio total de 13.132 millones de dólares.

Una parte de ese beneficio fue derivado al gobierno bajo la forma de retenciones a las exportaciones, que comenzaron por el petróleo (20

por ciento) y en marzo siguieron con el campo: 10 por ciento para los productos primarios y 5 por ciento para los manufacturados.

Eran otros tiempos. El 4 de marzo de 2002, Remes Lenicov aclaró que, “cuando uno toma este tipo de medidas, no lo hace complacidamente sino en función de la crisis inédita que vive nuestro país”, y afirmó que serían transitorias: “Tan pronto se logre ingresar en un sendero de sólida recuperación de la actividad, es intención dejar sin efecto esta medida”.

Un mes después, fueron aumentadas al 20 por ciento para todos los granos y sus derivados, que era la idea original del ministro.

Las retenciones acercaron al gobierno recursos equivalentes al 1,5 por ciento del producto bruto interno, que sirvieron para mejorar las cuentas fiscales y financiar planes sociales, que en abril de

2002 alcanzaban ya a 2 millones de personas.

Resultaron tan provechosas para el Estado y tan sencillas de recaudar que ya no fueron eliminadas por los gobiernos sucesivos sino mantenidas e incluso aumentadas al ritmo de una fuerte suba en el precio internacional de la soja y de otros productos.

La soja —ese “yuyo”, según la presidenta Cristina Kirchner— benefició a los gobiernos peronistas. Durante el gobierno de De la Rúa, el precio había tocado fondo: en diciembre de 1999, cayó a 167 dólares la tonelada; un año después, estaba en 185 dólares, y en diciembre de 2001, a 160 dólares.

Siempre por debajo de los 200 dólares, un piso trágico para la economía nacional.

Duhalde tuvo mejor suerte porque ya en julio de 2002 la soja volvió a subir por encima de los 200

dólares, a 209 dólares; durante su último mes, mayo de 2003, la cotización fue de 232 dólares. Aunque el *boom* de precios comenzó en octubre de 2003, con Néstor Kirchner en el poder.

Además, las retenciones son “derechos de exportación” y no se comparten con las provincias, como los impuestos; ese dinero fortaleció al gobierno nacional, que pudo reconstruir la autoridad presidencial, despedazada durante los últimos meses del gobierno de De la Rúa.

Duhalde comenzó ese proceso y su sucesor — Kirchner— lo perfeccionó de una manera nunca vista a través de una eficaz política de premios a los aliados y castigos a los díscolos. Surgió un gobierno nacional rico y poderoso, que incluso se acostumbró a pasar por alto a los gobernadores y tratar directamente con los intendentes, como en el caso de las obras financiadas en el conurbano

bonaerense.

Pero las bases fueron puestas por Duhalde, que desde la Casa Rosada hizo que la presidencia volviera a sujetar a las provincias a través también del acuerdo fiscal del 27 de febrero de 2002: el Tesoro nacional se hizo cargo de las deudas provinciales y del rescate de las cuasimonedas; a cambio, los gobernadores renunciaron al piso mínimo mensual por la coparticipación de impuestos y —lo más importante— concedieron a la Nación el control de sus fuentes de financiamiento; ya no podrían emitir bonos sin el visto bueno del gobierno nacional.

La vuelta de las retenciones agrícolas detonó un conflicto. Remes Lenicov recuerda que “los campos triplicaron sus valores; en dos años, los productores pagaron las deudas hipotecarias que tenían, que afectaban a la mitad de los campos.

Pero, como los petroleros, no querían pagar retenciones”.

Esa disputa fue discutida en el marco del Diálogo Argentino, una instancia de conciliación entre los distintos sectores políticos, económicos y sindicales auspiciada por la Iglesia Católica, que jugó un papel relevante a favor de la salida de la Convertibilidad timoneada por Duhalde.

Remes Lenicov cuenta que en una ocasión fueron a verlo Juan Pablo Cafiero, que era el vicesecretario de Gabinete, y el diputado Darío Alessandro, que participaban del Diálogo Argentino. Le traían “una muy buena noticia”, según escuchó el ministro: la Sociedad Rural Argentina ofrecía que los productores donaran el 5 por ciento de sus exportaciones para financiar programas sociales.

—¿Cómo es eso? —quiso saber el ministro,

siempre según su versión.

—Sí, pero vos no pongas retenciones.

—No, muchachos. Nosotros vamos por el 20 por ciento y no hay donación que valga porque es una decisión autónoma del Estado.

“Son personas honorables y muy bien intencionadas; entendieron claramente el mensaje y rechazaron la donación”, agrega.

El sindicalista Gerónimo Venegas —líder de los trabajadores del campo— recuerda que “las retenciones se acordaron en la sede de nuestro gremio, entre Duhalde y las cuatro entidades de productores agropecuarios. Fue la primera visita de un presidente a este sindicato”.

“Yo —afirma— era muy amigo de Duhalde. En representación del sector, fueron anunciadas por Eduardo Buzzi, de la Federación Agraria Argentina, que dijo que a los productores no les

gustaban las retenciones, pero que en la emergencia comprendían que tenían que hacer una contribución al país”.

Venegas cuenta que él había invitado a los titulares de las entidades que representan a los pequeños, medianos y grandes productores para lanzar un registro nacional de empleadores y trabajadores con el propósito de luchar contra el trabajo en negro en el campo.

“Ellos —explica— se enteraron acá de que Duhalde quería plantearles el tema de las retenciones; no les gustó nada, pero terminaron aceptando. El argumento de Duhalde fue que ellos ahora tenían un dólar muy competitivo, pero que había mucha gente que estaba muy mal por la crisis”.

El temor de las entidades rurales era que las retenciones no fueran temporarias —como

prometía el gobierno— y que terminaran asfixiando a los productores agropecuarios a través de aumentos progresivos. En síntesis, que el campo pagara la fiesta de un gasto público desbocado, como finalmente sucedió.

La salida de la Convertibilidad mejoró el tipo de cambio real en casi el 200 por ciento y también benefició a las industrias que producían para el mercado interno ya que la disparada del dólar levantó un muro contra la entrada de los importados. Y a sectores como el turismo, que rápidamente transformó las penurias del pasado reciente en un *boom*: la Argentina se volvió barata y muy atractiva para los extranjeros.

Pero hubo empresas que fueron afectadas por la devaluación: las que tenían deudas en el exterior

—en dólares o en euros— por lo general muy eficientes o, por lo menos, capaces de convencer a quienes les habían prestado dinero de que podrían devolverlo.

El problema para esas compañías fue que sus ingresos locales se habían reducido a un tercio por la devaluación mientras su deuda en el exterior se mantenía inalterable. A los efectos prácticos, se les triplicó la deuda, pero no por mala gestión o cambios en sus negocios sino por una decisión del gobierno argentino.

La CTA hizo un listado de estas empresas, que también era encabezado por Repsol YPF: la petrolera —en manos de capitales españoles— debía 2.412 millones de dólares, seguido por Pérez Companc, con 2.063 millones de dólares.

El documento que el Grupo Productivo —encabezado por De Mendiguren y compañía—

había lanzado el 21 de diciembre de 2001 preveía un seguro de cambio para las compañías nacionales, que sería financiado por las petroleras y el campo a través de las retenciones.

Remes Lenicov afirma que las presiones de esas empresas fueron “fortísimas” a favor de un seguro de cambio; querían que “el Estado se hiciera cargo de la diferencia cambiaria o bien que se utilizara parte de las reservas del Banco Central para comprar bonos *zero coupon* del Tesoro de Estados Unidos y entregárselos a las empresas para renegociar sus deudas”.

En ese sentido, recuerda una reunión un sábado en Olivos, donde Duhalde recibió a su aliado, el líder radical Raúl Alfonsín, quien llegó a la residencia presidencial junto con uno de los economistas históricos de la Unión Cívica Radical.

Siempre según Remes Lenicov, este economista propuso utilizar mil millones de dólares de las reservas del Central para comprar bonos del Tesoro estadounidense y “limpiar” las deudas de algunas compañías.

—¡Y el Banco Central pierde esos mil millones de dólares! No, imposible —asegura Remes Lenicov que le contestó.

El ex ministro afirma “fue una de las pocas veces que se devaluó y no hubo seguro de cambio”, y explica que rechazó esos pedidos por varios motivos:

- “Quienes tenían deudas con el exterior se habían beneficiado durante muchos años con relación a los que se endeudaron internamente porque pagaban el 3 o el 4 por ciento de interés mientras acá pagaban hasta el 20 por

ciento”.

- “Implicaba un subsidio monumental porque toda la deuda privada en dólares se calculaba en 70 mil millones de dólares”.
- “Buena parte de esa deuda era *back to back*, negocios entre las mismas empresas. No eran deudas reales. Por eso, ya al año siguiente, había descendido a 40 mil millones de dólares”.
- “A Duhalde lo llamaban mucho para pedirle un seguro de cambio. Yo le dije: ‘Si les das eso, te van a terminar acusando de todo. Son decenas de miles de millones de dólares; ahí siempre hay negocios, cosas raras; no les des nada’”.

En tanto, Duhalde sostiene que “mi intención fue ayudar a la producción nacional. Creo que un

presidente que no protege a las empresas de su país es un estúpido. Siempre digo que las calles de nuestras ciudades deberían tener los nombres de tantos empresarios”.

“Pero —añade— no podíamos darles un seguro de cambio: el poco dinero que teníamos había que destinarlo a mucha gente que la estaba pasando muy mal”.

Remes Lenicov afirma que debido a su negativa al seguro de cambio “ciertos medios periodísticos comenzaron a endurecer fuertemente sus posiciones con relación al programa económico”.

Se refiere, principalmente, a *Clarín*: “Eran como 800 millones de dólares. Y me negué”, le dijo el 24 de marzo de 2013 al periodista Eduardo Anguita, del diario *Miradas al Sur*.

En la opinión del ex ministro, esos medios periodísticos desgastaron su gestión al frente de

Economía y precipitaron su renuncia, el 23 de abril de 2002.

Pero esta afirmación es rechazada de plano por el Grupo Clarín. Jorge Rendo, su Director de Relaciones Externas, sostiene que ellos “jamás pidieron por un seguro de cambio”.

Remes Lenicov interpretó en aquel contexto la tapa del Suplemento Económico de *Clarín* del domingo 14 de abril titulada “Una devaluación sin plan”, que señalaba que “las variables clave de la economía parecen estar a la deriva: incertidumbre cambiaria, salarios en retroceso, recaudación en baja y precios en alza”.

En realidad, más allá de los medios, el país seguía en una situación económica y social tan complicada que incluso provocó un debate dramático en la cúpula del gobierno sobre el rumbo a seguir.

En el Grupo Clarín, en tanto, aseguran que en abril de 2002 estaban preocupados por otro tema: la defensa de las modificaciones a la Ley de Quiebras, que habían sido introducidas a fines de enero por el Congreso, pero eran fuertemente impugnadas por el FMI.

En ese sentido, Rendo señala que participó de “una reunión en el Ministerio de Economía con representantes del sector bancario, que se oponían a esas modificaciones y pedían derogarlas, en un discurso en sintonía con el FMI”.

Según Rendo, fue invitado a ese encuentro por Remes Lenicov “para exponer, con otros empresarios, nuestra posición sobre la espada de Damocles que era el *cramdown* para las empresas en un contexto de crisis sistémica coyuntural”.

“Nuestra idea —agrega— era que en una crisis como ésta debía poder protegerse tanto el derecho

de propiedad de los acreedores como el de las empresas; no uno a costa de otro”.

Por el *cramdown*, si una empresa no pagaba sus deudas y no lograba un acuerdo con sus acreedores en una primera ronda de negociaciones, otra compañía podía arreglar con los bancos y quedarse con las acciones a un precio acorde con esa situación, es decir muy bajo.

Por ese motivo, la suspensión de ese mecanismo durante la crisis era defendida no solo por el Grupo Clarín sino por todas las compañías endeudadas en el exterior, incluidas las periodísticas; todas corrían el riesgo de una “compra hostil”.

Los bancos estaban en contra: defendían el cobro de sus préstamos con los argumentos de la seguridad jurídica y de que el dinero de esas deudas no era de ellos sino de los depositantes.

Eran respaldados por el FMI, que exigía que el Congreso anulara los cambios en la Ley de Quiebras para reanudar el envío de dinero fresco al país.

Duhalde cuenta que recibió ese pedido ya en su primera reunión como presidente con los hombres de negocios: “El 4 de enero de 2002 convoqué a todos los empresarios, pero antes recibí, también en la residencia de Olivos, a los más grandes: (Carlos) Bulgheroni, (Héctor) Magnetto y (Héctor) Massuh, entre otros”.

“Eran —recuerda— cinco o seis; los empresarios a los que yo sabía que podía pedirles algo, básicamente que fueran sensibles a las necesidades sociales, que pensábamos financiar con retenciones a las exportaciones de petróleo. Les conté lo que pensábamos hacer”.

“Los empresarios —añade— me propusieron la

modificación de la Ley de Quiebras y yo acepté totalmente convencido de que era positivo porque favorecía a las empresas argentinas”.

Duhalde afirma que él ya conocía a Magnetto, el CEO de Clarín: “Lo había conocido siendo gobernador de Buenos Aires, pero no mucho más. Lo volví a ver luego de asumir la presidencia, muy preocupado por la situación de sus medios, como lo estaban todos los empresarios con sus empresas”.

Algunos miembros del equipo económico respaldaron el planteo de los empresarios, mientras otros se alinearon a favor de los bancos. La cuestión fue rápidamente saldada por Duhalde, y el 30 de enero el Congreso sancionó los cambios transitorios —hasta el 10 de diciembre de 2003— de la Ley de Quiebras.

Con el paso de las semanas, Remes Lenicov y

su equipo llegaron a la conclusión de que lo mejor era eliminar esas modificaciones y reincorporar la figura del *cramdown* para lograr un acuerdo con el FMI.

La última quincena de abril de 2002 fue decisiva para el equipo económico. Por un lado, Remes Lenicov viajó a Washington, pero no pudo convencer al Fondo de que reanudara su asistencia financiera; por el otro, el Congreso rechazó su plan para convertir los depósitos acorralados en bonos compulsivos.

Parecía un retorno a diciembre de 2001: los ahorristas protestaban en las calles y los bancos no atendían al público debido a un feriado por tiempo indeterminado. Las encuestas mostraban un rechazo del 78 por ciento a la devaluación y del

81 por ciento a la política económica.

Duhalde dudaba del rumbo elegido y comenzó a explorar un Plan B, que dejara de lado al FMI, fuera más expansivo en el gasto público y en la emisión de dinero, y se apropiara de algunas empresas, como las que manejaban los fondos de las jubilaciones privadas.

Mientras Remes Lenicov seguía en Washington, el presidente invitó a cenar a Olivos a sus principales colaboradores: Jorge Todesca y Lisandro Barry, junto con economistas heterodoxos como Daniel Carbonetto y Eduardo Setti, que eran partidarios de romper con el Fondo y de una mayor intervención del Estado.

“Nos criticaron a mansalva mientras Duhalde escuchaba con atención. Apenas pudimos, nos fuimos, y le avisamos a Jorge. Un par de días después, él presentó la renuncia porque sintió que

ya no tenía la confianza del presidente”, cuenta un ex funcionario de Remes Lenicov.

La renuncia del ministro cerró el primer ciclo del gobierno de Duhalde, el más turbulento y traumático; fueron casi cuatro meses en los cuales Remes Lenicov llevó a cabo “el trabajo sucio” de la pesificación y la devaluación, los dos pilares de la salida a los tumbos de la Convertibilidad.

La caída de Remes Lenicov gatilló un cambio de gabinete, que se llevó también a De Mendiguren y al jefe de Gabinete, Jorge Capitanich, entre otros funcionarios.

Duhalde convocó a Olivos a una reunión de gobernadores, legisladores y sindicalistas del peronismo, que incluyó a economistas de distintas orientaciones del “campo nacional”, como Carbonetto, que era diputado por el Polo Social y asesoraba a Moyano; en los ochenta, había

colaborado con el presidente peruano Alan García.

Los catorce jefes provinciales del peronismo habían quedado fuera del esquema de gobierno de Duhalde por decisión propia: no habían aceptado acompañarlo en el gabinete. Pero en aquel “cabildo abierto” de Olivos terminaron convirtiéndose en el principal sostén del presidente.

Los asustó la posibilidad de que Duhalde optara por un camino que pudiera desembocar en más inflación, agravamiento de la crisis financiera y mayor aislamiento del mundo.

El ex gobernador de Salta, Juan Carlos Romero, recuerda que “había rumores muy fuertes de un giro populista y se mencionaba para ministro de Economía a un señor Carbonetto, cuyas referencias metían miedo. Las consignas eran las usuales:

‘Vivir con lo nuestro’, ‘Resistir hasta las últimas consecuencias’, etcétera”.

“A los gobernadores no nos gustó y pedimos reunirnos a solas con el presidente”, agrega Romero.

La semana anterior, Romero había convocado en Salta a una reunión con funcionarios, políticos, economistas e intelectuales para analizar la situación y delinear posibles soluciones, que quedaron plasmadas en un plan de catorce puntos.

“Por suerte —dice Romero— tenía el papel con esos catorce puntos, y, cuando se dio la oportunidad, alcé la mano y propuse esas ideas, que fueron tomadas casi al pie de la letra. Aníbal Fernández —era el secretario general de la Presidencia— les dio forma en la computadora”.

El “Documento de los 14 puntos” fue firmado el jueves 25 de abril entre el presidente y todos los

gobernadores, incluidos los opositores. Resultó un aval a la política económica de Remes Lenicov y a las negociaciones con el Fondo —incluido el ajuste en las provincias— salvo en un punto: le bajaron el pulgar al bono para los ahorristas.

“Lo más tragicómico —cuenta Romero— fue que tuvieron que llamar a todos los dirigentes que ya se habían ido de Olivos para darles la contraorden y decirles que no íbamos a la guerra contra el FMI. ¡A ver si hablaban con los medios de comunicación de algo que se había levantado!”

Remes Lenicov evalúa que los gobernadores “mostraron un mayor grado de responsabilidad y con su apoyo brindaron el margen necesario de gobernabilidad. Ellos evitaron que Duhalde se inclinara por Carbonetto y compañía”.

Fue reemplazado por Roberto Lavagna, que era el embajador ante la Unión Europea, cargo que, en

un enroque, fue ocupado por el ex ministro.

El nombre de Lavagna fue acercado por el canciller Carlos Ruckauf y rápidamente avalado por Alfonsín, el aliado número uno de Duhalde.

Alfonsín había visitado en esos días turbulentos al presidente en Olivos. “Nos recibió con muestras de gran cansancio: todo transpirado, el cuello de la camisa abierta, la corbata desaliñada”, recuerda el ex jefe del bloque de senadores de la UCR, Carlos Maestro.

—Tengo que buscar un ministro de Economía.

—¿A quién tiene en vista? —afirma Maestro que fue su pregunta.

—No tengo a nadie.

Maestro cuenta que el viernes 26 de abril Alfonsín lo llamó temprano a su despacho.

—Carlos, véngase esta tarde a mi oficina. Vamos a charlar un poco con el próximo ministro

de Economía. Quiero que usted le exprese en persona el apoyo parlamentario del radicalismo.

“Fui solo; debería haber ido con Horacio Pernasetti, que era el jefe del bloque de diputados de la UCR, pero no estaba en la Capital; al rato, llegó Lavagna, que había sido secretario de Industria en el gobierno de Alfonsín”, cuenta Maestro.

Fue así como el gobierno de Duhalde siguió en el carril en el que venía —con algunos ajustes— y las modificaciones a la Ley de Quiebras fueron anuladas el 15 de mayo por el Congreso, con lo cual el *cramdown* volvió a tener vigencia.

El Grupo Clarín y otros medios de comunicación llevaron adelante otro proyecto: la Ley de Bienes Culturales, para limitar en un 30 por

ciento la participación del capital extranjero en “todos los productos culturales” y suspender la aplicación del *cramdown* en ese sector.

El proyecto fue elaborado en base a normas similares de otros países, en especial Brasil, donde, incluso, tenían rango constitucional, como destacó la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) en un comunicado el 27 de mayo de 2002.

En el Grupo Clarín enfatizan que el proyecto “fue empujado por toda la industria cultural”, donde había medios de comunicación “en situaciones más comprometidas y mucho más angustiantes” que la de ellos.

Un activo propulsor de esa norma fue el ex político José Luis Manzano, socio del empresario mendocino Daniel Vila en Supercanal y un grupo de diarios, radios y canales de TV, que se había

expandido con fuerza en el interior del país.

Los cambios en el gabinete de Duhalde le dieron a Manzano mucha influencia en el gobierno.

“Yo estuve totalmente de acuerdo, pero no por el Grupo Clarín y, en general, todos los medios, sino porque pensé que era una manera inteligente de proteger a, por lo menos, un sector de las empresas nacionales”, afirma Duhalde.

La Ley de Bienes Culturales fue aprobada en el Senado el 12 de junio de 2002, pero recién obtuvo su sanción definitiva al año siguiente, el 17 de junio de 2003, en las primeras semanas de gobierno de Néstor Kirchner.

La norma dejó a las empresas dedicadas a los “productos culturales” fuera del *cramdown* previsto en la Ley de Quiebras.

Destacan en el Grupo Clarín que no sólo contempló a los diarios, radios y canales sino

también a las empresas de publicidad en la vía pública, como la compañía del secretario de Medios de Kirchner, Enrique “Pepe” Albistur.

Es que la definición de “productos culturales” de la Ley incluyó a “diarios, revistas, periódicos, editoriales, servicios de radiodifusión, productoras de contenidos audiovisuales y digitales, proveedoras de acceso a Internet y empresas de difusión en vía pública”.

A todo esto, el *default* se expandía en el sector privado: en los primeros nueve meses de 2002 hubo setecientas treinta y tres quiebras, un aumento del 200 por ciento con relación a 2001. Y el 45 por ciento de los quebrantos había ocurrido en agosto y en septiembre.

La Ley benefició a las “empresas culturales”,

pero no al resto de las compañías endeudadas en el exterior. Algunas reestructuraron sus deudas; otras prefirieron vender como Pecom Energía, la petrolera del holding Pérez Companc, y Loma Negra, la cementera de Amalia Lacroze de Fortabat.

Pecom Energía —la segunda petrolera del país— inauguró en 2002 una serie de ventas de empresas nacionales a compañías brasileñas.

Petrobras —la mayor empresa de Brasil, de capitales públicos y privados— compró el 58,6 por ciento de Pecom Energía por 1.181 millones de dólares.

Apenas un año antes —en 2001— habían habido fuertes rumores en Brasil, pero en dirección contraria: esas versiones indicaban que la petrolera argentina estaba interesada en comprar Ipiranga, una compañía brasileña del sector.

Los brasileños pudieron comprar Pecom porque la mega devaluación había reducido el precio de sus activos y triplicado el peso de su deuda externa.

Por eso, parte del precio consistió en que Petrobras asumió la deuda en dólares de Pecom con la aprobación de los acreedores, que preferían negociar con una empresa de un país que no estuviera en *default*.

Eloi de Almeida, titular del Grupo Brasil —que reúne a las empresas brasileñas con inversiones en la Argentina— evaluó que “comprar Pérez Companc antes de la devaluación era impensable y ahora Petrobras lo consiguió, lo que demuestra cómo el mercado argentino se volvió accesible a las compañías brasileñas”.

“Es hora de invertir porque los activos en la Argentina, que siempre fueron muy caros, ahora se

volvieron baratos”, agregó Almeida.

Mientras empresas europeas y estadounidenses se apretujaban para abandonar el país, las compañías brasileñas aplicaron sus conocimientos de tantas crisis atravesadas, aprovecharon la coyuntura y se quedaron con empresas de punta en sectores claves: energía, siderurgia y alimentación.

Tanto fue así que en 2002 las compras de Petrobras (Pecom Energía) y AmBev (Quilmes) sumaron inversiones mayores a las realizadas por las empresas brasileñas en los ocho años anteriores, cuando reinaron las compañías estadounidenses y europeas.

En total, entre 2002 y 2005 Brasil invirtió en la Argentina 5.141 millones de dólares, el triple del monto invertido en los diez años y medio de la Convertibilidad.

En 2005, quedaba claro que no solo la megadevaluación había afectado a las empresas argentinas endeudadas en el exterior, sino también el prolongado *default* del país, que impedía a las compañías el acceso al crédito internacional, mucho más barato.

Una paradoja porque tanto Duhalde como Kirchner siempre se presentaron como paladines de la industria nacional.

En cambio, las empresas brasileñas podían tomar créditos en el mercado global —donde las tasas son mucho menores— y tenían mayor credibilidad a la hora de renegociar deudas en el exterior.

El país les jugaba a favor. Brasil no había quebrado, pagaba puntualmente la deuda, respetaba las privatizaciones y los contratos, y la política macroeconómica del presidente Luiz

Inácio Lula da Silva era la misma que la su antecesor, Fernando Henrique Cardoso: inflación baja, dólar flotante y superávit fiscal primario elevado.

Por si fuera poco, varias de las compras brasileñas fueron financiadas con créditos blandos por el estatal Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), que, por ejemplo, prestó 80 millones de dólares para que Friboi adquiriera el control accionario de Swift Armour S.A. Argentina.

Otra operación emblemática fue la compra del holding Loma Negra, que controlaba el 48 por ciento del mercado argentino del cemento, entre otros negocios, por parte de Camargo Correa, que pagó 1.025 millones de dólares.

Eso fue el 19 de abril de 2005; los empresarios locales recibieron la noticia con malestar. “Nos

habría gustado que la Argentina hubiera tenido un periodo de estabilidad macroeconómica como para permitir la compra por un grupo de capital nacional”, dijo Héctor Méndez, que era el titular de la UIA.

El supermercadista Alfredo Coto recuerda un diálogo de aquellos días con Amalia Fortabat.

—Amalita, no podés vender tu empresa, es un patrimonio nacional.

—Alfredo, yo no me quiero quedar con una deuda en dólares.

Por su parte, la megadevaluación sorprendió a Coto con una deuda de 175 millones de dólares, un dinero que había recibido apenas dos meses antes, en noviembre de 2001.

“El crédito —dice Coto— no nos preocupaba mucho porque representaba el 10 por ciento de nuestras ventas, que eran de 1.750 millones de

pesos/dólares. Nos prestó un pool de bancos”.

“El desenlace de la crisis —agrega— nos tomó por sorpresa; nadie pensaba en la salida de la Convertibilidad. Fue un *shock*; la empresa estaba bien administrada, pero pasamos a deber 175 millones de dólares mientras que nuestros ingresos se mantenían en 1.750 millones de pesos”.

La estrategia de Coto —que llevó su tiempo— fue abrir nuevos locales para aumentar la facturación, vender algunas valiosas propiedades y pedir un crédito al Banco Nación, durante el gobierno de Kirchner. Con todo ese dinero, pudo pagar parte de la deuda y negociar mayores plazos.

“En el medio —cuenta— yo veía cómo se vendían empresas nacionales: Loma Negra por mil millones de dólares fue una tristeza. En mi caso, los bancos no querían operar con la Argentina y vendieron la deuda a un fondo cordobés, cuyos

directivos me decían: ‘Queremos acciones de Coto’; ‘No, si algo no voy a dar son acciones, pero les vamos a pagar todo’, les contestaba. ‘Si lo mandamos a *default*, sus acciones no van a valer nada’, me presionaban. Fue un tira y afloje, pero logramos salir”.

La salida de la Convertibilidad fue dolorosa, con un costo elevado, a tono con un país donde sus dirigentes ni siquiera pueden ponerse de acuerdo en cómo solucionar los problemas comunes antes de que estallen en una crisis.

Epílogo

HIJOS DE LA CRISIS



Duhalde fue el “gran elector” de Néstor Kirchner, quien inauguró el kirchnerismo el 25 de mayo de 2003.

—Néstor, ¿por qué ahora sos de izquierda si
los dos
éramos los grandes alcahuetes de Cavallo,
vos primero y yo segundo?
—La izquierda te da fueros, Ramón.

El presidente Néstor Kirchner y el senador
Ramón Puerta,
a mediados de enero de 2004, en Monterrey.

¿En qué momento se había jodido el Perú?

Santiago Zavala, “Zavalita”,
protagonista de *Conversación en La Catedral*,
de Mario Vargas Llosa, página 15.

Néstor y Cristina Kirchner son hijos de la gran crisis: es una de las pocas cosas en las que todos parecen de acuerdo en la Argentina.

Por un lado, los kirchneristas consideran que diciembre de 2001 reflejó el agotamiento del “modelo neoliberal” caracterizado por la “subordinación del sistema político a los poderes fácticos, que cada vez excluían a un porcentaje mayor de la población”.

Es que la gran crisis entusiasmó a muchos “progresistas”, que interpretaron que los cacerolazos y la impugnación en masa de los políticos marcaban la tan esperada toma de

conciencia de las clases medias sobre sus verdaderos intereses.

Las clases medias se reconocían así como aliados naturales de los desocupados y excluidos que apelaban a los piquetes para manifestar sus penurias. “¡Piquetes y cacerolas, la lucha es una sola!”, fue el grito que entusiasmó a tantos que imaginaron cambios sustanciales en la política y la economía.

En ese sentido, la proliferación de las asambleas populares en la ciudad de Buenos Aires anticipaba el paso a una democracia directa, popular, consensuada, que orientaría la economía no en beneficio del capital sino de una distribución más equitativa del ingreso y de la riqueza.

Para el oficialismo, la gran crisis fue una oportunidad que resultó aprovechada por las mayorías populares, que encontraron en los

Kirchner a sus más leales y eficaces representantes.

Pero una crisis puede ser vista también como un fracaso colectivo porque frustra a la sociedad en su conjunto, destruye una parte de su riqueza y aumenta la brecha entre pobres y ricos.

En esa línea, las crisis empobrecen a un país y generan demandas sociales de similar calidad.

Creo que la equiparación entre empleo genuino y subsidio social prueba el empobrecimiento de las demandas de una sociedad sometida a crisis tan intensas y recurrentes. No es lo mismo un trabajo que un plan social: en un caso, nos encontramos con el medio de vida de un ciudadano, una persona autónoma; en el otro, con el ingreso de un “cliente” que pasa a depender del político o del funcionario de turno.

Sin embargo, muchos de esos subsidios han

pasado a integrar la definición de empleo del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) y de los organismos provinciales de estadísticas.

Una cultura política menos sofisticada es más proclive a embarcarse en una lógica binaria, a ver las cosas en blanco y negro, sin matices y sin frenos.

Los Kirchner se han sabido mover en ese contexto como peces en el agua; importaron de la provincia Santa Cruz un método de acumulación política que les dio muy buenos resultados: la división de la sociedad entre buenos y malos, amigos y enemigos, ángeles y demonios.

La creación de antinomias que polarizaron a la sociedad permitió a Néstor Kirchner consolidar rápidamente un poder que había nacido diezmado por su segundo puesto en las elecciones de 2003 y

el abandono del balotaje por parte del ex presidente Carlos Menem.

Pudo así encontrar una explicación simple y sencilla pero atractiva y movilizadora a una pregunta que suele aparecer durante las grandes crisis: ¿Cuándo y cómo fue que caímos tan bajo?, que lleva a otro interrogante: ¿Quién es el culpable de que hayamos llegado a esta situación?

Es lo que se pregunta Zavalita, el protagonista de *Conversación en La Catedral* —de Mario Vargas Llosa— ya en la primera página de la novela: “¿En qué momento se había jodido el Perú?”.

Para Kirchner, la Argentina se jodió en la última dictadura; en definitiva, fueron los militares y sus cómplices civiles los culpables de la gran crisis porque el 1 a 1 no resultó más que la última etapa del modelo neoliberal inaugurado por el golpe de

Estado del 24 de marzo de 1976.

De esa manera, la respuesta a la pregunta sobre los culpables de la gran crisis alimentó la táctica de polarización y confrontación con los “enemigos” internos, los militares en primer lugar.

A esa altura de la democracia, los militares eran “enemigos” bastante accesibles. Ya no tenían el poder de otra época por un racimo de causas: la guerra perdida contra una potencia militar por Malvinas, el derrumbe de la dictadura, el informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas acerca de las violaciones a los derechos humanos, el juicio a los miembros de las tres primeras juntas militares, los recortes presupuestarios, la privatización del complejo industrial de las Fuerzas Armadas, la derrota de la última rebelión carapintada y la eliminación del servicio militar obligatorio, entre otras razones de

carácter interno.

Fronteras afuera, la Guerra Fría ya había terminado, la Unión Soviética se había desintegrado y los Estados Unidos no necesitaban a los militares para controlar su patio trasero.

En 2008, cuando enfrentó a “enemigos” más influyentes —los productores agropecuarios— Kirchner focalizó su discurso en “los cómplices civiles de la dictadura”: el campo, los medios de comunicación no oficialistas y las clases medias que apoyaban esa protesta.

Los Kirchner perdieron aquella disputa, pero luego se recuperaron. Volvieron a hablar de “los cómplices civiles de la dictadura” y de un presunto golpismo de nuevo cuño cuando se embarcaron en sendas batallas contra los medios de comunicación no oficialistas y, en los últimos meses, el “partido judicial”, es decir los jueces y

fiscales que investigan presuntos hechos de corrupción.

La política de derechos humanos de Kirchner resultó muy funcional: satisfizo la demanda de justicia sobre los crímenes de la dictadura, que había sido reavivada por la gran crisis; galvanizó al oficialismo, y, al menos en los primeros años, fue respaldada por buena parte de la sociedad. Además, brindó a Kirchner un escudo protector contra las denuncias sobre presuntos hechos de corrupción y autoritarismo.

A mediados de enero de 2004, durante un viaje a Monterrey para asistir a la Cumbre Extraordinaria de las Américas, Ramón Puerta —titular de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado— le preguntó al nuevo presidente sobre las razones de su voltereta política.

—Néstor, ¿por qué ahora sos de izquierda si los

dos éramos los grandes alcahuetes de (Domingo) Cavallo, vos primero y yo segundo?

—La izquierda te da fueros, Ramón.

Pero la opinión pública es móvil; los consensos sociales cambian. De lo contrario, el Frente para la Victoria habría triunfado en las elecciones parlamentarias de 2013 y el kirchnerismo habría reformado la Constitución para concretar el sueño de “Cristina eterna”.

2001 ilustra, por un lado, la dificultad de la dirigencia argentina para solucionar los problemas cuando se manifiestan; es preciso que esas dificultades se transformen en crisis para que encuentren una solución, que pasa a depender de la propia dinámica de esa crisis.

Es una clase dirigente que elude o demora el rol

que le da su identidad: conducir al país en una dirección que incluya a todas sus partes.

Los problemas no se solucionan también por nuestra tendencia al pensamiento único. Por ejemplo, el 1 a 1 era asumido por muchos como una verdad revelada, que no podía ser puesta en duda. Ni siquiera —o sobre todo— en los medios de comunicación, que deberían favorecer la reflexión crítica de los ciudadanos.

Me ocurría con las noticias que enviaba como corresponsal desde Brasil sobre críticas de analistas, políticos o empresarios a la paridad fija entre el peso y el dólar, que no eran publicadas por los diarios argentinos, tal vez por temor a que los defensores de la Convertibilidad los acusaran de favorecer a los partidarios de la devaluación y del *default*. A los “fondos buitres”, como ya se acusaba en 2001.

Por el otro lado, la gran crisis dio origen a un nuevo consenso social, sobre el cual se asentó el kirchnerismo.

Si las hiperinflaciones de 1989 y 1990 nos habían conducido a un consenso social basado en el mercado, la estabilidad de precios, la inversión, las privatizaciones, la apertura al capital extranjero y la globalización, la elevada y persistente desocupación de los noventa nos empujó hacia el otro extremo: el Estado, un ingreso mensual garantizado provenga de un empleo o de un subsidio, el consumo, las nacionalizaciones, la producción local y el cierre de la economía.

En otros países, los consensos sociales son más duraderos. En Alemania, por ejemplo, siguen preocupados por la hiperinflación que en 1923 consolidó al nazismo como alternativa política de

las desprestigiadas instituciones liberales de la política y la economía; el ahorro, la inversión y el crédito perdieron relevancia, y surgió una generación volcada hacia el corto plazo y la aventura que respaldó luego las políticas de Adolf Hitler. Por eso, los alemanes son refractarios a toda medida contraria a la estabilidad de precios.

En Estados Unidos, por el contrario, el temor social es al desempleo: sus habitantes todavía recuerdan las legiones de hambrientos desocupados de la Gran Depresión, en la década del treinta, también del siglo pasado.

Es que los argentinos vivimos de crisis en crisis. Entre 1989 y 1990 soportamos no una sino dos hiperinflaciones —cuando la suba en los precios supera el 50 por ciento mensual— y el recuerdo de esos sufrimientos colectivos nos duró apenas una decena de años; luego, nuestros

temores cambiaron, urgidos por la aparición de otro monstruo: el desempleo y la exclusión que generan la falta de un trabajo y de un ingreso mensual.

El nuevo consenso social incluyó la reconstrucción de la autoridad presidencial como antídoto frente a la anarquía, el caos y la disolución nacional. Duhalde comenzó ese camino, que Néstor y Cristina continuaron y exageraron.

El país se volvió —en los hechos— más unitario, más dependiente de la caja de un gobierno nacional rico y poderoso.

Otro ingrediente ha sido el sentimiento antinorteamericano, que resurgió en el país tanto por la actitud concreta de Estados Unidos y del FMI —negaron su ayuda cuando la Argentina más la necesitaba— como por la tendencia a atribuir nuestras dificultades y nuestros errores a factores

externos, a los otros.

Tal vez ese consenso social no sea ya mayoritario, pero continúa formateando —“seteando”— el sentido común de muchos compatriotas, en especial de quienes no han tenido otra experiencia política que el kirchnerismo.

La gran crisis fue tan extendida y profunda que puede ser utilizada para reflexionar sobre nuestro futuro inmediato. No es que la historia se repita, pero puede ayudarnos a entender mejor el presente y anticipar el porvenir.

Las elecciones de este año marcan el final del ciclo kirchnerista. El candidato mejor posicionado del oficialismo —el gobernador Daniel Scioli— no pertenece a su círculo áulico, y el kirchnerismo puro sospecha que no seguirá el modelo de la

presidenta.

Todo indica que serán las primeras elecciones competitivas desde 2003: las encuestas señalan que pueden ganar tanto el diputado Sergio Massa, un peronista que apunta a conquistar al público no peronista, como el jefe de Gobierno porteño, Mauricio Macri, del PRO.

¿Qué hará Cristina Kirchner? ¿Respaldará en cuerpo y alma a Scioli en un rol de “gran electora”? La presidenta busca —lógicamente— mantener el mayor poder posible y que las líneas centrales de su gobierno no sean modificadas.

Eso debería traducirse en un retiro tranquilo del gobierno, sin problemas en los tribunales por las denuncias y sospechas sobre presuntos casos de corrupción. Para —si es posible— volver a la presidencia ya en el próximo turno, en 2019.

¿Quién le garantiza todo eso o, al menos, lo más

importante? ¿Scioli? Tal vez piense que sí, pero también podría optar por la actitud que tomó Carlos Menem con Eduardo Duhalde en 1999: lo apoyó en las formas, pero en la práctica jugó a favor de Fernando de la Rúa, un candidato opositor pero que estaba a favor del 1 a 1 entre el peso y el dólar.

Además, Menem calculó que un triunfo de De la Rúa le permitiría mantener el liderazgo de al menos una porción del peronismo en su intento por volver a la Casa Rosada ya en 2003.

Es que la experiencia enseña que cuando el peronismo está en el gobierno no hay lugar para dos jefes. Así pasó, por ejemplo con Kirchner y Duhalde, disputa que se solucionó muy rápido — ya en 2005— a favor del patagónico.

También ocurre en el radicalismo. Una de las razones del fracaso del gobierno de De la Rúa fue

su falta de liderazgo en la Unión Cívica Radical, donde el jefe seguía siendo el ex presidente Raúl Alfonsín.

Al menos en nuestro país, los partidos y las alianzas funcionan cuando hay alguien —uno solo— que conduce al conjunto.

En esta línea, Cristina Kirchner podría llegar a la conclusión de que le convendría un triunfo de Macri, con quien, por otro lado, tanto ella como sus partidarios porteños ya han celebrado varios acuerdos sobre el gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

Desde el punto de vista del kirchnerismo, Macri hasta comparte algunos de los puntos débiles de la Alianza: encabeza una fuerza muy heterogénea, no controla territorios claves y heredará varios problemas que se han venido postergando.

Un eventual triunfo de Macri podría resultar

más tranquilizador para Cristina Kirchner incluso en el frente judicial, siempre tan sensible cuando se pierde poder. ¿Por qué? Porque las luchas dentro del peronismo no suelen respetar fronteras entre las instituciones, por ejemplo entre la presidencia y los tribunales.

Sin embargo, la historia muestra que otros ciclos políticos largos e intensos dieron paso a gobiernos donde el “Partido de la Justicia” o “Partido de la Venganza” —el nombre depende de las preferencias de cada cual— terminó imponiéndose a los sectores moderados, que predicaban la reconciliación, la concordia o la unidad nacional.

En esos casos ganaron los referentes del ala jacobina, partidarios del “juicio y castigo” a los

poderosos de ayer. En cada momento, en consonancia con el grueso de la sociedad.

Un ejemplo muy mentado es lo que sucedió con la llamada Revolución Libertadora, el gobierno que surgió del golpe contra el presidente Juan Domingo Perón. El general Eduardo Lonardi asumió el 23 de septiembre de 1956 con un discurso en el que afirmó que no había “ni vencedores ni vencidos”; duró menos de dos meses y fue reemplazado por el general Pedro Eugenio Aramburu, aliado con el almirante Isaac Rojas, el ala dura de los vencedores de Perón.

La frase no era de Lonardi sino del entrerriano Justo José de Urquiza, quien la proclamó luego de su triunfo en la batalla de Caseros contra el bonaerense Juan Manuel de Rosas, el 3 de febrero de 1852. Pero la Organización Nacional fue concretada por los sectores más refractarios a

Rosas y a sus seguidores.

También ocurrió lo mismo con Duhalde y Kirchner. El presidente que condujo la salida de la Convertibilidad basó su gobierno en un sólido acuerdo parlamentario con la oposición; Duhalde estaba obsesionado con impedir que Menem volviera al poder, aunque dentro de ciertos límites.

En cambio, Kirchner definió rápidamente a los “enemigos” de su gobierno y del país, y cargó duramente contra ellos. Incluso, contra tres de sus antecesores —Menem, De la Rúa e Isabel Perón— cuyas causas judiciales pendientes se reactivaron gracias a una oportuna presión del oficialismo.

Juan Llach y Martín Lagos analizan en su libro *El país de las desmesuras* las crisis atravesadas por distintas naciones como la Argentina, Nueva

Zelanda, Uruguay, Brasil y Chile. Su conclusión es que desde la Segunda Guerra Mundial la Argentina ha sido el país más volátil —doce crisis; siete desde 1970; cinco desde 1980— y ha sufrido las caídas más profundas.

Hasta ahora no hemos aprendido mucho de nuestras crisis tan recurrentes; tanto es así que fenómenos que cambian a una sociedad —hiperinflación, desempleo pertinaz de dos dígitos, grupos guerrilleros muy activos, dictadura sangrienta, guerra contra una potencia global o *default* histórico— a la Argentina no le hacen mella.

“Es nuestro gran tema: la incapacidad de aprendizaje”, señala el analista Rosendo Fraga.

Si es cierto que las crisis frustran y empobrecen a los países, lo primero que deberíamos aprender es a eludirlas. El esfuerzo pasa por evitar la

tentación de tomar atajos que prometen una llegada rápida al país en el que nos gustaría vivir.

El politólogo español Juan J. Linz —un experto en los quiebres de las democracias— sostuvo que una de las causas de la inestabilidad política de los países presidencialistas es la ausencia de un “poder moderador”, a diferencia de los sistemas parlamentarios europeos, donde un rey o un presidente en su exclusivo rol de jefe de Estado pueden timonear una crisis de gobierno sin que se convierta en una crisis de régimen.

Tal vez hayamos encontrado nuestro “poder moderador” en el Papa Francisco, una autoridad a nivel global que en sus frecuentes mensajes sobre las tensiones en la Argentina —un país polarizado y desmesurado— enfatiza la conveniencia de que Cristina Kirchner finalice su mandato en el tiempo previsto por la Constitución, ni un día antes, ni un

día después.

Un país normal —esa aspiración tan difundida que, en realidad, revela lo que nos falta— no vive saltando de crisis en crisis; por el contrario, hace de la mejora incesante, progresiva, su épica colectiva.

El secreto ya no es la revolución sino la evolución.

AGRADECIMIENTOS

Una de las ventajas de este libro fue la posibilidad de contar con el testimonio de una enorme cantidad de protagonistas. Pero la cercanía temporal con los hechos presentó también sus dificultades. Una de ellas fue que varios de los entrevistados todavía tienen actuación política y no quieren perjudicar sus relaciones presentes o

futuras.

Agradezco entonces, en primer lugar, a todos los entrevistados por la confianza que me han tenido para reconstruir una época tan dinámica, donde muchos protagonistas conocen lo que ocurrió a su alrededor pero, lógicamente, no saben lo que sucedía en simultáneo en otros ámbitos.

También agradezco a Penguin Random House y a su personal, siempre tan amable, inspirador y eficiente, en la persona de su director editorial Juan Ignacio Boido y del editor Roberto Montes.

Además, agradezco a la periodista Fernanda Longo por la lectura del original, y a Víctor Bugge, jefe de Fotografía de la Presidencia de la Nación, por sus imágenes.

Por último, agradezco a mis colegas de la revista *Fortuna*, Mario Rodríguez Muñoz y Claudio Celano Gómez, y al director de Imágenes

de Editorial Perfil, Carlos Lunghi, por algunas de las fotos que ilustran este libro.

FUENTES

INTRODUCCIÓN

Entrevistas a Oraldo Britos, Fernando de la Rúa, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Duhalde y Carlos Maestro. Además, el libro de Eduardo Duhalde: *Don Raúl*, página 191.

CAPÍTULO 1

Entrevistas con Adolfo Rodríguez Saá, Ramón Puerta, Juan Carlos Romero, Rodolfo Gabrielli, Antonio Cafiero, Rodolfo Frigeri, Héctor Maya, Cristian Ritondo, Juan José Álvarez, Carlos Ruckauf, Ángel Maza, Eduardo Duhalde y cuatro fuentes que solicitaron permanecer en el anonimato. Rodríguez Saá también en la causa 348/2002: “N.N. sobre posible infracción a la ley 23.077” (De protección del orden constitucional y la vida democrática), fojas 948 a 962. Además, los libros de Damián Nabot: *Dos semanas, cinco presidentes*, páginas 241 a 249; Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, páginas 305 a 311; Gustavo Valenzuela Linage: *El edecán*, páginas 231 a 238; Jorge Fontevecchia. *Reportajes 1*, páginas 108 y 327; Eduardo Duhalde: *Memorias del incendio*, página 128, y diarios *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 31 de diciembre de

2001. Las declaraciones de Victoria Donda en el sitio [www. parlamentario.com](http://www.parlamentario.com) del 28 de diciembre de 2007.

CAPÍTULO 2

Entrevistas con Adolfo Rodríguez Saá, Rodolfo Gabrielli, Juan José Álvarez, Ángel Maza, Teresa González Fernández, Héctor Maya, Carlos Grosso, y tres fuentes que solicitaron permanecer en el anonimato. Rodríguez Saá también en la causa 348/2002, fojas 948 a 962. Carlos Carbone en la causa 348/2002, fojas 2.036 a 2.038. Además, los libros de Damián Nabot: *Dos semanas, cinco presidentes*, páginas 256 y 257; Gustavo Valenzuela Linage: *El edecán*, páginas 237 a 244; y diarios *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 31 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 3

Entrevistas con Ramón Puerta, Juan Carlos Romero, Carlos Ruckauf, Rafael Pascual, Carlos Maestro, Esteban Caselli, Hugo Curto, Eduardo Duhalde, Juan José Álvarez, Miguel Ángel Toma, Teresa González Fernández, Alberto Iribarne y dos fuentes que solicitaron permanecer en el anonimato. Además, los libros de Jorge Fontevecchia: *Reportajes 2*, página 367, y de Eduardo Duhalde: *Don Raúl*, páginas 137, 201, 204 y 205, y *Memorias del incendio*, páginas 38 y 39. *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página 12* del 31 de diciembre de 2001 al 7 de enero de 2002.

CAPÍTULO 4

Entrevistas con Fernando de la Rúa, Carlos Maestro, Chrystian Colombo, Rosendo Fraga,

Carlos Corach, Rafael Pascual, Juan Carlos de Pablo, Humberto Roggero, Carlos Ruckauf, Patricia Bullrich, Miguel Ángel Toma y cuatro informantes que pidieron que sus nombres y apellidos fueran mantenidos en reserva. Raúl Alfonsín en Fontevecchia, Jorge: *Reportajes 1*, página 459. De la Rúa también en Fontevecchia, Jorge: *Reportajes 1*, página 177. Juan Perón en su libro: *Manual de conducción política*, página 187. Graciela Fernández Meijide en su libro *La ilusión*, páginas 138 y 139. Carlos Álvarez en su libro *Sin excusas*, páginas 84, 85 y 93. Juan José Linz en su libro: *La quiebra de las democracias*, página 16. Robert Potash en entrevista del periodista Jorge Rosales en *La Nación* del 7 de abril de 2004. Juan José Llach y Martín Lagos en *El país de las desmesuras*, página 107. Juan Carlos de Pablo también en su libro: *Vivencias*

extremas, páginas 75 y 76. Las elecciones legislativas de 2001 en *Clarín* y *La Nación* del 15 de octubre de 2001.

CAPÍTULO 5

Entrevistas a Domingo Cavallo, Fernando de la Rúa, Juan Carlos de Pablo, Rafael Pascual, Carlos Ruckauf y Chrystian Colombo. De la Rúa, también en Fontevecchia, Jorge: *Reportajes*, página 186. José Luis Machinea en entrevista en la Universidad Católica Argentina el 25 de agosto de 2009, en el sitio web juancarlosdepablo.com.ar, artículo número 626. Ricardo López Murphy en Fontevecchia, Jorge: *Reportajes*, página 241 y 242. Graciela Fernández Meijide en su libro *La ilusión*, páginas 212 a 216. Carlos Álvarez en su libro *Sin excusas*, páginas 145 a 151. La crisis política en *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero*

y *Página/12* del 2 al 30 de marzo de 2001.

CAPÍTULO 6

Entrevistas a Domingo Cavallo, Fernando de la Rúa, Juan Carlos de Pablo y Eduardo Duhalde. De la Rúa, también en Fontevecchia, Jorge: *Reportajes*, página 188. Graciela Fernández Meijide en su libro *La ilusión*, páginas 200 a 208, y 223 y 224. Carlos Álvarez en su libro *Sin excusas*, páginas 48, 49 y 51. La renuncia de Álvarez en *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 5 al 10 de octubre del 2000. La “confesión” de Mario Pontaquarto en *Clarín*, *La Nación*, *Página/12* y *Ámbito Financiero* del 12 al 15 de diciembre de 2003. La sentencia del Tribunal Oral Federal N° 3 en el sitio del Centro de Información Judicial, la agencia de noticias del Poder Judicial: www.cij.gov.ar

CAPÍTULO 7

Entrevistas a Fernando de la Rúa, Domingo Cavallo, Carlos Ruckauf, Juan Carlos Romero y Chrystian Colombo, y cuatro fuentes que prefirieron mantenerse en el anonimato. Las razones de la renuncia de Sergio Acevedo también en una entrevista con la periodista María Laura Santillán en el programa *Argentina para armar*, por TN, el 21 de marzo de 2010, y en la agencia OPI Santa Cruz, el 23 de marzo de 2010. Cavallo también en su libro *Camino a la estabilidad*, páginas 172 a 185. La gestión de Cavallo y la relación con el FMI en los diarios *Clarín* y *La Nación* del 20 de marzo al 3 de diciembre de 2001, y en Juan Carlos de Pablo: *Vivencias extremas*, páginas 85 a 107. Las encuestas del Pew Research Center en www.infobae.com el 7 de noviembre de 2014. El seminario en el FMI en

Página/12 del 14 de enero de 2005.

CAPÍTULO 8

Entrevistas a Chrystian Colombo, Rafael Pascual, Fernando de la Rúa, Carlos Ruckauf, Ramón Puerta, Miguel Ángel Toma, Humberto Roggero, Eduardo Camaño, Carlos Brown y dos personas que solicitaron permanecer en el anonimato. Jorge Casaretto en Graciela Fernández Meijide: *La ilusión*, páginas 218 a 220. También Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, páginas 176 a 189, y Damián Nabot: *Dos semanas cinco presidentes*, páginas 103 a 113, y *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 20 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 9

Entrevistas a Fernando de la Rúa, Chrystian

Colombo, Esteban Caselli, Hugo Curto, Carlos Ruckauf, Eduardo Duhalde, Rubén Bustamante, Carlos López, Ricardo Vago, Gabriel Barba, Julio César Aráoz, Juan José Álvarez, Enrique Mathov, Rubén Santos y cuatro fuentes que solicitaron permanecer en el anonimato. Mariano West en *La Nación* del 17 de diciembre de 2006 y en la causa 348/2002, fojas 1945/1951. Carlos Corach en su libro *18.885 días de política*, página 215. Luis D'Elía en la causa 348/2002, fojas 701 a 702, y 3104 a 3106. También Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, páginas 176 a 189, y Damián Nabot: *Dos semanas cinco presidentes*, páginas 103 a 113, y *Clarín* y *La Nación* del 20 y 21 de diciembre de 2001. Los periodistas Alberto Amato y Lucas Guagnini investigaron los saqueos en *Clarín* del 19 de mayo de 2002. De la Rúa también en Jorge Fontevecchia: *Reportajes*, página

178. Juan Perón en su libro *Manual de conducción política*, página 36. Eduardo Duhalde también en su libro *Memorias del incendio*, páginas 100 a 103, y en Jorge Fontevecchia: *Reportajes*, páginas 109 a 111.

CAPÍTULO 10

Entrevistas a Ramón Puerta, Fernando de la Rúa, Chrystian Colombo, Carlos Maestro, Humberto Roggero, Humberto Bonanata, Enrique Mathov, Alberto Tell y cuatro fuentes que no quisieron que sus nombres y apellidos fueran revelados. El viaje de De la Rúa en helicóptero luego de su renuncia en *La Nación* del 18 de diciembre de 2011. De la Rúa también en Jorge Fontevecchia: *Reportajes*, página 177. Bonanata también en su libro: *Maldito entorno*, páginas 9 y 10. También Damián Nabot: *Dos semanas cinco presidentes*, páginas 115 a

139, y Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, páginas 168 a 176 y 225 a 231 y *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 21 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 11

Entrevistas a Adolfo Rodríguez Saá, Ramón Puerta, Fernando de la Rúa, Eduardo Menem, Juan Carlos Romero, Ángel Maza, Carlos Ruckauf, Eduardo Camaño, Humberto Roggero, Eduardo Duhalde y dos fuentes que pidieron permanecer en el anonimato. También Damián Nabot: *Dos semanas cinco presidentes*, páginas 136 a 148, 156 a 160, y 163 a 166, y Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, páginas 238 a 246, y *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 20 al 22 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 12

Entrevistas a Miguel Toma, Ramón Puerta, Cristian Ritondo, Enrique Mathov, Adolfo Rodríguez Saá, Ángel Maza, Juan Carlos Romero, Rubén Santos y tres fuentes que solicitaron que no fueran nombradas. Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, página 243. El juicio oral por los cinco muertos en Plaza de Mayo en un cable de la agencia estatal de noticias Télam del 22 de febrero de 2014. El campeonato de Racing Club también en Alejandro Wall: *¡Academia, carajo!*, páginas 18, 120, 131 a 135, 240 a 245, y 303, y en *Olé*, *La Nación* y *Clarín* del 23 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 13

Entrevistas a Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Menem, Cristian Ritondo, Chrystian Colombo, Juan Carlos Romero, Ramón Puerta, Rodolfo

Frigeri, Oraldo Britos, Héctor Maya, Rodolfo Frigeri, Carlos Grosso, José María Vernet, Rodolfo Gabrielli, Juan Archibaldo Lanús y cuatro personas que pidieron permanecer en el anonimato. Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, página 251. Damián Nabot: *Dos semanas, cinco presidentes*, páginas 216 a 218. *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 22 al 30 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 14

Entrevistas a Teresa González Fernández, Ramón Puerta, Chrystian Colombo, Adolfo Rodríguez Saá, Rodolfo Frigeri y tres fuentes que pidieron mantener el anonimato. José Pablo Feinmann en *El Flaco*, páginas 130 y 131. Horacio Verbitsky en un e-mail del 15 de diciembre de 2014. Miguel Wiñazki en e-mail del 5 de diciembre de 2014.

Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, página 277. *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 24 al 29 de diciembre de 2001.

CAPÍTULO 15

Entrevistas a Eduardo Duhalde, Fernando de la Rúa, Rafael Pascual, Daniel Basile, Héctor Maya, Rosendo Fraga, Alberto Iribarne, Miguel Ángel Toma, Hilda Duhalde, Julio César Aráoz, Carlos Corach, Eduardo Menem, Raúl Acosta, Ramón Puerta, Juan Carlos Romero, Carlos Ruckauf, Esteban Caselli y cuatro fuentes que no quisieron que sus nombres fueran revelados. Guillermo González en la causa 348/2002, fojas 3.308 a 3.310, y *Clarín* del 20 de febrero de 2013; Hugo Anzorreguy y Nicolás Gallo en *Clarín* del 6 y 15 de febrero de 2003; Gallo también en la causa 348/2002, fojas 3.273 y 3.274. Miguel Bonasso en

su libro *El palacio y la calle*, páginas 93 y 94. Mario del Carril en e-mail del 27 de mayo de 2014. Jorge Fontevecchia en sus libros *Reportajes 1*, páginas 176, y 213 y 214, y *Reportajes 2*, página 369. Carlos Corach también en su libro *18.885 días de política*, páginas 207 y 208, y 214 a 216. Eduardo Duhalde también en su libro *Memorias del incendio*, páginas 148 a 153. Néstor Kirchner en *Página/12* del 20 de enero de 2012.

CAPÍTULO 16

Entrevistas a José Ignacio de Mendiguren, Fernando de la Rúa, Chrystian Colombo, Patricia Bullrich, Adolfo Rodríguez Saá, Eduardo Duhalde, Rodolfo Frigeri, Oraldo Britos, Héctor Maya, José María Vernet, Jorge Remes Lenicov, Juan Carlos de Pablo y tres fuentes que prefieren mantenerse en el anonimato. Jorge Rendo en e-mail del 16 de

enero de 2015. *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 24 de diciembre de 2001 al 30 de abril de 2002. De Pablo también en *La Nación* del 16 de mayo de 2010. Duhalde también en sus libros *Memorias del incendio*, páginas 137 y 138, y *Don Raúl*, página 187. De Mendiguren también en Emilia Delfino y Mariano Martín: *El hombre del camión*, páginas 167. Rodríguez Saá también en Miguel Bonasso: *El palacio y la calle*, páginas 282 a 284, Guillermo Arisó y Gabriel Jacobo: *El golpe S.A.*, páginas 220 y 221; Jorge Fontevicchia: *Reportajes 1*, páginas 328 y 329, y entrevista del periodista Gustavo Sylvestre en el canal de noticias C5N el 7 de agosto de 2014. Remes Lenicov también en una conferencia en el Circolo Italiano el 3 de junio de 2014, organizada por el grupo de dirigentes políticos FARO; en una entrevista en la

Universidad Católica Argentina con los estudiantes de la cátedra de Juan Carlos de Pablo, el 24 de junio de 2010, y en su libro *Bases para una economía productiva*, páginas 123 a 140. Héctor Magnetto sobre la salida de la Convertibilidad en José Ignacio López: *El hombre de Clarín*, páginas 427 a 459.

CAPÍTULO 17

Entrevistas a Jorge Remes Lenicov, José Ignacio de Mendiguren, Eduardo Duhalde, Gerónimo Venegas, Lisandro Barry, Juan Carlos de Pablo, Patricia Bullrich, Juan Carlos Romero, Carlos Maestro, Alfredo Coto y cinco fuentes que prefieren mantenerse en el anonimato. *Clarín*, *La Nación*, *Ámbito Financiero* y *Página/12* del 2 de enero al 31 de mayo de 2002. Jorge Rendo en e-mail del 16 de enero de 2015. De Mendiguren

también en Emilia Delfino y Mariano Martín: *El hombre del camión*, páginas 184 y 185. Eduardo Levy Yeyati y Diego Valenzuela en su libro *La resurrección*, páginas 287 y 288. Remes Lenicov también en una conferencia en el Circolo Italiano el 3 de junio de 2014, organizada por el grupo de dirigentes políticos FARO; en una entrevista en la Universidad Católica Argentina con los estudiantes de la cátedra de Juan Carlos de Pablo, el 24 de junio de 2010; en entrevistas en *Tiempo Argentino* el 24 de mayo de 2014 y en *Miradas al Sur* del 24 de marzo de 2013, y en su libro *Bases para una economía productiva*, páginas 75 a 96, y 159 y 160. Gerardo della Paolera y Alan Taylor en su libro *Tensando el ancla*, páginas 246 a 251. Duhalde también en su libro *Memorias del incendio*, páginas 223 y 224. Hugo Moyano en Emilia Delfino y Mariano Martín: *El hombre del*

camión, página 178. Las ventas de empresas argentinas a compañías brasileñas en mi libro *Lula, la izquierda al diván*, páginas 343 a 346. Los primeros cuatro meses del gobierno de Eduardo Duhalde también en Marcos Novaro, Alejandro Bonvecchi y Nicolás Cherny: *Los límites de la voluntad*, páginas 25 a 81, y Eduardo Levy Yeyati y Diego Valenzuela: *La resurrección*, páginas 59 a 90.

EPÍLOGO

Entrevistas a Ramón Puerta y Rosendo Fraga. Juan J. Linz en su libro *La quiebra de las democracias*, páginas 127 a 131. Juan Llach y Martín Lagos en su libro *El país de las desmesuras*, páginas 221 y 222.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Chacho, y Morales Solá, Joaquín: *Sin excusas*, Sudamericana/La Nación, Buenos Aires, 2002.

Amadeo, Eduardo: *La salida del abismo*, Planeta, Buenos Aires, 2003.

Arisó, Guillermo, y Jacobo, Gabriel: *El golpe* S.A., Grupo Editorial Norma, Buenos Aires,

2002.

Blomeier, Hans, y Blanco, Daniela (editores):
Cuando el desencanto... encanta, Konrad
Adenauer Stiftung, Buenos Aires, 2005.

Bonanata, Humberto: *Maldito entorno*, Atlántida,
Buenos Aires, 2002.

Bonasso, Miguel: *El palacio y la calle*, Planeta
Booket, Buenos Aires, 2006.

Bonnet, Alberto, y Piva, Adrián (compiladores):
Argentina en pedazos, Peña Lillo y Ediciones
Continente, Buenos Aires, 2009.

Boyanovsky Bazán, Christian: *El aluvión*,
Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

Cafiero, Antonio: *Militancia sin tiempo*, Planeta,
Buenos Aires, 2011.

Cavallo, Domingo: *Camino a la estabilidad*,
Sudamericana, Buenos Aires, 2014.

Corach, Carlos: *18.885 días de política*,

Sudamericana, Buenos Aires, 2011.

Cuadernos de la Argentina Reciente: *A 5 años del 19 y 20 de diciembre*, Buenos Aires, N° 3, diciembre de 2006.

De la Rúa, Fernando: *Operación política*, Sudamericana, Buenos Aires, 2006.

Delfino, Emilia, y Martín, Mariano: *El hombre del camión*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Della Paolera, Gerardo, y Taylor, Alan M.: *Tensando el ancla*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.

De Pablo, Juan Carlos: *Vivencias extremas*, Ediciones Barbarroja, Buenos Aires, 2013.

Di Matteo, Lucio: *El corralito*, Sudamericana, Buenos Aires, 2011.

Duhalde, Eduardo: *Memorias del incendio*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Duhalde, Eduardo: *Don Raúl*, Planeta, Buenos

Aires, 2013.

Edelman, Murray: *La construcción del espectáculo político*, Manantial, Buenos Aires, 1991.

Fernández Meijide, Graciela: *La ilusión*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Fontevecchia, Jorge: *Reportajes 1*, Sudamericana, Buenos Aires, 2007.

Fontevecchia, Jorge: *Reportajes 2*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

Feinmann, José Pablo: *El Flaco*, Planeta, Buenos Aires, 2011.

Gordillo, Mónica: *Piquetes y cacerolas...*, Sudamericana, Buenos Aires, 2010.

Graham-Yooll, Andrew: *Tiempo de tragedias y esperanzas*, Lumière, Buenos Aires, 2006.

Levy Yeyati, Eduardo, y Valenzuela, Diego: *La resurrección*, Sudamericana, Buenos Aires,

2007.

Linz, Juan J.: *La quiebra de las democracias*, Alianza Universidad, Madrid, 1991.

Llach, Juan José, y Lagos, Martín: *El país de las desmesuras*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 2014.

Llach, Santiago, e Incardona, Juan (antólogos): *Los días que vivimos en peligro*, Emecé, Buenos Aires, 2009.

López, José Ignacio: *El hombre de Clarín*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Mora y Araujo, Manuel: *La Argentina bipolar*, Sudamericana, Buenos Aires, 2011.

Nabot, Damián: *Dos semanas, cinco presidentes*, Aguilar, Buenos Aires, 2011.

Novaro, Marcos; Bonvecchi, Alejandro, y Cherny, Nicolás: *Los límites de la voluntad*, Ariel, Buenos Aires, 2014.

O'Donnell, Santiago: *ArgenLeaks*, Sudamericana, Planeta, 2011.

Perón, Juan Domingo: *Manual de conducción política*, CS Ediciones, Buenos Aires, 2005.

Reato, Ceferino: *Lula, la izquierda al diván*, Catálogos, Buenos Aires, 2006.

Reato, Ceferino: *Operación Traviata*, Sudamericana, Buenos Aires, 2008.

Remes Lenicov, Jorge: *Bases para una economía productiva*, Miño y Dávila Editores, Buenos Aires, 2012.

Romero, Luis Alberto: *La Argentina que duele*, Katz Editores, Buenos Aires, 2013.

Valenzuela Linage, Gustavo: *El edecán*, Editorial Payné, San Luis, 2002.

Vargas Llosa, Mario: *Conversación en la Catedral*, Alfaguara, Buenos Aires, 2008.

Wall, Alejandro: *¡Academia, carajo!*,

Sudamericana, Buenos Aires, 2012.

ÍNDICE DE NOMBRES

A

Acevedo Sergio

Aguirre Francisco
Albistur Enrique “Pepe”
Alderete Juan Carlos
Alessandro Darío
Alfonsín Raúl Ricardo
Alfonsín Ricardo
Álvarez Carlos “Chacho”
Álvarez Juan José “Juanjo”
Álvarez Gaiani Alberto
Alvear Marcelo Torcuato de
Angulo Barturen Carmelo
Anzorreguy Hugo
Aramburu Pedro Eugenio
Aráoz Julio César
Asís Jorge
Astiz Alfredo
Astori Pedro
Aznar José María

Azura Patricia

B

Báez Lázaro

Baglini Raúl

Baldrich Jorge

Balestrini Alberto

Barba Gabriel

Bargalló Fernando

Barones del conurbano los

Barrientos Alberto

Barrionuevo Luis

Barry Lisandro

Bastos Carlos

Batlle Jorge

Bauzá Eduardo

Baylac Juan Pablo

Becerra Carlos

Bedoya Gerardo
Beltritti Juan José
Bendini Roberto
Bergoglio Jorge Mario
Berlusconi Silvio
Biazzi Ricardo
Bignone Reynaldo
Bin Laden Osama
Bonelli Marcelo
Bohn Gustavo
Bolocco Cecilia
Bonafini Hebe de
Bonanata Humberto
Bonasso Miguel
Bordón José Octavio
Braden Spruille
Brazenas Gabriel
Brinzoni Ricardo

Brito Jorge
Britos Oraldo
Brodersohn Mario
Brown Carlos
Bulgheroni Carlos
Bullrich Patricia
Bush George W.
Bussi Antonio
Bustamante Rubén
Buzzi Eduardo

C

Cabanellas Manuel
Cafiero Antonio
Cafiero Juan Pablo
Calvo Cristina
Camaño Eduardo
Canals Juan José “Manolo”

Canata José “Chiche”

Capitanich Jorge “Coqui”

Caram Miguel

Carbone Carlos

Carbonetto Daniel

Cardoso Fernando Henrique

Carlotto Estela de

Caro Figueroa Armando

Carrió Elisa

Casaretto Jorge

Caselli Esteban “Cacho”

Cavallo Domingo “Mingo”

Chiernajowsky Liliana

Chodos Gregorio

Clinton Bill

Colombo Chrystian “Vikingo”

Constanza (hija de Miguel Ángel Toma)

Corach Carlos

Costantini Eduardo

Coto Alfredo

Curto Hugo

D

D'Angelo Amadeo

D'Angelo Silvia

D'Elía Luis

Daer Rodolfo

Daract Matilde

De Almeida Eloi

De la Rúa Antonio

De la Rúa Fernando “Chupete”

De la Rúa Inés Pertiné de

De la Rúa Jorge

De la Sota José Manuel “Gallego”

De Mendiguren José Ignacio “Vasco”

De Narváez Francisco

De Pablo Juan Carlos

De Santibañes Fernando

Del Carril Mario

Delfino Emilia

Delich Andrés

Della Paolera Gerardo

Díaz Carlos

Díaz Ramón

Díaz Bancalari José María

Do Rego Barros Sebastião

Domínguez Eduardo

Donda Victoria

Doña Teté (madre de los Rodríguez Saá)

Duhalde Eduardo

Duhalde Hilda “Chiche” González de

E

Eichelbaum Carlos

Einaudi Sergio
Escasany Eduardo
Escribano Claudio
Expósito David

F

Falcoff Mark
Feinmann Eduardo
Feinmann José Pablo
Félix Emir
Fellner Eduardo
Fernández Meijide Graciela
Fernández Roque
Filgueira Risso Matías
Fischer Stanley
Flamarique Alberto
Fontevicchia Jorge
Fraga Rosendo

Franco Hugo

Frigeri Rodolfo “Rolo”

G

Gabrielli Rodolfo

García Alan

Gallo Nicolás

Garré Nilda

Garzón Baltasar

Giacosa Gustavo

Giannettasio Graciela

Gil Lavedra Ricardo

Gioja José Luis

Giorgi Débora

Glaser Edward

Gloria (esposa de Alfredo Coto)

Gloria (secretaria de Miguel Ángel Toma)

González Felipe

González Guillermo

González Fernández Teresa “La Colorada”

González Galeano Alejandro

Gore Al

Gorriarán Merlo Enrique

Grondona Julio Humberto

Grondona Mariano

Grosso Carlos

Guadagni Alieto Aldo

Guido José María

H

Hadad Daniel

Hakim Peter

Heller Carlos

Hitler Adolf

I

Ibarra Aníbal

Iglesias Enrique

Illia Arturo

Insfrán Gildo

Iribarne Alfredo

Ishii Mario

Isidori Amanda

J

Jaunarena Horacio

Juri Hugo

K

Karlic Estanislao

Kirchner Cristina Fernández de

Kirchner Néstor

Kirkland Caimcross Alexander

Kirkpatrick Jeane

Köhler Horst
Krueger Anne

L

Lacroze de Fortabat Amalia
Lagos Martín
Laguna Justo
Laje Antonio
Lamberto Oscar
Lanata Jorge
Lanús Juan Archibaldo
Larcher Francisco “Paco”
Larrivey Joaquín
Lavagna Roberto
Lavalle Juan Galo
Lemme Alicia
Levy Yeyati Eduardo
Liendo Horacio

Linz Juan José

Lioni Marcelo

Llach Juan José

Loeschbor Gabriel

Loiácono Virgilio

Lombardi Hernán

Lonardi Eduardo

López Artemio

López Carlos

López del Punta Guillermo

López Murphy Ricardo

Losada Mario

Lozano Claudio

Lusquiños Luis

M

Macfarlane Alejandro

Machinea José Luis

Macri Franco

Macri Mauricio

Maestro Carlos

Magnetto Héctor

Makón Marcos

Manfredotti Carlos

Manzano José Luis

Marín Fernando

Marín Rubén

Martín Mariano

Martínez Sergio “Maravilla”

Marx Carlos

Massa Sergio

Massera Emilio Eduardo

Massuh Héctor

Mathov Enrique

Matzkin Jorge

Maya Héctor

Maza Ángel

Mazza Alberto

Mazzarino María Alicia “Marita”

Mazzón Juan Carlos

Méndez Héctor

Menem Carlos

Menem Eduardo

Merlo Reinaldo “Mostaza”

Mestre Ramón

Miranda Hugo

Miranda Julio

Mitre Ricardo

Montiel Sergio

Monzón Gastón

Moreau Leopoldo

Moreno Sergio

Moyano Hugo “Negro”

Müller Mabel

Müller Mónica

Muñoz Daniel

Muñoz María

Mussi Juan José

N

Nadale Horacio

Nazareno Julio

Negre de Alonso Liliana

Neustadt Bernardo

Nicholson Federico

Noemí (secretaria de Carlos Maestro)

Nosiglia Enrique “Coti”

O

O’Neill Paul

Olivera Enrique

Ortega Ramón “Palito”

Othacehé Raúl

Oyarbide Norberto

P

Papa Francisco [véase: Bergoglio Jorge Mario]

Pascual Rafael

Patricia (esposa de Miguel Ángel Toma)

Pernasetti Horacio

Perón Eva Duarte de

Perón Isabel

Perón Juan Domingo

Piña Joaquín

Piqué Josep

Pontaquarto Mario

Posse Melchor

Potash Robert

Priebke Erich

Primatesta Raúl

Puerta Ramón Federico

Puiggrós Adriana

R

Rato Rodrigo

Reagan Ronald

Regúnaga Marcelo

Remes Lenicov Jorge

Rendo Jorge

Reutemann Carlos Alberto “Lole”

Rice Condoleezza

Rico Aldo

Riquelme Juan Román

Ritondo Cristian

Rodil Rodolfo

Rodríguez Jorge

Rodríguez Luis Osvaldo

Rodríguez Oscar

Rodríguez Giavarini Adalberto

Rodríguez Saá Adolfo

Rodríguez Saá Adolfo “El Pampa”

Rodríguez Saá Alberto

Rodríguez Saá Ricardo “Lobito”

Rodríguez Saá Zulema

Roggero Humberto

Roggio Aldo

Romero Juan Carlos

Romo Jorge

Ronco Margarita

Rosas Juan Manuel de

Rovira Carlos

Rozas Ángel

Ruckauf Carlos

S

San Martín José de

Sánchez Carlos

Santos Rubén

Sargnese Carlos

Schiavoni Humberto

Schröder Gerhard

Scioli Daniel

Serantes Eduardo

Servini Juan

Servini de Cubría María Romilda

Sessa Gastón

Setti Eduardo

Sigal Eduardo

Solá Felipe

Solanas Fernando Ezequiel “Pino”

Soria Carlos

Storani Federico

Stornelli Carlos

Stubrin Marcelo
Sturzenegger Federico
Summers Larry
Sylvestre Gustavo

T

Taiana Jorge
Tardivo Daniel
Taylor Alan
Taylor John
Tell Alberto
Terragno Rodolfo
Thieberger Mariano
Tinelli Marcelo
Todesca Jorge
Toma Miguel Ángel
Toresán Mario

U

Urquiza Justo José de

V

Vago Ricardo

Valenzuela Diego

Van der Kooy Eduardo

Vanossi Jorge

Vargas Llosa Mario

Venegas Gerónimo

Verbitsky Horacio

Vernet José María “Tati”

Videla Jorge Rafael

Vila Daniel

W

Wall Alejandro

Walsh James “Jimmy”

West Ocampo del Carril Mariano

Wiñazki Miguel

Y

Yrigoyen Hipólito

Z

Zuppi Alberto

Cubierta

Portada

Introducción. Con las tripas al aire

Capítulo 1. Ataque de pánico

Capítulo 2. La última carta

Capítulo 3. El Partido Bonaerense

Capítulo 4. El aletargado

Capítulo 5. La vuelta del Mesías

Capítulo 6. Las grietas de la

Alianza

Capítulo 7. Los buitres

Capítulo 8. La rebelión de las
cacerolas

Capítulo 9. Saqueos en el polvorín

Capítulo 10. La caída

Capítulo 11. “Yo me animo”

Capítulo 12. De Bergoglio a

Racing

Capítulo 13. Siete días y una noche

Capítulo 14. La agenda de Verbitsky

Capítulo 15. ¿Dónde está el piloto?

Capítulo 16. La crisis como solución

Capítulo 17. Ganadores y perdedores

Epílogo. Hijos de la crisis

Agradecimientos

Fuentes

Bibliografía

Índice de nombres

Créditos

Sobre el autor

Otros títulos del autor

Reato, Ceferino

Doce noches. - 1a ed. - Buenos

Aires : Sudamericana, 2015

(Investigación Periodística)

EBook.

ISBN 978-950-07-5236-7

1. Investigación Periodística. I.

Título

CDD 070.43.

Edición en formato digital: mayo de 2015

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial

Humberto I 555, Buenos Aires.

Foto de tapa : De la Rúa, junto a sus custodios, aborda el helicóptero

para dejar la Casa Rosada luego de su renuncia el 20 de diciembre de 2001.

© Gentileza Víctor Hugo Bugge. Presidencia de la Nación.

Diseño de tapa : Eduardo Ruiz

Foto del autor: © Alejandra López

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-950-07-5236-7

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar



CEFERINO REATO

(1961, Crespo, Entre Ríos) es periodista y licenciado en Ciencia Política. Dirige la revista *Fortuna*. De 2005 a 2011 fue editor jefe del diario *Perfil*. Antes se desempeñó como redactor de Política Nacional de *Clarín*, asesor de prensa de la embajada argentina ante el Vaticano y corresponsal de la agencia internacional de noticias ANSA en San Pablo, Brasil. En 2008 publicó *Operación Traviata*, que relanzó los libros de investigación periodística y reabrió la

causa judicial sobre la muerte del sindicalista José Ignacio Rucci. En 2010 publicó *Operación Primicia*, sobre el debut del Ejército Montonero, que reveló las controvertidas y millonarias indemnizaciones a los familiares de guerrilleros muertos en el ataque a un cuartel en Formosa durante el gobierno constitucional de Isabel Perón. En 2012, su libro *Disposición Final* se convirtió en un documento histórico debido a la confesión del ex dictador Jorge Rafael Videla sobre los desaparecidos. En 2013 *¡Viva la sangre!* conmocionó con su retrato despiadado de la Córdoba del 75, entre la “patria socialista” y la constitución del ADN de la dictadura. Publicó, además, *El gran botín, el negocio de gobernar la Capital* (Sudamericana, 1996) y *Lula, la izquierda al diván* (Catálogos, 2006). Todos sus libros se convirtieron rápidamente en best sellers y siguen

renovando sus lectores.

Foto: © Alejandra López



Operación traviata



Operación primicia



Disposición final



¡Viva la sangre!

Otros títulos del autor en
megustaleer.com.ar